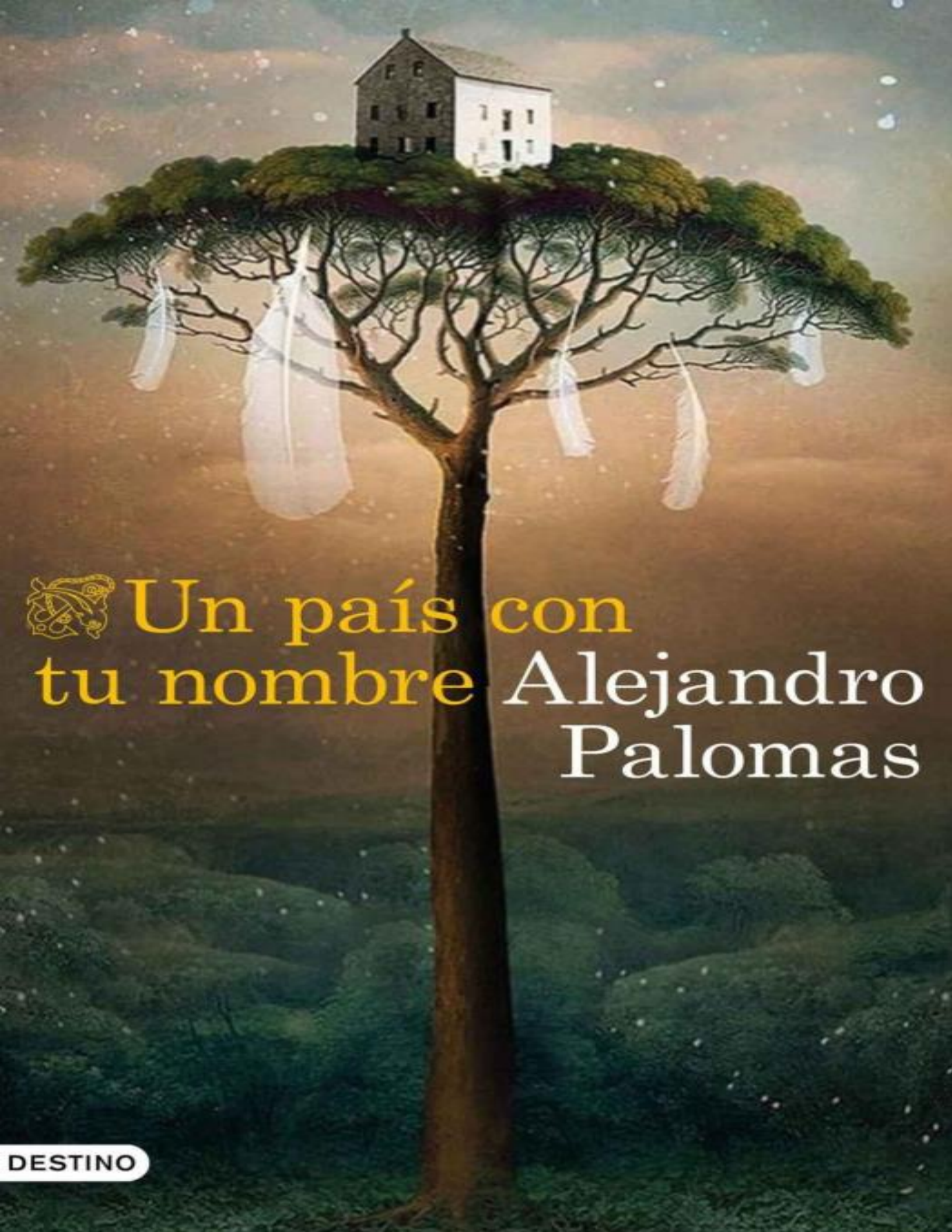




Un país con
tu nombre Alejandro
Palomas

DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I. Principios, una veleta y una niña con nombre de pájaro

Edith

Jon

Edith

Jon

Edith

II. Cumpleaños, unos vecinos que no son y la posibilidad de un bosque

Jon

Edith

Jon

Edith

Jon

Edith

III. Volver

Jon

Edith

IV. La velocidad de la voz

Jon

V. Verdades que no son y mentiras que tampoco

Edith

Jon

Edith

VI. La vida detrás de la vida

Jon

Edith

Jon

Edith

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Jon, cuidador de elefantes en el zoo, y Edith, viuda que vive con sus once gatos, son los únicos habitantes de una aldea abandonada. Vecinos solitarios primero y ahora buenos amigos, no imaginan que la noche en que la veleta del viejo campanario gira sobre sí misma, el ojo del tiempo se posa sobre la aldea y la vida de ambos está a punto de girar con ella.

La llegada de la primavera trae consigo una inesperada decisión por parte de la dirección del zoo, a la que se suma un perturbador anuncio: el Ayuntamiento al que pertenece la aldea restaurará la casona en ruinas del lago para convertirla en hotel rural. La doble noticia cambiará de golpe las vidas de Jon y Edith, empujándolos a dar un paso hasta entonces tímidamente contemplado.

La amistad entre Jon y una callada elefanta llamada Susi, la relación entre Edith y su hija Violeta, desencontradas durante décadas, y una hora de la noche —«la hora trémula»— en la que pasa todo y todo queda conforman *Un país con tu nombre*: una historia sobre el amor en mayúsculas, la honestidad con los propios sueños y sobre la libertad llevada a su expresión más pura.

UN PAÍS CON TU NOMBRE

Alejandro Palomas

Ediciones Destino

A Susi,

la elefanta que no puede salir.

Esto, este país,

llevará siempre tu nombre, mamá.

Somos, sobre todo,
la suma de nuestras renuncias.

I

Principios, una veleta y una niña con nombre de pájaro

Edith

Solo falta Jon.

Lo demás está a punto: la mesa puesta, la lasaña preparada para hornear y la ensalada de tomate en la nevera. Hay helado en el congelador: de vainilla con nueces de macadamia y de chocolate belga. A Jon le gusta combinarlos y a mí la verdad es que también, aunque casi nunca lo hago porque cuando estoy por ceder a la tentación cae sobre mí la voz de Andrea y me suelta eso de que combinar sabores de helado es casi peor que lo del café con leche: «Matar el café y deslechar la leche», decía.

Hoy hace cinco años que murió. Exactamente. Ese es el titular que preside el día y lo primero que he pensado esta mañana cuando ha sonado el despertador y he encendido la luz de la lamparilla. El 21 de junio. Desde entonces, todos los 21 de junio me despierto con la ausencia renovada de Andrea. Abro los ojos y siento ese nudo aquí, entre el esternón y la columna, como un segundo corazón cada vez más pequeño que se activa de pronto, relanzando titulares: Andrea estuvo aquí, esto pasó, ella pasó y aquí sigue porque yo sigo también. Enseguida regresa lo demás: destellos, imágenes, escenas sueltas que a veces hieren y otras alivian. Hace un rato, sin ir más lejos, cuando empezaba a preparar la lasaña, el olor del horno caliente me ha devuelto una de esas escenas y me he acordado de pronto de lo que nos llegamos a reír esa mañana, pocos días antes de que se fuera, cuando después de retirarle el desayuno me pidió que me sentara en la cama con ella y, con esa sorna que nunca perdió, me miró muy seria y dijo:

—Edith, he estado pensando y creo que, si te esfuerzas un poco, quizá llegues a batir el récord de peor currículum posible del estado civil en una mujer.

La miré sin entender.

—Escucha esto —continuó, cogiendo su libreta de la mesilla. Y leyó—: «Diecinueve años casada con un abogado belga que ordenaba los calzoncillos por colores y a las amantes por edades, veintiséis años siendo la mujer de otra mujer, también abogada, por cierto, y dentro de nada...» —La falta de aire le impidió acabar la frase. Tuvo un ataque de tos, una tos oscura y llena de flemas que cada vez ocupaba más pulmón. Esperé y ella lo agradeció—. Resumiendo —dijo, volviendo a lo suyo—: Mal casada, mal divorciada, madre de Violeta, que da para una categoría aparte, lesbiana conversa y viuda. Deberías donarte a la ciencia. O a la NASA.

Nos reímos. Tenía razón. Hasta que pudimos seguir robándole oxígeno a la tos, nos reímos mucho, en parte porque el retrato era el que era y en parte porque reír era lo único que ella se permitía desde que las dos habíamos aceptado que el final estaba cerca. Andrea se reía de lo poco que le quedaba y a mí esa capacidad de vivir como si la vida fuera lo de menos era lo primero que me había enamorado de ella y lo que siguió enamorándome hasta que ya no estuvo. Por eso cuidarla fue tan difícil: cuando tuvimos la certeza de que la enfermedad había llegado para llevársela, las dos entendimos que ya no había nada que construir juntas y eso lo aceleró todo. Lo que había que construir ya estaba hecho. Solo nos quedaba esperar y nosotras, lo nuestro, había sido siempre hacer, ganar terreno a los años que habíamos pasado viviendo por separado vidas

anteriores y recuperar el tiempo para exprimir la que habíamos encontrado juntas. No sabíamos esperar, no iba con nosotras. A esas alturas, lo único que podíamos construir era una despedida hermosa durante el corto paréntesis que la enfermedad nos quitó y también nos regaló, y creo que lo conseguimos, aunque visto desde ahora ya no sé si lo que hicimos fue construir una despedida en común o si en realidad fue todo un plan urdido por Andrea para tejer a mi alrededor un andamiaje que me sujetara a la vida cuando ella ya no estuviera.

Durante esas últimas semanas empezó a insistir en que, cuando ella se hubiera ido, yo debía vender la casa y marcharme de la aldea.

—Este ha sido nuestro proyecto, Edith, la vida que hemos querido juntas —repetía—. Te conozco y sé que si te quedas te quedarás del todo, te confundirás con esto y lo que tendrás aquí no será vida. La que se acaba es la mía y la nuestra, no la tuya. Piénsalo.

Al principio se me ocurrió que esa nueva obsesión, porque en eso se convirtió al poco, formaba parte de la enfermedad. Las metástasis jugaban con su cerebro como si una mano negra hubiera hecho de él uno de esos tableros habitados por barcos de distintos tamaños —un cuadrado, dos, tres y el portaviones, el importante, en cuatro cuadros—, hundiendo ahora el A3, probando luego con el D6, provocando nada a veces y otras haciendo uso de armamento pesado y dejándola cada vez más débil y más expuesta al ataque. Pero me equivoqué. No era la enfermedad. La enfermedad apremiaba y aceleraba en ella procesos que ya estaban allí, pero no era el motor.

—Si esto fuera al revés, y la enferma hubieras sido tú, yo no me quedaría —volvía a la carga—. Sin ti aquí, no podría.

No me gustaba. No me gustaba que me hablara así, porque sabía que lo decía de verdad y porque no era justa. La que se quedaba era yo, era yo quien iba a tener que vivir sin nosotras. ¿Cómo podía pedirme que pensara en irme de la aldea si apenas tenía fuerzas para seguir hasta el final con ella? Algunas veces conseguía sacarme de quicio con tanta insistencia y terminábamos discutiendo. Después, ya rebajada la tensión, me reconcomía la culpa. Sabía, porque lo había vivido años antes con mamá, que discutir con quien ya se va es sumar un nudo al recuerdo que habrá de llegar y que esos nudos se ulceran y atorán el duelo. «Tienes setenta y un años, Edith. No puedes pararte aquí.» Ese era el mensaje repetido de Andrea y yo lo odiaba, odiaba el mensaje y también a su mensajera, porque cuando la oía hablarme del futuro sin ella, me sentía rechazada y aparte, y la odiaba por dejarme, por obligarme a vivir su ausencia y no ponerse en mi lugar como yo esperaba que lo hiciera. Luego llegaba lo peor: me odiaba por odiarla y por tener que cuidarla, porque no podía irse así, tan pronto, no podíamos pararnos ahí, en la mitad del camino. Ese no había sido el trato. Parar a descansar, sí. A morir, no.

Han sido treinta años en esta casa, veinticinco con Andrea y cinco sin ella, cientos de retales de vida contenidos aquí, entre estas paredes llenas de nosotras. Papá decía que las casas que dejamos son ciudades de un mapa que, visto desde arriba, dibuja una silueta que resume al final de nuestro paso lo que hemos sido: a veces un ojo, otras un pulmón, una mano, un niño, una montaña o un planeta pequeño, redondo como una moneda. «Son las piezas de un puzle que, cuando ya no estemos, completará el paisaje de nuestra memoria. Sin ellas flotaríamos, no podría ser», decía.

Las casas. Las casas y lo que dejamos bajo sus techos. El eco de las peleas, de los acuerdos, de las renunciaciones, las reconciliaciones, todas esas voces grabadas en las paredes, solapadas por las de los habitantes que llegan después. Las casas están construidas sobre frases, silencios y esperas, por eso los siglos no pueden con ellas. Están demasiado habitadas.

Tropezamos con esta por casualidad. Fue un domingo. Habíamos pasado el fin de semana en el hotel rural de unas amigas de Andrea y de regreso a la ciudad habíamos decidido dedicar la tarde a recorrer pueblos y caminos de la zona. Nos perdimos. En esa época perderse no era difícil. Carreteras secundarias que no salían en los mapas, pueblos que tampoco. Llegamos a la aldea después de comer, cuando el sol de finales de otoño rozaba el valle entre una maraña de ocre, rojos y amarillos y el verde opaco de las encinas y de los pinos. Descendimos hasta el lago en coche y aparcamos junto al caserón tapiado situado en la orilla opuesta a la del pueblo. Boreamos el agua en silencio y nos aventuramos en la aldea, deambulando entre las casas derruidas y pasando junto a la iglesia, con su enorme veleta en lo alto del campanario, el minúsculo cementerio y los pajares de techos hundidos y manchados de flores, paja podrida y restos de animales. El aire frío acompañaba bien y la luz parecía conocida. Recorrimos la aldea en nada, son apenas diez casas o lo que queda de ellas. Después, cuando emprendimos el camino de regreso, nos detuvimos delante de una de las dos únicas construcciones que seguían enteras. Supusimos que debían de haber sido las últimas en quedar deshabitadas. De hecho, al pasar por delante de la segunda, una edificación de piedra con un jardín enmarañado y un portalón de madera enorme, vimos restos de muebles: una mesa antigua y unas sillas arrinconadas en un porche. A un lado de la puerta principal, una mancha de color naranja colgaba de una ventana. Nos acercamos.

Era un cartel pequeño, viejo y casi podrido. Decía: SE VENDE. Debajo había un teléfono garabateado con rotulador y, entre paréntesis, habían añadido: «Llamar o preguntar en el obispado».

El resto es historia. Treinta años llenos de historias de todas las formas, tamaños y acordes. El recuerdo es infinito. De todas ellas, quedamos yo, la casa y once gatos.

Y Jon, claro, pero él llegó mucho después de que Andrea se fuera y de hecho no cuenta, porque no forma parte de esta casa ni de lo que yo he sido en ella. De la aldea sí, aunque solo sea porque es mi único vecino, y de la última Edith también. Quién iba a decirme hace tres años, cuando Mer y él se instalaron en la antigua escuela, que las cosas iban a darse así y que ese «así» nos traería aquí esta noche, a esta cocina, a esta mesa y a este momento. En cualquier caso, después de todo lo que ha ocurrido en los últimos meses, supongo que ya nada debería sorprenderme.

Esta mañana, mientras limpiaba la arena de los gatos, pensaba en la cena y en Jon, y, una vez más, he vuelto a imaginarme el peor final para esta noche. Ya sé, ya sé que a mi edad —son setenta y seis más que cumplidos— debería haber aprendido que quizá el error es pensar que las verdades y las mentiras son muchas, que hay muchas. Quizá lo único que existe sea una sola verdad de la que nacen todas las demás, y en cada uno de nosotros esa verdad tiene un nombre. Eso lo repetía mucho Andrea, sobre todo al final, cuando ya la suerte estaba echada y hablaba así, resumiendo y queriendo decir. «Esa verdad única es como la contraseña que nos marca la vida, el color de la vida de cada uno», decía. Y también que somos países sin nombre. «El nombre está, siempre estuvo ahí, pero lo olvidamos demasiado pronto y nos pasamos la vida intentando recordar. Y eso cansa, cansa mucho. A veces nos parece haberlo soñado. Luego, durante la vida hay instantes de lucidez que nos desarman y en los que de nuevo recordamos. Son los momentos de las grandes muertes, esos impactos que marcan un gran antes y un después aún mayor y que nos dejan desnudos y nos obligan a mirarnos sin el filtro de lo aprendido, momentos en que, si cerramos los ojos, nos atrevemos a ver lo que somos: un país pequeño y asustado que busca su nombre, su contraseña, su entraña.»

Hace tres meses, el día que llegó la primavera, Jon y yo vivimos uno de esos momentos contraseña y emprendimos a la vez un viaje que ninguno de los dos habíamos previsto. Hoy diría que más que casualidad fue sincronía, pero claro, es fácil decirlo ahora. En aquel entonces ignorábamos que esas veinticuatro horas y los días que transcurrirían hasta hoy iban a ser un tiempo tan difícil como compartido, y también hermoso, muy hermoso. Jon no sabe que esta cena, esta noche, es mucho más de lo que él cree. Ni siquiera imagina que la contraseña de su nombre está aquí, escrita en esta cocina, y que su pequeño país tiene un nombre que es verdad porque yo lo conozco, lo conozco desde hace más tiempo del que él cree.

Jon confía en que esta noche nos reuniremos para celebrar. Y no lo culpo. Ese es el plan: celebrar haber tomado decisiones difíciles, la esperada llegada del verano, celebrar que a fin de cuentas todo ha salido bien... Cree que este es el premio que nos hemos ganado por valientes y por haber conjurado bien todos los cambios y retos que desató ese 21 de marzo que ninguno de los dos olvidará porque ya es parte de nuestro mapa interior.

Pero se equivoca.

Ese día la primavera hizo girar la veleta y fui yo quien giró con ella.

Esta noche, en cambio, el verano que nace trae consigo una verdad que es Jon en estado puro. Es lo que él no sospecha y lo que yo no puedo no decir.

Puede que él se pierda en esa verdad o con ella.

O puede que sea yo quien pierda a Jon.

Quién sabe.

Jon

El día que empezó la primavera pasaron dos cosas que lo cambiaron todo. La primera fue una llamada, la segunda una niña. Visto desde ahora, en pleno mes de junio que ya casi termina, es fácil entender que las dos cosas estaban unidas por un hilo invisible que las sumaba y les daba un sentido, pero en aquel momento no supe ver las señales. Demasiados años desentrenado, demasiado acostumbrado a la calma. El paso del tiempo me había convencido de que a mi edad todo lo intenso, lo que la vida tiene de vida y de imprevisto, había sido vivido ya.

El error fue mío y tendría que haberlo imaginado. «La vida no se relaja, no se relaja nunca, Jon. Se la juega y nos la juega hasta el final.» La de la vida y el juego es una de las frases favoritas de Mer. Esa y también: «Por eso nos cuesta tanto marcharnos». Y lo dice ella, que vive la vida y la muerte como si fueran una, entregada a tiempo completo a sus colonias de lagartos, a sus pingüinos y sus caimanes, estudiando la supervivencia en rincones del planeta en los que la vida humana cuenta poco o nada.

Ese primer día de primavera, cuando volvía a casa del trabajo en la moto me acordé de Mer y de su frase. En cuanto sus palabras resonaron en mi cabeza sobre el rugido del tráfico, calculé automáticamente el tiempo que faltaba para reunirme con ella. Octubre, habíamos decidido que en octubre. En poco más de seis meses y una semana. Mejor en octubre o en noviembre, por eso de aprovechar la primavera tardía en el hemisferio sur. Chile, Argentina, Australia, Sudáfrica... «No hay pingüinos en el hemisferio norte, Jon.» Mer es mundo pingüino sí o sí. «La vida no se relaja, Jon. No se relaja nunca.»

Esa misma noche, en casa, esta vida que no se relaja me trajo una segunda voz. Mientras en el telediario ponían el desahucio de un par de hermanos jubilados vestidos con unos viejos monos de pintor, me acordé de pronto del abuelo Ismael y —qué puntual es la memoria— me vino a la cabeza la escena de las últimas horas que, siendo yo un chaval, habíamos pasado juntos en el hospital.

El abuelo Ismael era uno de esos tipos de campo que el hambre había trasplantado desde el sur hasta el extrarradio de la ciudad. Uno de miles. El hombre hablaba poco, nunca con los niños, y en casa lo temíamos. Nos aterraban sus silencios, el olor a tabaco que avisaba de su llegada y los nudillos que te clavaba cuando te cruzabas con él en mala hora. No decía, el abuelo nunca decía, y ese no decir a la abuela la tenía loca y al resto de nosotros nos violentaba como pocas cosas, porque al hombre había que leerle la mirada y eso no era fácil. Un día se cayó de su escalera de pintor y se partió la espalda y la mitad de la cabeza. Cuando a la mañana siguiente fuimos a verlo al hospital, él aprovechó que mamá había bajado a la cafetería a por un café y bocadillos para gruñirme un mensaje que, por venir de quien venía, me pareció casi extraterrestre: «Vete con ojo, chaval —dijo, señalándome con ese dedo torcido, lleno de nudos y callos. Me sorprendió descubrir que no tenía una voz ronca de viejo ogro, sino aguda, casi como la de la abuela—. Hay vidas que pasan así —siguió, volviéndose hacia la ventana—, como la

mía, sin que pase nunca nada. Y uno piensa: “mira tú, qué suerte, tan tranquilo todo, tan de buen hacer el tiempo y lo que trae”, hasta que el día que pasa, pasa todo. Y me da que los hombres de esta familia somos de esos, porque tu bisabuelo Ramón menudo era. Así que ojito, ¿me oyes?».

Eso fue por la mañana. A mediodía, tía Ángela apareció en el hospital llorando de alegría porque nos había tocado un pleno en la quiniela del bloque y solo había habido otro acertante. Que lo habían dicho en las noticias, repetía como si le hubieran dado cuerda. Y esa misma tarde, tío Santiago, el hermano mayor de mi madre, desapareció con una novia portuguesa que nadie le conocía y con ellos se esfumó también todo el dinero que había cobrado del boleto. El bloque se quedó sin su premio y nosotros nunca volvimos a verle el pelo.

«¿Lo ves? —me gruñó el abuelo desde la cama con una macabra sonrisa de satisfacción, guiñándome el único ojo que le habían dejado a la vista cuando volví a visitarlo al día siguiente—. ¿Qué te había dicho? Aquí nunca pasa nada hasta que un día pasa todo. Ahí lo tienes: tres de tres.»

Una hora más tarde, después de que la enfermera repartiera las cenas, cerró el ojo vivo, soltó un suspiro hondo como el ronquido de un elefante y dejó de respirar.

Vidas en las que no pasa nada, hasta que un día pasa todo. Los hombres de esta familia. Nosotros.

Lo de acordarme del abuelo fue casi a medianoche, después de un día largo y extraño cargado de novedades que, además de marcar el final oficial del invierno, no había terminado de la mejor manera. Había empezado, eso sí, como cualquier otro: por la mañana, al subir a la moto, sobre los cipreses de la iglesia el cielo ya respiraba jirones de añil y el denso olor a bosque impregnaba el aire. En el lago, pequeñas espirales de luz cruzaban el agua con la brisa y el silencio era casi líquido. Tenía una hora y media de viaje por delante. Esa ha sido y sigue siendo mi rutina estos últimos años: ducha a las seis y cuarto, a las siete y cinco arranco, cruzo el puente de tablones sin apenas dar gas para no despertar a Edith cuando paso por delante de su casa y durante los siguientes quince minutos bajo por la pista forestal que lleva al pueblo. A esa hora el valle pertenece a los animales que lo habitan y que aparecen sin avisar entre las tupidas paredes de árboles de los márgenes: zorros, corzos, conejos, tejones, búhos, perdices, jabalíes... A medida que asoma el sol, la vida nocturna se retira a toda prisa, huyendo del día y del encuentro con lo humano, advertida por el cono de luz blanca que proyecta el faro de la moto. Luego, en el desvío de la carretera que lleva al pueblo, se acaba lo bueno y toca asfalto en serio: doble carril, camiones, furgones de todo pelaje, humos, camionetas de reparto, prisa, radios encendidas, niños dormidos en asientos traseros... Una hora y media de trayecto que me arranca del silencio de la aldea y me inserta en el mecánico engranaje de lo urbano: del bosque al hormigón, de la vida al ruido. Es el precio por vivir aquí: retirado, fuera, más allá de... Mi pequeño consuelo es que, dentro de lo malo, no me ha tocado lo peor. Al fin y al cabo mi destino final no es la ciudad. Donde yo trabajo no hay oficina ni edificios, no hay tráfico ni paseíllo a la cafetería a media mañana. No hay semáforos, no hay calefacción en invierno, el ruido es otro y el aire también. Mi destino es una pequeña república independiente encajonada en el meollo de la red gris de calles y avenidas: un planeta mínimo poblado por cientos de vidas que nadie ve, escondido de las miradas ajenas por una vieja muralla de ladrillo, seto y alambre.

El zoo.

Mi nombre es Jon. Eso es lo que pone en la placa que llevo insertada en el bolsillo del chaleco verde: Jon, con «J», y debajo: «Cuidador de elefantes». Insisto siempre en lo de la jota, sobre todo cuando me toca alguna visita organizada, porque siempre aparece el típico listillo o la guiri

graciosa que se acerca así como quien no quiere la cosa porque cree haber oído mal y pone cara de póquer mientras ya tiene a punto la pregunta:

—¿John?, ¿eres inglés? ¿Americano?

—No, Jon. Con jota. De Jonás.

—Ah.

Si alguno de los que se acercan a preguntar quisiera saber más —cosa que no ha pasado hasta ahora y seguramente no pasará ya—, le contaría que no siempre he sido Jon. Hubo una época en que fui Jonás, aunque eso duró solo unos años, los primeros siete. Jonás existió al principio, mientras sobrevivió el niño o mientras la vida era pequeña y lo básico lo ocupaba todo: crecer, hacer ruido, pantalones cortos, sangre en las rodillas, correr, bajar a jugar a la calle, volver a correr, merendar en la cocina de alguna vecina, llevarme alguna colleja del abuelo por colarme en el ascensor y poco más. Si alguno de los que se acercan a preguntar por mi nombre durante las visitas quisiera saber, le contaría que Jonás existió hasta el día que empezó mi primavera número siete y el futuro nos pasó por encima a todos, aplastándonos de tal manera contra el tiempo que nadie en casa se acordó siquiera de ir a la pastelería a por mi tarta de cumpleaños. Ese 21 de marzo, a las 6.35 de la tarde, dejé de ser Jonás para convertirme en Jon en lo que tarda un ascensor en bajar del octavo a la planta baja de un bloque de extrarradio de dieciocho pisos.

Veintitrés segundos.

Y todo porque, según le aclaró la logopeda a mi madre una semana más tarde: «Este niño ha vivido demasiado en muy poco tiempo y cada niño es un mundo y tiene el aguante que tiene. De ahí la tartamudez. Seguramente será algo temporal, no se alarme. De todas formas, si ve que no mejora, le aconsejaría que lo llevara a un psicólogo. Puedo recomendarle uno».

Jon. Jon. Jon. Me había quedado atascado en la «n» cuando en el ascensor de mi casa uno de los dos camilleros que habían traído a papá del hospital y que, a falta de instrucciones, habían pasado un buen rato esperando sentados en la escalera, me preguntó: «¿Y tú cómo te llamas, chaval?». En el momento en que quise responder, sentí que algo se me cerraba entre el paladar y la lengua, como si de repente se me hubiera llenado la garganta de arena.

Tartamudo. Jonás ya no estaba. Había subido al ascensor hablando como cualquier otro niño y ocho pisos más abajo la mecánica estaba desconfigurada. En menos de medio minuto, mi cerebro había dejado de calibrar las cantidades exactas de aire y voz que necesitan las palabras para construir y dibujar frases. Pura biología.

¿Por qué? ¿Qué había cambiado en esos veintitrés segundos?

En cuanto salimos de la consulta de la logopeda, mi madre me agarró de la mano y tiró de mí hacia la boca del metro. Mientras bajábamos a toda prisa las escaleras la oí decir, sin levantar la vista del suelo:

—Qué psicólogo ni qué psicólogo. Ya sabía yo que venir era perder el tiempo. A ti se te ha atragantado lo de tu padre, como a todos. Demasiado poco nos pasa. —Se plantó delante de la taquilla para comprar los billetes y rabió, meneando la cabeza mientras buscaba el monedero y volvía la vista hacia la calle—. Qué psicólogo ni qué psicólogo. Sacacuartos, eso es lo que sois todos.

Mamá no volvió a llevarme a ningún médico y yo entendí que iba a tocarme ingeniármelas por mi cuenta y buscarme la vida para vivir con mis palabras a medio hacer, así que, ya puestos, empecé por lo más urgente: decidí que si me atascaba en la «n» de mi nombre, lo mejor era quedarme allí y no insistir.

Se acabó Jonás. Mejor Jon.

Y de ahí me viene. Lo de mi nombre, quiero decir.

Bueno, eso y otras cosas.

Pero estábamos en el zoo.

En cuando aparqué la moto, me crucé con los dos Juanes y con Bryan, el chaval nuevo que desde hace unos meses se encarga del aviario. Nos saludamos como siempre, sin hablar. Aunque aquí algunos nos conocemos desde hace tiempo, hablar, lo que se dice hablar, no se habla mucho. Esto es como un gran barrio y cada cual va a lo suyo, unos más que otros, pero somos tantos y hay tanto movimiento que lo de intimar se da poco.

Bordeé el recinto de los canguros y crucé el puente, que estaba todavía en obras, saltándome la valla de protección. Por la mañana, cuando llegamos, el zoo todavía huele a noche. En cuanto entras se te llenan los pulmones de una mezcla de olores fuertes que solo encuentras aquí a esa hora: orines, excrementos, arena mojada, rocío, aire fresco, forraje y sueño que, para quienes vivimos esto como algo propio, es una segunda vida. Respirar ese resto de oscuridad te llena la cabeza de ruidos e imágenes que te transportan lejos, a un mundo que no es este pero que reconoces porque hay en él algo de ti. Lo mismo vale para el turno de noche: quedarte aquí cuando el zoo duerme es como un chute de magia en la vena. Una de las primeras cosas que me sorprendieron cuando me tocaron las primeras guardias nocturnas fue darme cuenta de que, aparte de nosotros, del personal de la casa, casi nadie se pregunta qué hacen los animales del zoo durante la noche, qué pasa aquí a partir de que las puertas se cierran y la ciudad echa la persiana. Cuando pensamos en el zoo, nadie imagina esto de noche, nadie se acuerda de que aquí la vida sigue aunque no se deje ver.

La primera vez que lo comenté con Edith ella me respondió algo que me dio que pensar.

—No se lo preguntan —dijo— y, la verdad, yo tampoco lo había hecho hasta ahora. —Luego añadió—: Supongo que para la gran mayoría esos animales existen solo porque están allí. O peor, existen *para* estar allí. Como si por ellos mismos no contaran o no tuvieran entidad.

No respondí nada y ella, al ver que yo no parecía tenerlo claro del todo, intentó explicarse mejor.

—Están porque se pueden visitar, Jon —concluyó—. Es como si el zoo fuera uno de esos juegos que había antes en los bares, en los que echabas una moneda, le dabas al *play* y los monigotes que había dentro se activaban y se mantenían con vida siempre que consiguieras darles más pantallas, o más fuel, o lo que fuera que había que darles. No sé si me explico.

Le dije que sí, que lo había entendido, aunque durante un tiempo seguí dándole vueltas. Incluso intenté comentarlo con algún compañero, pero en aquel entonces yo acababa de llegar a la casa y enseguida capté que la pregunta no era bien recibida y que la señal de retorno era más bien pobre. También intenté volver a tocar el tema con Edith pasados unos días, pero ella me paró los pies.

—Olvidalo —me cortó—. Estás empezando de cero con muchas cosas y eso no te va a ayudar, créeme. Poco a poco.

Le hice caso. A fin de cuentas, en aquel momento tampoco teníamos la confianza que tenemos ahora y preferí no insistir. Éramos, como ella lo llamó una vez, «buenos vecinos con una amistad en fase 2». De todas formas, la cuestión vuelve a rondarme cada tanto. En cuanto me despisto, ahí está de nuevo. La última vez fue justo antes de lo de marzo, mientras daba una charla en una escuela de la zona.

Lo de las charlas es algo que este curso he hecho de vez en cuando. Como en el campo todo se sabe y ya son unos cuantos años aquí, a los coles de la comarca les mola tener a un cuidador

del zoo a mano y he pasado a veces a charlar con los chavales y a contarles cosas de lo que hago allí. Nada del otro mundo, pero a ellos les gusta y reconozco que tiene su puntillo. Ese día, cuando terminé la charla y llegó el turno de preguntas, un crío de la clase de los más pequeños levantó la mano.

—Cuando los elefantes se van a la cama, ¿duermen felices o a lo mejor se toman pastillas? —preguntó con cara de preocupación. No tendría más de seis o siete años.

Un aluvión de risas barrió el gimnasio donde nos habíamos reunido para la sesión. El chaval ni se inmutó, como si aquello no fuera con él. Puso cara de no entender a qué venía tanto jaleo y esperó.

—¿Por qué crees que deberían tomar pastillas para dormir? —quise saber.

El crío siguió aparentemente ajeno a la reacción que había despertado en la sala. Toda su atención estaba puesta en mí y en lo que esperaba de mi respuesta.

—Es que mi madre toma siempre —contestó con una voz encogida—, porque dice que si no se toma dos pastillas de las pequeñas tiene pesadillas, aunque a veces grita cuando duerme y me parece que le duele o a lo mejor no, pero no se lo pregunto porque me da miedo que se enfade.

No volvieron las risas. Dos de las maestras se miraron con esa cara de incomodidad que conozco bien, y antes de que yo pudiera contestarle, el crío quiso añadir algo:

—Es que si mi madre se enfada, entonces se marcha y ya no queda nadie.

Algunas risas preadolescentes en las últimas filas. Luego el silencio cayó a plomo sobre el gimnasio y, en un intento por cortar cuanto antes la deriva que estaba tomando aquel hilo, tiré del tema del mal dormir para contarles a todos aquellos chavales que cuando me toca el turno de noche en el zoo quien no duerme soy yo.

—¿Sabíais que dormir en el zoo es casi siempre imposible, sobre todo en verano? —empecé—. Eso lo sabemos bien quienes hacemos el turno de noche.

El momento difícil parecía superado. Ahí estaba de nuevo la curiosidad general.

—¿Los animales del zoo no se van a dormir a casa por la noche? —preguntó una niña que estaba sentada en la segunda fila y a la que casi no pude ver.

Risas, incluidas las de algunas maestras.

—No —dije—. Viven allí.

—Entonces, ¿cuándo van a ver a sus padres? —insistió la voz—. ¿Los fines de semana? Es que a mi padre lo veo los sábados todo el día y el domingo hasta las tres y luego ya no porque no se puede.

Una maestra hizo callar al grueso del grupo, que había empezado a hablar a la vez. Aproveché para volver a sintonizar la charla hacia un plano más general.

—Os contaré algo muy curioso —dije, poniéndome serio—: Muchas noches, mientras duermen, los elefantes sueñan —empecé—. Bueno, no solo los elefantes.

—¿Y usted cómo lo sabe? —volvió a saltar el primer chaval, esta vez sin molestarse en levantar la mano.

Me equivoqué. Lo supe en cuanto hablé, porque justo antes de responder dudé, y porque tendría que haberme sacado de la chistera una de esas respuestas apagaincendios que usamos los adultos cuando nos topamos con un crío que más que un niño es un laberinto mal resuelto de retales familiares en desorden. Lo supe antes de hablar, pero hubo algo en el tono y en la curiosidad de su mirada que resonó en mí, pillándome totalmente desentrenado.

—Porque hablan en sueños —respondí. Y, antes de poder corregir, añadí—: Y a veces lloran.

Se hizo el silencio en el gimnasio. Las dos maestras bajaron la vista y el chaval me miró con

los ojos muy abiertos y asintió despacio.

—Como mi mamá —dijo. Y enseguida se iluminó—: ¿Y los elefantes lloran de verdad? ¿Con lágrimas y todo?

La pregunta volvió a pillarme blando. El niño pedía verdad, como casi todos los niños que preguntan para saber.

—Depende de su historia —contesté.

—¿«De su historia» cómo? —insistió el chaval sin dejar de cruzar y descruzar las piernas.

—Todos los animales tienen su historia, como nosotros —dije—. Lo que pasa es que los que viven en el zoo tienen dos: la que vivieron antes y la que empezó el día que llegaron.

El niño me miró con cara de estar ya dándole vueltas a lo que acababa de oír y enseguida, justo antes de que sonara el timbre, volvió a hablar:

—Entonces, ¿lloran porque se acuerdan de la historia de antes, cuando estaban con sus padres y toda la familia junta, con los primos y todo, en los documentales de animales de África que ponen después de comer y ahora ya no pueden volver a estar juntos ni siquiera por internet porque no tienen dinero para el ordenador y tampoco tienen contraseña?

No hubo tiempo para más. Me salvó el timbre y respiré, aliviado, al ver que la conversación moría allí. Media hora más tarde, mientras volvía en moto a casa, me sorprendí repasando mentalmente mi conversación con el crío. A medida que subía por el camino forestal que bordea el valle, subrayaba mentalmente palabras sueltas que iban desprendiéndose del texto imaginario de nuestra conversación y caían sobre el camino como de una sopa de letras gigante: «familia», «dos historias», «verdad», «sueñan» «lloran porque se acuerdan»... Las palabras iban quedando grabadas en el suelo de tierra, pero la voz del niño seguía repitiéndolas en mi cabeza sin un orden definido, como si en realidad formaran parte de un crucigrama que yo no sabía ver.

Poco podía imaginar en aquel momento que hoy, cuando apenas han pasado unos meses de esa tarde y estamos a pocas horas de que empiece el verano, tendría en mis manos el destino de una de esas historias dobles que habitan el día y duermen la noche y que la vida, mi vida, habría de sorprenderme con un cambio de rumbo que esa tarde en la escuela ni esperaba ni deseaba.

Y todo por una niña.

Una niña con nombre de pájaro.

Una niña y una llamada.

Edith

Lo supe de madrugada, poco antes de que Jon y su moto pasaran ronroneando como todas las mañanas por delante de casa de camino al trabajo. Lo supe porque lo oí. Eso de oír de madrugada es algo muy nuestro, muy de las viejas. Con la edad nos reactivamos de noche, como los gatos. Violeta dice que llega un momento en la vida en que empezamos a escuchar menos y que eso nos ayuda a oír mejor: «Hay una alarma escondida en el fondo de nuestro oído que despierta cuando todo suena ya a historia repetida. O sea, para que lo entiendas, mamá: cuando una ya lo ha oído todo en la vida y lo que más suena es el aburrimiento». Violeta lleva razón, aunque a sus cuarenta y seis años no sabe aún, porque no le toca, que las cosas son más sencillas que todo eso. Lo que no sospecha esta hija mía es que las mujeres oímos con los años y con la memoria, que el oído es lo de menos. Es así, y lo digo yo, que ya he pasado de los setenta y cinco. Si alguna ventaja tiene haber envejecido en orden, por mucho que Violeta se ponga como una fiera cuando me oye llamarme «vieja», es saber con qué oímos y con qué decidimos no oír, o no saber.

Esa madrugada de marzo oí que aquel no iba a ser un día cualquiera y que algo se cocinaba allí arriba. Me bastó con mirar la hora en el móvil: las cuatro y cinco. Enseguida me acordé de Andrea y de su «teoría de la hora trémula». Más o menos decía así: «Hay una hora durante el día en que ocurren las cosas que nadie debe ver. Es la hora en la que los que duermen, duermen profundamente, y los que madrugan todavía no han empezado a despegarse del sueño. Es la hora de nadie, una grieta por la que se cuela aquello que se desliza entre los distintos planos de lo que hay. Lo inexplicable, las casualidades, las señales, eso que llamamos “destino”... esas cosas viven ahí, se mueven en ese andén. Es solo una hora entre veinticuatro, pero es la columna del tiempo y de la credulidad, por eso hay quien la llama “la hora crédula”».

Andrea tenía esas cosas. Y teorías, también tenía teorías para todo, todo el rato. «Los abogados somos así por defecto —se defendía—. Vivimos de exprimir teorías, o qué creías.» Menos mal que, cuando la conocí, yo venía de haber sobrevivido a casi veinte años de matrimonio con un fiscal, y encima belga, con lo que el tema de las teorías ya me pilló bastante viajada.

En realidad, lo mejor de Andrea llegaba cuando desaparecía la abogada y aparecía la otra, la que, sin saber cómo, te sorprendía con cosas como lo de «la hora trémula». De hecho, y por eso duramos lo que duramos, cada vez fue más esa, más la Andrea trémula y menos la teórica. El cambio tardó en llegar, es cierto, pero llegó, sobre todo cuando enfermó. Supongo que con la enfermedad las teorías suelen perder peso, como las personas.

La enfermedad lo cambia todo.

Lo cambió todo.

En cuanto me puse las gafas para ver bien la pantalla del móvil y me fijé en la fecha, entendí: 21 de marzo. En una esquina de la pantalla había aparecido un sol radiante con un mensaje de esos que genera automáticamente el propio teléfono: «Hola, Edith, soy Sonia, tu operadora

personal. Hoy a las 06.18 empieza oficialmente la primavera. Celébralo con el nuevo plan de datos Girasol». Tardé un par de segundos en entender, pero cuando lo hice, lo que celebré fue que la tal Sonia no pudiera verme la cara, ni la mía ni la de las tres fieras gatunas que dormían sobre mi cabeza. «Santo Dios —pensé, intentando dar con el interruptor de la lamparilla, mientras Rouco alargaba la zarpa desde la almohada para arrebatarme el teléfono—, no hay escapatoria. Que Dios se apiade de los insomnes y mande un girasol lleno de pipas de cicuta a todas las Sonias operadoras del mundo.»

Borré el mensaje del plan de datos Girasol y automáticamente el «21» ocupó casi toda la pantalla. Enseguida me acordé de lo mucho que a Andrea le gustaban los días 21. «En el tarot el 21 es el arcano del mundo, la carta de quedarnos tranquilas en casa y esperar a que nos pasen cosas buenas», decía. La traducción de esa poética tan infrecuente en Andrea era la siguiente: hoy toca día de acuartelamiento y de limpieza general, o lo que es lo mismo, día de cambiar sábanas, sacudir alfombras, revisar rincones, lejía, aspiradora, polvo..., gatos. Lo del 21 y toda esa mandanga era la excusa perfecta de la que ella tiraba todos los meses para ponerse a limpiar la casa de arriba abajo, y de paso volverme loca con tanta fregona, tantas lavadoras y tanto trapajo sucio. Es que lo que de verdad le gustaba a Andrea no era el derecho. Lo suyo era limpiar. Y ordenar, ordenar también.

—Vale, sí. A mí me gusta limpiar y a ti te gustan tus gatos, así que somos la pareja perfecta —me dijo el día que la pillé intentando pasarle la aspiradora por el lomo a Valerio, un gato persa que teníamos en aquel entonces—. Tú ensucias y yo limpio, qué más queremos. Lo malo será cuando una de las dos ya no esté. Si falto yo, a ti se te comerá la porquería, y si faltas tú, me aburriré como una ostra porque no habrá nada que limpiar.

Fue ella. La que faltó fue Andrea. Faltó y sigue faltando. Y, bueno, algo de razón tenía, porque un poco de porquería en casa sí que hay. Pero eso es justo lo que yo siempre he defendido: esa «no limpieza» le da a una casa la chispa de vidilla que a mí me gusta que tengan. Un poquito de polvo por aquí, una capa de grasa en los filtros del extractor, una bola de pelo saludando al subir a la buhardilla, yo qué sé. Además, es que son demasiados gatos y demasiada ausencia y las dos cosas combinan mal. En cualquier caso, entre que al quedarme sola quiero creer que ensucio menos y la ayuda puntual de Irina, sobrevivo sin problemas, aunque aquí seguimos echando de menos su aspiradora y su risa, sobre todo la risa.

Los gatos, hablaba de los gatos. Llevaban algún tiempo medio rarunos y hacía unos días que yo no me encontraba bien: mal cuerpo, mala mente. Había vuelto a dolerme la espalda y por la mañana me levantaba con vértigo. Todo parecía que costaba más, todo pesaba más. Recuerdo que tuvimos un par de cortes de agua y que encima se me estropeó la lavadora. Para más inri, el chico que vino a arreglarla me dejó sin ella y sin ninguna esperanza de resucitarla, así que, como siempre que me pasa algo en casa y necesito ayuda, decidí que al día siguiente hablaría con Jon para que me dejara usar la suya. Le escribí una nota de vecina buena y me acerqué antes de acostarme para dejársela en el poyete de la ventana:

Mañana pasaré a poner un par de lavadoras. La mía ha fallecido esta mañana y ahora mismo soy toda odio y rencor contra el mundo y sobre todo contra ella, a pesar de sus veintidós años de fidelidad. Te lo digo porque si encuentras en tu secadora un montón de bragas y sujetadores con las gomas dadas y unas cuantas sábanas con dibujos de gatos no las quemes, hazme el favor.

EDITH

Horas más tarde, a las cuatro y seis minutos exactamente, fue cuando me despertaron los gatos, que duermen sin dormir como solo duermen ellos y nosotras, las viejas. Me pareció oír una especie de gemido que venía de fuera y me asusté. Temí que algo le hubiera pasado a alguno de los gatitos que en aquel entonces vivían en el pajar y bajé a ver, pero ni siquiera me hizo falta cruzar el jardín para saber que estaba equivocada. En cuanto puse el pie en el camino y levanté la vista, comprendí.

La veleta.

Sobre el tejado de la iglesia la veleta estaba girando, tímidamente empujada por un viento que desde donde yo estaba no noté. Lo que sí sentí fue un escalofrío que me recorrió la espalda y que murió pronto, pero que se repitió un par de veces más. El chirrido del hierro oxidado intentando girar en el campanario era como el de un sacacorchos que forcejea sin éxito para agujerear el tapón de la botella antes de tirar de él.

Me quedé plantada en mitad del camino, con los ojos clavados en la silueta del gallo, que giraba trabajosamente contra la luna casi blanca, como si de pronto aquella sombra de pájaro con su flecha oscilante estuviera transmitiendo un mensaje en un código que yo debía adivinar. El hierro oxidado chirriaba para mí y en él había un lenguaje, un algo hipnótico del que me costó unos segundos despegarme.

—Ah, no. La veleta no —me oí susurrar a nadie—. Otra vez no.

Cerré los ojos. Hasta esa noche, en los casi treinta años que llevaba viviendo en la antigua rectoría, la veleta de la iglesia se había movido solamente una vez, y de ese episodio había pasado poco más de un año. Antes de eso no existía constancia de que la veleta hubiera tenido movilidad, o al menos ninguna de las fuerzas vivas que todavía mantenían algún vínculo con la aldea tenía recuerdo de ello. En realidad, lo de «fuerzas vivas» es una exageración. Fuerzas quizá había habido muchas, pero viva, en aquel entonces, quedaba solo una.

—Es una veleta fija —me dijo Antón, el alcalde, cuando, aprovechando que había bajado al pueblo a hacer una gestión en el ayuntamiento, pasé a preguntar—. Pero, si quiere estar segura, mi abuelo igual se acuerda.

El abuelo en cuestión vivía en la residencia que su nieto, tercera generación de alcaldes, había construido junto a la única rotonda que hay en todo el valle. El señor me recibió en la terraza que daba a la rotonda, vestido como quien espera a una reportera del telediario: cuatro mechoncillos pegados con gomina a la calva, traje azul marino con botones dorados, gemelos, corbata con pasador de oro, anillo de sello, botines y bigote. En cuanto me senté, se lanzó a hablar como si no lo hubiera hecho en años y aprovechó para contarme un montón de cosas sobre la guerra, sus padres y el pueblo, hasta que de pronto se interrumpió y, arqueando una ceja gorda y peluda como una oruga, preguntó:

—¿Esto para qué canal era?

Le contesté que no había ningún canal, que lo mío era simple curiosidad personal. El hombre me miró como si acabara de entender que quien tenía sentada delante de él no era una mujer, sino una especie de caja llena de trastos viejos que alguien había olvidado bajar a la calle. Chasqueó la lengua. No le gustó. La oruga se desperezó y dibujó una línea recta.

—¿Curiosidad personal? —preguntó con cara de asco—. ¿Usted no será una de esas que llevan metida la camarita ahí? —dijo, señalándome el pecho con la barbilla. Y, antes de darme tiempo de contestar, levantó la mano y me señaló con un dedo acusador—. Usted... usted es la anarquista esa que vive en la aldea, ¿verdad? —gruñó—. ¿La que quiere quemar la iglesia para poner un gimnasio de yoga?

No supe qué decir. La mirada torva del hombre era todo menos amistosa y el dedo me apuntaba como el cañón de una escopeta.

—Ya decía yo —gruñó de nuevo mientras se sacaba un palillo del bolsillo y se lo metía en la boca. Inmediatamente se le escapó un poco de baba por la comisura del labio—. Si es que no hay más que verla. Usted y la otra, la machorra flaca de la mala leche.

Eso ya no me gustó. Nada, no me gustó nada. A él pareció importarle poco.

—Quieren quitárnoslo todo, hasta las veletas de las iglesias, para que nadie sepa que allí arriba, en la aldea, hubo hombres de bien —volvió a la carga—. Y todo por culpa del yoga ese de los okupas y de las feministas que rescatan cerdos y cabras en la carretera para cuidarlos como si fueran perros en esas comunas sacacuartos. ¿O qué se cree, que aquí no nos enteramos de las cosas?

Hasta ahí mi labor de investigación. Cuando me deshice de aquel Nosferatu con anillo de comunión, bajé volando a la calle y mientras rodeaba la rotonda para ir a buscar el coche, vi volar una maceta que se estampó en la acera, a unos metros de mí.

—Marranas —fue lo último que oí desde las alturas.

No volví a intentarlo. La única información que conseguí después de eso, y fue por pura casualidad, me llegó de la mano de Amparo, la cartera, un día que fui a recoger un par de envíos y la encontré sola. «Me suena haberle oído decir a la hermana de mi abuela, tía Herminia, que antes de la guerra la veleta sí que había girado —comentó sin ganas mientras buscaba lo mío—. Aunque para los mayores de aquí, antes de la guerra todo funcionaba distinto. Y, por supuesto, mejor —remató, ayudando poco o nada—. Quizá recuerdan o quizá inventan. A saber.»

Conclusión: durante décadas, y seguramente durante siglos, el óxido había vivido inmóvil, clavado en el campanario.

Hasta la mañana que Mer se marchó y el óxido decidió hablar.

Fueron apenas unos segundos: diez o quince, no más. Después de eso, silencio. Yo de pie en mitad del camino y la iglesia envuelta en luz de luna. La hora crédula.

Contado ahora, después de lo que han cambiado las cosas, sería muy fácil reconstruir la escena desde lo que ya sé y sumarle, de paso, una pizca de drama o de tensión. Sin embargo, drama, lo que se entiende por drama, hubo poco. La primera vez que la veleta se movió fue casi un visto y no visto que en su momento no compartí con Jon ni con nadie, porque me pareció algo anecdótico. En las aldeas vacías pasan cosas de esas a menudo, chispazos que entran dentro de la normalidad, porque aquí lo que más hay es abandono, casas huecas con paredes negras por el humo, hiedra tapiando ventanas, nidos vivos y secos... La aldea es como un árbol caído que poco a poco se descompone, engullido por lo natural. En el campo todo está en proceso de algo. Un día a la veleta del campanario le da por despertarse y girar un poco y, vete tú a saber por qué, donde antes había este, por la tarde hay norte. ¿Y qué cambia eso? Nada, no cambia nada. Es parte del abandono, de los remanentes de humanidad que siguen vivos entre los restos del naufragio.

No cambia nada, no. O al menos eso creí entonces.

Que lo de Mer no tuvo nada que ver con el episodio de la veleta.

Ahora sé que me equivoqué, pero hoy es fácil saberlo porque el rompecabezas está casi completo. Además, ahora saber importa poco.

Han pasado demasiadas cosas desde ese día. A mi edad, lo del pasar de las cosas solo lo entendemos las que todavía quedamos. Han pasado muchas cosas que no se han visto pasar y esas, las que transcurren en silencio, son las que hacen de la vida lo que es, pero eso no lo

entienden quienes no han sobrevivido a los setenta. Ellos todavía creen que lo que pasa es lo que vemos. Creen que pasar es que te oigan y que si nadie te oye es que no pasaste. Y eso es justo lo que no.

En fin.

Seguí un rato de pie en mitad del camino, viendo de nuevo cómo el gallo empujaba hacia la izquierda en su peana de hierro, movido por un viento que no soplaba más que allí arriba. Luego, cuando no me quedó ninguna duda, volví a casa y me acosté. El móvil marcaba las 4.54. Esperé, mal despierta. Poco bueno debía de estar transpirando este cuerpo, porque ningún gato volvió a subir a la cama, ni siquiera Herodes, que, con sus sordos diecinueve años, se tira contra ti como una piraña cada vez que hay que cambiar las sábanas y ve peligrar su parcela de jubilación. Seis minutos más tarde, en el momento exacto en que en la pantalla del móvil dieron las cinco, el chirrido desapareció y se hizo el silencio, un silencio vacío y lleno de ecos que se alargaron desde el campanario hasta mi ventana. Me quedé sentada en la cama, intentando relajarme a base de libro, radio y un trozo de tarta de limón que rescaté de la nevera, hasta que un par de horas más tarde oí el ronroneo de la moto de Jon delante de casa y me levanté a mirar. Sobre el campanario, la veleta quieta no estaba a la vista. Un pequeño sombrero de bruma espesa la había cubierto de jirones blancos. Respiré, aliviada.

«Te estás volviendo loca, Edith —pensé mientras me ponía el albornoz—. Te estás volviendo loca y lo del sueño no ayuda. Estas cosas te pasan por no dormir tus seis horas y seguro que irá a peor, porque pasados los setenta y cinco ya nada va a mejor. La locura empieza por ahí, por este desorden de sueño que llevas. Menos siesta y más dormir de noche, eso es lo que tienes que hacer.» Seguí dándome cuerda en silencio, fustigándome por haberme saltado los últimos cinco chequeos anuales que incluye mi seguro médico y castigándome aún más por esa costumbre tan mía de evitar médicos y hospitales y resistirme a empezar con el lorazepam o el alprazolam, porque Violeta dice que eso te come la sustancia blanca del cerebro y que, tal y como soy yo, en nada me engancha a lo que sea y termino encerrada en un centro de esos con la baba colgando. Aunque en realidad, lo del centro y la baba no es lo que más me importa. Lo que me preocupa es que, conociéndola, Violeta seguro que me busca uno de esos sitios para viejas chifladas sin calefacción y con habitaciones para dieciocho en el que no dejarán que me lleve a mis gatos.

Y yo sin mis gatos, no.

Mientras encendía la estufa de parafina me prometí que pediría hora a mi médica de cabecera y que trataría con ella lo del sueño. Además, necesitaba renovar el botiquín. En cualquier caso, cada vez estaba más convencida de que lo de la veleta había sido un simple episodio de nocturnidad de vieja gatuna o, como mucho, una mera coincidencia.

—Las viejas y el sueño. Eso sí que da para un buen reportaje —le dije a Andrea al pasar por delante de la foto que tengo de ella junto a la ventana, acordándome del viejo Nosferatu, que debía de seguir vagando como un fantasma por la residencia del pueblo—. Un especial «Especies protegidas».

Me reí y la imaginé riéndose conmigo. Qué extraño lo de la risa, lo poco que parece pesar cuando está y lo que perdura cuando ya no queda. Andrea decía que lo de encontrar a alguien con el mismo sentido del humor que una es casi un milagro. «No que te haga reír —aclaraba—. Que comparta tu sentido del humor, que te contagie y se contagie con tu parte cómica. Eso, si pasa, no tiene final, porque el humor siempre suma, siempre hace bien.» Tenía razón. Y tenía además una de esas risas contagiosas que yo siempre he envidiado. Se reía con el cuerpo entero, como si todo en ella se sacudiera a la vez y la risa la ocupara. Se reía mucho, nos reíamos

mucho, y ella me decía: «Si tú te oyeras, Edith, si te escucharas y te oyeras como te oigo yo, te reirías tanto que te querrías más, mucho más».

En la ventana, el ronroneo de la moto de Jon se apagó tras la curva que sumerge el camino en el bosque y segundos más tarde volvió el silencio y con él la oscuridad. Esperé unos segundos antes de desviar la mirada hacia la iglesia. Cuando por fin lo hice, todo el chachareo interior que hasta entonces me había acompañado desapareció. En lo alto del campanario, libre del resplandor que había proyectado a su paso el faro de la moto, la niebla ya no estaba. Mi alivio tampoco.

La punta de la flecha había girado hacia el oeste.

Cerré de golpe el postigo y bajé directa a la cocina. En la siguiente hora y media hice todo lo que había dejado por hacer desde el fin de semana anterior: lavé los platos, desmonté el extractor y lo limpié a fondo, embellecedores incluidos, retiré la nevera y fregué el suelo y las baldosas de la pared, ordené los armarios de la cocina donde guardo todo el material gatuno y después, agotada como estaba, me senté a desayunar, me fumé un cigarrillo de hierbas y di de comer a Lola, Lula y Lila, las tres gatas mayores. Cuando por fin me noté más tranquila, fui capaz de centrarme en el orden del día. Dispuesta a ocuparme de mi prioridad número uno, encendí el portátil de la cocina, rescaté el tutorial de YouTube que había dejado preparado la víspera y me dispuse a cocinar.

Estuve toda la mañana trajinando en la cocina e intentando sin éxito dar con alguna tienda que accediera a mandar una lavadora a la antigua rectoría de una aldea abandonada a la que no quiere subir ni el cartero. Durante todo ese rato no conseguí librarme de la oscura presión en el pecho que regresaba cada vez que miraba por la ventana y veía la veleta instalada en su nueva posición. Cuando, horas más tarde, a eso de las tres y media, oí tintinear el móvil, tuve un instante de esperanza.

«Los de la lavadora», pensé.

El mensaje transformó la esperanza en sombra. Era de Jon.

Mentiría si dijera que me extrañó.

Hola, Edith. Esta tarde, si no te importa, pasaré a verte en cuanto llegue. Necesito hablar. Ha pasado algo.

Ha pasado algo.

En cuanto lo leí, entendí que la veleta había girado del todo. Puse el horno a calentar a doscientos veinte como acababa de indicar la gran Sake Tuyo desde su tutorial de pastelería y me senté a liarme unos cuantos cigarrillos de hierbas de doble carga antes de ponerme manos a la obra y desplegar sobre la mesa los ingredientes y todo el material necesario para cocinar.

Al otro lado de la ventana, la veleta apuntaba directamente hacia mí.

Jon

Una llamada y una niña.

Cuando cruzaba el puente para encarar el camino que lleva hasta los elefantes, me sonó el móvil. En cuanto lo cogí y vi el nombre de Damián en la pantalla tiré al suelo el cigarrillo que acababa de liarme y estuve a nada de pisarlo. Damián es el conservador del zoo, el que manda. Antes, durante muchos años, estuvo Martín, un tipo que, según cuentan, se metía poco en nada y al que sobre todo le importaba que las cosas no dieran problemas. Seguramente seguiría todavía en su puesto de no haber sido porque hace un par de años hubo una movida gorda entre unos activistas y el ayuntamiento y al final se lo cargaron y pusieron a Damián, que llegó con muchas ganas de cambiar cosas, pero que en el tiempo que lleva no ha movido ficha y aquí todo sigue igual que antes, o al menos es lo que dicen los compañeros. Damián no es de fiar. Es uno de esos tipos que sonríe todo el rato, pero solo con la boca, y cuando se cruza por ahí contigo te da una palmadita en la espalda y te saluda en plan colega, pero nunca te mira a los ojos. Es como si estuviera mirando siempre a alguien que está detrás de ti o como si tuviera prisa, no sé si me explico. Aitor, el de la cuadrilla del terrario, dice que es un mierda y supongo que eso resume lo que pensamos la mayoría. En fin, que su nombre es el que menos te apetece ver en la pantalla del móvil un día de diario a las 9.10 de la mañana, cuando estás a punto de entrar a currar.

«Hombre, Jon. Buenos días, qué tal, cómo va todo, ¿alguna novedad?» Esas cosas de jefe y currante para empezar. Después, al grano.

—Solo quería asegurarme de que te acuerdas de que esta mañana tenemos visita escolar —dijo.

Me alegré de que no pudiera verme la cara. Pues claro que me acordaba: visita de los chavales de tercero de la escuela Iris, la que está dentro del recinto del zoo. A partir de ahí ya me puse en guardia. Según me han dicho, los chavales de la Iris vienen de excursión el mismo día todos los años desde hace ni se sabe cuánto. Misma rutina, mismo recorrido, mismas preguntas. La visita es un clásico. De hecho, por aquí corre la broma de que queda inaugurada oficialmente la primavera el día que se ven pasar las batas de los chavales. Por eso me extrañó que Damián lo mencionara.

—Otra cosa, Jon. —Me pareció oírle fumar y estuve tentado de recoger el pitillo del suelo—. Si no te importa, me gustaría comentarte un tema.

—Claro.

Un tractor pasó en ese momento por debajo del puente y él pareció oírlo, porque esperó a que el ruido se alejara antes de seguir.

—No es para hablarlo por teléfono —dijo—. ¿Qué te parece si te pasas por mi despacho cuando acabes, antes de salir? ¿A las tres? —No me estaba dando a elegir y lo entendí. Le contesté que sí, que vale, que a las tres.

—Perfecto. Nos vemos aquí —dijo, dando la llamada por finiquitada.

Se hizo entonces uno de esos silencios que no sabes cómo llenar con un jefe como Damián,

porque como todavía no le has pillado el punto ni hablas nunca con él por teléfono no hay confianza. Cuando yo ya iba a colgar, él volvió a hablar:

—Ah, Jon, se me olvidaba... —Hizo una pequeña pausa para echar el humo y terminó la frase —: Felicidades, cumpleaños. —No supe qué decir. En el tiempo que llevo trabajando en el zoo, no he oído que Damián haya felicitado a ningún cuidador por su cumpleaños. Debió de notar que me había pillado a contrapié, porque enseguida añadió, con una especie de carcajada ronca—: Ya me dirás cómo te las ingenias para meter cincuenta y nueve velas en una tarta. Me parece a mí que vas a tener que encargar una como las que les damos a las elefantas...

El comentario quiso ser gracioso, pero no terminó de funcionar. Después de eso, poco más. Seguí allí de pie con el móvil en la mano unos segundos hasta que él cortó. Justo entonces, desde el puente, mientras me agachaba a recoger el pitillo del suelo, oí barritar a Dora y a Bimba. No falla. Las dos elefantas barritan así todas las mañanas en cuanto pongo un pie en el puente. Primero Dora, luego Bimba y enseguida las dos a la vez. Saben que estoy cerca y me saludan. Luego siguen unos segundos de silencio y por fin suena un último saludo, este más tímido, casi inaudible. Es la voz de Susi, que también me reconoce desde su pequeño recinto particular. Algunas veces se hace de rogar, y en ese intervalo de silencio alargado noto que mis nudillos se blanquean alrededor de la barandilla. Me asusto, me asusto a pesar de que me digo y me repito que no hay motivo para ello, pero la angustia está ahí desde que arranco la moto en casa, todavía a oscuras. Me ha costado tanto conseguir que esa tercera voz salude por las mañanas que aún hoy, después de todo este tiempo, sigo temiendo que cualquier día el intervalo de silencio se alargue y muera sin más. Sigo luchando para que se quede.

Pero esa mañana no tardó. Sonreí, aliviado. A fin de cuentas, siempre se agradece que alguien te espere para darte los buenos días en el trabajo, aunque sea una pandilla de elefantas viejas y gruñonas con ganas de desayunar.

Vidas en las que no pasa nada y en las que, de repente, pasa todo. Esas palabras, las del abuelo, como si hubieran sido las únicas que le había oído decir. Y también: *nosotros somos de esos.*

Nosotros. De esos.

Si revivo hoy ese día y ese momento en el puente y me observo desde arriba —o desde este ahora que para aquel Jon era el futuro—, veo a un hombre ajeno a lo que estaba por ocurrir, incapaz de imaginar todo lo que la vida iba a darnos y quitarnos a los dos en estas últimas semanas. Entre el Jon que soy ahora y el que cruzaba el puente esa mañana han pasado menos de tres meses, y si tuviera que fundir esas dos imágenes en una para poder explicarla, lo único que podría decir es que Jon tiene dos historias, como los animales del zoo: la de antes de cruzar ese puente y la que hay desde que llegó a la otra orilla.

Y es que eso ocurre, a veces ocurre. Un día llegamos al trabajo y todo está como siempre: el escenario es el mismo, los actores también; los elementos y el decorado son los que son y nos movemos por nuestra zona como lo hacemos a diario, confiados en que dominamos el día, los tiempos, el territorio... convencidos de que a nuestra edad —en mi caso ese día eran ya cincuenta y nueve— la tarea está hecha, bien o mal, pero hecha.

Pero de pronto cruzamos un puente, el mismo de todas las mañanas, y nos paramos a fumar un pitillo antes de empezar a currar, y no imaginamos que cuando lleguemos a la otra orilla, acostumbrados como estamos a que nada pase, a que las primaveras no sean nuevas ni estén llenas de posibilidades, de repente algo en el aire, en la suerte, habrá girado unos grados y el viento será distinto, olerá distinto, y la vida será otra, otra cosa.

Otra vida.

Y al llegar a la orilla contraria actuamos como siempre, sin sospechar que tenemos otra historia esperándonos y que la vida no es una sola, sino muchas en una. No sospechamos que a lo mejor los cruces que evitamos en su día no dejaron de estar porque los negáramos, sino que decidieron darnos una prórroga para que llegáramos a ellos con otra piel o con otro poso.

Lo único que sabe el Jon que soy ahora es que hay miles de hombres y mujeres que cruzan puentes a diario durante años y que la vida, la suya, es la misma en las dos orillas porque lo que las une es una línea recta sobre la que se deslizan como el funámbulo sobre el vacío, únicamente preocupados por controlar el equilibrio: adelante y atrás, adelante y atrás, no mires abajo, no te despistes, no te caigas, no tropieces... No vivas. No vivas y así la vida no dolerá porque no estará. Yo he transitado esa línea y sé de lo que hablo. Como los demás funámbulos, también yo creí que estaba a salvo de la vida, que había conseguido burlarla bajando la cabeza y fijando la vista en mi cable para evitar el paisaje que flotaba más abajo. Mi recompensa a un presente obediente era un futuro en la placidez: resbalar sobre los años que me quedaran hasta amerizar en la vejez y descansar de la vida que no había tenido.

Eso es lo que le diría hoy al Jon que fumaba en ese puente, eso y que en estos poco más de dos meses que han pasado desde entonces he tenido que aprender que la edad no nos ayuda a descansar de la vida que no nos atrevimos a vivir, sino que la atrae como un imán. La vida siempre quiere más. Más vida.

Pero hoy es 20 de junio, casi verano ya, y hablar desde el futuro es fácil. Y trampa, también es hacer trampa.

Cuando llegué al otro lado del puente, Dora, Bimba y Susi habían dejado de saludar. El zoo es un mundo extraño y quienes lo habitamos lo sabemos: una especie de ciudad dentro de la ciudad en cuyo interior pasan cosas que nadie creería. Los animales te acercan a menudo a verdades de ti que no conocías, o que tenías olvidadas, y eso engancha, engancha mucho. Mer dice que a quien no le gustan los animales en realidad lo que no le gusta es la verdad. Creo que tiene razón.

A lo lejos, el griterío de un grupo de voces infantiles me devolvió a la mañana más real. Allí estaban, las batas azules de los chavales del Iris. Y allí estaba también Leiva, la maestra de tercero, intentando que no se le desmadraran. En cuanto me vio, sonrió, aliviada.

—Ah, aquí llega Jon —anunció, señalándome antes de volver a mirarme—. Están ansiosos por conocer a Dora y a Bimba —me dijo en cuanto estuve a su lado.

La visita guiada de las elefantas que ofrecemos a los centros es siempre la misma: desayuno, ejercicios de entrenamiento voluntario para ver el estado de las patas, movilidad y poco más. Nada del otro mundo, pero a los críos les encanta y ellas están acostumbradas. Leiva me presentó a los chavales, que ya habían oído hablar de mí.

—¿Es el novio de la señorita? —preguntó una niña que llevaba un bocadillo en la mano.

Leiva y yo nos miramos y ella puso los ojos en blanco. Esa pregunta es, al parecer, uno de los clásicos.

Hubo unas cuantas más. Cuando por fin el interrogatorio terminó, los hice pasar a una zona intermedia desde donde se puede disfrutar en primera línea de las elefantas y seguir de cerca la ceremonia del desayuno. Esperé a que entraran todos para cerrar la verja, pero al volverme vi que faltaba un niño por pasar. Leiva ya se alejaba con el grupo.

—Vamos, chico. No podemos hacer esperar a las niñas —dije—. Dora y Bimba se ponen de un humor de perros si no desayunan a su hora.

El crío no se movió. Llevaba un gorro azul de lana con un logo que no supe reconocer y un

plumífero amarillo que le cubría hasta la boca, dejando a la vista nariz y ojos, poco más. Me miraba muy serio. Decidí acercarme.

—¿Solo hay dos elefantas? —preguntó por fin, ajustándose un poco el gorro.

—Eso es. —Siguió mirándome sin decir nada—. Bueno, de hecho son tres, pero solo se puede ver a dos.

—¿Por qué?

Señalé el recinto anexo, cuyo tramo de valla que lo separa del gran muro de piedra estaba temporalmente cubierto ese día con una lona verde que linda con la zona de público.

—Está todavía en proceso de adaptación. Se llama Susi.

El niño no se volvió.

—¿Y dónde están sus padres?

La mirada del chaval seguía fija en mí. Había empezado a fabricar preguntas a toda velocidad, como ocurre a veces con algunos de los críos que nos visitan. Lourdes, mi compañera, los llama «los niños porqué». Son esas cajas de resonancia llenas de curiosidad infinita que desde pequeños buscan respuestas a las respuestas hasta que alguien, en algún momento, se da cuenta de que lo que en realidad buscan es parar, dejar de bucear en ese laberinto de respuestas sin fin en el que viven enmarañados y encontrar una pregunta.

La pregunta.

El crío era japonés. Me di cuenta cuando se subió un poco el gorro para rascarse la cabeza y pude verlo mejor.

—¿Y sus padres de dónde son? —insistió, girándose, ahora sí, hacia el recinto cubierto y buscando a la elefanta con la mirada.

—Susi es africana —respondí, acercándome a la puerta para cerrarla—. Dora y Bimba también.

—¿Y es inmigrante porque ha venido en el barco del señor que recoge personas en el mar o a lo mejor sus abuelos nacieron en África pero su padre nació aquí como el mío porque la abuela es de Osaka pero papá no?

En ese momento, desde el fondo de la grada, Leiva levantó la mano y me hizo una señal, apremiándome a que me diera prisa.

—Todo eso te lo cuento después —dije, respondiendo a Leiva con la cabeza y echando a andar hacia el grupo—. Ahora tenemos que reunirnos con los demás o tu seño nos va a reñir.

No se movió. Cuando me giré seguía allí, mirándome muy serio.

—¿Cuando los elefantes se ponen tristes también dejan de comer? —preguntó de pronto. No supe qué contestarle y él pareció darse cuenta—. A mi hermana le pasó —dijo.

Leiva había vuelto a agitar el brazo desde la grada, intentando llamar mi atención. Al fondo del recinto, Dora había empezado a barritar impaciente, reclamando su desayuno. No podía entretenerme más.

—Lo siento, chico, pero el deber nos reclama —le interrumpí, poniéndome en marcha hacia la grada—. Si quieres, otro día te cuento más cosas de Susi.

Cuando apenas había dado tres pasos, la voz del chico me llegó desde atrás.

—La abuela siempre dice que si los mayores dicen que otro día, eso es que nunca, pero que no dicen la verdad para que no duela. Lo que pasa es que al final siempre duele y a veces es peor.

No me moví. De pronto tuve la extraña sensación de que aquel chaval me había hablado a mí, y cuando digo «a mí» no me refiero al Jon que el crío tenía delante de él en ese momento, sino al que él no podía ver porque en algún momento había estado pero ya no respondía al que era. Fue

como si su voz de niño contuviera una voz mayor, y me pareció reconocer en su música una nota familiar. De no haberlo tenido allí presente, por el tono y por la forma de construir la frase habría jurado que era Mer quien acababa de hablar. El golpe de memoria fue tan inesperado y tan intenso que noté el eco de su calor en el pecho, en algún punto vagamente identificado entre las costillas.

No hablé. Quise moverme, pero la voz encogida del chaval volvió a pillarme por la espalda.

—Es que no soy un niño —dijo, casi como si hablara al oído de alguien—. Soy una niña. —Y añadió—: Me llamo Suzume, aunque en el cole casi siempre me llaman Su porque es más fácil, pero a mí no me gusta.

Me volví a mirarla. Una brisa helada barrió el recinto desde la zona de los reptiles, situada en la parte oeste del parque, abriendo un paréntesis de silencio entre nosotros. Desde el interior de su recinto, Dora y Bimba volvieron bruscamente la cabeza y nos miraron.

—¿Suzume? —pregunté, tropezando en la mirada húmeda de Dora.

La niña no respondió enseguida. Dora apartó la vista de mí y la desvió muy despacio hacia ella.

—Sí —oí decir a la cría—. En español quiere decir «gorrión».

Gorrión.

Un ligero cosquilleo en el brazo. Eléctrico.

Al otro lado de la valla, Dora parpadeó y bajó la cabeza.

Gorrión.

Noté la boca seca. De repente me acordé de la llamada de Damián en el puente y de su desafortunado comentario sobre las cincuenta y nueve velas de mi tarta de cumpleaños, y en ese momento, no sé por qué, me acordé también de que el abuelo tenía exactamente mi edad el día que se cayó de la escalera y murió en el hospital. Enseguida su voz aguda se coló con un gruñido desde algún rincón de la memoria, hablándome al oído: *Vidas en las que no pasa nada, Jonás. Hasta que un día pasa todo. Cuidado, nosotros somos de esos.*

Cuando volví a abrir los ojos, Dora había despegado los suyos de la niña y volvía a mirarme. Casi me pareció adivinar un amago de sonrisa en ella al tiempo que, entre el ulular de la brisa, se colaba una voz familiar que enseguida reconocí.

Mer.

Mer y los gorriones.

«A ver a quién de los dos le canta el primer gorrión que anide en casa esta primavera.» Y, enseguida, sin darme tiempo a protestar: «A ver a quién le toca este año. Venga, apostemos». Esa es Mer, siempre atenta a las señales, reales o no, que yo no veo ni imagino. «Venga. Apostemos, Jon.» Gorriones, lagartos, larvas, mariposas... Para ella todo lo animal tiene una vida extra, todo ofrece señales más allá de la primera lectura. «Soy científica, qué quieres», suelta siempre que me pilla mirándola con cara de aburrimiento. «No hay gente más colgada de la fantasía que los científicos. ¿O qué creías? Investigar es imaginar todo el rato, pero tomando notas.» Imaginar. Mer imagina una historia para cada cosa, sobre todo para lo que escapa a la atención de los demás. Una pluma pegada a una sábana esconde una historia. Los restos de la mandíbula de un jabalí en el bosque también. Para ella las cosas están vivas, más allá de lo que ofrecen o de lo que son. Las cosas son, pero sobre todo están. Desde que nos mudamos a la aldea, en algún momento de los tres inviernos que llevamos aquí, cuando pasamos por delante de los nidos vacíos que los gorriones han abandonado en el tejadillo del cobertizo, se para y repite lo del gorrión, anunciándolo como si fuera un buen augurio. «A ver a quién le trina este año el primer gorrión.»

El primer trino equivale a que el año en cuestión le tiene reservada una sorpresa al destinatario. «Ni buena ni mala. Sorpresa», se enroca Mer cada vez que caigo como un tonto en la trampa y le pido que sea más explícita. A Mer siempre le ha gustado anunciar cosas, es un poco su forma de adelantarse a todo. «Hay que conjurar», dice. Y apostar, ¿he dicho ya que le encanta apostar? «Qué te apuestas a que... qué me das si...» Hace años que aprendí a no apostar con ella, y no porque casi siempre pierda, sino porque además a Mer no se le da bien ganar. Es de las que espera a tener la razón para darte la puntilla con uno de esos «qué te había dicho» que nunca sientan bien. La realidad es que a Mer se le da mucho mejor perder que ganar, porque ganar la aburre y perder la anima a abrir una nueva pantalla que le ofrezca un nuevo desafío. Ella necesita retos, saber más, poder más... y en eso es imposible seguirla, o al menos yo ya no puedo. Supongo que, de tanto convivir con ellos, he dejado de hacerles caso. Demasiados años de desafíos. Quizá demasiados años de Mer, quién sabe. «Qué te apuestas a que...» Es casi como si hablara consigo misma, como si apostara contra la suerte, o contra el futuro. Cuando habla así yo no cuento. Casi nadie cuenta cuando aparece esa Mer.

Esa es la cara B de Mer, la que pocos conocen, porque es la que rara vez se deja ver. En ella conviven dos: está Mer y *el* mundo y está también Mer y *su* mundo. No son lo mismo. No son la misma mujer. La primera vive en tierra, pisando el suelo que pisamos todos: rutina, orden, casa, universidad, clases, paseos, comprar, hacer, decir... La segunda es otra: despierta de su letargo cuando concluye su trimestre en la universidad y empiezan los viajes. Ella lo llama: «mi temporada de huracanes» o «las misiones». Cuba, las Galápagos, Sudáfrica, Australia, congresos, artículos, pingüino rey, de Magallanes, caimanes de Florida... Lejos, esa es la Mer que no se comparte porque está lejos o no está. «Cuando estoy, estoy. Pero cuando no, no me pidas que esté porque no sé hacerlo», se explica. La intensidad. Intensidad en su presencia e intensidad en sus ausencias.

El año pasado, el gorrión llegó en un momento extraño, apenas unas horas antes de que saliéramos hacia el aeropuerto. Hacía una semana que Mer había terminado su trimestre en la facultad y estaba libre para empezar a viajar. El primer destino era, como ocurre cada dos años, la colonia de pingüinos de Isla Decepción, «la colonia», como ella la llama. Dos meses y medio en la Antártida y vuelta. No tenía cerrado el billete de regreso, porque siempre que viaja a Isla Decepción las fechas dependen de lo que marca la navegación del *Hespérides*, que es el que hace la ruta hasta allí desde Punta Arenas. Después tocaba un par de semanas de descanso en casa y vuelta a viajar. Y así el año entero, todos los años. Mer necesita una casa a la que llegar y desde donde salir, lo demás está fuera, en movimiento. Volar. «¿Sabías que el pingüino es el único animal que vuela bajo el agua, Jon? No nada. Vuela.» Recuerdo que hace mucho, cuando ella empezaba a investigar en el extranjero, le hicieron una entrevista para un dominical en el que aparecía junto con otras científicas que supuestamente «iban a dar que hablar». Las preguntas eran prácticamente las mismas para todas. La última decía algo así: «¿Hay algo por lo que renunciaría a su carrera en la ciencia?». La respuesta de Mer fue Mer en estado puro. No me sorprendió. «Volar —respondió—. Renunciaría a todo por poder volar, aunque solo fuera un minuto. Pero sin esfuerzo ni ayuda, bajo el agua, como los pingüinos. Planear bajo el agua y ver.»

Planear bajo el agua y ver. No he vuelto a oír a nadie decirlo así.

La mañana que se fue, mientras ella terminaba de recoger sus cosas y hacer la maleta, al abrir los postigos de mi cuarto sorprendí a un gorrión en el cable que va desde el ventanal hasta el poste del camino. El pájaro me miró sin asustarse. Poco a poco, cediendo a una curiosidad que

me sorprendió, fue acercándose a saltitos por el cable hacia la ventana y cuando llegó a menos de un par de palmos de mí se detuvo, ladeó la cabeza y, después de observarme durante unos segundos, trino. Fue un solo trino, pero bastó para que yo entendiera.

Una semana más tarde, cuando estaba a punto de acostarme, sonó el teléfono.

Era un número oculto.

Edith

—Por el principio, Jon. Mejor empieza por el principio, porque así no te sigo.

Me miró y asintió.

Había llegado del zoo poco antes de las cinco. A esas alturas yo llevaba un par de horas sentada en la cocina, esperando. El mensaje que me había enviado antes de salir, sumado a mi episodio nocturno con la veleta, había despertado en mí unos cuantos fantasmas y las dos horas de espera sin mucho que hacer no habían ayudado.

Resultado uno: en mi desesperación por matar tiempo y nervios, y negándome a recurrir al botiquín para atizarme cualquiera de las porquerías químicas que todavía conservaba allí desde que Andrea había enfermado, me había acordado de haber visto hacía tiempo una botella de algo con alcohol en una de las alacenas de la despensa.

Resultado dos: error monumental de madre que no aprende. Ansiosa como estaba, había llamado a Violeta para que me tranquilizara y la idea había sido nefasta. La había pillado en mitad de una reunión y, como no suelo llamarla sin avisar, se había asustado, y Violeta asustada es el vivo retrato de su madre: catastrófica. Entendí mi error en cuanto vi su expresión en la pantalla. Mi angustia se desvaneció al enfrentarme a la que vi en su frente. «¿Qué tienes, mamá?», preguntó directamente. La conexión duró poco. En cuanto entendió que lo único que yo quería era un poco de cariño enlatado de hija comprensiva contra mi ansiedad, Violeta se transformó en una especie de dragona con su fuego contenido por cuya boca salieron perlas de preocupación del tipo: «No vuelvas a hacerme esto, mamá, por favor te lo pido», hasta otras más turbias y menos amables con mensajes como: «No se puede ser tan egoísta, mamá. ¿Sabes lo que te pasa? Lo que te pasa es que vives en esa aldea en ruinas con ese otro chalado de tu amigo el vecino y llegará un día en que os encontrarán a los dos disecados y mordisqueados por esos gatos roñosos tuyos y entonces me llamarán y yo no cogeré el teléfono porque creeré que es la chalada de mi madre que llama sin avisar porque no sabe abrocharse el zapato».

En fin, un horror.

Resultado tres: con la excusa de que Violeta me había dejado peor de lo que estaba, antes de que Jon apareciera en casa iba por el segundo vaso de zumo de manzana con su culín de vodka. Dos culines. Dos. Yo, que me achispo con una cerveza 0,0 si nadie me recuerda que 0,0 quiere decir «sin alcohol».

Jon no contestó enseguida. Había llegado tan fuera de sí, dentro de lo fuera de sí que puede llegar a estar Jon, que ni siquiera se había molestado en llevar la moto al cobertizo. Había entrado con el casco puesto y se había derrumbado como un peso muerto en la silla que estaba junto al horno.

La cara había emergido del casco blanca, como sin sangre. Tenía los ojos rojos e hinchados y enseguida había empezado a retorcerse los dedos de las manos, apretándose las yemas como si quisiera hacerlas entrar en calor. Me asusté.

—Es que si te lo cuento, vas a creer que me he vuelto loco —dijo por fin.

Mis ojos tropezaron con la foto de Andrea que tengo en la puerta de la nevera. Es una foto antigua en la que estamos las dos delante de la autocaravana, mirando a cámara y sacando la lengua. Llevamos unas gafas de esas con la montura de plástico rojo hecha de corazones enormes y dos diademas con un par de muelles terminados en ojos de extraterrestre hincadas en la cabeza. Nuestra luna de miel. Encima de la imagen, con mi letra, se leía: «Estoy loca por ti, pero loca loca».

—Es una posibilidad —dije—. Pero si lo que te da miedo es que crea que te has vuelto loco, espera a llegar a casa y abrir la puerta de la secadora. En cuanto veas las gomas colgantes de mis bragas y mi pijama nuevo de los Aristogatos te va a importar muy poco lo que crea o deje de creer tu vecina.

Se rio. Un poco. Después volvió el silencio.

Viendo que la cosa iba para largo, decidí darle su tiempo y le ofrecí un cigarrillo de los míos. Negó despacio con la cabeza y me miró como si necesitara ayuda para empezar. El reloj de la encimera dio las cinco.

—El principio es que ha pasado todo y no sé qué es lo primero, aunque creo que lo primero es lo del gorrión, pero no lo del gorrión de hoy sino lo de la otra vez —arrancó por fin, sin levantar la cabeza.

Lo del gorrión.

«Dios mío —pensé, mirándole—. Esto es serio.» Me serví un generoso chorro de zumo de manzana y un culín menos generoso de vodka y agradecí que Jon no me hubiera visto, entre otras cosas porque estaba empezando a notarme un poco extraña, como más liviana, supuse que no por el efecto del zumo. Volví a estudiar disimuladamente a Jon. No dejaba de retorcerse las manos y la piel no recuperaba su color. Y la voz, lo peor era la voz.

—Ah, no, Jon —salté—. Eso sí que no.

Levantó la vista.

—¿No?

Me levanté, rodeé la mesa, abrí la nevera y saqué la tarta de chocolate negro y mermelada de mandarina amarga que le había preparado. Él me miró y sonrió con la boca, con los ojos no.

—Nada de gorrones, querido. El principio es tu cumpleaños. ¿O qué te creías?, ¿que me había olvidado? —dije, colocando la tarta en el centro de la mesa y empezando a encender las velas con el mechero de la cocina—. Y ahora mismo vamos a comernos la tarta en cuanto soples estas cincuenta y nueve velas como cincuenta y nueve soles. ¡Felicidades!

Después del abrazo, Jon me vio preparar las velas en silencio. Cuando terminé, apagué la luz y, a oscuras, le ofrecí la mano. Él me dio la suya, volvió a levantarse y se inclinó sobre la tarta, preparado para soplar. Lo contuve a tiempo.

—Ni se te ocurra. Primero el deseo.

Comimos cada uno un par de cucharadas de tarta y Jon por fin se decidió a hablar.

—No sé qué voy a hacer, Edith.

—Bueno, ese es un buen comienzo —dije, regando el trozo de tarta que acababa de meterme en la boca con un buen trago de zumo—. De hecho, casi todas las cosas empiezan así, por el «no sé». Violeta dice que es bíblico, otra de sus teorías de experta en todo. Dice que si es verdad que a Dios le llevó una semana crear el mundo, seguramente lo primero que pensó cuando vio a Adán y le oyó hablar fue «no sé qué voy a hacer». Y de ahí hasta ahora.

—Es que... anteaayer vi un gorrión, el primero —volvió a la carga Jon. «Y dale con el gorrión», pensé, un poco molesta. Ni siquiera me había escuchado—. Son una pareja. Están

haciendo su nido en el alerón del pajar del fondo.

No supe qué decir. De repente pensé que a lo mejor un poco sí que había perdido el norte. Entonces me acordé de la veleta y algo se me arrugó por dentro. «A lo mejor era esto de lo que quería avisarme», pensé.

—Hoy hemos tenido la visita de los niños de la escuela que está en el recinto del parque —dijo Jon—. Los del Iris.

Me serví un poco más de zumo de manzana, esta vez solo. Le ofrecí un vaso. No quiso.

—Había una niña. Creo que debía de ser nueva o algo porque estaba un poco separada del resto, o a lo mejor me lo ha parecido a mí, no sé. La cuestión es que ha esperado a que los demás subieran a la grada y después ha empezado a preguntar cosas.

—¿Cosas? —pregunté—. ¿Cosas como qué?

—Cosas —dijo—. Sobre las elefantas.

—Ajá.

—Ya sabes.

Me noté tensa. De repente vi entrar en fila a la cocina a Lola, Lula y Lila y supe, porque ya son años viéndolas desfilar así, que las tres abuelitas de la casa habían dejado algún cadáver a su paso con el que seguramente me tocaría tropezar cuando menos lo esperara. No falla: las tres viejitas de la casa juntas, en fila y con cara de felicidad son malas noticias. Empecé a repasar mentalmente los posibles escenarios en los que podían haber actuado aquellas tres demonias mientras Jon seguía a lo suyo, soltando con cuentagotas datos que mi paciencia, empapada en vodka y zumo de manzana, empezaba a computar mal.

—A ver, Jon, es normal que si una niña va de visita a ver a las elefantas pregunte sobre las elefantas, ¿no? —se me ocurrió. En cuanto me oí me noté la voz tomada, como espesa. Lula, Lola y Lila desaparecieron sin mirar atrás por la puerta del pasillo—. Si hubiera preguntado por los pigmeos o por los diplodocus sería distinto, claro.

Supongo que de haber estado sobria no habría hablado así, pero yo no era yo del todo. Dentro de mi confusión, noté además una línea de fastidio en mi tono de voz. Jon ni se percató. Se lo agradecí.

—Todo está conectado —dijo, pasándose la mano por el pelo—. Todo, pero no sé cómo.

«Este hombre no está bien», decidí, y fue entonces cuando noté la primera oleada de mareo. Rápidamente me agarré a la mesa y el mareo pasó tal cual llegó, pero me asusté un poco. Cuando volví a mirar a Jon entendí que realmente estaba bloqueado, como si se hubiera encallado en un punto y no fuera capaz de avanzar ni de retroceder. Me acordé entonces de la historia que, muy al principio de llegar a la aldea con Mer, me había contado sobre el día que había dejado de ser Jonás, el día del ascensor, en su edificio.

Y automáticamente me acordé también de Andrea y el recuerdo reanimó a su vez en mi memoria uno de esos episodios tantas veces repetidos de lo que ella hacía conmigo cuando de repente me encontraba metida de lleno en uno de mis ataques de desorden, incapaz de encontrar el cabo del hilo del que empezar a tirar para que la oscuridad dejara de serlo. Se me ocurrió que si a ella le había funcionado conmigo, seguramente funcionaría también con Jon.

—Escúchame, Jon —empecé, poniéndole la mano en el brazo.

Levantó la cabeza.

—Es que la niña se llama Gorrión. Bueno, primero era un niño y luego ha resultado que no —dijo, mirándome con unos ojos de mirada plana.

«Hasta aquí, Edith», decidí, empezando a asustarme de verdad.

—Claro, Jon —salté—. Se llama gorrión y vuela y tiene alas y hace nidos y va y viene y por el camino nadie lo detiene, y luego llegará Navidad y Santa Claus te traerá una camisa de fuerza como no te calles y me escuches un momento, pero de verdad.

Segunda oleada. Mareo. Respiré hondo un par de veces. Funcionó.

El ceño de Jon se arrugó sobre su mirada.

—¿Santa Claus? Pero...

—Calla y escucha —le corté—. Yo no sé qué te está pasando y a este ritmo me parece que como no llamemos a un mentalista no vamos a avanzar más allá de la fase uno, pero quiero que sepas una cosa: si te está dando un algo en la cabeza, eso quiere decir que es posible que yo me quede sin mis bragas y sin mi pijama preferido, y la verdad, preferiría que no, así que primero te voy a dar un poquito de química para que relajes todo lo que haya que relajar dentro de esa cabeza y mientras tanto me vas a hacer unos deberes que seguro que nos sirven a los dos.

Negó con la cabeza.

—Es que no lo entiendes.

—Uy, sí. Ya lo creo que lo entiendo. Lo entiendo todo: lo de los gorrones, lo de la niña que era un niño y que vuela... Todo, tía Edith lo entiende todo, pero tú espera aquí un segundo, ¿vale? No te muevas.

Me levanté y me acerqué al armario de los medicamentos. Cogí un par de lorazepam del primer blíster que tuve a mano y volví con ellos a la mesa. Jon se los tomó sin preguntar.

—Buen chico —dije, intentando sonar animada.

Después arranqué un papel de la libreta de recetas de la mesa y se lo alargué junto con un bolígrafo. Los aceptó sin decir nada y me miró con cara de no entender.

—A ver, te cuento —empecé, sin darle tiempo a más—. Esto funciona así: tú tienes ahora mismo un lío monumental y yo no sé por qué. De momento, más allá de los gorrones que ponen nidos y van y vienen, el motor no arranca, así que lo que vas a hacer para que nos aclaremos un poco es algo que a mí me funciona de maravilla: escribir una lista de las cosas que te han pasado hoy, pero no una redacción de esas de niños, no. Lo que quiero que hagas es una lista como la de la compra, con el titular solamente. Luego, si acaso, ya desarrollaremos lo que haga falta, ¿vale?

Me miró y asintió despacio.

—¿Por orden?

Esta vez la oleada de mareo fue más potente y lo que dejó a su paso fue una especie de vértigo que, sorprendentemente, no nacía *fuera* de mí sino *desde* mí. Noté un sabor extraño en la lengua y tragué un par de veces antes de hablar. Luego, cuando fui a responder, justo antes de oírme, algo me cortó la voz.

Una corazonada.

Miento. Ahora sé que, más que una corazonada, aquello fue un chispazo de lucidez desesperada, alimentado por el pánico a oír en boca de Jon un titular para el que no me sentía preparada y cuya posibilidad llevaba comprimiéndome el cerebro desde que había recibido su mensaje de texto. El chispazo me sacudió entera, ordenando a la desesperada toda una serie de datos aleatorios e inconscientes que habían estado ahí rondando y que habían formado un titular propio, acudiendo en mi ayuda.

«Madre mía, cómo he podido ser tan idiota», pensé, aliviada, al tiempo que los datos iban ocupando sus casillas, construyendo el inventario con una voz que era la mía. «A ver, Edith, piensa —me dije—. Jon vive aquí como un ermitaño, que tú sepas sin contacto con nadie más que contigo. Lo único que hace cuando no trabaja es salir con esa moto del demonio a hacer

kilómetros por ahí, eso cuando no se va de acampada, y siempre solo. Es un tío atractivote, buena gente, educado, no fuma, no bebe, tiene todos los músculos en su sitio, piensa, siente, no come carne, se lava los dientes y la ropa, es un hombre viajado, con trabajo, y encima no tiene hijos. Y, de repente, oh, sorpresa, resulta que el día de su cumpleaños te manda un SOS de urgencia máxima diciendo que ha ocurrido algo y que tiene que verte y llega aquí como si le hubieran chupado la sangre y de paso también los sesos. O peor, como si *alguien* le hubiera chupado todo eso.» De repente se me escapó una risa floja. Reconocí entonces el sabor amargo del vodka en la boca y una especie de nubarrón mental que no había estado ahí antes. Lenta, me noté un poco lenta, como si pensar costara. «A este se lo han chupado todo», pensé enseguida con la voz de Andrea, y ahí sí que no conseguí contenerme, aunque lo arreglé transformando la risa en tos. Y de repente lo entendí. Todo. Cómo no se me había ocurrido antes. Cómo no había caído en que era eso. Lo observé durante unos segundos mientras él ya había empezado a escribir algo en el papel. «Vaya con Jon. Mira tú por dónde.» En ese momento estuve a punto de echarle mano a la botella para servirme un culín más y celebrarlo, pero de repente el gesto se me antojó un mundo. Alivio, eso fue lo primero que sentí en cuanto até cabos y el paisaje estuvo completo: un alivio inmenso y unas ganas renovadas de tarta. Y entonces me acordé: «¡Por eso la veleta! ¡Ese era el mensaje, so mema! ¡Claro!». Si no hubiera estado tan mareada, me habría levantado y le habría dado a Jon un abrazo de madre.

—En orden, ¿verdad? —volvió a preguntar él, esperando mi respuesta.

—Jon, me parece que ya no va a ser necesaria la lista —dije.

Me miró con cara de no entender.

—¿Sabes lo que creo? —empecé, cogiéndole el papel y el bolígrafo—. Creo que lo que te pasa no es que no sepas lo que te pasa. Lo que creo es que sufres porque sabes muy bien lo que te pasa, pero no sabes cómo contarlo, y eso es porque igual estás confundido y no debería preocuparte porque es muy de hombres eso de estar confundido todo el rato y no saber que lo estás.

No pestañeó. «Dios mío —pensé—, no sé ni lo que acabo de decir. Cómo no me va a mirar así este hombre.» En su silla, Jon me contemplaba como una vaca que ve pasar un tren. Cuando por fin parpadeó fue a cámara lenta, haciendo un gran esfuerzo para volver a abrir los ojos y enfocar. Entonces caí.

El lorazepam. Los. Los lorazepam.

—Escucha, Jon, lo que quiero decirte es que en vez de estar confundido, tendrías que estar feliz. Y sé que es un momento raro, y que a nuestras edades no es lo más común, pero pasar, pasa, y eso no quiere decir nada. No es ningún drama. Qué me vas a contar a mí, con mi historial. Y, mira, al fin y al cabo yo solo soy tu vecina, bueno, tu vecina y también tu amiga, que ya llevamos compartido lo nuestro, pero creo sinceramente que no podías haber encontrado mejor hombre en el que descargar con esto, créeme. Yo estoy feliz por ti, sea lo que sea, pasajero o no, da igual. Pero en esta casa, tal y como están las cosas ahí afuera, si algo es bueno se celebra y punto, que tarta no nos falta.

No dijo nada. La vaca se había convertido en un rebaño entero. Cerró los ojos y por un momento pareció intentar ordenar las ideas. No funcionó.

—Me parece que no te entiendo, Edith —dijo.

«Dios mío, Andrea —maldije en silencio—. ¿De verdad me estás diciendo que voy a tener que contarle a este hombre lo que le pasa a su edad?»

—Jon, cielo, como estoy un poco mareada porque algo que he desayunado debe de haberme

sentado un poco regular y me parece que necesito descansar un poco, te lo resumo en un titular y luego comentamos si te parece, ¿vale?

Mirada al suelo.

—Lo que te pasa se llama «gay» o, bueno, «salir del armario», o algo distinto porque eso era antes y ahora ya es ahora y el lenguaje ha cambiado mucho con lo del género y todo eso, pero vamos, que es haber hecho cosas con otro hombre y haber quedado así, trastocado y chupado. — Aquí tuve un nuevo subidón de flojera y una especie de cosa ácida me rugió en el estómago—. Y, sinceramente, me alegro, no por lo de la cosa corporativa, porque a mí lo de las afiliaciones ni me va ni me viene, sino porque sinceramente ya tocaba que te pasara algo.

Levantó la vista y me miró, enfocando mal.

—¿En el armario? —susurró, arrugando la frente—. ¿Un hombre?

—Eso he dicho, sí.

—¿En cuál?

—¿Cómo que en cuál? —me encendí. Tenía tal embrollo mental que no pude aguantar más—. ¡En el tuyo, Jon! —grité—. ¡En tus... calzoncillos! ¡Tú eres el armario! Y ahora se ha abierto y has salido porque estabas dentro aunque no lo sabías y de repente te has encontrado a otro Jon que eres tú haciendo porquerías con otro hombre. O sea, que el armario estaba lleno a reventar de tipos saliendo y entrando y alguno en calzoncillos, y a ti te han chupado las energías y todo lo demás y después de tanto tiempo eso tumba a cualquiera, Jon.

Jon se frotó el ojo con el dedo y bostezó. Luego se hizo un silencio que seguramente se habría alargado hasta el infinito, pero que tropezó con una voz borrosa que reconocí como mía y que dijo:

—Bueno, más o menos.

Jon negó despacio con la cabeza unas cuantas veces. Luego me dedicó un esbozo de sonrisa triste con los ojos cerrados, o al menos eso me pareció ver.

—Qué va —dijo en un susurro. Y de nuevo—: Qué va. —Se pasó torpemente la mano por el pelo, como si buscara algo—. Ojalá fuera eso. —Entonces se rio. Fue una risa cansada, casi sin aire—. Desde luego, Edith, se te ocurren unas cosas...

Vergüenza. A pesar del mareo, que definitivamente había vuelto para quedarse, sentí que una descarga de vergüenza me cubría entera, transformándose al instante en una oleada de calor horrible que me empapó la espalda y el cogote. «Dios mío, Andrea, mírame. Estoy borracha», me oí pensar desde algún lugar que no alcancé a ubicar. Lo que sí reconocí fue que acababa de hacer un ridículo monumental y que Jon me miraba con los ojos entornados, aguantando el tipo y la dignidad como un valiente.

Intenté recuperar la mía mientras repasaba la escena que acababa de vivir y entendía que la vergüenza no era tanto por la escena en sí, sino por los hilos que movían mi papel en ella. La verdad, la real, era que, desde que había recibido su mensaje de texto por la mañana, no quería oír lo que Jon tenía que decir, no me sentía preparada para enfrentarme a algo que llevaba tiempo postergando y que quizá iba a caerme encima sin haber podido prepararme como necesitaba hacerlo.

Miré a Jon, que seguía sentado muy tieso en la silla. «Yo sé, Jon —le dije sin decir—. Yo sé y tú no lo sabes, pero si la verdad tiene que llegar que no sea ahora, porque ninguno de los dos saldría bien parado.» Justo en ese momento entendí que a partir de ese instante la puerta estaba abierta, que lo que acabábamos de vivir era un aviso, un conato de titular: «Cuidado, Edith. La

luz se ha puesto en verde y a partir de ahora pisa con suavidad porque la mina está cerca. Cuidado, Edith. Alguien ha dejado abierta la puerta y la verdad ha salido a buscar aire».

—Creo que necesito dormir un poco —balbuceó Jon por fin, intentando enfocarme con los ojos—. Ahora no me siento muy centrado.

—Claro, Jon —salté, aliviada—. Una siesta, eso es lo que necesitas. Verás lo bien que te sienta. —Me levanté, apoyándome en la mesa—. Mañana, si quieres, vienes a comer y me lo cuentas todo —dije, ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—No, deja —refunfuñó, apartando mi mano con un gesto suave. Tan torpe fue el intento que no llegó a tocarme—. Puedo solo.

Se lo agradecí. El reflujo ácido había empezado a agitarse en el estómago y el bochorno que sentía no ayudaba. Jon se levantó con un gruñido y me dio la hoja y el boli antes de echar a andar, tambaleándose controladamente hacia la puerta.

Esperé unos segundos y me levanté yo también. En cuanto llegué a la ventana y vi que Jon se alejaba por la grava del camino hacia su casa mi cuerpo se relajó, convertido en una especie de carcasa que acabara de sobrevivir a una tempestad y necesitara atención urgente. Respiré hondo unas cuantas veces, intentando mantener el reflujo controlado, pero el mareo no ayudaba y el sudor se había vuelto frío sobre mi espalda.

«Madre mía, menudo día», fue lo único que alcancé a pensar antes de masticar el amargo principio de una arcada que conseguí contener a tiempo. Supe entonces lo que seguiría. Tenía que llegar al lavabo cuanto antes. Eché a andar por el pasillo, apoyándome en la pared, y cuando llegué al recibidor y ya estaba a punto de abrir la puerta del baño me di cuenta de que llevaba el bolígrafo y el papel de Jon en la mano. Me incliné sobre la mesita de las llaves para dejarlo allí y fue entonces cuando vi que había algo escrito.

Jon solo había podido escribir una frase.

Me agarré con una mano al dintel de la puerta y me acerqué el papel a la cara. A pesar de que la frase era más bien una hilera de hormigas que avanzaban ondulantes sobre el papel, conseguí leer.

Me han despedido.

Leí la frase un par de veces, esforzándome por entender si era yo la que estaba leyendo mal o si el error era la frase en sí misma, pero no hubo tiempo para tanto. El sabor amargo del vodka se mezcló de pronto con el impacto de aquel titular y con el regusto dulzón de la tarta, y la arcada llegó con tanta violencia que no fui capaz de controlarla a tiempo.

Vomitó.

Me han despedido.

Sobre el papel.

Una de las últimas imágenes que recuerdo haber visto antes de que llegara la segunda arcada fue la del trío maldito —Lula, Lila y Lola— mirándose con cara de arpías satisfechas desde la butaca del recibidor. Cuando logré enfocar y computar bien la escena, entendí. Estaban las tres cómodamente instaladas sobre un pequeño océano revuelto de lana de distintos tonos de verde, el mismo que hasta entonces, y durante los últimos diez años, había sido mi jersey preferido.

—Zorras. Las tres —me parece que les grité.

Antes de volver a vomitar, conseguí rescatar el papel de encima de la mesilla y salvarlo a tiempo. Al cogerlo e ir a limpiarlo con la manga del jersey me pareció ver que tenía algo más

escrito al pie.

No me equivoqué.

Una segunda frase garabateada casi en un borrón. Una nota.

Me puse las gafas de ver y me acerqué el papel a los ojos para poder leerlo bien. Cuando, después de varios intentos por sintonizar visión y atención en un único canal, por fin conseguí descifrar la frase me quedé sin aire.

—No —me oí decir—. No puede ser.

Entonces sí.

Vomitó.

II

Cumpleaños, unos vecinos que no son y la posibilidad de un bosque

Jon

El día que cumplí siete años, papá volvió a casa después de casi cinco meses ingresado en el hospital. Leucemia. «De la mala», le había oído maldecir a la abuela un día en la cocina mientras mamá y ella preparaban la cena. Las últimas semanas solo ellas dos y tía Rosa habían podido ir a visitarlo.

—Mañana traen a papá —anunció mamá.

Era domingo y ella acababa de volver de misa con las tías. Tenía mala cara y lo dijo sin mirarnos, mientras se anudaba el delantal rojo y empezaba a poner la mesa.

Desde que papá había enfermado, mamá hablaba como si riñera, siempre en ese tono. Llevaba la casa, nos llevaba a nosotros y se partía el lomo haciendo de todo. Cosía, curaba y contenía un malestar que compartía solo con las tías y con la abuela. Papá había enfermado y ella se había oscurecido.

La noticia del regreso de papá me pilló tan por sorpresa que esa noche no pegué ojo. Tampoco ayudó que el día siguiente fuera mi cumpleaños. «Eso es que papá no se lo ha querido perder», se me ocurrió en algún momento durante el insomnio de la noche. Luego pensé que si él volvía era porque las cosas serían como antes y que a lo mejor, depende de cómo se encontrara, hasta podría volver a conducir y nos iríamos de vacaciones de Semana Santa al pueblo con los primos.

—Esta tarde no iréis al colegio. Os lo he puesto en el cuaderno escolar para que se lo enseñéis a la señorita Emilia —anunció mamá al día siguiente durante el desayuno—. Después de comer os dais un baño. Ah, y quiero el cuarto ordenado y la ropa buena, que vuestro padre bien lo merece.

Y eso hicimos: comer, baño, ropa buena. Cuando estuvimos a punto, mamá nos mandó a casa de tía Rosa.

—La avisaré. Ella os subirá —dijo.

Pasamos allí la tarde, con tía Rosa y con la prima Marisol, que en aquel entonces ya tenía algo malo en el cerebro y todos sabíamos que no crecería como nosotros, no entera del todo. Por fin sonó el teléfono. Era mamá. Podíamos subir.

Usamos las escaleras. Uno de los ascensores estaba averiado y el otro marcaba ocupado. Al salir al rellano, oímos voces y conversaciones que llegaban desde el octavo. Pasos. Ruido.

La puerta de casa estaba abierta. Por lo poco que pude ver desde la entrada, había mucha gente en el salón y me pareció que tía Ana y la abuela estaban sentadas en el sofá, aunque no entendí por qué lo habían retirado contra la pared. Tía Rosa nos dejó en el recibidor y entró a toda prisa, justo cuando mamá salía de su habitación. Se abrazaron. Mamá iba muy elegante, con la falda negra y el collar de perlas de la bisabuela Rosario. Se quedaron un rato abrazadas, la tía diciéndole a mamá cosas al oído y mamá respondiendo que sí, que sí, que sí... hasta que pareció que se le doblaba la rodilla o algo, porque la tía la cogió del brazo y, mientras se la llevaba con ella a la cocina, decía: «Ven a sentarte, ven».

Luego nada. Al poco, empecé a caminar por el pasillo y desde la puerta del salón vi que la mesa del comedor también estaba arrinconada contra la pared y había sillas por todas partes con algunos vecinos del bloque y cosas de comer en platos de plástico, como esos que se usan en las fiestas y en Navidad.

Y entonces me puse muy nervioso, porque se me ocurrió que a lo mejor lo que pasaba era que me habían preparado una fiesta sorpresa por mi cumpleaños y que lo de papá era parte del plan, y estuve a punto de entrar corriendo en la cocina para pillar a mamá y a tía Rosa con la tarta o con las velas o algo, pero cuando pasé por delante del cuarto de papá y mamá vi que la puerta estaba entreabierta y, en vez de cerrarla del todo, la abrí y me asomé a ver.

Allí estaba papá, tumbado en la cama, descansando. Llevaba puesto el traje bueno y un clavel blanco en la solapa. Me puse tan contento que casi eché a correr como lo hacía los domingos cuando llegaba de jugar por la tarde y lo encontraba dormitando a la hora de la siesta en el sofá, con la radio pegada a la oreja, escuchando el fútbol, y me tiraba encima de él sin avisar ni nada. Mamá se ponía hecha una furia porque iba a dejar el sofá perdido, pero papá me tumbaba a su lado, compartíamos la radio y me daba la quiniela para repasarla juntos.

No corrí. Me acerqué despacio a la cama y con cuidado me tumbé a su lado. Pensé que una cosa era despertarlo los domingos en el sofá y otra muy distinta molestarlo cuando acababa de llegar del hospital, porque seguro que estaba muy cansado, así que me acosté junto a él, me acurruqué despacio contra su costado y le pasé el brazo por encima del pecho.

Y entonces le conté en voz muy baja todas las cosas que habían pasado en casa desde que se había ido: que mamá me había dado un par de escobazos por haber roto el jarrón rojo del recibidor; que Sofía, la del cuarto, se había muerto porque se había atragantado con un hueso de pollo y su novio se había querido tirar por el hueco de la escalera, pero el marido de la señora Carmen lo había agarrado del cuello y por poco lo estrangula; que había venido una niña nueva a mi clase que se llamaba Dunia y que solo se duchaba una vez a la semana y que a veces ni eso, porque decía que todavía no les habían puesto el agua caliente; que habíamos encontrado un nido de serpientes pequeñas en el descampado que estaba detrás de bloque... Fui contándole todas las cosas que llevaba esperando a contarle desde que papá había desaparecido de casa y no habíamos vuelto a estar los dos solos, hasta que terminé quedándome dormido yo también.

Pero el sueño no duró. Me despertó una especie de chillido horrible y lo primero que vi al abrir los ojos fue el aplique de plástico naranja del techo con una de las bombillas fundidas. No me dio tiempo de ver nada más. Enseguida llegó otro grito idéntico desde la puerta, una especie de alarido largo, muy largo, seguido de un:

—¡Está aquí!

Miré a tía Rosa sin entender lo que pasaba, aunque no hubo ocasión de preguntar. Mamá la apartó de un codazo y vino hacia la cama como una flecha.

—Pero, pero, pero... —repetía con cada paso.

En cuanto llegó a mi lado, me agarró del brazo y tiró de mí para que me levantara, arrancándome de papá con un bufido. Cuando me tuvo de pie, me cogió por los hombros y me miró como si quisiera fundirme con los ojos.

—Es que tenía que cont... —empecé a explicarme.

No escuchó. Me soltó una bofetada y me gritó:

—¿Pero es que ni siquiera muerto vais a dejar tranquilo a vuestro padre?

Muerto. Ni siquiera muerto.

No sentí el escozor de la bofetada, ni tampoco el calor asfixiante que de repente hacía en el

cuarto, solo una especie de pinchazo en el cuello y un dolor de cabeza que me atravesó desde la nuca hasta el ojo.

—Pero, no puede ser —dije—. Si es mi cumpleaños.

Entonces me volví hacia la cama y lo vi. Papá estaba muerto, eso era estar muerto, ese color, las manos tías, los ojos cerrados pero no, los zapatos brillantes y el clavel. Papá estaba muerto pero yo no lo sabía porque nunca había visto un muerto y porque si papá había vuelto a casa por mi cumpleaños tenía que haber venido vivo, no podía haber llegado así.

Preguntas. Demasiadas. Sin tiempo, sin edad ni respuestas.

Mamá me zarandeó unas cuantas veces más sin parar de gritar hasta que de repente me abrazó muy fuerte y se echó a llorar.

—Ay, hijo... Ay, hijo... Ay, hijo... —repetía mientras su cuerpo se agitaba contra el mío y el cinturón de charol del vestido bueno iba rozándome el cuello, arañándome la piel.

No duró. La escena no duró. Mamá se recompuso rápido bajo la mirada espantada de tía Rosa y enseguida tiró de mí para sacarme de la habitación. Primero al pasillo. De allí al rellano.

—Bajad a jugar a la calle. Ahora mismo —ordenó—. Esta noche mejor cenáis en casa de la tía y os quedáis a dormir allí. Mañana por la mañana, antes de salir hacia la iglesia, ella os subirá. A ver cómo nos las arreglamos para caber todos en el coche del abuelo.

Luego llegó lo del ascensor. El camillero preguntó desde las alturas y, mientras esperaba una respuesta, yo dejé de ser Jonás para convertirme en Jon. Del octavo a la portería. Veintitrés segundos. La garganta seca y el clavo de arena gruesa atravesándome el cuello por detrás, cortando las palabras en dos mientras mamá no paraba de gritar desde el pasillo: «Ay, hijo... Ay, hijo... Ay, hijo...» y tía Rosa la abrazaba por detrás, tirando de ella hacia la cocina.

No volví a acordarme de que era mi cumpleaños.

Ni yo ni nadie.

Ni siquiera Mer.

Edith

El día que cumplí setenta y cuatro años caí en la cuenta, gracias a una de esas casualidades que suelen no serlo, de que Jon y Mer no eran exactamente quienes hasta entonces había creído que eran.

Debían de llevar unos diez meses instalados en la antigua escuela y, a pesar de que no había otros habitantes en la aldea, nuestra relación hasta entonces había sido más bien escasa. Por varias razones: hacía dos años que Andrea había muerto y yo seguía inmersa en mi duelo personal, sin ganas de ver a nadie e intentando sacar cabeza como podía. Ellos, por su parte, tampoco parecían demasiado interesados en conocerme, probablemente porque, entre otras cosas, debían de pensar que quien ocupaba la antigua rectoría era una vieja grulla con la casa llena de gatos que se paseaba por ahí de noche recogiendo hierbas, mal teñida, descuidada como una alimaña y que fumaba cigarros que olían a marihuana.

También se me ocurrió que quizá alguien del pueblo, incluso hasta el mismo dueño de la escuela, los había puesto al corriente de lo mío con Andrea y no les apetecía relacionarse con alguien como yo. A saber.

En fin, que Mer y Jon no habían llegado en un buen momento y, sinceramente, tampoco me pareció que tuvieran voluntad de intimar. Nos saludábamos si coincidíamos en el camino e intercambiábamos algún comentario sobre el tiempo, cosas de esas de vecinos que pesan nada e importan menos. La primera impresión que me llevé de ellos fue mala, y lo fue porque venía fraguándose desde varios meses antes de nuestro primer encuentro real. Me explico: en cuanto vi que empezaban las obras en la escuela sufrí una crisis de espanto que me costó superar y que la pobre Violeta, ejerciendo de hija sacrificada en la distancia, tuvo que ayudar a calmar a base de videollamada diaria durante un par de semanas, hasta que se aseguró de que mi ansiedad recuperaba sus parámetros normales. La noticia de que me iba a tocar compartir la tranquilidad de la aldea con otros seres humanos me pareció un castigo y sobre todo una injusticia. En cuanto me enteré de que iba a tener compañía, mi imaginación, cómo no, empezó a barajar posibles monstruos y, por supuesto, eligió la peor opción.

—Seguro que me toca una pareja joven que trabaja en casa con sus ordenadores modernos, llevan puestos los auriculares blancos esos sin cable y dejan a los niños sueltos todo el día por ahí, gritando como salvajes, fumando porros y persiguiendo a los gatos porque se aburren sin los videojuegos y sin los amiguitos del colegio —fue lo primero que le gruñí a Violeta durante una de nuestras videoconferencias, pocas semanas antes de que los nuevos inquilinos estrenaran casa.

Estaba al borde de la desesperación. En cuanto hablé y vi la mirada de Violeta, supe que no estábamos del mismo humor.

Violeta torció el gesto y al instante se dibujó la mueca que aparece cuando lo que no dice es «ya empezamos».

—Mamá, no seas dramática.

No la escuché. Llevaba tanto tiempo con aquello dentro que necesitaba quitármelo de encima.

—Y verás como además son de los que organizan barbacoas con parejas de amigos que también trabajan en casa y que tienen niños rubios, porque no sé cómo lo hacen, pero todos estos tienen niños rubios y esto no es Finlandia que digamos, y al final les da por instalar una de esas piscinas de plástico de Carrefour que no vacían en otoño y se les llena de porquería. Y cuando en verano se vayan de fin de semana tendré aquí a diez adolescentes borrachos y drogados bailando reguetón a todo volumen y me tocará llamar a la policía y se armará la que yo te cuente. Resultado: mis vecinos modernos me odiarán y empezará la guerra, y seguro que me denuncian por los gatos o algo —seguí llorándole a Violeta, incapaz de controlarme.

—No digas burradas, mamá —me cortó—. No tienes ni idea de quiénes son, así que no empieces. Llevas no sé cuánto tiempo martirizándote con lo mismo. ¿Y si resulta que terminan siendo una pareja maravillosa con la que te llevas de fábula y te has pasado todos estos meses sufriendo en balde?

«Dios mío —recuerdo que pensé—. Qué poco mundo tiene esta niña.»

—Violeta, estoy vieja —me revolví—, pero no gagá. La gente maravillosa no viene a parar a un sitio como este. Y te diré más: si no es una pareja de pijos de esos con ordenadores caros, son proscritos que vienen a plantar marihuana. Este año hay una plaga en los pueblos abandonados de por aquí. Es por los narcos. Están en todas partes.

—¿Proscritos? —Arqueó una ceja—. Mamá, aunque vivas en una aldea en ruinas, el lenguaje evoluciona. Proscritos es siglo diecinueve, por favor.

—Ni mamá ni por favor, Violeta. Eso que tú dices, lo de los vecinos ideales que se presentan en la puerta de tu casa con una tarta de zanahorias vegana para fumar la pipa de la paz solo pasa en las películas de los domingos en las que siempre hay un lago y casas con flores en las ventanas, bueno, y en Noruega, claro, porque allí sois muy civilizados y porque como os sobra hielo y os falta luz, así cualquiera. Pero este es el país que es y aquí «vecino» son malas noticias. Desde luego, hija, qué poca memoria tienes.

De hecho, y aunque me costó reconocerlo, porque con ella me cuesta, resultó que Violeta llevaba razón. Quienes llegaron fueron una pareja que debían de rondar los cincuenta, sin hijos. Lo poco que yo había podido averiguar por boca de Amparo, la cartera, fue que él tenía una clínica veterinaria en la ciudad y una moto de esas grandes con muchos tubos de escape. Lo de veterinario me gustó, la verdad. Ella era bióloga, o algo así. Al parecer, durante parte del año daba clase en la universidad y luego viajaba todo el tiempo, porque andaba metida en proyectos de estudio de reptiles y de pingüinos y bichos varios. Lo de los viajes también me tranquilizó. De todas formas, durante las primeras semanas me mantuve en guardia, a la espera de que llegaran hijos o algún nieto, pero como no apareció nadie, poco a poco fui relajándome, aunque no tanto como para intentar hacer migas con ellos. Lo que quiero decir es que finalmente dejé de maldecir mi mala suerte por haberme traído esa compañía indeseable, cuando de lo que se trataba era de aprender a estar sola, o mejor, a estar sin Andrea y que nadie me interrumpiera. No quería testigos de mi duelo, me bastaba con los gatos y con las llamadas intermitentes de Violeta, que, todo sea dicho, ayudaba poco y menos, aunque eso es algo con lo que mi parte de madre ya contaba.

Di por hecho que estaban casados. No había más que verlos.

—La típica pareja que funciona como las luces esas que se encienden de noche en los jardines cuando pasas: uno piensa una cosa y, clic, el otro ya la tiene hecha. Tú pipí, yo caca; tú elfo, yo elfa... Ya me entiendes. Solo les falta vestirse igual, como esos matrimonios de alemanes que se

van de vacaciones a hacer *trekking* a las Azores y pasan antes por la tienda de deportes y salen vestidos igualitos: las mismas botas, los mismos pantalones, el mismo chubasquero rojo y el mismo corte de pelo. Entran siendo pareja y salen convertidos en hermanas gemelas. O en los Roper.

Mirada asesina.

—No sé quiénes son los Roper.

—Hija...

—¿Sabes lo que te pasa, mamá?

—Claro, Violeta. Lo que me pasa es que este par de...

—No, mamá. Lo que te pasa es que llevas demasiado tiempo sola, encerrada en esa casa con todos esos gatos, lamiéndote las heridas. Lo que te pasa es que a lo mejor te da miedo que si llega alguien tengas que ducharte y quitarte el pijama para subir a los contenedores a llevar la basura —soltó de corrido—. Se llama civilización, mamá. Y eso cuesta.

Mis gatos. Me tocan a los gatos y la cosa se pone fea. Y ella lo sabe. Sentí fuego en la lengua.

—Ah, claro —respondí, suavizando el tono e intentando no caer en una de esas minas que Violeta sabe poner tan a tiempo conmigo—. Gracias por recordarme lo que es la civilización, hija. Viniendo de ti, es oro. Lo tendré en cuenta.

—No hace falta que seas cínica conmigo, mamá.

—Violeta...

—Es que no soporto que hables así de la gente.

—¿Así?, ¿cómo?

—Con ese desprecio. Siempre igual. Tú siempre por encima de los demás, de la gente que hace cosas normales.

Me había pillado en falso y debió de verlo en mi mirada, porque aprovechó el tirón.

—¿Qué tienen de malo las parejas que hacen cosas juntos? —saltó—. ¿Qué pasa, a ver? Cada uno es libre de hacer con su vida lo que quiera, y si alguien quiere casarse y tener hijos y vivir en el campo y llevar una vida normal sin molestar a nadie y envejecer tranquilamente con su pareja, disfrutando de la familia, no entiendo por qué te molesta tanto.

Caí en la trampa. El discurso del disfrute divino de las cosas pequeñas y de la eterna loa a la familia «normal» que Violeta saca a pasear cada vez que bajo la guardia es su forma de recordarme que no es de ahí de donde ella viene y que la culpable de eso soy yo, por haberle dado una adolescencia con doble madre y una mudanza al campo en una edad complicada que para ella fue la peor traición. *Normal*. Violeta tiene esa palabra tatuada en la frente para que el mundo la lea antes incluso de conocerla porque su currículum es, a sus ojos, todo menos eso.

De repente, caí.

—Violeta.

—¿Qué?

—¿Has conocido a alguien?

Ojos en blanco. Capté el mensaje y antes de tener que oírla intenté como pude devolvernos al tema que nos había llevado al borde del precipicio.

—A ver, cielo —reinicié con voz de madre—. A mí no me molestan las familias unidas. Lo que me molesta es tenerlas de vecinos. Además, estábamos hablando de ellos, de los vecinos.

Sí. De ellos y de lo que habían resultado no ser.

Ella, Mer, era la más expansiva de los dos: alta, morena, «de hueso grande», como diría mi madre. Él, más bajo y robusto, el pelo muy corto y una de esas barbas de anuncio de falsa

barbería antigua que ahora están por todas partes. De hecho, eran una pareja bastante peculiar, y cuando digo peculiar me refiero a un tipo de peculiaridad que en cualquier otro momento de mi vida me habría parecido curioso e incluso atractivo, pero no entonces. En esos primeros meses lo único que de verdad me preocupaba era controlar hasta qué punto serían ruidosos o incómodos y en qué medida su llegada iba a invadir los límites de mi intimidad.

¿Cómo iba a imaginar, casi un año después de tenerlos viviendo a menos de doscientos metros de casa, que la verdad había estado ahí, delante de mis narices, durante todo ese tiempo y que de no haber sido por un simple comentario a deshora quién sabe cuánto tiempo más habría tardado en descubrirla?

«No sabemos nada de nuestros vecinos —decía siempre Andrea—. Y quizá sea mejor así. Normalmente, son peores de lo que imaginamos.» Tenía razón. De hecho, esa fue una de las razones por las que nos vinimos al campo. Mejor no tenerlos que no conocerlos.

Fue un domingo. Yo acababa de salir a la puerta de casa para sacudir una de las mantas del sofá cuando oí encenderse el motor de la moto de Jon. Al cabo de nada, los vi acercarse por el camino. Como siempre, ella iba sentada detrás, todavía con el casco colgando del brazo. Pensé que pasarían despacio y saludarían sin más, pero no fue así. Cuando llegaron a mi altura, Jon detuvo la moto. Al parecer Mer había olvidado recogerse el pelo antes de ponerse el casco y decidió hacerlo justo en ese momento. Nos saludamos. Estaban contentos. Se iban de excursión al hayedo que está al otro lado de la mina abandonada. «A pasar el día», dijeron. De pícnic.

Nos quedamos en silencio los tres, esperando a que Mer terminara de hacerse la cola y se pusiera los clips en el pelo. Jon había apagado el motor y la paz que de pronto nos envolvió fue total. Por un momento, sentí el calor del sol en la cara y una ráfaga de brisa templada de principios de junio que bajaba del lago y, no sé por qué, me invadió una especie de alivio que no recordaba haber sentido en meses. Fue solo un fogonazo, pero bastó para que aquel silencio casi físico que flotaba entre los tres me violentara hasta el punto de querer romperlo con algo que lo suavizara.

Dije lo primero que se me ocurrió.

—Qué día tan fantástico. —Jon me miró. Mer ni siquiera eso—. Seguro que alguien ahí arriba me lo ha regalado por mi cumpleaños —añadí.

Mer se quedó con el clip en el aire y sonrió.

—¡Vaya! ¿Es su cumpleaños? Felicidades —dijo. Y, enseguida, volviéndose hacia Jon—: Qué curioso. El 18, igual que papá.

No entendí bien el comentario. La reacción de Jon aclaró la duda.

—Papá cumplía el 17, Mer.

Papá.

El cruce de datos me pilló tan de improviso que tuve que hacer un alto para procesar lo que acababa de oír y ver, mientras ellos seguían intentando ponerse de acuerdo sobre la fecha.

—Cuando dicen «papá», ¿se refieren al mismo? —no pude evitar preguntar—. Quiero decir, ¿al de los dos? ¿O es que uno llama papá al suegro del otro? Ya saben, como esas parejas que se llaman el uno al otro «papá» y «mamá»...

Mer soltó una carcajada y Jon se rio también.

—Hasta donde yo sé, tuvimos el mismo —respondió ella, abrazándose a Jon por detrás. Luego terminó de colocarse la cola y se dispuso a ponerse el casco.

—Entonces, son... ¿hermanos?

De nuevo la risa. Mer estaba encantada con mi reacción. Me miraba como si acabara de

descubrir que su vecina, además de poco sociable, era de combustión lenta.

—Yo soy la mayor —dijo—. Nos llevamos poco más de nueve meses.

Un cuarto de hora más tarde le contaba la escena a Violeta, que me miraba desde la pantalla del móvil con esa sonrisa típica de hija paciente con madre excéntrica que, en nuestro caso, no suele augurar una conversación con buen final.

—Es que la gente es muy rara —concluí cuando terminé de contar—. En general, quiero decir. —Violeta había llamado para felicitar me por mi cumpleaños y me había encontrado totalmente impactada por mi descubrimiento—. ¡Son hermanos, Violeta! ¿Cómo es posible que no me lo hayan dicho hasta ahora?

Ojos en blanco.

—¿A lo mejor porque a la gente le da miedo acercarse a una vecina que va por ahí con un pijama de los Aristogatos y los mira por la ventana como si llevara una granada de mano en el bolsillo de la bata?

—No seas exagerada. Además, no es cierto que no hayamos hablado nunca. Algo de relación sí que hay, sobre todo con ella. Él... bueno, él es otra cosa. Todavía espero oírle dos frases seguidas. Me da que es un poco... así, el pobre.

—Bueno, vale —me cortó—. Son hermanos. ¿Y qué? ¿Cuál es el drama?

Violeta me hablaba desde un lugar muy luminoso. La envolvía una luz cambiante, interrumpida por el paso constante de sombras fugaces. De vez en cuando, se oía una voz de fondo, siempre la misma.

—¿Dónde estás, hija, con todo ese ruido?

—En el aeropuerto.

—¿Vas o vuelves?

—Voy.

—¿Vienes?

Se rio. Esa es una de nuestras bromas y ese un terreno en el que nos manejamos bien. Yo, la madre culpógena y ella la hija que recibe bien el reproche de su madre porque eso es lo que espera de mí. Madre manda mensaje a hija: «Te echo de menos. Stop», e hija manda mensaje a madre: «Nos queremos así, echándonos de menos. Otras opciones no disponibles. Stop». A pesar de que viaja sin parar, Violeta no viene a verme casi nunca y yo aprovecho para recordárselo siempre que puedo. Pullas de madre. No funcionan, pero yo insisto. A veces me pregunto si en realidad insisto con tanta facilidad porque sé que la respuesta es no. Es feo, pero es así.

—Mamá...

—Ya, bueno. ¿Y adónde vas, si puede saberse?

—Vuelo primero a Buenos Aires para ver a unos amigos y después sigo al sur de Chile —dijo. Como no pregunté nada, ella se sintió en la obligación de justificarse. Esa parte, la de madre que sabe conseguir las justificaciones cuando toca, la manejo bien, supongo que porque tuve en mamá una buena maestra—. Hemos cerrado un acuerdo con el Gobierno chileno para la cesión de unos terrenos en el sur, cerca de Punta Arenas.

—Ah, esa zona es preciosa —salté—. Te va a encantar. Y Tierra de Fuego es una maravilla. Andrea y yo viajamos allí en...

—Mamá, conozco esa zona —me cortó—. Estuve allí hace un par de años, ¿te acuerdas?

—Claro —mentí—. Qué tonta, hija. ¿Y para qué son los terrenos?

—Salmoneras, mamá, ¿para qué van a ser? —replicó cortante—. Y no son terrenos, es costa.

Me puse tensa. Como tantas otras cosas entre Violeta y yo, las salmoneras y todo lo que tiene

relación con su trabajo es territorio comanche. Ella no me cuenta y yo se lo agradezco, porque no siempre consigo disimular. Enseguida me vino a la cabeza la última discusión que habíamos tenido a causa de una de esas «transacciones» que ella me había contado y que tenía que ver con la compra de agua en Chile y me acordé de lo que Andrea comentaba siempre sobre los países nórdicos y su fama de sostenibles. «Hacen fuera todo lo que no hacen dentro. Demonios sin escrúpulos, eso son.» Violeta era, sin ir más lejos, la prueba viva de que Andrea no se equivocaba.

El recuerdo de esa última discusión prefiero no rescatarlo ahora, porque había derivado a otros planos mucho más incómodos que nos habían llevado a un precipicio demasiado peligroso. No lo hice tampoco en ese momento de la conversación, con Violeta mirándome desde la pantalla. ¿Qué acababa de decirme? Ah, sí: que los terrenos del sur de Chile eran costa.

—No sabes cuánto me alegro, cariño.

—¿En serio?

—Bueno, me alegraría más si te dejaras de tanto salmón noruego y encontraras unos días para venir a verme, pero...

—Mamá, tengo que dejarte —me interrumpió—. Voy a embarcar.

—¿Ya?

—Pórtate bien, ¿vale?

—Sí, hija. Tú también. Y cuidado con los argentinos. Ni se te ocurra hablar con ninguno. Son como Kaa, la serpiente horrenda de *El libro de la selva*. En cuanto los miras más de quince segundos terminas trabajando en el guardarropa de una tanguería.

Sonrió y luego meneó la cabeza con esa expresión de «qué pesada eres, mamá, y qué paciencia tengo contigo» que le conozco bien.

—Bueno, mamá. Te dejo —dijo con voz de fastidio—. Hablamos en unos días, ¿vale?

—Claro, hija. Cuídate mucho. Y gracias por llamar.

—Un beso. Y feliz cumpleaños.

En cuanto Violeta desapareció de la pantalla dejé el teléfono encima de la mesa y me tomé unos segundos de respiro. A mi lado, Herodes, con sus rayas naranjas y blancas, me miraba con cara de estar poco presente.

—No aprenderé nunca, ¿verdad? —le dije.

Él bostezó un par de veces y empezó a lamerse la pata. Estuve unos segundos mirándolo y después me levanté, abrí la nevera y saqué la tarta que había preparado esa mañana para celebrar mi cumpleaños, con la intención de apagar las velas cuando hablara con Violeta y compartir ese momento con ella. La dejé encima de la mesa y mientras colocaba sobre el chocolate el siete y el tres que ya tenía preparados, me invadió una tristeza tan repentina y afilada que tuve que sentarme porque de pronto sentí que el aire me ardía en la garganta. Enseguida la imagen de Andrea preparando la tarta del último cumpleaños que habíamos celebrado juntas se dibujó sobre la mesa y la brasa del duelo se avivó al instante. Allí sentada, la eché tanto de menos que me di pena porque me vi desde arriba, sola en la cocina, con Herodes a mi lado, el teléfono apagado y la estela todavía sonora de la voz de Violeta con su doble registro: el de la hija que me quiere cuando está lejos porque la distancia la ayuda a echar de menos a la madre que imagina y el de la hija que sigue culpándome por no ser la madre que le habría gustado tener. Ahí navegamos Violeta y yo, en ese mar tan muerto, intentando sacar cabeza desde hace años: la madre que no se perdona por no haber sabido hacerlo mejor y la hija que no se perdona por no saber perdonar.

Qué difícil ser madre y qué difícil ser hija, sobre todo cuando la madre hace años que dejó de

ser hija y la hija no ha querido ser madre ni va a serlo ya. Y qué difícil que nos haya tocado compartir este querernos a pesar de, y que nuestro «a pesar de» particular nos pese tanto a las dos.

Una ráfaga de viento hizo tintinear el cristal contra el marco de la ventana. Pensé en el viento y pensé en soplar. La tarta seguía intacta encima de la mesa, con su siete y su tres de cera roja sobre el negro del chocolate. Herodes dormía a mi lado y un hilillo de baba se le escapaba de la boca entreabierta. Volvió el tintineo desde el cristal.

El viento. Las velas.

Cogí el mechero de la cocina y las encendí.

Pensé en Violeta.

Pedí un deseo.

—Feliz cumpleaños, Edith —susurré antes de soplar.

Luego me eché a llorar.

Jon

«Feliz cumpleaños, Jonás.»

Me había despertado tarde y con la boca pastosa. En cuanto me incorporé, sentí una especie de nebulosa que me abotargaba la cabeza. Cuando conseguí centrarme un poco, entendí que era la resaca del efecto de la doble pastilla que Edith me había dado la tarde anterior. Miré mi reloj. Había dormido casi catorce horas.

El mensaje del móvil era de tía Rosa. Me lo había mandado la noche anterior, pero a esa hora yo debía de estar dormido, aunque a medida que fui espabilándome recordé haberme levantado en algún momento de la noche para ir al baño y haberme preparado un bocadillo. También me sonaba vagamente haber visto algo en la tele sobre unos viejos a los que querían desahuciar y haber estado pensando en el abuelo Ismael. Me senté a la mesa de la cocina y contesté el mensaje, dándole a tía Rosa las gracias por haberse acordado. Ella enseguida me mandó un emoticono cariñoso y un segundo mensaje: «Seguro que tu madre también te felicita. Siempre se acordaba de los cumpleaños. Te esperamos por aquí cuando quieras, ya sabes».

No me costó entender el texto y todos los subtextos que incluía. Es lo que tienen las familias: Mer dice que un mensaje en familia es como el tronco viejo de un árbol en el que todos hemos grabado nuestro nombre en algún momento. Son tantas las cosas que nos hemos dicho a lo largo de nuestras biografías en común que cada nuevo mensaje es una capa de texto que barniza los mensajes anteriores. Reconocemos la letra, la puntuación, el aire que separa las palabras, y todo está lleno de voces que ya dijeron. La corteza es la misma para todos. Los silencios también.

El texto de tía Rosa era el cóctel perfecto, cantidades e ingredientes justos: un tercio de culpa, otro de añoranza y un último tercio dividido a partes iguales entre el cariño y la razón. El mensaje era un acierto porque con él había hecho diana. Hacía y hace demasiado tiempo que no he vuelto al pueblo. La última vez que estuve allí fue una semana después de que Mer se marchara. Con ella iba todos los veranos. A veces, según dónde estuviera investigando, también en Navidad. La traducción del mensaje decía: «No está bien que no vengas, Jon, pero lo entiendo, aunque yo no lo haría». Con el tiempo, y aunque la verdad sigue siendo verdad, tía Rosa se ha vuelto menos directa. Está más cansada y también mayor.

Mamá y ella volvieron al pueblo poco después de que Mer y yo termináramos la facultad. Regresaron juntas, las dos viudas, vendidos los pisos del bloque y cada una con su paga, sus muebles y la certeza de haber hecho las cosas bien, de haber salido adelante solas y haber criado como había que criar: hijos sanos y con estudios en el caso de mamá, un hijo con un buen trabajo de comercial en una empresa de refrescos —Toño— y una hija —mi prima Marisol— querida y mimada por enferma que no había llegado a los catorce. En el pueblo se instalaron en la casa de la abuela y el tiempo pasó por ellas sin más, molestándolas poco, aparcándolas en su rincón cómodo de mundo y de familia.

«Las tías», así las llamaban en el pueblo. La viuda de Fer y la de Samuel. Siguen llamándolas así, aunque mamá se haya pasado más de diez años en la residencia que, casualidad o no, a ella

misma le tocó inaugurar. En su día tía Rosa me mandó la foto que sacó en portada el diario de la comarca: mamá de pie junto al alcalde y dos hombres más, acompañada por la tía, las dos muy elegantes y con el pelo idéntico, mismo tinte, mismo peinado, misma peluquera. Mamá miraba a la cámara como si no supiera dónde enfocar, con los ojos huecos de curiosidad y esa expresión de no querer estar que ya no se despegaría de ella. Inauguraba su propio final y el fotógrafo parecía haber captado ese punto de espanto que ella delataba al ver expuesta en público la crudeza de su fragilidad mental.

Tardó menos de seis meses en dejar de reconocernos. Desde entonces vivió allí, en la habitación 01 de la residencia, la de la esquina. «Es la uno porque tiene vistas a la plaza y a la iglesia, y porque es individual», nos aclaró tía Rosa la primera vez que visitamos a mamá. «Aquí va a estar bien.» Tres meses más tarde, mamá vivía tumbada en la 01 las veinticuatro horas del día, sin otro horizonte que el techo cada vez menos blanco del cuarto. Todo en ella funcionaba como un reloj menos ella, que desde entonces ya no era, solo estaba.

Releí el mensaje antes de lavarme la cara y preparar café. Fue entonces, mientras sacaba una taza del armario, cuando el recuerdo de lo que había pasado el día anterior en el despacho de Damián me llovió encima como un montón de cristales rotos. De golpe, la neblina que hasta entonces me impedía pensar con claridad se disipó.

Las imágenes volvieron a ráfagas. La primera en dibujarse fue la mano de Damián moviéndose en el aire mientras él se explicaba. Si seguías los movimientos de la mano leías en ellos un patrón constante, un infinito dibujado en el aire una y otra vez, como si dirigiera una orquesta imaginaria que solo ella veía. Cuando a las tres y dos minutos llamé a la puerta de su despacho, la mano me esperaba impaciente, dispuesta a acompasar el mensaje que estaba ansiosa por interpretar.

Damián no se anduvo con rodeos. Si en sus paseos por el zoo había sido el hombre afable y sonriente que todos veíamos y evitábamos porque algo en él exudaba mala sombra, en su despacho descubrí a un Damián de piel opaca y quijada tensa. Un gestor público, eso era. El hombre de confianza del ayuntamiento que manejaba cuentas de lo que le tocara en suerte, desde animales vivos hasta vacunas, pasando por partidas de presupuestos destinadas a la iluminación de calles y plazas. Lo suyo eran los resultados, no los procesos, o lo que es lo mismo: el cuándo, el cómo y el qué. Para los porqués no había tiempo y tampoco necesidad.

La mano me invitó a sentarme. Era pequeña, casi de niño. En cuanto mi espalda tocó el respaldo, Damián me anunció que el zoo necesitaba desprenderse de parte de su personal. Así lo dijo: «Desprenderse». Habían hecho una selección de puestos que podían ser reasignados y de otros que había que eliminar. Mi caso era un poco particular, porque yo no solo me ocupaba de Dora y Bimba, sino que además estaba Susi.

—Y Susi es tuya, claro —dijo, volviendo la vista hacia la ventana.

Cierto: Susi era mía. Me la habían asignado apenas un mes antes de traerla al centro, supongo que porque su traslado había sido una decisión no bienvenida. No preguntaron. Si Jon se encargaba de los elefantes y Susi era una elefanta, Susi le tocaba a Jon, así de simple. Lo mío y Susi fue una ecuación casi infantil de puro lógica que en un principio temí y que, al poco de tenerla conmigo, agradecí. Susi empezó mal. Su traslado, programado para el mediodía de un domingo de mayo, había terminado complicándose y el convoy había viajado con un retraso importante, ingresando en el zoo después de la medianoche. Yo me quedé a esperarla. Entró pasadas las tres, en silencio y a oscuras, y prácticamente a oscuras seguíamos con ella casi un año más tarde. Susi tenía un mal pasado, un circo y un sucedáneo de zoo en el que no había

encontrado su lugar. Podría contar mil cosas de ella, de ella y de su historia escrita, y también de su piel. Los elefantes hablan con la piel y muy pronto entendí que Susi se dejaba tocar porque había aprendido a no esperar nada del contacto de una mano. En cuanto a la mirada... desde que llegó pasaba gran parte del día de cara al muro de piedra del recinto, recorriéndolo de un extremo a otro del perímetro, examinándolo palmo a palmo. En los meses que llevaba trabajando con ella, Susi no había dedicado una sola mirada a Lourdes, mi compañera. Con ella simplemente se dejaba hacer, la cabeza gacha y los ojos mirando al suelo, a nada ni a nadie, como si las horas — las suyas — estuvieran dedicadas a recordar. Afortunadamente, y a diferencia del protocolo que seguimos con Dora y con Bimba, Susi permitía el contacto directo en su proceso de adaptación al centro y eso teóricamente debía acelerar nuestro trabajo con ella, pero la realidad había resultado ser muy distinta. Susi no colaboraba, pero tampoco daba pistas de cómo hacer que eso cambiara. Oficialmente seguía en el mismo punto que el día que había llegado. Vivía en el zoo, en su recinto, eso era todo. No había en ella curiosidad ni ganas, no respondía a ningún estímulo más allá de los que apelaban a la mecánica de la necesidad... era como si la emoción hubiera quedado aplastada por la memoria.

Cierto, Susi era mía, sobre el papel, al menos, en eso Damián llevaba razón, pero el papel en un zoo es material de archivo, son datos, cuentas de resultados, trabajo justificado. Yo sabía que la dirección esperaba de Susi lo que ella no estaba dando e intuía que había un plazo no escrito, que las esperanzas puestas en ella tenían fecha de caducidad. Todas las mañanas, cuando llegaba y cruzaba el puente, sentía ese pellizco de anticipación porque temía que al saludo de Dora y Bimba no terminara uniéndose el de Susi. Y todas las mañanas, cuando pasados unos segundos llegaba esa voz pequeña y arrugada que al poco aprendí casi a anticipar, el día empezaba bien. Susi era mía, en eso Damián no se equivocaba. Mi corta vida en el zoo tenía dos historias que la explicaban: la de antes de Susi y la que había empezado el día de su llegada.

—Aunque, vistos los resultados que hemos obtenido con ella, el comité ha decidido que lo mejor para el centro y también para Susi es plantearnos su reasignación —dijo por fin Damián, entrelazando los dedos sobre la mesa.

El comité. Reasignación.

—Pero...

—No te preocupes por ella —me interrumpió, levantando la mano—. Personalmente, soy consciente de que desde que llegó has hecho lo que has podido para que se integre en nuestra gran familia. —Dijo «gran familia» con una sonrisa rota que enseguida desapareció—. Desafortunadamente, a veces los esfuerzos y los resultados no casan, y este es un claro ejemplo de ello. —Inspiró hondo, cogió su móvil, miró la pantalla y volvió a dejarlo sobre la mesa—. No debería decirte esto, pero sé que tu compromiso con nosotros ha sido ejemplar y entiendo que te gustará saberlo: en un principio habíamos valorado la posibilidad de devolver a Susi a su centro de origen, pero estando las cosas como están, y cuando digo «las cosas» no me refiero a la vida en general, sino a esto —abrió los brazos, abarcando en un abrazo imaginario el despacho y el zoo entero, quizá incluso la ciudad—, hemos encontrado en el caso de Susi una solución mucho más ventajosa para todos.

No me gustó. No me gustó el tono y tampoco lo de «ventajosa». Mucho menos lo de «el caso de Susi». Damián hablaba como lo que era: un gestor de confianza que manejaba las cartas marcadas con las que siempre jugaba a favor de su jefe. Entendí en ese momento que disfrutaba de su trabajo como yo del mío, quizá incluso más, aunque intuí que lo que a él le gustaba del suyo era la distancia con el material que manejaba, trabajar con datos, no tocar lo vivo.

—Hay dos santuarios —dijo.

Se rio, esta vez de verdad, al ver mi expresión de perplejidad.

—Sé lo que estás pensando, pero las cosas son así —dijo recuperando su mirada opaca—. El comité opina que Susi es en este momento una pieza ganadora, no solo para el centro, sino a una escala... mayor.

—No entiendo.

Se reclinó sobre el respaldo y su mirada se desvió hacia la ventana.

—Susi no se adapta ni lo hará ya a estas alturas y los dos lo sabemos —explicó sin demasiadas ganas—. Afortunadamente para ella, se encuentra en el lugar adecuado y en el momento preciso para beneficiarse de esa coyuntura *a priori* poco propicia. —Su móvil tintineó. Miró la pantalla—. Como sabes, el Ayuntamiento aprobó hace un par de años un plan para reconvertir el zoo en un centro de investigación y conservación de especies en extinción. El plan incluía la readaptación de los animales a su medio, siempre que fuera posible. Eso calmó los ánimos de todos los grupos de presión que exigían y siguen exigiendo el cierre del zoo, pero esa calma no dura y la presión sigue ahí, cada vez mayor. Esa gente no descansa. —Hizo una pausa que no duró—. Están sobre nosotros como buitres y hacen ruido, mucho ruido. Hasta la fecha, lo único que hemos conseguido ha sido cerrar el delfinario, bueno, más o menos. Y con eso no basta. Nos hace falta una medida más visible, un acto de buena voluntad que haga callar a esa gente para que nos deje en paz durante un tiempo y Susi es perfecta. El titular es perfecto. Susi a un santuario de elefantes es el gesto perfecto. Es justo el mensaje que queremos dar.

No supe qué decir.

—Las gestiones van por buen camino —siguió, apoyando los codos sobre la mesa—. En un principio planteamos la opción de derivarla al santuario de Brasil. Ya lo conoces. Tienen experiencia probada con los elefantes del zoo de Buenos Aires y sería una apuesta segura, pero... —la mano se agitó en el aire— finalmente hemos encontrado una alternativa mejor.

Se interrumpió, supongo que para darme tiempo de preguntar, pero mi capacidad de reacción era prácticamente nula y él no esperó.

—El santuario francés parece dispuesto a aceptar a Susi —anunció—. Todavía existen algunos flecos entre administraciones, porque solo aceptan elefantes rescatados directamente de circos y porque, como quien dice, acaban de empezar, pero... estamos negociando bien. —Sonrió. A nadie—. Obviamente, todo son ventajas: el traslado al santuario del sur de Francia sería mucho menos complicado que al de Brasil, por no hablar de los gastos, seguros, etcétera. Así que, si sale, nos daremos por muy satisfechos. En cuanto tengamos el okey definitivo anunciaremos su derivación. El equipo de comunicación del zoo y el del Ayuntamiento ya están trabajando en la campaña. —Sonrió—. Puede que Susi termine por hacernos un gran favor, y tú también, Jon.

El resto fue más de lo mismo: agradecimientos, estrategia, el bienestar de Susi, mi gran labor en el centro, falta de recursos, malos tiempos, cuenta con nosotros para cualquier recomendación.

—Has hecho un buen trabajo con nosotros y con Susi, Jon —dijo por fin, volviendo a reclinarse contra el respaldo de la silla—. Sabes que esta familia es muy extensa y nuestro centro es solo un pequeño nudo de una gran red. Si en algún momento quieres nuestra ayuda para incorporarte a algún otro centro, no tienes más que decírmelo. Seguro que algo podremos hacer.

Tres meses. Salí del despacho de Damián con la notificación oficial de mi despido y un plazo residual de actividad de tres meses. «Si todo sale como esperamos, para entonces Susi estará ya

en su nueva casa —terminó Damián—. Todos habremos ganado con esto, créeme.»

Recuerdo que pensé: «Todos no soy yo», pero en ese momento no sentía rabia ni ganas de pelear. Era otra cosa, una especie de vacío que no tenía nombre y que estaba fuera y también dentro, como si alguien acabara de cortar el cable que sujetaba un extremo del puente a su base y yo estuviera balanceándome sobre un paisaje extraño, muy despacio, casi a cámara lenta, respirando mal.

Intenté decir algo, pero en cuanto abrí la boca automáticamente volví a entrar con la memoria en el ascensor del bloque la tarde que papá murió y la mirada de Damián se fundió con la del camillero, mientras en el rellano mamá gritaba «Ay, hijo... Ay, hijo...» y la puerta no terminaba de cerrarse, y yo veía en los ojos de Mer que si no se cerraba a tiempo, papá se levantaría de la cama con su clavel blanco e iría a buscarme al ascensor para que volviera a tumbarme con él y así morirse conmigo, los dos juntos.

Quise hablar, pero lo que aspiré no fue aire, sino una bocanada de arena gruesa que me pegó la lengua al paladar, atascándome la voz contra los ojos azules de Damián.

No había voz, solo la mitad de una primera palabra que ni siquiera llegó a sonar y que quedó tropezada en la luz clara que caía directamente sobre la mitad de su perfil y de la mesa.

Nos miramos durante unos segundos, él cada vez más extrañado de mi ausencia de reacción y yo enredado en una maraña de sonidos que no conseguían respirar sentido. Finalmente, me levanté.

—Lo siento, Jon —dijo Damián, acercando la mano a su móvil, que en ese momento había empezado a vibrar. Reapareció esa mirada de hombre de gremio, ajena a lo personal—. No podemos hacer más.

El móvil dejó de vibrar y un silencio hueco llenó la habitación. Entendí que habíamos consumido la cuota de conversación y de tiempo que él había calculado para nuestra entrevista y su encogimiento de hombros terminó de ratificarlo.

Di media vuelta y fui despacio hacia la salida. Cuando estaba a punto de llegar, me oí pensar: «Mer no se puede enterar».

Luego abrí la puerta.

Edith

Jon abrió la puerta y me miró con cara de sorpresa. Llevaba una taza en la mano y, a juzgar por la mirada dormida y la camiseta arrugada, supuse que debía de haberse levantado hacía poco.

—¿No habíamos quedado a las dos? —preguntó, bajando la vista hacia su reloj. Luego pareció entender—. Ah, vienes por la ropa de la secadora —dijo—. Iba a llevártela yo. —Ahí estaba, encima de la mesa: mi pijama con los Aristogatos, las camisetas, las bragas con las gomas dadas...—. Además, te la he doblad...

Algo debió de ver en mí, porque automáticamente su mirada se oscureció.

—¿Pasa algo?

No dije nada. En mi cabeza, el cabo suelto del hilo que tendría que haber estado ahí para que yo tirara de él y darme el tono no estaba. Cuando cerré los ojos, lo único que vi fue un amasijo de lana negra mal ovillada, frases sueltas, vi vacío y destellos de imágenes cortándose el aire: espesura, piezas desencajadas, nada más.

Jon me cogió del brazo y tiró con suavidad de mí hacia el interior de la cocina.

—¿Te encuentras bien?

Dejé que me condujera hasta la mesa y me senté. Él se sentó también y esperó. Cuando por fin levanté la vista, tropecé con una caricatura enganchada en la nevera con un imán en la que aparecían Mer y él en fila, imitando a dos pingüinos. Al lado, Jon y Susi también en fila, la elefanta delante y Jon detrás. «No, no me encuentro bien —pensé—. Nada bien.»

—¿Qué necesitas? —insistió Jon, levantándose—. ¿Un café? ¿Un té?

No lo pensé. No fue el cabo del hilo, pero fue verdad. La verdad.

—Necesito un bosque, Jon —contesté.

Volvió a sentarse. Enseguida sonrió. Parecía aliviado.

—Hombre, ahora mismo creo que no tengo ninguno en *stock*, pero puedo llamar a ver si en la central nos queda algo —dijo, sin dejar de sonreír, cogiendo el móvil de encima de la mesa.

Ni siquiera me molesté en agradecerle el gesto. Estaba eléctrica y me sentía tan falta de aire que no reaccioné. Inspiré hondo, intentando no derrumbarme. Su sonrisa desapareció.

—Necesito un bosque —repetí—. Y también que me escuches.

Dejó el móvil encima de la ropa doblada y acercó la silla a la mesa.

—Vale —dijo muy serio—. Te escucho.

—No —le corté—. Necesito que me escuches de verdad. Hasta el final. Sin interrumpir. Todo.

Asintió.

—Claro.

Volví a cerrar los ojos y busqué una vez más el cabo del hilo entre la maraña de lana negra que seguía llenándose por dentro como una de esas redes que quedan abandonadas en el suelo

marino, llenas de cosas vivas y muertas, cada vez más rotas y más imbricadas por el oleaje que no se adivina desde la superficie. Casi pude sentir el sabor de la sal en la boca.

—Esta mañana he bajado al pueblo —dije. Me interrumpí. No estaba segura de que aquella fuera la mejor manera de empezar, ni de que ese fuera el mejor cabo. Iba a costar, pero Jon me miraba sin inmutarse, con todo su foco puesto en mí—. Ya sabes que no lo hago nunca en sábado, pero hoy hay mercado y quería comprar algo distinto para el almuerzo, algo especial por lo de tu cumpleaños.

Asintió.

Estuve tentada de contar como cuento yo las cosas, desde el principio: empezar con la lista de los pasos que me habían llevado hasta allí, hasta su cocina, y trazar una línea que me ayudara a no perderme, como cuando contamos un cuento a un niño y sabemos que el niño escucha porque confía en que lo que va a oír merece esa confianza. El niño no quiere el cuento, lo quiere todo: cuento, magia, tono, temporalidad, música, orden, hechos... A punto estuve de contar así porque necesitaba que me entendiera entera, el proceso y también el final.

Si no me hubiera contenido, le habría contado que, después de haber vomitado toda la tarta y hasta la última gota de zumo de manzana la tarde anterior, esa mañana me había levantado tarde y con el estómago como si lo hubiera tenido toda la noche atrapado en una trituradora; que no había desayunado nada y había decidido bajar cuanto antes al pueblo a hacer la compra porque quería darme tiempo para preparar relajadamente el almuerzo; que había terminado la noche anterior derregada en el sofá después de haberme quedado hueca de tanto vomitar, viendo *Qué bello es vivir* rodeada de gatos y dándole vueltas a lo que había ocurrido en casa. Me acordé entonces del papel. Debía de seguir en el cajón del recibidor, manchado y sucio. Y de la frase, claro.

Le habría dicho que desde que me había despertado no había dejado de preguntarme si él era consciente de lo que había escrito la tarde anterior y lo recordaba tal y como había sucedido o si, por el contrario, y bajo el efecto del lorazepam, había actuado sin saber. O sin querer.

Ahora, después de estos tres meses, mentiría si dijera que me acuerdo de cómo lo conté. De hecho, apenas consigo recordar la escena. Lo que sí mantengo fresco en la memoria es lo que viví esa mañana antes de llamar a la puerta de Jon. El tiempo me ha ayudado a ordenar y si tuviera que contarle ahora sería con esa misma urgencia, volvería a hacerlo como lo hice.

Sería así. O yo lo recuerdo así.

Uno de los privilegios de vivir aquí, lejos de todo, es que tengo la posibilidad de funcionar en esas franjas de tiempo en las que el mundo está ocupado siendo mundo. Eso se traduce en que los sábados nunca bajo al pueblo, salvo que haya una urgencia. Sin embargo, esa mañana me faltaban cosas. El episodio de la lavadora y el mensaje de Jon habían anulado mi compra habitual de los viernes, así que no tuve elección.

Hacía un día soleado y el verde casi gris del invierno había empezado a desgranarse en los primeros tonos de color. El camino que orilla el agua se despega de los últimos restos de casas abandonadas al llegar a la antigua hospedería, aún tapiada y en un estado de total abandono. Es una construcción más refinada que el resto y también más nueva, con su jardín y la terraza sobre el agua y un tejado coronado por tres espiras de forja. Durante un tiempo, Andrea y yo fantaseamos con comprarla, pero cuando investigamos y supimos que pertenecía al Ayuntamiento y que, por ser un edificio catalogado, no permitía reformas, nos olvidamos de la idea.

Me extrañó ver abierta la verja del jardín. Tras un instante de duda, frené en cuanto dejé la

casona a mi espalda. Cuando estaba a punto de dar marcha atrás, vi por el retrovisor que una furgoneta blanca emergía del jardín. Enseguida identifiqué el logo del ayuntamiento y reconocí a Mario, uno de los operarios que a veces se acerca a la aldea para hacer alguna reparación. Me saludó con la mano y le devolví el saludo por el retrovisor. Más tranquila, seguí sin más imprevistos hacia lo alto del camino forestal que baja al pueblo. Justo al llegar al primer cruce, vi una segunda furgoneta aparcada a un lado del camino y a un grupo de hombres que se habían adentrado por uno de los campos que se extienden a ambos lados del valle. Volví a frenar, aunque no del todo. Los hombres hablaban a un lado del campo, próximos a un pinar. Pasé despacio junto a la furgoneta y, a pesar de la distancia, me pareció reconocer a Antón, el alcalde. Dos de los hombres se volvieron y me saludaron con la cabeza.

La escena del grupo de hombres siguió rondándome durante el resto del descenso, pero en cuanto llegué al pueblo la olvidé, concentrada como estaba en comprar todo lo que llevaba apuntado en la lista y volver a la aldea lo antes posible. No me gusta el pueblo. Nunca me gustó. Cuando Andrea y yo decidimos dejar la ciudad por el campo, las dos teníamos muy claro que nuestra apuesta no pasaba por mudarnos a un pueblo. Queríamos vivir lejos de lo urbano, y «urbano» incluía otras ciudades y también cualquier núcleo donde hubiera vecinos, semáforos, tiendas y servicios a mano, algo que no muchos entendieron al principio.

«No hace falta que nos aislemos del mundo para vivir en el campo», fue el primer comentario de Violeta cuando compartí nuestra decisión con ella. Violeta tenía en aquel entonces dieciséis años y su respuesta no nos pilló por sorpresa, aunque enseguida entendí que el enunciado no era suyo sino el eco exacto del de su padre y le di la importancia que me pareció que merecía, que fue poca. Me equivoqué. Me equivoqué calculando el impacto que el cambio de vida iba a tener en ella y me equivoqué también porque no supe imaginar que aquel comentario era solo la punta de un iceberg que los años, el trabajo callado de su padre y mi torpeza iban a alejar cada vez más de mí. Me equivoqué con Violeta y cuando entendí la dimensión del error ya era demasiado tarde: la adolescente ya no estaba y la mujer a la que yo quería llegar había construido con su hielo un almacén donde guardaba, congelada y precintada, a la Edith que no había sabido ser la madre que se esperaba de ella.

Volviendo a la mañana en el pueblo.

Compré en el mercadillo y en cuanto terminé regresé al coche. Justo antes de llegar a la plaza, me crucé con Amparo, la cartera. Nos saludamos, intercambiamos un par de comentarios sobre el día y el mercadillo y, cuando ya nos despedíamos, se me ocurrió mencionar que me había sorprendido ver la furgoneta del Ayuntamiento en el jardín del caserón.

Ella se iluminó.

—Ah, sí —dijo—. Ayer subieron con el arquitecto.

De repente noté que las bolsas de la compra habían doblado su peso.

—¿El arquitecto? —pregunté—. ¿Para qué?

Me miró, extrañada.

—Pero ¿no lo sabe? —Y, antes de dejarme responder, añadió—: ¡Van a reconstruir el caserón!

Lo dijo como si anunciara que acababa de jubilarse. Estaba feliz.

No supe qué decir. Noté la boca seca. Dejé con cuidado las bolsas en el suelo e intenté serenarme.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? —saltó, agarrándome del brazo—. ¡Por lo del hotel, mujer! ¿Pero no

se ha enterado?

El hotel.

—Un hotel rural, de esos de lujo, con piscina de burbujas y todo. Está el plano en el tablón de anuncios del ayuntamiento, por si se quiere pasar. Una monería. Es que con el lago ahí mismito y el hayedo del camino de la mina, era una pena tener eso ahí tan desaprovechado. Lo bien que va a venirle a este pueblo un poco de vida.

Yo había dejado de escuchar. «Un hotel. En la casona. Habitaciones. Piscina con burbujas. Turistas. Coches. Niños. Personas. Ruido. Motos. Gritos...»; la cara interna de mi frente se había convertido de pronto en uno de esos anuncios luminosos sobre fondo oscuro por el que iban deslizándose los peores augurios, cuya ausencia ha sido el abono de mi felicidad durante todos estos años. «No puede ser», repetía sin parar mi propia voz, diez notas por debajo de aquel desfile luminoso de horrores. «Nopuedesernopuedesernopuedesernopuedeser...»

—Esto va a darle un buen remezón a la aldea, ya lo verá —oí insistir a Amparo con la boca llena de un futuro que la hizo salivar—. Y me parece que hasta van a poner un restaurante. Y puede que también un circuito de esos para caminar por la montaña hasta la mina, ya sabe, esos caminos con señales verdes y amarillas.

No fui capaz de oír más. Balbuceé algo que quiso ser una despedida, agarré las bolsas del suelo y hui hasta el coche. En cuanto estuve dentro, a salvo de Amparo y de su verborrea, apoyé la cabeza contra el reposacabezas e intenté centrarme. No podía ser. No podía ser que de repente invadieran mi vida de esa manera, sin preguntar. ¿Y yo? ¿Cómo podía ser que nadie me hubiera avisado? ¿No se les había ocurrido que a lo mejor la aldea estaba bien tal cual, que ese era precisamente su encanto? ¿Que yo estaba bien así y no quería cambios? Rabia. De repente respiré rabia. Aquello no podía ser legal. «Calma, Edith», fue lo único que supe decirme mientras intentaba respirar despacio y pensar. Tenía tanta taquicardia y me temblaba tanto la pierna que por un momento dudé de si tenía el motor encendido. Y el sudor. Estaba empapada, como si acabara de darme uno de esos sofocos que llegan de noche en pleno verano y te dejan pegada al colchón, con dos litros de líquido menos. Me imaginé de pronto en el ayuntamiento, pidiendo documentos, revisando legalidades, interponiendo demandas, buscando a alguien que me ayudara a dinamitar la casona, lo que fuera. «No puede estar pasándome a mí —iba repitiéndome cada cierto tiempo, como en un intento por no flaquear—. No puede ser.»

Cuando conseguí calmarme un poco y me sentí capaz de conducir sin que me temblaran las manos, volví a casa. Durante el camino de regreso no hice más que visualizar mil y una escenas en las que hablaba con el alcalde, con el consejo comarcal, con el defensor del pueblo... las escenas fueron pasando de lo más civilizado a lo más visceral: me imaginé gritándole al alcalde todo lo que pensaba de él, de su maldita residencia de ancianos vacía en la rotonda, de sus trapicheos con los cazadores que todo el mundo conocía... me imaginé escribiendo a los periódicos, pidiéndole a Violeta que me prestara al chico que la ayudaba con sus redes para darle bombo en internet, cada vez más angustiada y más huérfana. Me vi allí sola en el coche, dando tumbos como una posesa por aquella carretera de tierra llena de curvas, sudada como un demonio y hablando con nadie, y de pronto me di pena, sentí por mí una pena profunda y sorda porque me vi frágil y, sobre todo, mayor. «Setenta y seis años, Edith, ¿qué crees que vas a hacer a tu edad? ¿Poner bombas? ¿Encadenarte a la verja del ayuntamiento porque han decidido construir un hotel a trescientos metros de tu casa y van a robarte la paz que nadie te prometió? Eres una vieja chiflada, eso es lo que eres. Y nadie va a entenderte. Peor aún, a nadie va a importarle.»

Me vi vieja y, sobre todo, me vi sin Andrea. No sola, sino sin ella. Y en ese momento lo entendí. Fue como si un foco me iluminara desde atrás, dejando a la vista una posibilidad que hasta entonces, en mi descalabro del momento, no se me había ocurrido y que, aunque ahora entiendo que no había por dónde agarrarse a ella, en ese instante compré a ciegas y sin dudarlo porque yo necesitaba aire y esa luz me lo dio.

No era verdad. Aquello no podía ser verdad.

«Esa demonia», pensé, aminorando la marcha hasta frenar del todo. Era eso, claro, ¿cómo no lo había visto antes?

Amparo. Era Amparo.

Repasé punto por punto y desde el principio mi encuentro con la cartera y, a medida que saltaba de una secuencia a la siguiente, la duda iba desvaneciéndose. «Eres una vieja tonta, Edith», casi dije en voz alta. Respiré despacio, intentando no perder los nervios y conservar la frágil nube de alivio que había vuelto a mojarme la espalda.

Amparo. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Que Amparo me detestaba no era ningún secreto. Había empezado a odiarme desde el minuto que había llegado a trabajar a la oficina de Correos y un par de meses después yo había aparecido a buscar un paquete para Andrea. Ella, que nunca había demostrado por nosotras una especial simpatía, debía de tener el día torcido, y cuando me entregó el paquete acompañó la entrega con un «Desde luego, a su amiga no se le caerán los anillos. Cualquiera diría que en el pueblo mordemos». Yo tampoco tenía un buen día, esa es la verdad, y aunque habría podido callarme o intentar ser graciosa, mi respuesta fue poco afable. «No es mi amiga. Es mi mujer», fue lo que contesté. Amparo me miró como un camaleón observando a una mosca. En su frente, el mensaje fue claro: «Guerra». Desde entonces, nuestra relación había sido de odio contenido por su parte y de cauta indiferencia por la mía. Y así habíamos convivido durante mucho tiempo, hasta que un par de meses después de la muerte de Andrea, un día que pasé por la oficina a mandarle un regalo a Violeta, la pillé con la guardia baja y la hice trabajar más de la cuenta: se vio de pronto con la oficina llena, a un cuarto de hora de cerrar y enseñándome cajas, sobres, barajando formas y formularios de envío, rastreo, etcétera, hasta que, en uno de sus viajes al pequeño almacén adjunto, la oí comentar algo con la compañera, y ese algo que yo no alcancé a oír terminó así: «Quién va a ser, la vieja lesbiana loca esa de la aldea».

Noté que algo me trepaba por dentro en el tiempo que ella tardó en volver al mostrador. Luego solucionamos el envío y cuando por fin me dio el recibo, no pude contenerme y le dije:

—Por cierto: no soy lesbiana. Soy viuda.

Amparo me miró con cara de no querer estar y bajó la vista. Desde entonces la relación pasó a ser correcta, por su parte incluso cordial a veces, pero el neón «guerra» se había convertido en «venganza» y la prueba estaba allí, en cada una de las secuencias de la escena que habíamos vivido hacía unos minutos en la plaza.

Alivio. El alivio que sentí en cuanto el factor Amparo se asentó pudo con todo y volví a respirar. Era eso, me dije una vez más. Era ella, Amparo y sus cuentas pendientes, Amparo y su maldad. Por fin arranqué y reanudé el ascenso valle arriba, agotada pero tranquila. Inocentemente tranquila. El tema estaba claro: principio, nudo, desenlace y culpable. Amparo era odiosa y otras mil cosas peores que seguro yo desconocía. Decidí que no merecía que le dedicara más tiempo.

Pero me equivocaba.

La fiesta acababa de empezar y nadie se había acordado de invitarme.

Al llegar al desvío que corta hacia la aldea, volví a ver a los hombres que, junto con el alcalde, parecían seguir estudiando el terreno en un campo adyacente. Esta vez, no sé por qué, me detuve. En cuanto paré el coche, el alcalde se volvió a mirarme, les dijo algo a los hombres y vino hacia mí, cigarrillo en mano. Me saludó con una sonrisa y bajé la ventanilla.

—¿Qué? ¿De compras? —preguntó.

Intenté ser agradable e intercambiamos un par de comentarios sobre mis compras, el mercadillo y poco más. Cuando a la conversación le quedaba solo la despedida, esa parte de mí que no descansa quiso asegurar.

—Antón, Amparo me ha comentado no sé qué bobada sobre un hotel. —Me miró con cara de no entender y mi alivio fue casi absoluto—. En el caserón del lago.

De repente se iluminó.

—¡Ah, sí! ¡Por fin nos han dado los permisos! —soltó, feliz—. Ha costado, pero al final, el que la sigue... ya sabe.

La cara de Antón se difuminó y yo sentí un rugido en el estómago. Visualicé la cara odiosa de Amparo y la odié aún más por no haber bromeado. Volvió el sudor.

—Pero, Antón, ¿usted cree de verdad que alguien va a venir a un hotel aquí? —pregunté con una voz a la que no le sobraba el aire—. Si no hay nada. Aquí no hay nada que hacer, ni que ver. Es una ruina.

Puso cara de hombre que sabe.

—Ah, pero eso no va a ser siempre así, Edith —dijo, entusiasmado—. Primero será el hotel y después vendrá lo otro.

Lo otro.

—¿Lo otro?

—Ya sabe. Las granjas.

Hueca. En cuanto procesé lo que acababa de oír me sentí vacía de aire y de saliva, todo en uno. Las granjas. Antón me miraba como esperando algo que no iba a llegar. Desde el campo, uno de los hombres gritó algo y él se volvió, pero no contestó.

—Solo serán dos, pero algo es algo —explicó—. Cincuenta mil piezas cada cuarenta días.

«Piezas», no «pollos». Lo que dijo fue «piezas».

No pude hablar.

—Como muy tarde en octubre ya estará la primera en marcha —continuó—. En el hotel empezaremos a trabajar antes, a mediados de verano.

De nuevo aquel quejido en el estómago y una acidez espantosa escalándome las paredes del esófago. Quemaba. Algo me quemaba por dentro. En cuanto logré tragar, volví a ver la sonrisa de ilusión que desencajó el gesto normalmente huraño de Antón cuando anunció, como quien comparte que va a ser padre:

—Menudo meneo le vamos a dar a todo esto. Van a flipar los de la Diputación. Tanto dar por saco, tanto ninguneo y mira por dónde el tonto de Antón va a armar aquí una gorda, pero bien gorda. Y esto es el principio. En nada empezamos a recuperar casas y a llenar esto de emprendedores. A la que los pijos esos que quieren aire puro se enteren de lo que tenemos aquí, nos llenan la aldea de niños y en un par de años abrimos escuela, como se lo digo. Solo con el personal de las granjas, más de uno se viene a vivir aquí fijo. Ya está la gente del pueblo revisando las escrituras de las casas que tienen en la aldea. No vea la que se está liando...

Sentí el ácido en la base de la lengua justo cuando Antón se apoyó en el capó del coche con el brazo y me sonrió.

—Lo vamos a petar —dijo, guiñándome el ojo.

Entonces sí. De repente noté un pellizco en el esternón y, justo a tiempo, saqué la cabeza por la ventana y vomité sobre los zapatos y los pantalones de Antón.

Diez minutos más tarde, había llegado, vomitada y llorada, a la puerta de Jon, que en ese momento me miraba en silencio, después de haberme escuchado sin haberme interrumpido ni una sola vez.

—No quiero terminar aquí, Jon —dije, revolviendo sin ganas la manzanilla ya fría que me había ofrecido—. Con ese hotel y esas granjas. No puedo. Así no.

Él no dijo nada. Siguió mirándome muy atento, como si intentara fijar su atención en mí y le costara. Pasados unos segundos, viendo que Jon no decía nada y que el silencio se expandía por la cocina como una mancha de tensión después de mi relato, no pude evitar un amago de sonrisa al pensar que, como Jon es como es, quizá no hacía más que mantener su palabra. Había prometido no interrumpirme y escucharme hasta el final y eso era lo que estaba haciendo.

—Ya puedes interrumpirme, Jon —dije.

Mi sonrisa pareció pillarle por sorpresa. Cogió la taza y se levantó. Mientras estaba de espaldas sirviéndose un poco más de café, encogió los hombros y por fin habló.

—Se llevan a Susi —dijo—. A un santuario.

Al principio no entendí. El cambio de tercio me pilló tan a deshora que cuando por fin procesé lo que acababa de oír, no supe qué decir. Por un momento, me olvidé de Antón, de las granjas de pollos y de lo que acababa de vivir en el pueblo. Susi. Eso era. Entendí el bloqueo de la tarde anterior. Encajé la pieza de Susi en uno de los huecos que quedaban por rellenar de la víspera y el mapa fue más completo.

—Me dan tres meses. Reducción de personal —volvió a hablar sin volverse mientras se servía la leche—. En julio estoy fuera.

—Pero...

Se volvió. La mirada recorría la cocina sin fijarse en nada. Buscaba, Jon buscaba algo que no estaba y yo no podía hacer más que estar, estar y esperar.

—Y Mer no se puede enterar —murmuró por fin, clavando los ojos en la ventana. El foco de su mirada volvió a absorber luz. Había vuelto.

Nos quedamos en silencio unos instantes hasta que, como él no se movía, me volví a mirar. En un primer momento no entendí. Al otro lado de la ventana, se veían las copas de las dos encinas y de los pinos del camino y entre ellas el viejo poste de la luz. Jon seguía con los ojos fijos en el cristal, ahora con una sombra de sonrisa en los labios, una mueca triste que no se correspondía con la luz que devolvía su mirada.

Entonces lo vi.

Sobre el cable que unía el poste a la pared exterior de la casa, una figura diminuta del tamaño de una moneda se movía despacio, brincando sobre el hilo negro como una mosca y acercándose. Me costó unos segundos saber lo que era, pero cuando la figura estuvo lo bastante cerca, entendí.

El gorrión. Una pieza más.

—A veces vienen muchos juntos —dijo Jon sin mirarme—. Este año se ha adelantado ese. —Siguió el movimiento del gorrión con la vista y en silencio. Luego—: El primer trino ha sido para mí. Me ha tocado a mí.

No me moví. Entendí que estaba atando cabos en tiempo real y opté por no decir nada.

Entonces me miró.

—Me tocaba a mí.

Luego reapareció esa sombra de sonrisa no completada antes de coger la taza de la encimera y volver a sentarse. Me miró.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo.

«Vamos.» No «vas». No «voy». En plural. Nosotros.

Con la manzanilla fría delante de mí y el gorrión que casi había llegado a la ventana sobre la cabeza de Jon, caí en la cuenta de que era la primera vez desde que Andrea había muerto que alguien me incluía en su *nosotros*. «Cinco años —pensé—. Cinco años viviendo, pensando y planeando en singular. Yo hago, yo anticipo, yo decido...» Y me emocioné, me emocioné porque se me ocurrió que dondequiera que estuviera, Andrea debía de alegrarse de que hubiera podido seguir sola sin ella —«más fuerte de lo que tú imaginas», decía—; me emocioné porque había podido y sabido disfrutar de mí misma sin buscarme en nadie, cinco años viviendo un duelo que poco a poco se había convertido en un camino no transitado hasta entonces porque no había existido. No había existido esa Edith no madre, no pareja, no hija, no esposa. La Edith desdoblada había muerto con Andrea y desde entonces había dolido aprender a no buscar otra mitad para sobrevivir apoyada en ella y ceder a la tentación de dejar lo de vivir para más adelante, para quién sabe cuándo.

Me emocionó ese plural compartido por Jon porque era el primero que me había llegado sin pedirlo, era un plural limpio y sonaba a bueno. Y sobre todo me emocionó por injusto. Mi primer «nosotros» en años llegaba de la mano de la única persona a la que llevaba mintiendo desde hacía demasiado tiempo.

«Tienes que encontrar el momento, Edith. Ahora sí», me dije mientras bajaba la vista hacia la mesa. Pero la frase sonaba tan repetida como la intención y yo lo sabía. Cuántas veces desde que Jon había entrado a trabajar en el zoo había decidido sentarme y hablar con él, convencida de que el momento era el propicio y de que la ocasión lo reclamaba, y cuántas había terminado posponiéndolo, dándome un poco más de tiempo con la excusa de que era él quien lo necesitaba. «Dale tiempo, Edith. No te precipites.» Todas esas veces había mentido sobre mojado, falsamente escudada en la fantasía de que no decir no es mentir sino proteger.

Andrea decía que la mentira es un mal enemigo, pero que el silencio es peor, porque ni siquiera ofrece el compromiso de la voz. Es así. Había sido así con Jon y así ha sido hasta hace unos días.

Y cierto es que, por feo que parezca, había una parte de mí que creía que Jon era mi amigo porque le ocultaba la verdad. De lo contrario, no me habría importado que supiera ni me habría importado perderle. Es triste, pero esa era mi torpe medida de la amistad: si temes perder al otro es que es. Luego hay que saber gestionar y yo gestiono mal, no hay más que ver a Violeta y mi retrato de madre con ella.

Esa tarde en casa de Jon, viendo brincar el gorrión en la ventana, entendí que Jon confiaba, que la señal era esa, y que yo no estaba limpia porque jugaba con las cartas marcadas. Él había articulado su «¿Qué vamos a hacer?» como se pregunta en familia, sin pensarlo.

No fue fácil seguir callando desde esa tarde, pero tampoco lo fue hablar. Convertir la mentira en verdad cuesta, cuesta mucho. A fin de cuentas, no hay más que darle la vuelta a la moneda y enseñar su cara opuesta. Fabricar una verdad con el silencio de lo que le ocultamos al otro es peor, porque el relato que toca construir desde lo no dicho hasta la verdad es un campo de minas. Cualquier paso en falso es el último. Muerta la confianza, no hay segundas oportunidades. No hay perdón.

En cualquier caso, ya no queda nada: meter la lasaña en el horno, aliñar la ensalada, dar el

último toque a la tabla de quesos... Y Jon es puntual. «Va a salir bien, Edith. Con Jon no puede salir mal», llevo repitiéndome cada cinco minutos desde anoche. Andrea diría que lo repito porque en el fondo no me lo creo. «Tú y tu falta de confianza en ti misma. Qué poco te ves», diría. Supongo que es así, así de humano y así de sincero. Me lo repito porque me importa.

Cada vez que me acuerdo de esa tarde en casa de Jon, vuelvo a ver al pequeño gorrión en su cable y no puedo dejar de pensar que no era a Jon a quien miraba, sino a mí, acusándome desde el otro lado del cristal. «Cobarde —decía con la voz rota y cansada de la última Andrea—. Eres una mentirosa, Edith. Y haces daño. Te haces daño.»

Las verdades son muchas, pero la de hoy es pequeña. Nunca he tenido a un amigo como Jon, esa es la verdad que hornea esta cena. Las demás, las que saldrán o seguirán en silencio hasta quién sabe cuándo, nacen de esa, se alimentan de ella, ramas gruesas algunas, otras frágiles brotes, pero todas son el eco de ese titular. Y la experiencia me dice que cuando la verdad es así de pequeña y de... verdad, lo que viene no va a ser fácil.

Seguramente será una cena difícil, pero eso lo sé desde que decidí organizarla. Se la debo a Jon y me la debo a mí. Y sobre todo al plural que él quiso compartir conmigo desde ese día.

Porque es verdad.

Jon

Un gato.

Edith y yo nos conocimos gracias a un gato.

Era sábado y había oscurecido. Llovía desde primera hora de la tarde y hacía poco que yo había llegado a casa después de una larga guardia de veinticuatro horas en la clínica. Acababa de sentarme a cenar cuando oí que llamaban a la puerta, o mejor, me pareció haber oído golpes en la puerta, pero como en el tiempo que llevábamos viviendo aquí nadie había llamado nunca, supuse que habría sido algún pájaro o el repiqueteo de la tela de la mosquitera contra la madera de la ventana. Segundos más tarde, los golpes se repitieron, esta vez acompañados por una voz.

Era Edith.

Iba envuelta en uno de esos chubasqueros de plástico rosa que se consiguen en los sitios turísticos y que te cubren hasta los pies y parecía encogida sobre algo. Corrí a abrir y la hice pasar.

—Es Herodes —anunció con un hilo de voz, sin quitarse la capucha—. Ya sé que no debería molestarle, pero a estas horas y con este tiempo no me atrevo a coger el coche.

Eso fue todo.

Gato. Tos. Alarma. Urgencia.

Angustia.

Ese fue el día, el momento exacto en que conocí a Edith, y cuando digo «conocer» me refiero a haberla visto de verdad, a saber quién era. Allí estaba, radiografiada contra la lluvia con el gato envuelto en la manta que apretaba contra su pecho y toda su verdad a la vista. Después de casi un año compartiendo la aldea sin prácticamente dejarse ver, defendiéndose de nosotros y rehuyendo cualquier contacto, la emergencia había conseguido lo que ya parecía imposible: memoria borrada, pantalla nueva, temporada en blanco.

Mentiría si dijera que me sorprendió. Más que eso, lo cierto es que me alegró verla. Enseguida entendí que aquel era el principio de algo y que el tiempo y la paciencia me habían dado la razón.

A mí y no a Mer.

La veterinaria había vencido a la biología.

«No somos algoritmos, Mer. Somos más y también menos que eso.» Con su aparición de esa noche, Edith era la confirmación de que el sufrimiento no solo nos iguala a los demás seres humanos, sino que es un lenguaje mucho más amplio, más universal. Sufrimos como cualquier otro animal porque sentimos y reaccionamos a lo que sentimos como cualquier otro animal: miedo, confianza, dolor, compasión, lealtad... Heridos, el lenguaje que nos habita es el mismo. Acción-reacción. Animalidad. Cambian los tiempos, cambia la expresión de esos tiempos, pero poco más. Desde un principio, y a pesar de que Mer siempre había defendido lo contrario, mi apuesta por Edith había sido la espera. Si su perfil era, como creíamos, el de una mujer demasiado herida por una orfandad que no quería saber del mundo, había que dejar que fuera ella la que se acercara a nosotros cuando lo necesitara. Lo contrario no habría funcionado.

Nunca funciona. El enfado contra el mundo requiere tiempo y espera, a veces vidas enteras.

Y es que para Mer y para mí empezar aquí, en la aldea, no fue tarea fácil. Edith no ayudó, aunque ya veníamos advertidos. Eusebio, el dueño de la casa, nos había puesto un poco al corriente la primera vez que habíamos venido con él a verla.

—La aldea está deshabitada, ya lo saben —dijo—. Solo está ocupada la antigua rectoría, aunque no creo que eso vaya a cambiar nada.

Mer y yo nos miramos sin entender. Supusimos que se refería a que, en una aldea abandonada como esta, entre no tener vecinos y tener solo uno la diferencia era ninguna, pero al ver que no decíamos nada, el hombre quiso aclararlo.

—Aquí solo queda la señora Edith —dijo en cuanto salimos al jardín y vimos el humo que salía de una de las chimeneas de la casa—. No me parece a mí que vayan a hacer muchas migas —añadió con una mirada que pedía complicidad. Mer, que detesta los chismes y suele cortar en seco cualquier indiscreción, fingió no haber oído el comentario y se alejó hacia el pajar, pero yo venía de una mala experiencia con los vecinos del edificio que había decidido dejar y la convivencia era precisamente uno de los temas que me habían llevado a buscar un sitio como este, así que quise saber más—. Está sola desde hace unos años —me contó Eusebio—. Su... compañera murió. De cáncer. Lleva mucho tiempo aquí, pero nunca se ha hecho con la gente del pueblo. Y ahora, desde que su amiga murió, ya ni le cuento.

Entendí que «compañera» quería decir «pareja» y se lo dije. Contestó con un movimiento de cabeza y una mueca poco amigable.

—Llegaron cuando yo era un chaval, imagínese si ha llovido. Eran tres, porque también vino la hija, no sé de cuál de las dos. Violeta o Julieta, algo así creo que se llama. Al poco se marchó, me parece que a estudiar fuera o algo y ya no ha vuelto. Solo queda la señora Edith. Al pueblo no baja casi nunca, como mucho a Correos y a hacer alguna compra. Ya sabe, una de esas viejas que viven solas con un montón de gatos, que no quieren nada con nadie y que al final se chiflan si no lo están ya. A saber lo que tendrá ahí dentro... —dijo, señalando hacia la casa con el mentón—. Ya la conocerá —añadió, acercándose a una de las ventanas para cerrarla—. O igual no. Cualquiera sabe.

Tardamos en coincidir. Cuando finalmente nos mudamos, Mer acababa de terminar su trimestre de clases y había empezado con su época de viajes y yo bajaba muy temprano a la clínica y mis horarios no daban para mucho. Prácticamente no la vi en esos primeros meses. Obviamente, Edith despertaba en nosotros no poca curiosidad, confieso que al principio más en Mer que en mí, pero con el tiempo nos acostumbramos a una situación que al fin y al cabo no nos violentaba demasiado y, aparte del día que nos acercamos a presentarnos e intercambiamos con ella tres frases hechas de cortesía, no se dio ningún otro acercamiento. Edith siguió sin mostrar interés por saber de nosotros y, con el paso de las semanas, Mer y yo nos fuimos amoldando a ese pacto tácito de no relación.

Hasta que, una mañana, cuando llevábamos más de medio año viviendo aquí, Mer decidió que el período de carencia debía terminar.

—No puede ser, Jon —anunció, mientras lavaba los platos del desayuno—. Es culpa nuestra. Seguro que está esperando a que demos el primer paso. A fin de cuentas, es lo lógico: ella estaba aquí primero.

No dije nada.

—Deberíamos invitarla a comer —insistió—. O al menos a tomar café. Hay mucha gente así, más de lo que parece. Yo creo que es timidez. Seguro que es una de esas personas que no dicen

nada para no molestar.

La reacción de Mer no me pilló por sorpresa. Mer es así: de repente pone el foco en algo que ha estado ahí durante un tiempo, supuestamente invisible para ella, y lo convierte en urgencia. Edith acababa de saltar de la nada a la carpeta roja de casos urgentes por resolver y Mer necesitaba darle solución cuanto antes. Lo de tener una única vecina que evitaba relacionarse con nosotros había sido hasta entonces una anécdota aceptable y hasta graciosa, pero esa fase había llegado a su fin. Sobre la carpeta del caso Edith, Mer acababa de rotular en mayúsculas «Motivo de preocupación», y si hay algo que Mer no soporta son los problemas domésticos de largo recorrido. De pronto había empezado a sentirse responsable de una situación que no podía explicar y su cerebro de científica había activado el modo «actualizar», llevándola a analizar qué era exactamente lo que se le escapaba del comportamiento anormal de Edith.

Necesitaba una respuesta. Y una solución.

Aunque costó, porque cuando Mer entra en esa fase de análisis es difícil convencerla de que su fórmula no funciona igual para todo ni para todos, logré convencerla de que nos diéramos un plazo antes de actuar. Seis meses, eso fue lo que, después de mucho batallar, pude negociar con ella. Seguramente no lo habría conseguido si hubiera planteado el asunto como un debate entre hermanos. Enseguida entendí que Mer necesitaba un desafío distinto y eso fue lo que le di: el Jon veterinario contra la Mer bióloga. El médico contra la científica. Carrera de obstáculos.

—¿Qué te apuestas a que...?

La frase mágica. Yo lo sabía. Si hay desafío, Mer escucha desde otro lugar. Con ella siempre ha sido así. Si hay apuesta, la culpa en lo emocional se desvanece y entra la investigación en crudo. De repente éramos dos teorías opuestas en una carrera por constatar el error de la del contrincante. Competir, Mer entiende eso mejor que nadie. Aceptó.

—Medio año —dijo—. Si no funciona, la invitamos a comer.

No fue necesario esperar tanto. Hubo primero un encuentro casual delante de la puerta de Edith. Después de eso, bastó con una noche de tormenta y un gato enfermo. La vida es un logaritmo vivo.

Allí de pie, con la trenza blanca chorreando agua sobre la mesa de la cocina, Edith ni siquiera parecía acordarse de que llevábamos casi un año siendo vecinos y de que hasta esa noche había estado viviendo de espaldas a nosotros. Su única luz estaba puesta en la tos del gato que tenía entre los brazos y la preocupación podía con todo. Cada vez que Herodes tosía, ella se estremecía y lo apretaba contra su pecho.

—Déjeme ver —dije, tendiéndole las manos para que me entregara a Herodes. Ella me miró y de pronto vi que la angustia que sentía se hacía a un lado en el momento en que tomó conciencia de dónde estaba y con quién. Entendió de pronto que la barrera que hasta entonces había marcado su territorio contra el nuestro estaba a punto de levantarse y que no solo tocaba relacionarse conmigo, sino confiar en mí. Y entendió, además, que si daba el paso no habría marcha atrás. Confiarme a Herodes era un acto de fe, como cuando una hembra animal deja que me acerque a su cría para curarla. Es así, la entrega es la misma y los veterinarios lo sabemos. El vínculo es casi de sangre.

Dudó, pero la duda duró lo que tardó Herodes en volver a toser y revolverse en su manta, buscando aire. Automáticamente, Edith dejó de pensar y me lo entregó.

Lo demás es historia, o como dice ella cuando me oye contarle, «mitología griega de veterinario». Por la mañana me llevé a Herodes a la clínica y lo tuve ingresado un par de días con neumonía. Cuando, al tercer día, regresé con él, la Edith que me esperaba en la puerta de su casa

y me invitó a merendar nada tenía que ver con la imagen de dragón solitario que Mer y yo nos habíamos hecho de ella durante el año de no convivencia vecinal. En esas setenta y dos horas transcurridas desde el ingreso de Herodes, Edith había depositado en mí toda su fe, mostrado sin filtro los límites cambiantes de su angustia y eso, esa forma tan en abierto de vivir el sufrimiento, pasó por encima de todo y nos ahorró tiempo y explicaciones. Jon había salvado a Herodes. Ella había confiado y yo no le había fallado. No había más que hablar.

Y, sin embargo, esa tarde hablamos mucho, sobre todo ella. Había preparado una tarta y café y, como Mer estaba de viaje, no esperábamos a nadie. Desde que me senté a la mesa, hablamos con una confianza que dimos por hecha. La barrera había quedado definitivamente levantada la noche en que ella me había entregado a Herodes y la cocina y la tarde eran campo común, ni siquiera neutral. Hablamos de la aldea, del pueblo, de la vida en el campo... aunque las generalidades no duraron. Edith se descubrió como una gran conversadora, una de esas personas que hablan poco, pero que cuando hablan dicen, y eso es algo que yo entiendo porque es común. Con ella lo que importaba se adelantó a todo lo demás: supe de Andrea, de su muerte y de lo que había sido para Edith acostumbrarse a la vida sin la persona con la que había imaginado envejecer; del terror que le había generado nuestra llegada a la aldea; me habló de su hija, de la relación complicada que tenían... habló y preguntó, preguntó mucho: sobre mí, sobre Mer, sobre la clínica... Edith preguntaba bien porque realmente quería saber y eso hizo fácil la reciprocidad. Por supuesto, fue presentándome sus gatos a medida que iban apareciendo por la cocina.

—Estas son Lula, Lola, Lila y Lala —fue nombrándolas cuando cuatro gatas atigradas aparecieron perezosamente en fila por la rendija de la puerta—. Son hermanas y unas demonias —aclaró—. Las dejaron en una bolsa de basura junto a la señal del cruce y me las traje. Menos mal que solo eran cuatro, porque a la quinta le habría tocado llamarse Lela.

Durante esa semana, volvimos a vernos un par de veces. El sábado pasé a visitar a Herodes y aprovechamos para dar un paseo. Edith me enseñó un mapa de la aldea que yo no conocía. «La aldeíta», la llamó, encantada al ver mi sorpresa cada vez que me mostraba un rincón nuevo. «En realidad, mi casa es toda la aldea.» Y tenía razón. Se movía entre las ruinas como por las habitaciones de un gran caserón habitado por seres que compartían espacio y abandono con ella: murciélagos, gorriones, madrigueras de tejones, hierbas de todo tipo... Edith estaba impregnada de lo que era suyo y a medida que lo compartía conmigo iba contándome cosas de ella, de lo que había sido su vida allí con Andrea, de los principios y de los finales que todavía no habían llegado.

—La verdad es que yo no buscaba esto cuando decidimos marcharnos de la ciudad. —Estábamos sentados en el murete del jardín de la iglesia. Un viento templado sacudía la cascada de hiedra que cubría las puertas de hierro del cementerio—. Yo no quería una casa.

—¿Ah, no?

—No. Lo que yo buscaba era una granja.

Me imaginé a Edith viviendo en una de esas casonas de campo que salpican el valle, esas construcciones inmensas de piedra rodeadas de campos de cultivo y habitadas por parejas de ancianos cuyos hijos se fueron hace años. La imaginé allí sola. No me costó.

—Supongo que por eso no di con ella —dijo.

—No te entiendo. —Habíamos empezado a tutearnos.

—Ahora que sé lo que sé —volvió a hablar, bajando la vista—, me da hasta vergüenza acordarme de lo que tenía en mente en aquel entonces. Imagínate, mi idea de una granja era la de una casa con muchas ventanas llenas de jardineras con flores rojas, rodeada de bosques y de

campos de hierba donde pastaban un montón de vacas y de ovejas felices que no se morían nunca. —Se rio—. No tenía ni idea de que en realidad una granja es una fábrica de carne, aunque, claro, estamos hablando de finales de los noventa. En esa época hacía un par de años que había abierto mi propia agencia de publicidad y trabajaba como una loca con cuentas estratosféricas, sin tiempo para nada, ni siquiera para criar a Violeta... ¿Cómo iba a saber lo que era una granja si lo más cerca que había estado de una vaca fue durante el rodaje del anuncio de Milka? —Me reí, ella también. Luego recorrió con la vista las casas derruidas que se apelotonaban a la espalda de la iglesia, a ambos lados del camino que llevaba a su casa—. Menos mal que tropezamos con este lugar. Y con la rectoría. Fue una suerte. De lo contrario, todavía estaría por ahí buscando a Heidi.

Nos quedamos callados un buen rato. Los almendros y los cipreses siseaban a ambos lados del murete y se oía el lejano runrún del motor de un tractor procedente de algún rincón del valle.

—Lo que yo buscaba era un bosque —dijo por fin—. Aunque eso lo he entendido después. Un bosque donde tener una casa, una de esas casas de madera prefabricadas que tienen nombres como de barco: Modelo Martina, Modelo Ágata, Modelo Roma... ya sabes, una de esas. Eso era lo que quería, pero es que en aquel entonces una no decía «Quiero un bosque». Nadie decía eso.

—¿Y qué pensabas hacer con un bosque?

—Nada. —Se encogió de hombros—. No sé. Vivir, rescatar animales. Lo mío siempre han sido los animales, desde pequeña. Los recogía y me los llevaba a casa, hasta los perros de los vecinos. Y mi madre se volvía loca conmigo.

—Ya, eso me suena.

Me acordé de pronto de las veces que mamá nos había pillado a Mer y a mí intentando meter a escondidas en casa a cualquier bicho que pillábamos por ahí: desde gusanos de seda, hámsteres, gatos y tortugas hasta pájaros heridos y un cerdo vietnamita.

—Pero siempre me ha tocado vivir con personas a quienes lo de los animales les importaba poco o nada. Philippe, mi exmarido, era alérgico a todo, bueno, era alérgico a la alegría, aunque eso es otro tema, y Andrea era un poco como mi padre, de las de «los animales tienen que vivir en libertad, no en una casa», ya sabes. Y Violeta... Violeta tampoco ha sido un gran apoyo en eso. Cómo será que se dedica a llenar el mar de salmoneras noruegas que envenenan todo lo que tocan...

Se interrumpió. Violeta era un tema al que le costaba acercarse y lo disimulaba poco. Cada vez que la sacaba en alguna conversación llegaba un reproche que no terminaba de cerrar.

—Vacas, cerdos, jabalíes, patos... sobre todo cerdos. Me encantan —continuó. Luego silencio. El tractor había dejado de oírse—. Ese era el sueño.

—Un santuario.

Asintió.

—En esa época no existían, o por lo menos yo nunca oí hablar de ellos. Estaban los zoos y algún parque de esos que tienen animales salvajes en libertad más o menos aparente, nada más. Además no era el momento. Tenía a Violeta, la agencia, Andrea y su despacho... enseguida entendí que lo del bosque era solo un sueño. Supongo que por eso no salió.

—¿Sigue siéndolo?

Se apartó un mechón de pelo blanco de la cara e intentó ovillararlo y metérselo entre un hueco de la trenza, pero el viento se lo arrancó.

—Ya estoy vieja para bosques.

Volvió el rugido del tractor, esta vez más lejano.

—O sea que sí.

Se rio.

—Pero no se lo digas a nadie.

Al poco nos levantamos y desanduvimos el camino de vuelta. Cuando llegamos a la puerta de su casa y ya nos despedíamos, se volvió a mirarme.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Tu sueño. ¿Cuál es? —preguntó, agachándose a coger en brazos a una de las cuatro hermanas L., que acababa de aterrizar en el camino desde una ventana.

Me detuve. Al fondo, más abajo, vi la moto aparcada en el pajar. Un par de rayos de luz que se colaban por los huecos del muro se reflejaban en el metal del manillar, proyectando dos ojos blancos en la oscuridad del interior. No sé por qué, me acordé de pronto de tía Rosa y de lo que le había oído decir a veces cuando los domingos íbamos con ella, tío Samuel y los primos a pasar el día a los merenderos. En algún momento, cuando después de pasar la tarde jugando con Mer, con el primo y con el tío en el río, tocaba merendar, ella se quedaba con Marisol en el regazo, babeando y con la cara torcida, y decía a nadie: «La vida es maravillosa. El mundo no tanto». Y esa frase, que en aquel entonces yo no entendía, era la señal de que el domingo se había terminado y de que estaba bien así porque para nosotros, para todas aquellas familias, la vida iba a ser sí pero no, como si tía Rosa estuviera recordándonos que nosotros teníamos que conformarnos con ser parte del mundo, no tanto de la vida sino de los restos.

Los sueños. Cuando yo era pequeño nadie nos preguntaba por nuestros sueños, o al menos yo no lo recuerdo. Había planes, había «qué serás de mayor», «en qué trabajarás», «dónde vivirás»... había palabras que eran el futuro: barrio, bloque, curro, sueldo, plazos, coche... pero sueños no recuerdo. Soñábamos de noche, dormidos. De día nadie recordaba lo que había vivido mientras dormía. Había que vivir, no soñar.

Hasta esa tarde delante de la casa de Edith nadie me había hecho esa pregunta, ni siquiera Mer. No hablábamos así y no sé, ni siquiera ahora, si pensamos así, si lo expresamos así. Planes, puede. Sueños, no.

«¿Cuál es tu sueño?» La pregunta había tocado y hundido. De pie, en mitad del camino, me sentí como si en plena noche acabaran de enfocarme con una lámpara enorme que me hubiera descubierto desnudo. Un huérfano, eso es lo que vi, como el día que había salido del ascensor con Mer, después de haberme dejado olvidada la mitad de mi nombre en el rellano de casa, huyendo de los gritos de mamá y de los ojos mal cerrados de papá. Me vi desde arriba y tuve que apretar los puños para no ablandarme y perder pie.

Sí, yo tenía un sueño.

Me volví a mirar a Edith. Ella sonrió con la gata en brazos.

—¿De verdad quieres saberlo?

Edith

—¿Sabes qué, mamá? Creo que es mejor que lo dejemos. Contigo es imposible razonar.

En la pantalla del móvil, Violeta me miraba con cara de fastidio. Se la veía cansada.

—Lo que tú digas, hija.

—No, lo que yo diga, no. Es así. No puedes decidir de la noche a la mañana que quieres dejar tu casa y todo lo que has construido durante media vida solo porque van a abrirte un hotelito cerca.

Era domingo. Después de las novedades que el día anterior primero Amparo y después Antón habían compartido conmigo y de mi posterior conversación con Jon, no había pegado ojo en toda la noche. Había pasado la tarde del sábado mortificándome por mi mala suerte e imaginando escenarios cada cual más horrible. Por si eso no fuera suficiente, el par de horas seguidas que finalmente había conseguido dormir habían estado habitadas por el espantoso fantasma de Amparo, que dirigía el hotel del lago y que, no sé cómo ni por qué, había convertido mi casa en una especie de pensión para mochileros y trabajadores de un matadero de elefantes y a mí en una empleada que nunca cubría sus expectativas y a la que nunca pagaba.

Me había levantado al alba con ganas de nada y mi peor idea había sido llamar a Violeta buscando esa complicidad de hija que ella es especialista en no ofrecerme. Finalmente, y después de un buen rato al teléfono, no me tocó otra que reconocer que la llamada había sido un error.

—Tendría que haberlo sabido —murmuré.

En realidad no me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Violeta hizo una mueca que la transformó en una de sus versiones menos afables.

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

Entendí que tenía que salvar la escena si no quería adentrarme en un pantano para el que no iba bien equipada.

—Nada, hija —mentí—. Es solo que desde que ayer supe lo del hotel y las granjas no paro de repetirme que Andrea ya me avisó de que esto no podía durar.

El ceño de Violeta se relajó.

«Llegará un momento en que la gente empezará a cansarse de vivir en las ciudades y buscará sitios como este —me había dicho Andrea en más de una ocasión, sobre todo hacia el final, antes de caer enferma—. Quizá tendríamos que empezar a pensar en buscar algo en otra parte. Más lejos.»

Cuando empezaba con eso yo la dejaba hablar y, mientras ella insistía en sus predicciones, me perdía mentalmente por las calles abandonadas de la aldea, en un *tour* imaginario entre las paredes derruidas, los tejados de vigas podridas, la maleza comiéndose puertas y ventanas, sin una sola farola entre las casas... ¿Quién iba a querer vivir en un sitio así? En los más de veinte años que llevábamos aquí, podían contarse con los dedos de una mano los extraños que habíamos visto aparecer: un par de parejas de excursionistas despistados y el nieto de un vecino que había

vivido aquí y que había llegado un domingo de verano con sus dos hijas para enseñarles lo que quedaba de la casa de los abuelos. Poco más.

No, este sitio no figuraba en los mapas de nadie y en aquel entonces nada hacía presagiar que los augurios de Andrea tuvieran la menor posibilidad de hacerse realidad. Ahora, cuando recuerdo esos avisos y pienso que pronto empezarán a llegar los primeros camiones y los primeros obreros a trabajar en la casona, entiendo que una vez más me equivoqué. Tendría que haberla escuchado. Andrea era buena para eso, se le daba bien adelantarse a lo que había de llegar. Leía con acierto las señales, supongo que porque su conexión con eso que Violeta llama «el mundo real» siempre fue mucho más directa que la mía. A ella esto —esta casa, esta aldea en ruinas— le gustaba porque desde un principio encontró aquí un rincón de paz en el que apartarse a descansar de lo que realmente era su lugar en el mundo. Andrea vivía en, para y por lo que hacía. El trabajo era su verdadera casa. Defendía lo indefendible, aceptaba los casos más difíciles, abogada de lo que no quería nadie. Preservaba la justicia, o así lo exponía ella: «Defiendo lo que es justo», y no había horas ni esfuerzo suficiente cuando se comprometía con una causa en la que creía. En su caso, la aldea era lo otro, el además que hacía posible que su motor vocacional estuviera siempre a punto. Aquí encontraba lo que le faltaba, lo que la completaba. Yo, en cambio, tardé poco en ir apartándome de la agencia una vez nos instalamos. La comparativa entre lo que había encontrado en la aldea y lo que me esperaba en el despacho terminó por agotarme. Toda esa urgencia por conseguir, ese vivir para y no por, el desgaste de los años dedicada a venderme bien, a convencer a los clientes de que mi mente fabricaba conceptos que su dinero necesitaba: coches, lavadoras, compresas, chocolate... cualquier cosa, cualquier mentira bien vestida de necesidad tenía que ser mía y quedarse para convertirse en cuenta y yo con ella. Demasiado tiempo, demasiada prisa.

A los pocos años de mudarnos, decidí empezar a trabajar solo por las mañanas y delegar cada vez más las grandes cuentas en mis dos ayudantes, hasta que en cuestión de un año y medio reduje mi presencia en la agencia a un par de días a la semana, limitándome a supervisar y a mantener el trato personal con los clientes más antiguos. De ahí a deshacerme de la agencia solo fue necesario un pequeño empujón, que afortunadamente llegó poco antes de la gran crisis con la oferta de compra de una gran agencia inglesa. No lo pensé. Vendí bien, muy bien, y a partir de entonces ya no me moví de aquí. Mi lugar fue este y lo demás pasó a ser «territorio Andrea». Ella fue a partir de entonces la que mantenía el contacto con el exterior y con la actualidad, la que sabía y tenía datos útiles sobre lo que ocurría más allá del camino del valle. Iba y venía, interactuando con ese ruido y con esa voracidad que yo rápidamente aprendí a detestar. Andrea salía a la superficie a mezclarse con «lo otro» y cuando volvía me contaba, conectándome de rebote con lo que no era «aquí». Fueron años de bonanza: de repente la rutina cambió y con ella cambiamos también nosotras. Volvíamos a tener cosas que contarnos más allá de lo cotidiano y de lo que construíamos juntas a diario. Yo conocía bien su mundo y ella compartía parte del mío aquí. Reapareció la curiosidad que habíamos aparcado en la otra, por la otra. Nos veíamos otra vez desde una distancia renovada y ese nuevo ángulo de visión trajo consigo cosas que no esperábamos: nos habíamos hecho mayores juntas y nos gustaba lo que veíamos, y eso, ese gustarnos siendo mayores, nos dio una energía con la que habíamos dejado de contar. Fueron los mejores años, los de la segunda ola. El regalo antes de perderla.

Eso es lo que más echo de menos de mi vida con Andrea, no de mi vida y Andrea. No es lo mismo, no es lo mismo la vida *con* que la vida *y*, aunque eso la mayoría lo aprendemos cuando ya es tarde y queda la sabiduría pero no la compañía. Lo que nunca aprendí con Andrea, ni antes

ni después de ella, es a dejar de no saber. Violeta dice que lo de no saber es una actitud, es no querer y es cobardía, aunque apostaría a que ese titular debió de heredarlo de mamá, que, durante años, cada vez que me reñía me lo grababa a fuego con su dedo acusador, quejándose de mí delante de papá como si yo no estuviera presente: «Claro —rabiaba—, la niña nunca sabe nada. A Edith que no le pregunten porque la niña no, la niña para qué». Ahora entiendo que no es que yo no supiera, sino que, viendo lo que sufría mamá en su obsesión por controlar las múltiples vidas de quienes la rodeábamos, me tocó aprender muy pronto que vivir sabiendo es vivir el doble y yo nunca me vi tan fuerte como para cargar con tanta vida. Aprendí a elegir no saber a la sombra de mamá y de ahí en adelante la rutina fue siempre esa: no supe de las mujeres que Philippe metía y sacaba de nuestra intimidad durante los años que estuvimos juntos, porque Violeta era pequeña y mamá no me habría perdonado haber vuelto a casa manchada de marido y sin su nieta. Las dos sabíamos que Philippe, el gran abogado al que ella veneraba por encima de todas las cosas, me la habría quitado sin pestañear, aunque no la hubiera querido con él. Viví también eligiendo no saber cosas de Andrea que, sumadas, habrían pesado demasiado para justificar nuestra aventura conjunta, y seguramente habría seguido así si ella no hubiera muerto y me hubiera dejado aquí, en esta aldea deshabitada, demasiado cansada para buscar algo más, alguien más. Curiosamente, es ahora, en esta vejez tan mía, cuando me ha tocado entender que si se vive así, sin querer saber, es porque lo que has vivido hasta ahora no era tuyo del todo e importaba lo justo, placas de hielo sobre un lago oscuro y turbio que sí importaba. Me ha dado igual saber porque lo que sí he sabido desde siempre es que no estaba cumpliendo mi sueño. En vez de ser la Edith que yo sé que soy, me he dedicado a vivir aventuras que no eran las mías, voces ajenas, territorio prestado.

Seguramente todo lo que he sido y he hecho hasta ahora es una media verdad, y sé bien que no soy la única en el mundo que puede sentirse así y hablar así, aunque eso, esas muchas, esas otras, no me dan consuelo. Me casé a medias, he sido madre a medias, una gran profesional a medias, me enamoré a medias de otra mujer y de una vida en una aldea también derruida a medias. He vivido decidida a no saber que la mitad de lo que hacía era ruido, sabiendo sin querer saber, y todo porque de niña mi sueño no cabía en la mujer en la que debía convertirme, porque alguien decidió un día que los sueños tienen que ser grandes, neones en mayúsculas que dejen nuestra huella en el hielo.

«Pobre Edith, tan tonta. Siempre en su mundo, sin enterarse de nada.»

Un bosque, una casa de madera, un rebaño de animales huérfanos. Familia, ese era el sueño. Otra familia, sin la paciencia sufrida de papá, sin los reproches feos de mamá, sin las vecinas preguntando, sin los vecinos mirando.

Tan poco, tan pequeño mi sueño... «Estás en Babia, Edith. Siempre soñando despierta. Como no espabiles ahora, te va a tocar espabilar por las malas, allá tú.»

«Si aspiras a poco, no te tocará nada», era la frase favorita de mamá. Y me lo decía a mí para que ese reproche rebotara en mi frente y cayera sobre el plato de papá. Mamá acusaba así, aprovechaba que nos tenía a los dos a la mesa para sus carambolas perfectas. «No seas como tu padre. No te mires en él.» Mamá soñaba en grande para mí y yo soñaba con que llegara el domingo para acompañar a papá a comprar el periódico y el aperitivo, los dos de la mano, sin hablar, tan fácil todo alrededor, tan fuera de y tan breve. Soñaba con que un día no nos detendríamos y pasaríamos de largo por delante del quiosco y del bar y seguiríamos hasta el parque y de ahí hacia el bosque, al que nunca llegábamos pero que estaba allí, en el paisaje que completaba el rompecabezas del ventanal del salón. El bosque y papá y nuestro silencio, ese era

el sueño. Luego llegó el tiempo y empujó a la niña contra el futuro, alejándola de lo único que era suyo hasta que con la vejez, siempre tan libre de expectativas, llegó la verdad y su neón: nos pasamos la vida avergonzándonos de nuestros sueños y es esa misma vida, que a veces escucha y quiere saber, la que nos espera para enseñarnos que tiempo no es edad y que grandeza no es tamaño. Lo que nadie nos dice es que cuando dejamos de perseguir nuestro sueño es el sueño el que nos persigue a nosotros. Pero eso solo lo sabemos cuando nos toca.

—Mamá, no te precipites —volvió la voz de Violeta al teléfono—. Tómame tu tiempo para pensarlo. Quién sabe si al final lo del hotel no se hace. Estas cosas son así, sobre todo si hay dinero público de por medio. Y lo que me cuentas de las granjas... en fin, tampoco es que vayan a construirtelas al lado de casa. No creo que vayan a molestarte.

Violeta no entendía. O no quería entender.

—No son granjas, Violeta —me defendí—. Son sitios horribles donde torturan a los animales. No quiero vivir con ese espanto al lado.

Ojos en blanco. Silencio denso. Violeta no se atrevió a decir nada. Ahí estaba en desventaja. Ese territorio eran arenas movedizas que no convenía transitar. Las salmoneras que ella construye en los mares del mundo son exactamente eso, un horror, y las dos lo sabemos.

—Sí, mamá, te entiendo —volvió, esta vez más conciliadora—. Pero de ahí a comprarte un bosque y montar un... refugio de animales lisiados tú sola..., no lo veo.

Esperé un poco antes de volver a hablar.

—No son animales lisiados. Y nunca he dicho que vaya a hacerlo sola.

Violeta acercó la cara a la pantalla.

—No. No lo has dicho.

—No.

—Mamá...

—A ver, no hay nada seguro. De hecho, es probable que al final diga que no, pero ayer estuve hablándolo con Jon y, bueno..., va a pensarlo.

—Mamá...

—Es solo una idea, Violeta.

—Ni se te ocurra.

—Ay, hija.

—No. Aquí no hay «ay, hija» que valga —me cortó, volviendo a crisar el tono—. ¡Mamá, no puedes hacer planes con alguien así!

—Jon no es «alguien así», Violeta.

—Tienes razón —replicó, afilada—. Corrijo: no puedes irte a vivir a un bosque y montar un... refugio de esos con alguien a quien llevas mintiendo desde hace ni se sabe cuánto.

Intenté no crismarme. Sabía que eso iba a llegar.

—Yo no estoy mintiendo, hija —me defendí—. Eso no es así.

—Tienes razón —respondió, extrañamente calmada—. Tú estás ocultando la verdad. Perdona por no apreciar la diferencia.

Entendí que no podía estirar más el asunto. El tono de Violeta me advirtió de que había llegado el momento de bajar la intensidad.

—Vale, sí —admití—. Aunque lo único que he dicho es que es una idea, no que vaya a hacer nada con él.

—Una idea es un principio, mamá. Y conozco tus principios y adónde llevan —dijo con tono amenazador—. Ni se te ocurra.

Casi sonreí. El tono de ese «Ni se te ocurra» fue exactamente el que usan las hijas para hablar a sus madres como si llegara una edad en la que el reloj de arena que nos representa se volviera del revés y las madres pasáramos a ser material de preocupación y las hijas, la peor cara de la maternidad. Lo que no saben las hijas es que una madre lo es siempre, da igual la edad, da igual la fragilidad, da igual todo. Violeta estaba y está aún ahí, en ese tono, pero el tono es lo único que controla.

—No te preocupes ahora por eso. —Esperé unos segundos antes de volver a hablar—. De todas formas, esta mañana, antes de llamarte, he empezado a darle vueltas a una cosa.

Se relajó.

—A ver. Sorpréndeme.

—Tú, que conoces a tanta gente en todas partes, a lo mejor sabes de alguien que tenga una finca por aquí cerca y que quiera vendérsela o alquilársela a una mujer valiente y emprendedora como tu madre. Quiero decir, que esas cosas...

—Mamá, estás chiflada y voy a colgar.

—Vale. No he dicho nada.

Resopló antes de hablar.

—Prométeme que no harás nada sin consultármelo antes —dijo por fin.

—Claro, cielo.

—Hablo en serio, mamá.

—Ya lo sé, hija.

Silencio. A continuación se oyó un tintineo metálico y Violeta desvió la mirada hacia un punto situado a la derecha del teléfono. Supuse que se trataba de la pantalla de su ordenador. Pasaron unos segundos y volvió a mirarme.

—Tienes que decírselo a Jon, mamá —dijo—. No puedes seguir estirándolo más.

No contesté. Violeta tenía razón y las dos lo sabíamos, pero sabíamos también que no era fácil y que para una conversación como la que me esperaba con Jon nunca era el mejor momento. Al principio, ella lo había entendido y me había dado mi tiempo, pero a medida que habían ido pasando los meses, su paciencia se acababa. «Cuanto más tardes en hacerlo, peor, mamá», había empezado a decir. De ahí al reproche más directo el salto había sido fácil, casi natural: «Es que no puedes hacerle eso a un amigo. ¿No lo ves? Tú dices que Jon no está preparado, pero ¿sabes una cosa? A mí me parece que la que no está preparada eres tú, y me flipa verte actuar así porque no te reconozco, mamá, esa es la verdad».

La verdad.

Violeta y la verdad.

Durante todo ese tiempo Jon había vivido su verdad y yo la mía, y lo que no me dejaba actuar era el temor a que cuando me sentara con él y juntos las confrontáramos quizá uno de los dos desaparecería con ellas. Había peligro, tocar la verdad con Jon entrañaba un peligro que yo no me atrevía a enfrentar, porque me daba miedo perder al amigo y también a la persona. Cada vez que había tratado el asunto con Violeta y ella había insistido en que me equivocaba callando, habría querido decirle que yo vivía bien así, acostumbrada desde siempre a no saber y a dejar que los demás vivieran su realidad como quisieran. Me habría gustado que entendiera que Jon y yo estábamos bien como estábamos, cada uno en su lado de la barrera, hechos los dos del mismo barro, y que si ella no me reconocía era porque era ajena a esa parte de mí que solo había conocido papá y que en ese entonces ya conocía Jon, y que por eso no quería perder esta falsa paz que habíamos construido juntos. «Jon y papá son las únicas personas que conocen mi sueño,

Violeta —me habría gustado decirle—. ¿Y sabes por qué, hija? Porque nadie más preguntó nunca. Nadie quiso saber. Ni Philippe, ni Andrea, ni siquiera tú.»

Ahora, mientras preparo la cena y me preparo yo también para lo que habrá de llegar en las próximas horas aquí con Jon, quisiera decirle a mi hija que a mi edad por fin he entendido que un amigo es quien quiere conocer tu sueño, conocerlo de verdad, y que después de todo yo tengo uno. «Soy vieja, Violeta —le diría—, pero tengo un sueño y un amigo y no puedo permitirme perderlos a ninguno de los dos porque son lo único que he elegido siendo yo, sabiendo lo que elegía, y eso, los sueños y los amigos, son lo que justifican una vida.»

Puesta ya la mesa, me aseguro de que está todo a punto para la cena antes de sentarme a descansar al sol de la tarde en la tumbona del porche con Herodes y Lila enroscados a mis pies y aprovecho para liarme un par de cigarrillos. Mientras mezclo las hierbas, vuelvo a pensar en Violeta y siento que antes de hablar con Jon esta noche ella se merece también saber y que quizá Jon y ella sean en el fondo las dos caras de un mismo espejo. Y al tiempo que le doy vueltas a cómo hacerlo con Violeta, veo en el cielo, sobre las copas de los inmensos pinos del bosque que se pierde en los campos de hierba húmeda, dos águilas que planean juntas sobre mí, trenzando el vuelo desde las alturas.

Son dos manos abiertas circulando a cámara lenta entre azul y nube. En este vacío de sonido que envuelve la tarde, a medida que las águilas planean sobre el bosque, recupero en su silueta la mano de papá y la mía contra el verde roto del parque, más allá del quiosco de la esquina. Me acuerdo de ese momento exacto, justo antes de que llegáramos al semáforo y la mano de papá se abriera para atrapar mis dedos entre los suyos. Ese momento, ese segundo de espera que se saldaba con sus dedos encontrando los míos a tientas era, todos los domingos, el principio de la vida. Y todos los domingos, mientras cruzábamos la avenida de la mano, yo pensaba: «Hoy no nos quedaremos en los columpios. Seguiremos por el camino de las fuentes y saldremos por el otro lado hacia la cuesta que sube al bosque». Todos los domingos esa espera y esa posibilidad, una semana tras otra.

Pero nunca llegamos tan lejos. Nunca pisé el bosque con papá.

Había que volver.

A casa.

Siempre había que volver.

III

Volver

Jon

Suzume volvió el lunes siguiente a ver a Susi. Apareció pasadas las dos, con su mochila y una bolsa.

No la esperaba. El domingo, todavía anestesiado tras la notificación de mi despido y la conversación que había tenido con Edith sobre las novedades que estaban por llegar a la aldea, me había levantado a primera hora y había salido en moto a hacer kilómetros. El día rodando había ayudado. Siempre funciona, sobre todo si hace sol y ruedo en contra del tráfico dominguero, recuperando sensaciones y respirando montaña, pero el lunes me había pillado muy cansado y sin ganas de nada. El peso de los últimos días parecía haberse concentrado en el cielo nublado y en la humedad que cubría el zoo cuando llegué a trabajar.

Las primeras horas de la mañana no habían ido mucho mejor. Susi estaba rara. Lo supe en cuanto la oí saludarme mientras me detuve a liarme el cigarrito en el puente. La voz era la suya, pero no era la misma de siempre. Faltaba algo, más cuerpo... no sabría decirlo. Después de ocuparme de Bimba y Dora, entré en el recinto de Susi y durante un rato todo transcurrió como de costumbre. La encontré incluso más animada de lo que suele estarlo los lunes, pero aquello fue un espejismo que no duró. Cuando le serví el desayuno, hizo algo que no había vuelto a hacer desde las primeras semanas de su llegada al centro: se acercó despacio a la comida, pasó la trompa por encima del comedero, removi6 un poco el mont6n de verdura hasta sacar una lechuga y, volvi6ndose hacia la verja, la lanzó contra el muro, estamp6ndola contra la piedra. Luego se quedó quieta, de espaldas a mí y con la mirada perdida en alg6n punto de la pared. La reacción me sorprendió tanto que pensé que quizá le había dado algo en mal estado. Me acerqué a la pared y examiné los restos de la lechuga. Fresca, como siempre. Se me ocurrió que a lo mejor tenía ganas de jugar y volví a darle una segunda lechuga, esperando su reacción. La cogió con la trompa, se la acercó a la boca y, cuando creí que se la iba a comer, la dejó caer al suelo. Después de sacudir la cabeza con violencia, la pisoteó, haciéndola añicos.

En parte su reacción me alivió. Entendí que lo que le ocurría no era nada fisiológico. Susi quería decirme algo. Intenté un tercer acercamiento, pero lo único que conseguí fue que me diera la espalda y se alejara hacia la otra punta del recinto. Decidí entonces dejarla a su aire. Supuse que debía de tratarse de un arrebato de mal genio puntual y subí al recinto superior a echar una mano con el entrenamiento de Dora y Bimba. De hecho, el mal humor de Susi tampoco era nada excepcional. Raro es el lunes que en alg6n momento de la mañana ella no aproveche para reprocharme mi ausencia del fin de semana.

Un par de horas más tarde, cuando bajaba de nuevo a reunirme con ella, me crucé en las gradas con Lourdes, mi compañera. Al verla, me acordé de que le había tocado guardia sábado y domingo y aproveché para comentarle lo del mal humor de Susi.

—No me extraña —dijo. Tan evidente debió de ser mi cara de sorpresa que quiso explicarse —: Ayer estuvieron aquí con ella Alba y Noa, las dos chicas de prensa. Vinieron con un cámara

y se pasaron el día entero grabando, sacando fotos y no sé qué movidas más. Estuvieron mareándola pero bien, a la pobre. Luego, por la tarde, vino el gran jefe Damián con uno del Ayuntamiento y con un francés, bueno, no sé si era francés, pero hablaba francés. —Al ver que yo no decía nada, añadió—: Esas dos de prensa no pueden ser más idiotas. No me extraña que Susi esté de mala leche. Yo les habría arrancado el pelo de un mordisco. Cualquiera diría que trabajan en una peluquería. —Se quedó callada al oír barritar a Dora a nuestra espalda—. Ah, por cierto —dijo, volviendo a la conversación—, a última hora apareció también el Ruso.

La miré sin entender.

—¿El Ruso?

—Sí, hombre. El tipo que lleva el zoo que nos la derivó. El mafias ese —aclaró—. Menos mal que vino al final, porque a Susi no le hizo ninguna gracia tenerlo aquí. En cuanto lo vio aparecer, se acabó la paz.

El Ruso.

Enseguida entendí. Al parecer, el fin de semana de Susi no había sido mejor que el mío y era a mí a quien ella culpaba por no haber estado a su lado para acompañarla. El Ruso, como lo llamaba Lourdes, era el director y casi único accionista del zoo privado que nos había derivado a Susi, un personaje siniestro que se había ganado su apodo a fuerza de «negociar» el abastecimiento de animales desde países de la antigua Unión Soviética a algunos zoos del continente. Era, según se decía, un mal mayor pero necesario en la red de distribución de animales a los centros y una voz no poco importante en el *lobby* de los zoos. El Ruso movía hilos, muchos. «Uno del Ayuntamiento y un francés», había dicho Lourdes. Eso, unido a las chicas de prensa, facilitaba la lectura del porqué y del para qué de la escena. Recordé las palabras de Damián durante la reunión que habíamos tenido en su despacho el viernes anterior: «Susi es en este momento una pieza ganadora, no solo para el centro, sino a una escala... mayor».

La operación Susi había empezado y Damián había aprovechado que ese fin de semana yo libraba para ponerse manos a la obra. Querían a Susi sola. Eso era.

No me costó completar el guion de lo que había ocurrido en el zoo durante el domingo y mucho menos entender el resto: Susi ya había pasado en su centro de origen por una sesión de grabación como la que acababa de vivir con las chicas de prensa y seguramente también la escena del Ruso y de Damián visitando la sesión debía de haber ocurrido en su momento. Poco después de eso la habían «transferido» a nuestro zoo, separándola de las tres elefanta con las que había convivido durante casi tres años y dejándola en el estado de triste apatía en el que había llegado al zoo. Ella simplemente había tenido que recordar lo vivido y leer en la coincidencia de las dos escenas lo que estaba por ocurrir. La memoria de Susi había despertado, azuzada por el mal recuerdo, y yo no había estado a su lado para tranquilizarla. Me culpé por haber sido tan torpe, aunque entendí que no era yo quien estipulaba los turnos y que la escena con Damián y las de prensa habría ocurrido sí o sí cualquier día que yo no estuviera allí para fiscalizar sus planes. Pero entendí también que el daño estaba hecho: quienes estamos en contacto directo con los elefantes sabemos que su memoria es prodigiosa, una especie de caverna inmensa y misteriosa donde cabe todo, ordenado en una miríada de archivos y subarchivos a los que la imaginación humana no ha sido hasta ahora capaz de acceder. Los elefantes recuerdan y el recuerdo se traduce en reacciones que mejoran lo humano, multiplicándolo por mil. Hay amor eterno, hay mapas continentales grabados a fuego, planos de ríos, lagos y desiertos, caminos kilométricos que marcan el regreso a casa, hay duelo y hay también rencor. Un elefante recuerda el dolor y la traición porque los siente como los sentimos nosotros y su inteligencia exige, antes o

después, una explicación y también reparo. Si el primer episodio de grabación con la presencia del Ruso en el zoo anterior había terminado con su traslado a nuestro centro, Susi había entendido que el mismo episodio con el mismo personaje significaba lo mismo. Había concluido que se iba de nuevo y se sentía traicionada por mí, el humano en quien había puesto su escasa y maltratada confianza durante el último año.

Mientras bajaba al recinto a reunirme con ella repasé a cámara rápida todos los cambios que habían llegado a mi vida en las últimas cuarenta y ocho horas y las decisiones que estaban por llegar y, al tiempo que revivía las distintas escenas, sonreí al pensar que aquello era como si el abuelo Ismael hubiera despertado de pronto de su silencio hospitalario para mirarme con su único ojo vivo y advertirme: «Te avisé, Jonás. No pasa nada hasta que pasa todo. Pocas cicatrices tienes para el poco caso que me haces».

Sonreí porque entendí que en el fondo me habría gustado oír de verdad al abuelo y decirle que sí, que no le faltaba razón. «Pero es que a lo mejor resulta que soy así y que no sé ser de otra manera —le repliqué en silencio—, porque los vivos no aprendemos de los muertos, ni siquiera de las experiencias de los demás. Los vivos olvidamos pronto para poder sobrevivir, abuelo.»

Susi me recibió de espaldas y cabizbaja. No dio señales de haberme oído entrar en el recinto y cuando me acerqué a ella se apartó a un lado, dejando a la vista la comida intacta que le había puesto en su rincón. Se había limitado a pisotearlo todo hasta convertirlo en una sombra verde cubierta con restos de tierra y fango.

Ni siquiera dejó que la tocara.

Estuve toda la mañana pendiente de ella. Los enfados de Susi no son frecuentes y cuando se dan no duran demasiado, así que no quise alarmarme. Entendí que, como ya había pasado otras veces, necesitaba su tiempo y se lo di, pero no me alejé. Le pedí a Lourdes que se ocupara del entrenamiento de Bimba y Dora en el recinto superior y me instalé en la grada a ponerme al día con todo el papeleo que se me había acumulado en las últimas semanas. Susi me ignoró. A media mañana entré a verla con una caja de chucherías: pan duro, espinacas, guayabas y pipas. Le encantan las pipas. Entré sonriendo y animado, llamándola por su nombre y hablándole como acostumbro a hacerlo, como si no hubiera pasado nada y contándole al detalle todo lo que contenía la caja que llevaba en las manos y lo mucho que le iba a gustar. Ella no se volvió. Esperó muy quieta a tenerme lo suficientemente cerca y, cuando estuve a tiro, giró la cabeza. Un segundo después, con un golpe seco de la trompa hizo volar la caja sobre mí, lanzándola contra el muro a unos diez metros de donde estábamos.

Me quedé quieto, vacío de aire. Sentí como si acabaran de darme una bofetada y me pitaban los oídos. Cuando pude inspirar de nuevo, noté que me temblaban las manos. A mi alrededor, un silencio espeso parecía haber cubierto el recinto como un nubarrón de ceniza.

Cuando me atreví a mirar, Susi estaba otra vez de espaldas, paseando la trompa distraídamente por los restos de la avena que quedaban de la noche anterior. A medida que pude tranquilizarme un poco, me alegré de no haber estado acompañado, porque no habría sabido cómo explicar lo que acababa de ocurrir. Nunca, ni en mi peor noche con Susi, había imaginado que me iba a tocar vivir una muestra de violencia como la que acababa de ver en ella. Aunque lo que me tenía allí inmóvil no era tanto la violencia en sí, sino la sorpresa de haber visto aparecer de repente una cara nueva en alguien con quien llevaba nueve meses compartiendo mi vida a diario y a quien creía conocer bien. Susi no me había tocado, no físicamente, pero me había recordado con su gesto que mi vida estaba a salvo en sus manos porque ella lo decidía en todo

momento, no porque yo tuviera la llave de su rutina. Ella estaba privada de libertad, pero eso no la hacía más débil.

De pie en el centro del recinto, con las manos todavía temblando en los bolsillos, me acordé de Mer y en cuanto lo hice volví con la memoria a la escena que, con ella, más de cincuenta años atrás, había provocado en mí el mismo impacto que el que acababa de vivir en el recinto. Las manos me habían temblado igual y el dolor había sido igual de físico, tanto que al segundo sentí que me ardía la cara y que no era capaz de tragar.

Ese fue el día que Mer cambió. O que cambiamos los dos.

Habíamos enterrado a papá por la tarde. Ya de vuelta en casa, antes de acostarnos, mamá nos había anunciado que a la mañana siguiente volvíamos a la escuela. «Solo me falta que encima empecéis a perder clases, con la que tenemos encima y con lo justo que vas, Jonás», dijo.

De negro. Mamá se levantó de negro esa mañana y nunca más volvimos a verla llevando color. Después de desayunar nos acompañó a la parada del autobús y cuando ya nos íbamos la oí decir a mi espalda: «Cuida de tu hermano, Mer».

Mer y yo íbamos a la misma clase. Aunque nos llevamos poco menos de diez meses, cumplimos en el mismo año y en aquel entonces a nadie le parecía extraño que dos hermanos compartieran aula. De hecho, en el colegio cada uno tenía sus amigos y nos mezclábamos más bien poco. Fuera de la escuela las cosas eran diferentes: nos juntábamos con los demás chavales del bloque y en la pandilla aún éramos demasiado pequeños para empezar a dividirnos en grupos por edades. Los primeros dos días después de nuestra vuelta a la escuela, todos en clase nos trataron con esa incomodidad que sentíamos los chavales cuando a un compañero se le moría alguien de la familia y, antes de que volviera a la escuela, la maestra nos advertía de que teníamos que ser cuidadosos con él porque «el pobrecito ha tenido una pérdida». En eso nos convertimos durante esos dos días Mer y yo: en «los pobrecitos». Pero el cuidado duró lo que dura la memoria reciente en los niños a esas edades y al tercer día pasó lo que yo llevaba anticipando desde la tarde que había encontrado muerto a papá en su cama.

Tuve que hablar.

Por supuesto, mamá no había avisado a la señorita Emilia de mi repentina tartamudez y, después de guardar un silencio absoluto durante el tiempo que pude alargarlo —«un silencio de pena», dijo la señorita—, cuando me tocó salir a la pizarra a escribir y leer el pequeño dictado, llegó el momento que tanto había temido. Todo fue exactamente como lo había imaginado en las tres noches de insomnio que habían pasado desde la muerte de papá: las mismas miradas, el mismo calor horrible en la cara y en las orejas, el sudor en los dedos que iban mojando la tiza... y unas ganas terribles de hacer pis.

Escribí en silencio y tomándome mi tiempo el texto en la pizarra. Cuando por fin terminé y me tocó leer, miré a la señorita y luego a Mer, que estaba sentada en la primera fila, junto a la puerta. «Animales como el elefante y la vaca...», así empezaba el dictado. Y eso fue lo que leí, o lo que intenté leer, porque lo único que llegué a decir fue «A», antes de encallarme en la «n».

—A. A. A. A. A. A. A.

A.

A de «ayuda». Vi la cara de espanto de la señorita Emilia, que acompañaba cada una de mis aes con un golpecito del boli en la mesa. A medida que llegaban las siguientes y que empezaban las primeras risas, el boli fue golpeando cada vez más fuerte y más deprisa contra la madera, tap, tap, tap, tap... hasta que de repente la señorita se levantó, empujando la silla contra la pared, y

vino hacia mí con el boli en la mano como si llevara el cuchillo que usaba la abuela para despellejar los conejos en el pueblo.

—¿Se puede saber qué te pasa, Jonás?

Tenía tantas ganas de hacer pipí...

—Jjjjon. Es Jjjjon —la corregí. Hablé bajito, como si al ahorrarme algo de voz pudiera conseguir que saliera más aire.

Para entonces, el griterío y las risas en la clase eran de tal calibre que creo que la señorita ni siquiera me oyó. La vi apretar la mandíbula mientras se colocaba bien las gafas, y cuando levantó la mano para darme, eché a correr hacia la puerta, saliendo disparado por el pasillo en dirección a los lavabos mientras rompía a sonar el timbre y lo que hasta entonces había sido silencio se transformaba en una oleada de ruido, gritos, balones golpeando contra las paredes y chirridos de patas de sillas sobre el suelo de las aulas.

Tardé un buen rato en salir. Antes de hacerlo, me aseguré bien de que afuera, en el patio, todo respirara como siempre: fútbol, baloncesto, charcos, barro, canicas, los mayores en el rincón de la cisterna, los más pequeños en el patio trasero... Me quedé encerrado allí dentro mientras en los cubículos contiguos entraban y salían otros chavales, que a veces hablaban con el que ocupaba el cubículo anexo, y yo los oía y pensaba que a lo mejor ya no volvería a hablar nunca más y que tendría que convencer a mamá para que me cambiara de cole y empezar en otro ya sin hablar del todo, mudo. «Los mudos no dan risa, nadie se ríe de los mudos hasta que son mayores o en las películas», eso pensé, y se me ocurrió que era una gran idea y que tendría que pedirle a Mer que me ayudara, aunque a lo mejor a mamá lo de tener a uno en cada cole no le venía bien porque era más gasto, sobre todo de autobús. Y se me ocurrió también que había tenido suerte, porque aunque hablaba mal, pensaba como antes, sin tropezarme ni nada, o sea, como las personas normales —a esa edad solo había dos clases de personas: las normales y las que no lo eran—, y me pregunté si no sería que se me había estropeado algo en la garganta, como cuando te tragabas un hueso de pollo o una espina de pescado y solo con encontrarla y sacarla todo volvía a estar bien.

Tantas preguntas...

Cuando por fin salí del cubículo, me di cuenta de que tenía parte del pantalón mojado. Había llegado tan nervioso al lavabo que no me había dado tiempo de bajarme el calzoncillo y se me había escapado un poco de pis. No me importó. Salí al pasillo y bajé despacio al patio. Al dar la vuelta a la esquina de los lavabos de las niñas, me topé con un grupo de quinto que estaban jugando a las patrullas o algo. En cuanto me vieron aparecer por la esquina, se volvieron y dejaron de jugar. Uno de ellos, un chaval malote llamado el Jarolo, que había repetido dos cursos y que algún domingo aparecía por el bloque con su pandilla a buscar jarana o a robarnos las bicis, me cogió del brazo y me dio un empujón.

—Vaya, ya me han dicho que se te ha comido la lengua el gato.

Risas. Alguien a quien no vi me empujó por la espalda.

—¿A ver cómo era eso? —preguntó, volviéndome a empujar—. ¿Animal?

No dije nada. Noté la lengua seca y pegada al paladar y la cara ardiendo. Intenté zafarme, pero habían formado un corro a mi alrededor y enseguida supe que me tocaría recibir.

Entonces uno de ellos lo vio.

—¡Se ha meado! ¡El idiota se ha meado!

Todos se rieron y de repente me llegó desde atrás un manotazo en la cabeza. Esa fue la señal. A partir de entonces llovieron más, a chorro y por todas partes, acompañados de un griterío que

no conseguí entender, porque lo único que pude hacer fue agacharme y protegerme con los brazos, mientras los gritos se desenmarañaban hasta compactarse en una sola palabra que empezó a resonar, colándose entre los golpes y las patadas, y que al poco fue lo único que había.

—Di «animal», di «animal», di «animal», di «animal»...

Quise chillar, pero una patada en la rodilla me dobló la pierna y cuando apoyé la mano en el suelo para no perder el equilibrio el Jarolo me cogió del pelo, tiró del mechón que tenía en la mano hasta obligarme a levantar la cabeza y me escupió.

—Animal —dijo, acercándose la boca a la oreja—. A ver cómo lo dices.

Un golpe en el brazo como si me hubiera topado contra el marco de una puerta. Un palo. Y otro.

—Dilo, dilo, dilo, dilo...

El palo en el cuello.

Entonces, de repente, todo terminó.

Fue tan rápido que no sé si lo que recuerdo es lo que realmente ocurrió o si con el tiempo he terminado construyendo mi propia versión. Lo que sí hubo, y eso no me lo invento, fue silencio, un vacío de voz anterior a un grito ronco de niño mayor seguido de la mano del Jarolo abriéndose de golpe para soltarme el pelo, mientras por mi izquierda vi aparecer una sombra rojiza que dejó de serlo para estrellarse contra su nariz y su boca.

Y un crujido. Crac.

Y los ojos del Jarolo en blanco como cuando éramos muy pequeños y la perra de tía Rosa se quedaba dormida tumbada boca arriba en el sofá y yo, que me asustaba viéndola con ese blanco en los ojos como de muerta, le tocaba en el costado con la punta del plumero para ver si se despertaba. Ese blanco era.

Y la sangre. Un chorro de sangre me salpicó las manos y los pantalones junto con dos piedrecillas que rebotaron en mis zapatos y fueron a parar al suelo. Apenas tuve tiempo de ver cómo la sombra rojiza se convertía en piedra y oír el chasquido del impacto contra la boca y la nariz del Jarolo, porque enseguida volvió el silencio y también el calor del sol al tiempo que el grupo se dispersaba. A mi lado, Mer me pasó una mano por los hombros y me estrechó contra ella. Con la otra sujetaba un trozo de ladrillo que goteaba sangre. Jadeaba casi más que yo. No la miré. Delante de mí el Jarolo se tambaleó, se llevó la mano a la nariz y empezó a chillar, mientras en algún sitio alguien había empezado a corear «Pelea, pelea» y el grupo había dejado de serlo, abandonándonos a los tres junto a la tapia.

Pelea. Pelea.

Mer me pasó la mano por el pelo varias veces, diciéndome algo que no he vuelto a recordar. En el suelo reconocí en las dos piedrecillas que habían rebotado contra mis zapatos antes de ir a dar al suelo los dos dientes que el Jarolo acababa de perder. Mer también los vio. Se agachó muy despacio, los recogió, le abrió la mano al Jarolo y le puso los dientes en la palma.

—Animal —dijo—. Ahora dilo tú.

Me quedé clavado donde estaba, incapaz de reaccionar y con un pitido ensordecedor en los oídos, no por la paliza ni por el dolor de los golpes, eso ya no contaba. Lo que contaba era la voz de Mer, el trozo de ladrillo que colgaba contra su pierna y que seguía goteando sangre y esa nueva cara suya que yo no había visto ni imaginado hasta entonces. Mer no solo era la «recoge bichos» con la cabeza siempre en las nubes que hacía enfurecer a mamá en cuanto aparecía, porque papá solo tenía ojos y palabras para ella y a mamá se la llevaban los demonios cuando los veía a los dos sentados en el sofá con un tomo de la enciclopedia de los animales, Mer embozada

y papá leyéndole los pies de foto y contándole historias de cuando había estado en la mili y durante los días de permiso salía de excursión con dos compañeros del cuartel «que pudieron estudiar» a mirar pájaros y a pescar. Mamá los escuchaba en silencio y enseguida encontraba algo para lo que necesitaba la ayuda de Mer. Entonces papá decía: «Anda, ve, hija. Ayuda a tu madre».

No, no había sido la violencia, sino haberla descubierto cerca y así de física y a la vez verme a su lado, tan frágil, ella tan grande y yo tan pequeño. Junto a la tapia desconchada de la escuela, había aparecido una Mer que nunca había estado ahí, capaz de hacer daño, de reventarle la boca y la nariz al Jarolo y a quien fuera y de hacerlo por mí. Esa Mer era nueva y me dio miedo, el mismo que me invadió en el recinto esa mañana tras la reacción de Susi, que seguía inmóvil y de espaldas, balanceando despreocupadamente la trompa sobre el polvo del suelo como si no hubiera ocurrido nada.

Esperé. Susi no se volvió ni dio la menor señal de reconocer mi presencia. Por fin, pasados unos minutos, hice algo que no había vuelto a hacer desde la primera semana de su llegada al zoo: regresé hacia la puerta sin darle la espalda, muy despacio. Cuando estuve fuera, miré la hora: eran casi las tres. Tomé nota mental de comentarle a Lourdes que estuviera especialmente atenta y se asegurara de que Susi comía durante la tarde y de que me tuviera al corriente de cualquier cambio. Luego empecé a subir las escaleras de la grada.

—¿No quiere comer?

Me asusté. No la había visto llegar. En cuanto la reconocí, tuve casi la sensación de haber sido pillado en falta. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. Cuando nuestras miradas se encontraron, volvió a recorrerme esa sensación extraña y familiar que ya había tenido el viernes anterior durante su visita con el resto de los niños.

Suzume estaba sentada en la barandilla, con el plumífero amarillo y la mochila a los pies, casi en equilibrio.

Un gorrión.

—Parece que hoy no tiene mucha hambre, no —respondí mientras me acercaba a ella.

Abrió una bolsa de papel que llevaba en la mano y me enseñó una manzana.

—Le he traído dos manzanas —dijo—. La señorita Leiva dice que a los elefantes les gustan mucho.

Sonreí.

—Genial. Se las daré mañana con el desayuno. Le van a encantar.

Hizo una mueca con la boca.

—¿Por qué está enfadada?

Me senté a su lado. Entendí que debía de estar allí desde que había salido de clase, probablemente algo menos de una hora. Seguramente lo había visto todo.

—Es... un poco complicado.

—Papá también dice eso —dijo, ladeando la cabeza para mirar hacia donde estaba Susi—. Todo el rato. Es que siempre tiene prisa. Y a veces también dice: «Mejor ve y pregúntaselo a la abuela».

Me reí. Tenía razón. Aunque ya era tarde, decidí darme unos minutos y liarme un cigarrillo antes de irme.

—Susi está enfadada porque puede que la trasladen a otro sitio, aunque no es seguro.

—¿Se la llevarán a otro zoo?

—No. A un sitio mucho mejor.

—¿A África?

Negué con la cabeza mientras pegaba el papel con la lengua. A África. Claro. Qué otra respuesta podía esperar de un niño sino la verdad.

—A un santuario —respondí—. ¿Sabes lo que es?

—Sí. Mi abuela da dinero a uno por el banco del ordenador y tiene un jabalí que se llama Lola, que es como su hijo pero en vídeo.

—Pues eso mismo es, pero solo para elefantes.

—¿De verdad?

Asentí.

—¿Y no le gusta?

—No es eso. Lo que pasa es que no se ha enterado por mí y creo que está enfadada conmigo porque se siente traicionada.

—¿Traicionada qué es?

—Susi cree que le he mentado. O mejor, que no le he dicho la verdad.

—¿Y es tu amiga?

La pregunta me sorprendió.

—Claro.

—¿Y tú también irás al santuario con ella?

—No.

Suzume bajó la vista hacia el contenido de la bolsa y yo volví la mirada hacia donde estaba Susi. Seguía de espaldas, muy quieta.

—Pues a lo mejor no está enfadada —dijo, mirándome muy seria—. A lo mejor le da pena irse sola porque eres su amigo. A mi hermana le pasó.

De repente fue como si alguien nos hubiera cubierto a Suzume y a mí con una campana de cristal y todos los ruidos del zoo, que son miles, decenas de miles a esa hora, se hubieran apagado de golpe, dejándonos vacíos de entorno. Y fue físico, sobre todo. «Enfado no, pena», había dicho Suzume. La pena era peor, mucho peor, enseguida lo entendí. Y lo entendí porque entendí también que era posible, que quizá la violencia de Susi no era contra su mala suerte y la mala vida que había tenido siempre, sino contra mí por no haber entendido que teníamos un vínculo de intimidad en el que habíamos trabajado juntos y que yo estaba equivocado. Ella no se sentía traicionada. Se sentía abandonada por alguien a quien quería y estaba triste.

«Pena», había dicho Suzume.

Miré a Susi, que parecía haber ladeado muy levemente la cabeza y que, según pude intuir a pesar de la distancia, nos miraba disimuladamente.

—A mi hermana le pasó —repitió Suzume a mi lado.

No entendí.

—¿Le pasó?

—Sí. No quería comer.

—Vaya.

—Pero manzanas sí. Le gustaban mucho. Y bueno...

En ese momento sonó un tintineo que dejó la frase de Suzume en alto. No la terminó. Saqué el móvil del bolsillo de la mochila y antes de abrir el mensaje que acababa de llegarme vi que eran pasadas las tres y cuarto. Luego leí. Era de Edith.

Ya sé que vas a pensar que estoy loca, pero es que... acabo de salir del dentista y ¡creo que tengo el bosque!

O sea, no sé si lo tengo, pero existir, existe. ¡Para en casa cuando llegues, que ayer hice tiramisú y te cuento! Ay, Dios, ¿te imaginas?

Me reí. Los arrebatos de Edith siempre me hacen reír, sobre todo cuando los leo en un mensaje. Con esa energía y esa urgencia que le pone a todo, nadie diría que quien los envía tiene su edad. Suzume me miró con cara de interés y luego enrolló la bolsa de papel y me la ofreció.

—Me tengo que ir —anunció muy seria.

Me levanté, cogí la bolsa con el par de manzanas y echamos a andar en dirección al puente que lleva a la entrada. Antes de cruzarlo, ella se detuvo.

—Es que tengo que hacer una cosa —dijo—. ¿A lo mejor podría venir otro día a ver a Susi?

—Claro. Puedes venir cuando quieras —respondí—. Creía que habías dicho que tenías que irte.

Asintió y luego negó con la cabeza.

—Primero tengo que ver a los flamencos.

—¿A los flamencos? ¿Por qué?

Se quedó callada y con el ceño fruncido. Pareció sopesar su respuesta hasta que por fin habló.

—Es... complicado —dijo.

Me reí. Ella sonrió, luego dio media vuelta y se alejó correteando hacia el recinto de los flamencos. Esperé a perderla de vista y seguí directamente hacia la salida. Cuando estaba cerca de los torniquetes, me pareció ver aparecer de las taquillas a Damián en compañía de un tipo que, por su aspecto, bien podía ser el famoso Ruso del que me había hablado Lourdes. Damián me vio e hizo un gesto con la mano, quizá para indicarme que los esperara, pero ante la duda opté por tomarlo como un saludo que devolví antes de salir.

Minutos más tarde, el rugido de la moto sobre el asfalto y el aire frío de marzo contra la cara volvían a ser, como cada tarde, el bálsamo que lo acallaba todo. Mientras cruzaba la ciudad, el eco de mi conversación con Lourdes primero y con Suzume después había vuelto a repetirse en todas sus variables, tonos y matices. La ciudad es una especie de caja de resonancia que a diario me devuelve lo que he vivido durante la mañana en el zoo y me ayuda también a ordenarlo. Es mi momento de revisar. Ya lo era antes, cuando salía de la clínica y durante ese primer tramo en la ciudad repasaba los casos que había tenido durante la mañana y los que tenía en la agenda para el día siguiente. Rodar por las calles después del trabajo es terminar de cerrar el día entre carriles, furgonetas aparcadas en doble fila, semáforos, autobuses, ambulancias y pasos de cebra. La atención se desdobra entre los imprevistos que hay que sortear en todo momento y los que ya has resuelto durante la mañana, antes en la clínica y ahora en el zoo. La ciudad es la persiana que echamos despacio para poder salir limpios a la carretera. «Hay que salir vacío a la carretera —decía siempre un colega mío motero de la facultad—. Si no, la carretera se te come en cualquier curva.» Tenía razón. Rodar en abierto es como patinar sobre un espejo: todo lo que está arriba está también en tierra y la moto se desliza en la línea que separa lo uno de lo otro como si las ruedas las tuvieras tú y te adentraras sobre ellas en ese hueco de tiempo que solo da la moto. Rodar es investigar la prisa.

En cuanto salí a la autopista, me acordé del mensaje de Edith y de su última frase: «Ay, Dios, ¿te imaginas?». La repetí mentalmente con su voz y sonreí. «¿Te imaginas?», esa es una expresión tan infantil y tan propia de ella que cuando la escribe o la dice siempre siento una punzada de nostalgia porque recuerdo cosas de antes, de cuando era joven e iba al instituto y todo estaba aún por hacer, y Mer me decía: «Estudiaré Biología, porque los científicos son los

únicos que pueden vivir de su imaginación, y sin imaginar yo es que no me veo». Yo no la entendía, no entendía que fuera tan allá, que calculara a tan largo plazo, porque lo que a mí me gustaba era imaginarme curando animales, donde fuera y como fuera, pero con ellos. «¿Te imaginas?», terminaba Edith su mensaje, y sonreí de nuevo porque esa era la pregunta con la que Edith lo cerraba siempre todo y, aunque ella no lo sabía, la que la hacía quien era, al menos en su relación conmigo y con lo que la rodeaba.

De repente, mientras avanzaba por la ronda de circunvalación con la lenta masa de tráfico que evitaba el centro de la ciudad, volví a verme en mitad del camino que une nuestra casa con la de ella, quieto, muy quieto en el recuerdo, el sol ya en el oeste, y ella detrás de mí, frente a su puerta. La escena nítida como sucede en los últimos sueños de la noche y su pregunta: «Tu sueño. ¿Cuál es?». La escena se desplegó como una gran pantalla sobre el mar de coches, camiones y ruido de la autopista: Edith detrás, delante yo, sonriendo de espaldas, con mi respuesta pequeña.

«¿De verdad quieres saberlo?»

Edith se agachó entonces a coger en brazos a una de las gatas del suelo y asintió.

—Claro —dijo.

Me di la vuelta y la miré. Estuve a punto de acercarme para no tener que hablar así, desde la distancia, pero lo pensé mejor. De algún modo, esos metros me daban una comodidad que agradecí.

—Te va a parecer una tontería, pero siempre he soñado con poder acercarme a una elefanta salvaje y mirarla a los ojos, así, de frente. Atreverme a hacer eso, mirarla muy de cerca y no tener miedo.

Edith me escuchaba muy atenta, sin dejar de acariciar a la gata. No dijo nada. Se hizo entonces ese silencio salpicado del susurro de hojas secas, arbustos y ramas que jamás descansa en la aldea, hasta que volví a hablar:

—Mi sueño es poder ser parte de eso, pero de verdad, sentirme aceptado o reconocido, no sé. Y, a lo mejor, ¿quién sabe?, ya puestos a soñar, que me acepte como uno más. Uno de los suyos.

Hubo de nuevo un silencio, esta vez sesgado por rachas de brisa que la tarde empezaba a levantar desde el lago. Edith siguió acariciando a la gata, pero ya no me miraba. Tenía la vista puesta en lo alto de la iglesia, en el campanario, y sonreía a nadie. Por un momento me arrepentí de habérselo contado, sobre todo de haberlo hecho así, tan resumido y tan torpe. Sentí como si me hubiera quedado desnudo allí mismo, en mitad del camino, a la vista de todos, que era nadie salvo Edith, una mujer a la que prácticamente no conocía y en la que no sabía si podía confiar. Mientras ella seguía a lo suyo, estuve tentado de intentar arreglarlo y decirle que no se equivocara, que no era tan infantil como parecía y que me habría gustado darle la información completa, contarle desde el principio para que no sonara así de simple, pero entendí que ya era tarde y que, en el fondo, daba igual que fuera así de absurdo en un hombre de mi edad, porque a fin de cuentas solo era eso: un sueño no tocado ni cumplido, alargado en el tiempo.

Pasaron unos segundos hasta que Edith se volvió hacia mí de nuevo. Cuando me miró, lo hizo con los ojos llenos de los restos de luz que reflejaba en ellos el sol desde el oeste. Y dijo:

—Pues tienes que conseguirlo, Jon. —Sonrió, aunque entendí que no era a mí a quien sonreía, y acercándose la gata a la cara, preguntó—: ¿Te imaginas?

Un año y medio más tarde, mientras desayunaba en el bar que está al lado de la clínica, recibí una llamada. Me extrañó ver el nombre de Ricardo en la pantalla del móvil. Ricardo y yo habíamos sido compañeros de facultad. Mentiría si dijera que durante los años que habíamos

compartido estudios habíamos sido amigos, más que nada porque Ricardo no era amigo de nadie. Era un chaval solitario con una cabeza privilegiada que todos los veranos se pillaba un Interrail y se iba de voluntario a cualquier país donde hubiera un zoo, una fundación animalista, un lo que fuera que le permitiera trabajar con animales a cambio de cama y comida. Era, en su estilo, un poco como Mer: le interesaban los animales como puerta al conocimiento del comportamiento de lo salvaje, no los animales en sí. Ricardo era todo cabeza, curiosidad y trabajo de campo. Mer siempre decía que Ricardo se había equivocado de carrera, que tenía mirada de laboratorio, no de quirófano, y creo que no le faltaba razón. Cuando terminamos la universidad, Ricardo y yo nos perdimos la pista durante muchos años, hasta que un día volvimos a encontrarnos en un congreso, en Lyon. A partir de ahí retomamos el contacto. Él había dejado la investigación de campo y era todo un capo en una organización europea que se dedicaba al control del bienestar animal en recintos como zoos, bioparques y delfinarios. Seguía igual: igual de solitario, de poco conversador y de seco, pero también igual de noble y de buen tipo.

Al teléfono hablamos un poco de nada en particular. Él fue enseguida al grano.

—¿No eras tú el que siempre decía que quería trabajar con elefantes? —preguntó.

El resto es historia. Según me contó Ricardo, el veterinario de los elefantes del zoo había pillado una baja por larga enfermedad y por esas casualidades de la vida la vacante se había producido el día que él había estado de visita en el recinto y Damián se lo había comentado. Enseguida había pensado en mí, dijo. También me advirtió: «Serás veterinario, cuidador, hombre para todo y todo en uno, te lo adelanto. No sé si sabes cómo son estos sitios: poca gente y mucho curro. Sueldo decente».

Sorprendentemente, no le dije que no. Y digo lo de sorprendentemente porque en ese momento yo tenía mi propia clínica, que aún sigo teniendo, y me sobraba el trabajo. De hecho, acabábamos de contratar a una auxiliar y a una veterinaria porque la semana siguiente íbamos a convertirnos en una clínica 24 horas, urgencias incluidas, y con el personal que teníamos no nos bastaba. En otras palabras, no necesitaba el dinero y menos aún otro empleo, y, si nada se torcía, iba encaminado hacia lo que Mer llamaba «unos tranquilos y merecidos sesenta».

Pero no le dije que no. Al contrario: le hice algunas preguntas sobre el puesto y sobre el estado de los animales, que él respondió al detalle. «Es un zoo, Jon —dijo, sabiendo lo que pensaba y pienso todavía de ellos—. No te lo voy a adornar: animales salvajes encerrados, algunos en condiciones mejores que otros, pero todo dentro de lo que no debería existir. Qué te voy a contar que no sepas.» Dudé cuando él calló, esperando mi respuesta. Al poco, añadió: «Pero si quieres trabajar con elefantes, a estas alturas no vas a tener muchas más oportunidades, eso tenlo claro».

—Dame unos días —fue lo que dije—. Deja que lo piense.

Si la llamada hubiera llegado tres meses antes, ni me lo habría planteado. Mer todavía no se había marchado y aquí estaba todo en orden, por no hablar de lo que ella opinaba —y denunciaba públicamente, siempre que podía— no solo sobre los zoos en particular, sino sobre los *lobbies* que vivían del tráfico de animales salvajes que surtían a zoos, laboratorios, acuarios y mil y un destinos más, con el soterrado beneplácito de la mayoría de los gobiernos planetarios. Pero lo de Mer había cambiado muchas cosas, más de las que al principio había previsto, y en cuanto colgué entendí que quizá un cambio, ese cambio, no era una casualidad. «No te lo plantees como algo definitivo. Prueba, a ver qué tal. Siempre puedes volver a tu clínica», había dicho Ricardo antes de colgar.

Y luego estaba el tema de los elefantes, claro. «Ahora mismo hay solo dos, aunque tengo

entendido que igual llega otra dentro de un tiempo, un traslado de un bioparque. Un caso complicado.»

Cuando por la tarde se lo comenté a Edith, ella terminó de convencerme.

—Quién sabe —dijo—, a lo mejor esto tiene algo que ver con tu sueño. —El comentario me pilló un poco con la guardia baja. No habíamos vuelto a mencionar el episodio de mi confesión en casi el año y medio que había transcurrido desde aquel día y el hecho de que volviera a sacarlo así, con esa naturalidad, me descolocó—. Ya sé, ya sé que un zoo no es exactamente el mejor sitio para trabajar con animales, pero... son elefantes y siempre puedes volver a tu clínica si no te sientes cómodo. Plantéatelo como un respiro de tu rutina, como algo temporal. No tienes nada que perder, Jon.

Y eso fue lo que hice: planteármelo como algo temporal, una especie de vacaciones de mi vida que no me comprometían a nada. Dos elefantas, quizá una tercera. ¿Y si Edith tenía razón y aquello era una puerta a algo que no podía perderme? ¿Cuántos veterinarios hay en el mundo trabajando con elefantes? Era una oportunidad única.

A la mañana siguiente llamé a Ricardo y le dije que contara conmigo.

—Me alegro, Jon —dijo—. Por ti y también por mí.

No le entendí.

—Me tranquiliza tener ahí dentro a alguien de confianza —añadió.

Diez días más tarde crucé por primera vez el puente que separa el foso de Freddy, el rinoceronte blanco, de la zona de los elefantes. Y de ahí hasta hoy.

Por fin, en cuanto dejé atrás el último aviso luminoso de velocidad restringida, di gas y me deslicé al carril de la izquierda. A esa hora la autopista es un mar de fichas de metal y cristal en lento movimiento: intermitentes, humo, prisa contenida y paciencia rutinaria que desfila entre pueblos que lo fueron y que ahora son balcones con doble ventana y un infinito *collage* de parabólicas y bloques que viven de espaldas al ruido. Diez minutos más tarde, cuando tuve el carril despejado, abrí la boca y dejé que el aire me llenara los pulmones, limpiándome por dentro.

Decidí mantener la velocidad a cien. Mer dice que los cien son «la velocidad de pensar» y también que «los cien, en autopista, son la medida exacta para ver sin ser vistos», que es lo que ella hace cuando viaja detrás conmigo y estudia a los conductores de los coches y a sus acompañantes como si estuviera en una de sus colonias de pingüinos, atenta a cada movimiento, tomando notas mentales de las acciones y las reacciones, de lo que se ve y de lo que no debería verse. «Investigar es ver lo que no.» Esa es una de sus frases preferidas. La suelta siempre que puede allí donde va y lo hace sin darse cuenta. Mer es así: le preocupa lo que no, resolver los vacíos.

A cien por la autopista, cómodamente instalado en la velocidad de pensar, repasé con la memoria más reciente la mañana vivida en el zoo: el encuentro con Lourdes y la noticia de la visita del Ruso sumada a la de las chicas de prensa; el enfado de Susi y su arranque de violencia contra mí; mi temor a que se negara a comer durante el resto del día y que lo que en un principio había sido una muestra de rabia puntual se alargara en el tiempo y tuviera consecuencias indeseadas; la aparición de Suzume, materializándose por sorpresa en la grada y mirándome desde la barandilla como si se hubiera posado allí desde el aire... Fui recorriendo cada escena desde arriba, anotando detalles que pudieran ayudarme en caso de que el aviso de Suzume no

anduviera desencaminado y el cambio de actitud de Susi no fuera preocupante en sí, sino una ventana a una situación nueva a la que debía anticiparme. «Pena», había dicho Suzume. La pena no es enfado. La pena es peor. Es trabajo lento, hacia abajo, sobre todo en un elefante ya triste como Susi. La pena es, en los animales encerrados, lluvia ácida cayendo sobre llaga vieja. No hay más que ver a Freddy, el rinoceronte, conviviendo con su propia sombra en el limbo de su foso: quieto durante horas, con la cabeza gacha y la mirada perdida en la pared, como si quisiera leer en ella los porqués y para qué de su historia, esa mirada que muchos tienen en el zoo y que nadie quiere ver, ni quienes los atendemos ni las familias que traen a sus niños a pasar el día entre unos animales que no entienden que los miren por ser lo que son, que no saben descifrar esas risas ni esa curiosidad que a algunos de ellos les recuerdan infiernos pasados en circos, jaulas y peceras. Pena, en Susi, era lo que no había de ser y en la voz de Suzume había sonado tan claro y tan lógico que cualquier duda había quedado casi anulada.

Volví a recordarme que tenía que llamar a Lourdes para ver cómo iba con la comida de Susi y, cuando estaba a punto de cerrar el repaso mental a la mañana, desde algún rincón de la memoria asomó una frase que hasta ese momento yo no tenía conciencia de haber oído. La había dicho Suzume y llegó con su voz.

«A mi hermana también le pasó.»

Eso había dicho, y no una, sino dos veces. Me acordé de que algo parecido le había oído decir durante su primera visita al zoo, aunque no conseguí recordar a qué se refería. ¿A la pena? ¿A la comida? Seguí dándole vueltas a la frase durante un rato, hasta que al llegar a la salida que conectaba con la carretera que llevaba al pueblo, volví a pensar en Edith y en su mensaje.

La imaginé preparando la mesa en la cocina, rodeada de gatos y con la radio encendida, y me gustó pensar que por una vez era yo quien tenía una sorpresa para ella y no al revés. Mientras subía por el camino que lleva desde el pueblo a la aldea pensé en el abuelo Ismael y por un momento lo imaginé mirándome desde algún rincón de ese cielo de primavera que repartía nubes nuevas sobre el valle con su ojo bueno, celebrando que aquí abajo su nieto siguiera haciendo honor al patrón repetido de los hombres de la familia, ese todo o nada que él me había lanzado como una maldición desde su cama de hospital y que, con la decisión que acababa de tomar hacía menos de veinticuatro horas, yo no solo había confirmado, sino que había logrado mejorar.

Al llegar al desvío, una pareja de corzos cruzaron despacio por delante de mí, extrañamente confiados. Frené y dejé que pasaran. Cuando volví a dar gas, no huyeron. Se volvieron a mirar, curiosos.

Me pareció un buen augurio.

Edith

—Es increíble.

Me serví un poco más de cava y encendí un cigarrillo. Sentados a la mesa de la cocina, habíamos terminado de ver las últimas fotos en la pantalla del portátil mientras Lila y Lula se perseguían debajo de la mesa, peleándose por una nuez. Jon se puso un poco más de tiramisú en el plato.

—No sé qué decir —volvió a hablar, sin apartar la vista del paisaje de la foto que llenaba la pantalla.

El cava ya no estaba frío, pero no me importó. Tenía la boca tan seca de tanto hablar que cualquier cosa habría servido. Había sido uno de esos lunes largos y agotadores que, tras un fin de semana de mucho cavilar, caen por sorpresa con toda su carga de acción y que parecen concentrar media vida. Tras varias cancelaciones —por motivos reales y otros no tanto—, por fin me había decidido a no seguir postergando más mi visita al dentista y a media mañana había bajado a la ciudad. Fernando es mi dentista desde que conocí a Andrea. De hecho, fue ella quien me llevó hasta su clínica. Años, muchos años hace de eso. Aunque hemos envejecido a la par, es muy poco lo que sé de él, de su vida personal, quiero decir: separado, sesenta y pocos, te hurga los males con buena mano, poco más. Siempre de buen humor, eso sí. En un dentista se agradece. En fin, tocaba matar un nervio desde hacía un par de meses y supongo que la tensión del fin de semana había terminado de empeorar lo que ya no tenía remedio, así que llamé a primera hora y me encontró un hueco, aunque hubo que esperar a que el cirujano que se encarga de las endodoncias terminara de operar en la consulta de al lado para ocuparse de mí y de mi nervio. Eso nos dio a Fernando y a mí más tiempo para hablar que de costumbre.

—¿Qué tal? —preguntó mientras el auxiliar me ponía el babero blanco con la cadena. Y enseguida, mirándome de cerca, bromeó—: Tienes cara de haber pasado el fin de semana en una convención de anestesistas.

Me reí y él sonrió, encantado. Fernando es uno de esos médicos que mientras trabaja cuenta chistes baratos que no tienen pizca de gracia, pero que cuando se pone serio y enseña su auténtico yo, es surrealismo en estado puro.

—Un fin de semana horrible —le contesté, cogiendo el vaso de plástico con el enjuague—. He decidido que necesito un bosque.

Me miró por encima de las gafas.

—¿Se te ha estropeado la calefacción y te has puesto chimenea en casa?

Dejé el vaso a tiempo en su sitio antes de poder reírme a gusto. Ese es Fernando. Hablaba en serio.

—No, hombre —respondí—. La vida, lo que se me ha estropeado es la vida. Y necesito un bosque donde refugiarme.

—Ah.

Se retiró y empezó a preparar algo a mi espalda con la ayuda del auxiliar. No tardó en volver

a aparecer.

—Yo tengo uno —dijo.

Me reí.

—¿Un bosque?

Me miró muy serio.

—Bueno, de hecho no —se corrigió—. Tengo cinco.

Oí abrirse una puerta y enseguida la voz de un hombre que daba instrucciones a un paciente: «Antibióticos cada ocho horas la primera semana, enjuagues, llame si hay sangrado, Cristina le dará hora para la próxima visita, sí, no se preocupe».

—Fernando, hablo en serio.

Cejas grises y pobladas alzadas por encima de la montura de las gafas.

—Yo también.

El auxiliar volvió a ofrecerme el vaso, pero esta vez lo aparté de un manotazo y me incorporé.

—¿Cómo que hablas en serio?

Fernando no tenía cinco bosques. Lo que tenía era una finca de ciento veinte hectáreas que, efectivamente, contenía cinco bosques de robles, encinas y fresnos, rodeados todos ellos de campos de pastoreo y cruzados además por dos pequeños ríos.

—Y hay una casa —aclaró mientras la cara del cirujano que iba a encargarse de mi pulpitis acababa de aparecer a su espalda—. Grande, muy grande.

—¿Cómo de grande?

—Mucho —dijo con una mueca de duda—. Como de las que dan miedo de grandes.

De repente, estaba tan acelerada que cuando el cirujano me puso la mano en el hombro di un respingo y de paso el vaso lleno del líquido ese horrible se llevó un golpe que no controlé a tiempo. El vaso fue a parar al suelo.

—¿Qué tal estamos? —me saludó el hombre. Era un tipo joven, moreno y con sonrisa de anuncio.

—Muy ocupada —fue lo primero que se me ocurrió contestarle—. No llega en buen momento. —Miré a Fernando—. Tiene cinco bosques.

El hombre se rio y Fernando también. Yo tenía una taquicardia de tales dimensiones que si me hubieran enchufado al corazón una Thermomix habrían salido cinco panes de nueces enteros como esos cinco bosques que ya había empezado a visualizar. Necesitaba saber.

—Tienes que contármelo todo, Fernando —dije, obviando al cirujano—. Por favor.

—Claro —respondió con cara de hombre feliz, intentando sonar tranquilizador—. Cuando acabes aquí y pases por recepción dile a Cristina que te dé mi teléfono. Llámame cuando quieras y te cuento.

La taquicardia cesó de golpe. Le agarré la manga de la bata y tiré de ella con fuerza.

—Tú estás demente. —Los dos me miraron como si acabara de escupir una muela—. De aquí no se va nadie.

De modo que, mientras Jairo, que así se llamaba el cirujano venezolano de la sonrisa de tebeo, me mataba el único nervio vivo que me quedaba en la boca, Fernando fue matándome la curiosidad y alimentando mi ansiedad a medida que iba describiendo al detalle la finca y su historia. Según me contó, se trataba de una propiedad heredada, suma histórica de varias fincas de tíos, abuelos y tíos abuelos que habían terminado por recaer en él. La finca contenía, como ya me había comentado, una casa grande —la casa familiar—, además de otra mucho más pequeña, situada en lo que Fernando calificó como «el principio del camino», es decir, a unos trescientos

metros de la carretera, ocupada por los cuidadores. Mientras Jairo me aplicaba a la muela fresas de todo tamaño y calibre y yo babeaba anestesiada sobre la toalla, iba dibujando mentalmente el mapa de aquel tesoro que Fernando describía para mí, como si por primera vez desde hacía mucho tiempo estuviera disfrutando de su finca en la distancia al tener que repasarla para mí de memoria.

—Es una pena, la verdad —dijo. Se había sentado en una silla contra la pared—. Nosotros no vamos nunca. Está demasiado lejos, a casi cinco horas en coche de aquí, y a Elena lo que le gusta es la playa.

Taquicardia. Más. Jairo apartó el torno para que el auxiliar me aspirara debajo de la lengua y yo aproveché para intentar hablar. Me mordí el labio.

—De hecho, la finca es de mis hijos, de Nacho y de Sara, pero ninguno de los dos puede ocuparse de ella —siguió contando Fernando. Ya no hablaba para mí. Miraba por la ventana y parecía hablar con alguien que no estaba—. Nacho es arquitecto y vive en Nueva Zelanda. Le va muy bien. Se casó con una chica de allí y no piensa volver. Y Sara... Sara es médico. Ahora está en Nueva York. Una *crack*. Y de ciudad total. Por ahí tampoco veo yo que haya mucha esperanza.

Más turbina y el rugido agudo del minitaladro tensando el aire de la consulta. El auxiliar me mandó enjuagarme para limpiar la sangre del labio. Jairo pidió un no sé qué y yo noté la lengua como un ratón muerto a un lado de la boca.

—En fin, que la finca está sola. —Fernando apartó la vista de la ventana y me miró—. Pero ¿qué va a hacer una mujer allí, tan lejos de todo? No aguantarías ni una semana. Es enorme. Y encima está llena de bichos por todas partes. Jabalíes, tejones, ciervos, buitres... Hasta algún oso me cuentan los cuidadores que han visto.

Suficiente.

Me incorporé de golpe, arrastrando conmigo el tubo aspirador que tenía insertado contra la encía y apartando con la mano la bandeja donde estaba dispuesta la artillería completa de aparatos de tortura, ante la cara de espanto de Jairo, que se hizo a un lado justo a tiempo.

—¡Eddu zzz dodequido! ¿O co decdeezzzzz? ¡Odsss, queddd odsss!

Aunque fue eso lo que yo oí y, a juzgar por su expresión, entendí que también era eso lo que había oído Fernando, lo que sonó en mi mente, alto y claro, fue: «Eso es lo que quiero. ¿O qué te crees? ¡Osos, quiero osos!».

No recuerdo exactamente lo que sucedió después. Lo que sí sé es que Jairo consiguió terminar de matarme el nervio y que luego, en la sala de espera, me las ingenié para que Fernando me prometiera que en cuanto llegara a casa me enviaría todo el material que guardaba de la finca, incluido un vídeo que le había hecho una empresa de filmación con drones para ponerla a la venta en un par de agencias que trabajaban con clientes extranjeros.

—La verdad, Edith, no te veo viviendo allí. Es un sitio enorme —insistió—. Vas a estar muy aislada.

Como en mi estado no había manera de hacerle entender a aquel hombre que esa era precisamente la intención y como estaba decidida a no marcharme de la consulta sin haber dejado antes unas cuantas cosas atadas, saqué mi libreta del bolso y le escribí unas líneas que me ayudaran a hacerle entender la situación.

1-No voy a sentirme sola, por eso no te preocupes. Y mucho menos lejos. ¿Lejos de dónde? ¿Lejos de quién?

2-No puedo permitirme comprar una finca así. No tengo ese dinero. ¿Podrías alquilármela? ¿Hasta que me muera?

3-No me hace falta ocupar la casa grande, y menos si es de las que dan miedo y es tan enorme como dices. Me basta con instalar una cabaña de madera prefabricada, de esas canadienses con nombre de calle de Nueva Orleans.

4-Ah, mi plan es abrir un santuario. En la finca, quiero decir.

Fernando leyó la lista despacio. Cuando terminó, se quedó pensativo. Luego negó despacio con la cabeza.

—No va a poder ser —dijo, muy serio, devolviéndome el papel—. No hay ninguna virgen. En la propiedad, digo. Y no creo que esté bien comprar una por ahí y decir que la hemos encontrado enterrada o algo. Seguro que las vírgenes ya vienen con número de serie. Ahora todo lleva códigos. Además, tendríamos que pintarla de negro, porque sería una virgen encontrada. —Negó una vez más con la cabeza—. No lo veo, Edith.

Me reí, aunque lo que a él le llegó fue una lluvia de babas y un ronquido feo.

Volví a escribir.

No digas burradas, Fernando. Es un santuario de animales, no Lourdes. Quiero abrir un santuario para acoger a animales huérfanos, maltratados, vacas, burros, jabalíes... A-n-i-m-a-l-e-s, no monjas.

Fernando leyó de nuevo y me miró con cara de espanto.

—¿Quieres mi finca para montar un templo animista? ¿Para retiros de esos con pilates y verduras crudas?

Por extraño que pueda parecer, dos horas más tarde y un almuerzo mediante —él, porque yo seguía con la boca anestesiada y no podía comer nada— terminamos por entendernos. Fernando me contó que *a priori* mi plan no le parecía mal, pero que lo del alquiler y lo del factor animal tenía que consultarlo con sus hijos, que a fin de cuentas eran quienes iban a heredar la propiedad. Entendía mi propuesta y, aunque insistió un par de veces en que aquel no era sitio para una mujer sola como yo —preferí pasar por alto ese «como tú» para no desbaratar el buen rumbo que había tomado el día—, me prometió que en cuanto llegara a casa me mandaría todo el material que tenía y que hablaría con sus hijos la próxima vez que se comunicara con ellos.

—Por cierto —anunció cuando ya salíamos del restaurante—. No sé si te lo he dicho, pero en la finca ya hay dos cabañas de esas que has mencionado antes. A ver, no son exactamente de las prefabricadas, pero cabañas son. Las diseñó Nacho hace unos años. Fueron parte de su proyecto de final de carrera. Están un poco apartadas de la casa principal, junto al río. Ya sabes, esas cosas modernas y sostenibles con placas solares y tejado cubierto de césped o no sé qué mandangas que nunca he entendido. Si quieres te mando fotos, aunque ya te advierto que seguramente debe de hacerles falta un buen repaso. No se han usado nunca.

Casi se me salió el corazón por el hueco de la muela dormida. Minutos más tarde, en cuanto subí al coche, le mandé un mensaje a Jon. Me temblaban tanto los dedos que tuve que reescribirlo varias veces.

—No puede ser casualidad —dijo Jon, volviendo a examinar la imagen que seguía en la pantalla del portátil y ampliándola con el ratón—. Ahora solo falta que los hijos digan que sí.

Crucé los dedos y toqué la madera del tablero de la mesa. Ni siquiera había tenido tiempo de contárselo a Violeta. De repente, al pensar en ella, me acordé también de la conversación que habíamos tenido hacía menos de cuarenta y ocho horas y su advertencia parpadeó, renovada,

sobre la campana extractora como un neón: «No puedes irte a vivir a un bosque con alguien a quien llevas mintiendo desde hace ni se sabe cuánto».

Apagué el neón con un parpadeo. Violeta es exagerada y, como yo, catastrofista por naturaleza. Sus sentencias hay que tomarlas como lo que son: miedos propios proyectados sobre quien toque. «No puedes», «No debes», «Hay que hacer», «No se te ocurrirá»... eso es Violeta: blanco y negro, los colores los maneja mal. Sonreí, aliviada, al recordármelo. Sabía que, pasado el primer sofocón que tanto Jon como yo nos habíamos llevado el sábado anterior con las malas noticias sobre la aldea y su despido, él debía de haberle dado unas cuantas vueltas en frío a lo de sumarse al proyecto del santuario. Jon no era tan libre como yo para dejarlo todo y empezar de nuevo en otro sitio. Estaba la clínica —su clínica—, a la que seguramente se planteaba volver cuando llegara el momento de dejar el zoo y, conociéndolo, supuse que debía de estar digiriendo aún mi propuesta. «Es un hombre de digestión tranquila», lo definió una vez Mer, y con todo el acierto.

—Habrá que vallarlo —dijo de pronto, devolviéndome a la realidad de la cocina—. Al menos la parte que decidas utilizar para el santuario tendría que estar vallada. Seguro que hay cazadores por la zona. Y no solo por los cazadores, también por la seguridad de los animales.

Sentí un pequeño golpe de aire en la boca del estómago. «Decidas», había dicho. No «decidamos». Volví a pensar en Violeta. El neón no apareció.

—Vale —dije—. A ver si me acuerdo de comentárselo a Fernando. Voy a tener que hacer una lista.

Nos quedamos en silencio, Jon con la vista en el verde bamboleo del enorme ciprés que aparecía y desaparecía tras el cristal de la ventana como un metrónomo gigante, y yo acariciando a Herodes, que acababa de subírseme al regazo e intentaba acomodarse contra mi estómago. El tiempo en la aldea tiene muchos momentos así. Son eso que Andrea llamaba «momentos huecos». De repente, todo se apaga y queda solo lo que vive fuera: el baile lento del ciprés, nubes que se deshacen sobre los esqueletos invernales de los almendros, los crujidos sordos de los tejados, la madera que se resiste en los marcos de portones y ventanas... El campo contiene dos mundos, el interno y lo que nos envuelve, que es lo que le da verdad. Hay momentos así en este abandono de lo humano, destellos pequeños que aparecen y nos recuerdan que sin nosotros la vida aquí es mejor y que ocupamos sin permiso un espacio prestado porque somos circunstanciales. Lo natural se queda, nosotros no, y eso nos salva.

Andrea decía que era la aldea la que nos había escogido a nosotras. «Ese cartel ruinoso estaba aquí para que lo viéramos», me dijo una noche, cuando ya no podía levantarse y se pasaba el día buceando y emergiendo de un sueño que era más agotamiento que alivio. La habíamos instalado en la habitación de abajo, la de Violeta, y como muchas noches desde hacía un par de semanas, yo me había acostado a su lado. Encima de la silla, Samanta y Carolo dormían sobre el almohadón, hechos un ovillo perfecto, y yo leía mientras Andrea dormitaba. De repente, abrió los ojos, me miró como si se hubiera acordado de algo y dijo eso. Entendí que se refería al cartel que habíamos encontrado la tarde que habíamos recalado en la aldea por primera vez. No supe qué decir. Ella cerró los ojos, pero no había terminado de hablar. «Fue como si, por haber sido lo suficientemente curiosas para llegar hasta aquí, alguien nos hubiera dejado un cartel con la contraseña actualizada para poder quedarnos.» En ese momento, al otro lado del camino, un coro de ranas rompió el silencio de la madrugada. Andrea volvió a abrir los ojos y sonrió: «Ya están ahí. El coro de la hora trémula». Luego se volvió a mirarme. «Nos escogieron. Nos dieron permiso para entrar y quedarnos. Todos: las ranas, los búhos, el lago, el ciprés que plantamos, los

jabalíes, estas madrugadas y el viento que baja del lago cuando se acaba el verano... Nos dieron permiso para vivir y yo no imaginaba que el permiso incluiría también morir. No sabía que sería aquí. Qué tonta.» Las ranas callaron y un búho se dejó oír desde algún rincón de la noche. «Debería haber imaginado más, haberme atrevido a imaginar más», dijo con una voz a la que pareció faltarle aire. «Qué poco lo hacemos, ¿no? Como si imaginar fuera cosa solo de niños y nos diera vergüenza la infancia.» Cerró los ojos y respiró hondo. A esas alturas del cáncer, respirar costaba, costaba casi todo. El búho calló y Andrea parpadeó, respondiendo así a esa nueva mancha de silencio. «Tuve una profesora de filosofía en el instituto que decía que la vida es como una biblioteca: está llena de pedazos archivados de imaginación ajena que no mueren porque quienes los disfrutaron se tomaron la molestia de compartirlos. Vivir es atreverse a compartir la imaginación. Eso es también la intimidad.»

Hay momentos así en la aldea. Yo los lleno a menudo con imágenes, sonidos, conversaciones de la vida que he compartido aquí con Andrea. Nuestras voces siguen presentes y yo las oigo sin esfuerzo, pero no aquí, en casa, sino fuera, entre el ciprés y la encina o sobre el lago, a veces rebotadas contra la hiedra que cubre el muro del cementerio... las voces, las nuestras, no se irán hasta que lo haga yo, por eso me he quedado.

—Hoy ha vuelto Suzume al zoo —dijo Jon, devolviéndome a la mesa y a nuestra conversación. Vio mi mirada confundida. Sonrió—. La niña japonesa. El gorrión.

Recordé entonces el episodio de la niña. Automáticamente, miré por la ventana. Allí estaba la veleta sobre el campanario, apuntándonos con su flecha de hierro.

—Susi está enfadada conmigo —volvió a hablar Jon. Hizo una pausa. Larga—. O peor.

—¿Peor?

Asintió despacio.

—Suzume dice que está triste. —Volvió la vista hacia la pantalla del portátil, como si quisiera evitar la mía—. Que tiene pena.

Pena. Lo dijo bajando un poco la voz y fue precisamente el tono, esa fragilidad disimulada, lo que tocó en mí una cuerda que vibró mal. Conozco a muy poca gente que hable así. A muy pocos adultos. Jon sí, Jon dice cosas que quedan como colgando de un hilo tendido al aire entre el hombre que es y el niño que no llegó a ser. Algunas veces quien habla es Jonás. Su discurso apunta directo al amarillo de la diana y cualquiera lo entiende porque no hay más mensaje que el que es. Eso, esa verdad de niño, fue exactamente la que sentí el día que me anunció que Mer no iba a volver a la aldea. Cuando terminó, después de comentar todos los detalles y responder a mis preguntas, dijo: «Tengo pena». Y yo entendí el tono, entendí la dimensión y la emoción también. Pena es esa palabra que conecta, pena es lo que ningún niño sabe explicar mejor.

Cada vez que me acuerdo de esa escena y pienso en lo clave que ha sido para todo lo que ha ocurrido después, descubro algún detalle nuevo. Entre Jon y yo, en lo que es nuestra historia común, esa es LA escena, nuestro principio real, aunque en ese momento ni él ni yo podíamos sospecharlo. A menudo recuerdo cosas sueltas de ese día: el viento frío que soplabá del norte, los restos de la nieve que había empezado a derretirse en las montañas más allá de la mina mientras subíamos en coche desde el pueblo, el rasguño que el cierre de la maleta me había hecho en el dorso de la mano, cubierto de una capa de sangre seca.

Jon me había ido a buscar al aeropuerto. Dos días después de que Mer se hubiera ido a trabajar a la Antártida yo había volado a Tromsø para pasar una semana larga con Violeta. Había intentado convencerla de que viniera a pasar su cumpleaños a casa, pero no había habido manera. Violeta y la aldea nunca han sido una buena combinación. Aun así, lo intenté. Resultado: diez

días en Tromsø con ella, ayudándola con su enésima mudanza. Esta vez se trasladaba del centro de la ciudad a una casa situada en una isla cuyo nombre todavía no he conseguido aprenderme, pero que, traducido, viene a ser algo así como la Isla de las Ballenas, porque está separada del continente por un gran fiordo en el que durante los meses de verano transitan manadas de ballenas. La casa, una de esas construcciones de madera pintadas de amarillo limón como las que aparecen en los folletos de cruceros por los países nórdicos, está situada a unos escasos cincuenta metros del agua y a un par de kilómetros del vecino más cercano. Según me contó, durante los días de luz infinita del verano el espectáculo que ofrecen las ballenas cruzando el fiordo justifica no solo el precio y el aislamiento, sino también el túnel espantoso e infinito que atraviesa el fiordo por debajo del agua para acceder a la isla desde la ciudad.

La semana con Violeta resultó ser una agradable sorpresa para las dos. Casi no discutimos, supongo que porque llegué preparada y dispuesta a ayudarla en lo que necesitara sin intervenir demasiado, resignada a ejercer de madre paciente. A fin de cuentas, era su cumpleaños y se trataba de pasar tiempo juntas. Por supuesto, y eso sí que no varía, no hubo mucha más intimidad que la de la convivencia. Violeta es un libro cerrado en lo que importa, o al menos en lo que a mí me importa como madre. Sé si está bien o mal porque la he parido y ese es el plus de ventaja con el que contamos las madres, pero más allá del «estoy bien» o «estoy mal», poco deja saber. Está sola, eso sí lo sé, y no porque ella lo haya compartido conmigo, sino porque Klaus ha dejado de aparecer en nuestras conversaciones y eso, en el lenguaje de Violeta, quiere decir que Klaus ya no existe. Lo mismo pasó en su día con Sergio, con Frank y con Roger. La dinámica no varía. De repente, un día aparece en la conversación el nombre de un hombre. Cae así, como de la nada, y yo tengo que asumir que Violeta ha empezado a salir con alguien. Si el nombre se repite regularmente en conversaciones posteriores, eso es que la cosa va bien. Despacio, con mucho cuidado, la puerta se abre un poco, lo justo para que mi versión Edith madre pueda colar algún comentario, una pregunta indirecta, la clase de intervenciones supuestamente inocuas que hacemos las madres fingiendo un interés superficial que por supuesto está muy lejos de serlo, pero que modulamos como arañas expertas para que la niña, porque en el fondo a nuestros ojos siguen siendo niñas, no se cubra de escamas y saque a pasear los colmillos. Antes de mi viaje a Tromsø, el último de esos nombres había sido Klaus, un noruego que trabajaba con ella y al que incluso llegué a conocer durante una de las videoconferencias que mantuve con Violeta en uno de sus viajes a no sé dónde. Mientras ella y yo hablábamos, Klaus apareció en la pantalla por sorpresa, una barba pelirroja y espesa, rota por una sonrisa ancha de dientes blancos que enseguida saludó y se unió a la conversación. Pero la verdadera sorpresa fue la reacción de Violeta: en vez de sacar el genio afilado que lleva dentro, la mujer que vi en la pantalla era otra, más pequeña, más... niña. Incluso se rio cuando Klaus intentó quitarle el teléfono para hablar conmigo. Sorpresa fue verla reírse así, como quien no necesita defenderse de quienes la quieren. La imagen de la Violeta espontánea y relajada que yo recordaba haber conocido de niña, esa hija en versión original, me removió la memoria y me dolió porque de algún modo entendí que la otra, la Violeta herida y dolida, estaba dedicada a mí, era mía en exclusiva.

Durante la semana que pasé en Noruega deduje que Klaus ya no existía. Cuando, armándome de toda mi delicadeza, me atreví a preguntar por él, lo que me llevé como respuesta fue un encogimiento de hombros y un pequeño bufido.

—Mamá, por favor —dijo con voz de «qué pesada»—. ¿Cuánto hace que no me oyes hablar de Klaus?

—No sé, hija.

—Pues eso.

Pues eso. Punto final.

Volví de Tromsø agotada. Diez días con Violeta son el equivalente a correr una maratón con las zapatillas que no tocan. No hay descanso, o al menos no lo hay para mí. Intentar complacer a una hija-reproche es una de las cosas que más cansan del mundo, sobre todo cuando utiliza contigo un doble lenguaje que no facilita el contacto. Con Violeta siempre tengo la sensación de que cuando habla es más lo que no dice que lo que comparte. Hay un lecho subterráneo de rabia contra mí que ella cree que ha conseguido domesticar, pero que vibra entre líneas a todas horas. Ella, que no es tonta, se da cuenta y se enfada consigo misma por no haber sabido enterrarlo, y quien lo paga soy yo, porque a fin de cuentas su inconsciente me culpa a mí de su incapacidad. A Violeta le gustaría vivir sin ese reproche constante que yo provoco en ella y saber quererme como me quiere cuando no me tiene. Le gustaría poder perdonar para querer a su madre, pero no puede porque no se atreve a reconocerse rencorosa. Rencorosa es imperfecta y la imperfección se acerca demasiado a la fragilidad, y eso sí que no.

En cuanto salí por la puerta de llegadas y vi a Jon apoyado en la barandilla que separa a los pasajeros que salen de quienes los esperan, noté que algo no iba bien, aunque en ese momento no supe apuntar a nada en concreto, más allá de su mirada. Me pareció distinta. El verde brillaba menos, reflejaba poco, poca luz. Mientras bajábamos al aparcamiento en el ascensor, preguntó por Violeta y por mi semana con ella y yo, que con él no necesito andarme con rodeos, le solté la verdad.

—Necesito una semana de vacaciones para recuperarme de mis vacaciones con mi hija. No tengo perdón —me desahugué mientras salíamos al aparcamiento—, pero esa niña me puede.

Jon sonrió. Fue una sonrisa cansada.

Prácticamente no volvió a decir nada hasta que salimos del aeropuerto. Había empezado a llover y el cielo era un mapa sucio de grises y blancos. Cuando acabábamos de entrar en la autopista, nos sorprendió un embotellamiento que nos obligó a estar parados durante una buena media hora. Un accidente. Ambulancias, sirenas, urgencia. Mientras avanzábamos al ralentí, le conté de la nueva casa de Violeta, de la isla y de sus ballenas y de las escasas tres familias vecinas que vivían en un radio de cinco kilómetros, con sus casas de colores, su barco aparcado en el garaje sobre el remolque y esos ojos azules, casi transparentes, que se repetían en todos ellos y que, por cómo me oí hablar, debían de haberme impactado más de lo que creía.

—Te miran desde la puerta de sus casas con esos ojos transparentes y esas sonrisas como de película de terror. Yo creo que tienen muertos en los congeladores. Por eso escriben esas novelas.

Jon se rio. Era la primera vez que lo hacía, cosa poco habitual en él. Fue entonces cuando entendí que algo no iba bien. Su risa sonó deshabitada, era la suya pero tenía poco de él.

Cuando dejé de contar, se hizo el silencio.

—¿Pasa algo?

Jon siguió con la vista fija en el coche de delante.

—Nada grave. —Se giró hacia mí. Sonreía, no con los ojos.

Me arrebujé en la chaqueta y miré por la ventanilla. Habíamos empezado a avanzar un poco más rápido y se adivinaban, más adelante, las luces azules y amarillas del lugar del accidente.

—Mer se va a quedar allí un tiempo —dijo por fin, mirando por el retrovisor para cambiar de carril.

El titular me dejó aliviada. Afortunadamente, la novedad había quedado reducida a un simple

contratiempo. En ese momento oí tintinear mi móvil. Lo saqué del bolso y leí el mensaje. Era de Violeta. Quería saber si había llegado bien. Empecé a responderle para evitar que se preocupara, pero cuando apenas llevaba escritas un par de palabras, levanté la mirada. A nuestra derecha, un camión volcado y dos coches envueltos en una especie de espuma junto a unas alfombrillas de material reflectante como papel de plata. Había una mujer apoyada contra el quitamiedos, con una manta sobre los hombros. A su lado, un niño miraba pasar los coches abrazado a su pierna.

—¿Se queda dónde? —pregunté, incapaz de apartar la vista de todo aquel horror—. ¿En la Antártida?

Jon negó con la cabeza y contuvo un asomo de sonrisa que yo enseguida descifré. Desde que me habían contado que la base de la Antártida a la que Mer iba casi todos los años a estudiar a sus pingüinos estaba en una isla llamada Decepción, mi inconsciente se había negado a aprenderse aquel nombre que no presagiaba nada bueno. Era una tontería y yo lo sabía, más aún cuando al parecer era la única a quien aquel nombre le parecía agorero. Violeta, sin ir más lejos. La primera vez que se lo comenté, se iluminó como si acabara de retroceder cuarenta años en el tiempo y hubiera salido de ver una película de Disney. «Suen a aventura de piratas, mamá. Como de Peter Pan», dijo. Luego, cuando buscó la isla en Google para investigarla y se enteró de que en realidad se trataba de un volcán activo en mitad de la nada con una historia digna de estudio —Violeta es fan absoluta de los volcanes—, el enamoramiento fue total. Isla Decepción. Cierto, era un nombre de película, pero de una de esas norteamericanas de cine de centro comercial con mal final y, por las dudas, cada vez que la mencionábamos yo prefería obviar el nombre y abrir más las posibilidades, refiriéndome siempre a «la Antártida». Jon se sonreía al verme evitarlo.

—Mer me llamó anteayer —dijo—. Le han ofrecido un puesto en la Universidad de Miami. Bueno, no exactamente. Resulta que Miami tiene un convenio con la universidad de aquí y hacía tiempo que venían tentando a Mer para que se incorporara a un nuevo programa de investigación que dirigen desde allí. O sea, vendría a ser un poco como lo que hace aquí, pero con los medios de allí. Y ella estaría al frente. Bueno, ella y un colega canadiense con el que lleva tiempo trabajando en el tema de los caimanes y de los lagartos. Robert, seguro que te suena.

Me sonaba haber oído a Mer mencionarlo, sí.

—Pero, Jon, eso es fantástico.

Cambiamos de nuevo de carril. El tráfico avanzaba a trompicones, ya con más claros que oscuros. Había prisa por recuperar tiempo.

—Mucho —dijo, mirando a un lado y a otro—. Mer está que ni se lo cree —añadió—. El programa es increíble y lo bueno es que no tiene que quedarse en Miami todo el año, solo el trimestre que le toque dar clase. De hecho, ni siquiera tiene que vivir allí permanentemente.

—O sea, que puede pasar aquí el resto del tiempo.

—No exactamente.

Silencio. Esperé a que continuara.

—Tiene que tener su base en Miami —dijo por fin—, aunque su campo de trabajo es toda Latinoamérica. Eso quiere decir que la universidad le paga el alojamiento en la universidad y la casa donde ella quiera instalarse de forma permanente, siempre que sea en un país latinoamericano donde el programa tenga un convenio de cooperación con una universidad o con un centro de investigación asociado.

No supe qué decir. Era una noticia fantástica y aun así no leí en el tono de voz de Jon ninguna invitación a la celebración. Contaba lo de Mer como si se estuviera refiriendo a alguien lejano. El

relato llegaba desencajado y me di cuenta de que había algo en esa distancia que no solo me incomodaba, sino que me inquietaba.

—Mer ha decidido quedarse en Chile —volvió a hablar—. En el sur. Probablemente en Punta Arenas.

Me sorprendió la elección. Me parecía haber oído decir a Mer alguna vez que Punta Arenas era una ciudad extraña. No, extraña, no. «Inhóspita», eso había dicho.

—¿Por qué Punta Arenas?

—Quiere estar lo más cerca posible de Tierra de Fuego. Hay un par de colonias de pingüinos en la zona incluidas en el estudio y si se instala allí podrá aprovechar para dedicarse más a ellas. Una está en Isla Magdalena y la otra un poco más al sur, no recuerdo el nombre. Una de las condiciones que ha puesto para aceptar la oferta es poder seguir manteniendo su trabajo de campo con los pingüinos, al menos durante los dos primeros años. Ya la conoces. Le va la droga dura.

Empecé a entender.

—¿Los dos primeros años? —El plazo sí era una novedad—. Creía que estabas hablando de unos meses, un año como mucho. Dos años es mucho tiempo.

Asintió despacio.

—El contrato es por cinco —fue su respuesta. El tono, neutro—. Renovables.

Avanzábamos ya con normalidad. A nuestra izquierda, a medida que nos alejábamos de la ciudad, el azul de finales de marzo había empezado a ahogar las nubes más espesas y el cielo respiraba mejor sobre las montañas.

—Me alegro muchísimo por ella —dije, aunque ya no estaba demasiado segura de si debía alegrarme.

Jon se volvió a mirarme.

—Era su sueño —dijo. Y un segundo después—: Es su sueño. Ha costado, pero por fin lo ha conseguido.

Hicimos el resto del viaje prácticamente en silencio, salvo por las contadas ocasiones en que Jon me contó un par de chismes que le habían llegado desde el pueblo y sus respuestas a mis preguntas sobre el estado de mis gatos, que yo había dejado a su cuidado. Cuando alcanzamos lo alto del camino y nos desviamos para bajar hacia la aldea, el silencio se hizo más espeso. Había una tensión extraña en el aire. No me gustó.

—¿Y tú? —pregunté justo cuando el lago asomaba entre las irregulares copas de las encinas al tomar la primera curva—. ¿Cómo estás?

Jon no respondió enseguida. Descendimos un trecho entre bosque y tierra hasta que por fin habló.

—Bien —dijo—. Con mucho trabajo en la clínica estos días. Amelia lleva toda la semana con gripe y vamos de cabeza. Algún turno doble, ha tocado reprogramar cirugías, lo del IVA... ya sabes.

No dije nada. Conociéndolo, sabía que había entendido que la pregunta no iba por ahí y también que él sabía que yo sabía. Contestar así era su forma de decir: «Ahora no. Eso ahora no». No insistí. Bordeamos el lago sumidos en un nuevo silencio, este más cargado que el anterior. Desde que nos conocemos, han sido muy pocas las veces que entre nosotros una respuesta queda a medias. Jon es de respuesta fácil, unas veces más profunda y otras no tanto, pero su forma de dialogar no filtra tanto porque hay menos recovecos y mejor roce entre lo que es, lo que siente y lo que expresa. A mí, por el contrario, con según qué temas y en según qué

momento, la inmediatez se me da peor, sobre todo si el tema es Violeta y la circunstancia es una de nuestras llamadas torcidas. A menudo, todavía ahora, después de colgar necesito un paréntesis de conciencia para volver a reconstruirme. Si la llamada me pilla en casa, me tumbo en el sofá y duermo una pequeña siesta. Quince, veinte minutos, no más. Si todavía es de día, salgo a dar un paseo, casi siempre acompañada de José Luis y Hermione, los dos siameses que hay en casa y que, contra todo pronóstico, son los dos únicos perros-gato de la familia. En casa apenas se los ve, pero en cuanto abro la puerta y salgo, los tengo detrás como dos sabuesos. Andrea decía que eran así porque fue Luna quien los crio. Luna era nuestra perra, la única que tuvimos, una mastina inmensa y bondadosa que no hablaba porque nunca lo necesitó. Quince años estuvo con nosotras. Cuando murió fue tanta la pena que nunca nos vimos capaces de tener otra. Ella se hizo cargo de Hermione y de José Luis cuando los encontramos en la cuneta de la carretera, justo a la salida del pueblo. Estaban en una bolsa de tela, junto con sus hermanos, todos muertos. Andrea y yo los llevamos a casa y los sacamos adelante como pudimos, pero fue Luna quien se encargó de que no les faltara una madre. En cuanto los olió, se puso a lamerlos sin parar y cuando los pobres ya parecían a punto de ahogarse entre tanta baba, Luna los agarró delicadamente entre los dientes, se los llevó a su cama y se tendió encima de ellos, cubriéndolos contra todo lo que no fuera ella. Luego nos miró y soltó un gruñido. Eran suyos y desde entonces siempre lo fueron. La estampa de nuestra gigantona moviéndose por la casa con aquellas dos bolas diminutas sumergidas en su lomo no se me olvidará jamás. Desde entonces tuvimos tres perros: un mastín y otros dos encerrados en sus pequeños cuerpos de siamés. Cuando años más tarde Luna nos dejó, Hermione y José Luis no comieron durante una semana entera. Se instalaron en la cama de su madre a esperarla, negándose a comer y a beber, y cada vez que nos acercábamos a ellos se erizaban y bufaban como dos demonios. En fin, volviendo a lo que contaba: cuando salgo a pasear, ellos dos suelen acompañarme. Caminan en fila detrás de mí, como lo hacían con Luna. De alguna manera, me eligieron a mí como madre adoptiva y desde ese día así seguimos. Son quienes más sufren las resacas de mis conversaciones con Violeta. Solo ellos conocen ese retrato mal dibujado de Edith madre que no comparto con nadie desde que Andrea murió. Paseo, respiro, repaso la conversación mientras camino alrededor del lago y poco a poco recompongo el andamiaje de madre torpe que todavía no he conseguido aposentar con mi hija. El rechazo en pequeñas dosis de Violeta es algo que sigo sin poder perdonarme, aunque sepa explicarlo y llegue a entenderlo. La Edith mujer lo acepta. La Edith madre no puede. No se rinde. Ninguna madre se rinde nunca del todo. No sabemos.

Jon paró el coche delante de casa, pero no apagó el motor ni abrió su puerta. Cuando me volví a mirar, los dos ventanales delanteros de la cocina se habían convertido en una marea de ojos, colas y orejas intentando hacerse un hueco para vernos mejor. Estaban todos, hasta Herodes, que se había atrincherado en una esquina con el morro pegado al cristal. Vi mi sonrisa reflejada en la ventanilla del coche y vi también el perfil de Jon detrás de mí, un busto seco y plano, con la mandíbula apretada. No sé por qué no bajé en ese momento. El motor en marcha, el silencio de Jon... todo era una clara invitación a despedirnos así. Lo no verbal era un mensaje claro, o lo habría sido en cualquier otro momento, pero quien estaba a mi lado era Jon y en cuanto me volví a mirar entendí que el mensaje era otro.

Jon tenía la vista perdida en algún punto indefinido del camino y las manos agarradas al volante. El runrún del motor marcaba un paréntesis que era eso, una espera de algo que estaba por ocurrir y que me mantuvo allí dentro, en el calor del coche, aislados de todo lo que esperaba más allá de los cristales y del metal del *jeep*. Pasamos así un rato, viendo volar las nubes sobre

los restos de barro del parabrisas, hasta que por fin él cerró con fuerza los dedos sobre el volante y dijo:

—Te-e-en... ten-gggo ppenn-na.

Tengo pena.

Lo dijo así, así de tropezado y así de roto, como si la frase hubiera tenido que sortear también las manchas de barro del parabrisas, haciéndolo difícil. Tengo pena. Solo dos palabras. Y aunque el momento no duró, a mí se me hizo eterno. Jon habló, tropezando por esa pequeña cuesta de letras y de silencios hasta llegar al final, y una vez allí descansó, relajando las manos y también la mandíbula. Cuando él calló, yo solté un chorro de aire por la boca. Vacía de aliento, pensé en Andrea y me imaginé diciéndole: «Fíjate, cuánto recorrido pueden tener dos palabras, cuánto aire y cuánta tierra». Todo eso había, todo eso y un esfuerzo titánico por decir.

Ni siquiera parpadeé. El silencio que siguió fue tan hueco que durante unos segundos no respiré. Después, poco a poco, volví a sentir el calor de la calefacción y el sudor en las palmas de las manos. No miré a Jon. *Tengo pena*: esa era la bengala que él había lanzado contra el cristal y que me había llegado rebotada, tartamuda y casi apagada. La primera vez que oía tartamudear a Jon. De repente, entendí no solo la dimensión de la pena que Jon acababa de confesar, sino que el hecho de que se hubiera mostrado así conmigo era para él una declaración de confianza plena que me emocionó. Ese Jon, el que de repente chocaba contra las palabras, era nuevo, pero era también el más viejo de todos, el del ascensor del bloque, el del padre en la cama.

Jonás.

Jon tenía pena y esa mezcla de dolor y tristeza era tan honda que no había podido él solo con ella y había vuelto a Jonás para compartirla conmigo. Y al hacerlo, al enseñármela así, me la estaba regalando como solo regala un niño a su amiga. Eres mi amiga y mi pena y yo somos tuyos. Ese era el mensaje. Jon me había enseñado su pena, la más honda, que se rompía al hablar. Dejarme verla era dejarme ver ese hueso pequeño y duro que todos conocemos de nuestra historia más frágil. No pregunté. No habría sabido por dónde empezar ni tenía voz con la que hacerlo. Habría llorado por él, le habría abrazado y le habría dicho que su pena confiada era el regalo más hermoso que me habían hecho desde hacía mucho tiempo. Le habría dicho que nunca había tenido un amigo así, solo amigo, solo compartir, solo sinceridad. Y le habría dicho también que no se preocupara, que soy madre y que su Jonás estaría a salvo conmigo. Siempre.

No dijo nada más. Se quedó sentado con los ojos cerrados durante unos segundos, respirando despacio. Luego abrió la puerta y bajó del coche para ayudarme con el equipaje. Después de haberme dejado bien instalada en la cocina, volvió al coche sin despedirse, siguió hasta su casa y no volvimos a vernos durante el resto de la tarde. Tampoco al día siguiente. Se marchó a trabajar temprano y volvió a última hora, y lo mismo ocurrió el resto de la semana. Cruzamos un par de mensajes que él tardó en contestar y una invitación a cenar en casa que rechazó con la excusa de que la había visto demasiado tarde. Entendí que lo de Mer era importante, que la pena era mucho más sólida de lo que yo había supuesto en un principio, y también que me estaba pidiendo tranquilidad. Tardamos una semana en volver a la normalidad.

Nunca hemos vuelto a hablar de lo que pasó en el coche esa tarde y nunca más he vuelto a verlo tartamudear. Pero desde ese día hemos sido otros. Estamos más cerca, somos menos vecinos y mucho más amigos.

El resto del cava, casi media botella, estaba tan caliente que pasamos al agua. Jon me miraba, esperando mi respuesta a algo que me costó recordar. Algo sobre la pena de Susi, eso había dicho. Lo miré y durante un instante vi que su mirada reconocía en la mía el recuerdo de la escena del coche frente a mi casa y el de su tartamudez y automáticamente se volvió hacia la pantalla del portátil y se concentró en el paisaje de la foto.

—Lo he consultado con Mer —dijo, sin apartar la vista de la pantalla.

No le entendí.

—Le mandé un mail ayer y me ha respondido esta mañana —continuó—. Le parece bien que deje la casa. Total, ella aquí poco tiene que hacer ya. Dice que con lo de las granjas y lo del hotel, vivir en la aldea no tiene ningún sentido.

Se oyeron un par de maullidos seguidos de un bufido. Venían de la despensa. Herodes y Mayra. Luego, tranquilidad.

—Le ha parecido muy bien la idea del santuario —prosiguió—. Solo me pide que te pregunte si podrá alojarse allí conmigo cuando venga a visitarme. —Hizo una pausa y pasó la mano por la pantalla del portátil, llevándose una buena capa de polvo. Los colores del paisaje ganaron luz—. O sea, que si tu oferta sigue en pie, mi respuesta es sí —dijo con una sonrisa—. Será un placer ser su veterinario, señora Edith.

En cuanto Jon dejó de hablar, sentí tantas cosas a la vez que rápidamente se resumieron en una sombra de náusea que no duró. Desde que el sábado, en pleno arrebató de rabia y pánico tras mi conversación con el alcalde y con Amparo, me había planteado la posibilidad del santuario y le había invitado a participar del proyecto, todo se había acelerado tanto que de repente me habría gustado rebobinar en el tiempo para reconsiderar las opciones. En menos de cuarenta y ocho horas había aparecido no un bosque, sino cinco, con sus dos cabañas y sus mil posibilidades, y Jon había decidido dejar la casa y aceptar mi invitación. Ahora solo faltaba que los hijos de Fernando accedieran a alquilarme la propiedad y todas las piezas de mi sueño estarían encima de la mesa, esperando a que les diera un orden y la vida que pedían.

Solo faltaba el valor necesario para transformar el sueño en realidad, pero la alegría y el alivio que sentí en ese momento con su respuesta se nublaron en cuanto aparecieron. Rápidamente surgió el vértigo, una especie de perla de aire comprimido que me estranguló la visión y que quise disimular. Allí estaba, delante de mí, la posibilidad de vivir lo que desde niña había deseado ver real, la gran aventura eternamente pospuesta. Y allí estaba yo, aterrada, volviendo a oír a mis setenta y seis años la voz seca de mamá aleccionándome desde el lavadero mientras tendía la ropa un domingo por la mañana: «Soñar es fácil y sale gratis, hija. Lo duro viene después, cuando hay que dar el callo y sacar los sueños adelante. Y si no, que se lo digan a tu padre, que de eso, de no cumplir, sabe lo suyo».

Dudas. Llovieron todas las dudas de golpe, repartiéndose sobre la mesa como la voz de mamá desde el lavadero. ¿Y si era una locura? ¿«Otra locura de las tuyas, Edith»? ¿Y si el bosque no era más que una fantasía infantil de niña sola? ¿Y si mamá tenía razón y era mejor dejar que los sueños lo fueran hasta el final, no tocarlos para que nos enterraran con ellos y no todo fuera cuerpo? ¿Y si resultaba que yo era como papá y después de todo no valía, o valía para imaginar pero no para hacer? ¿Y si a mi edad ya no? A fin de cuentas, ¿qué sabía yo de santuarios? ¿Quién me creía que era para instalarme así, de la noche a la mañana, en una finca aislada del mundo y dedicarme a rescatar animales no queridos cuando los únicos animales que había salvado de la muerte habían sido once gatos huérfanos y mi pobre Luna? Sobre la mesa, las

fichas fueron ordenándose despacio hasta formar una sola frase, muy breve, que se me enquistó en la garganta con sus dos palabras: «Piénsalo bien».

Piénsalo bien.

—Voy a venderle la clínica a Amelia —dijo Jon—. Con lo que me dé por mi parte podré tener un buen cojín para poder ir tirando en el santuario. Al principio, hasta que no arranquemos de verdad, todo van a ser gastos. Tendremos que tirar de ahorros durante un tiempo. Pero, bueno... está claro que esto no nos va a dar de comer.

Sonrió y por primera vez en días lo que vi fue una sonrisa limpia, una luz entera que borró de golpe la frase de la mesa y apagó las voces que seguían circulando entre las paredes de la cocina.

—Claro, Jon —respondí, sintiéndome más ligera.

Y pensé: «A fin de cuentas, ¿qué puede salir mal?». Y fue entonces cuando el mensaje de Violeta volvió a aparecer sobre el fondo negro de la campana extractora como un neón amarillo, devolviéndome a la peor respuesta.

«No puedes, mamá. Sin haberle contado la verdad, ni se te ocurra.»

Violeta de nuevo, siempre alerta desde su ausencia, con sus permisos y sus razones. Conociéndola, sabía que no pararía de recordármelo hasta volverme loca de culpa. O, peor aún, era muy capaz de poner solución a mi silencio por sus propios medios en cuanto tuviera la menor sospecha de que yo no pensaba hacerlo. En eso había salido a su padre: corregir lo que está mal, justicia para preservar lo justo. Andrea siempre decía que Violeta habría sido la fiscal perfecta, porque con los desajustes de los demás era implacable, ciega con los propios. Tenía razón.

«Escucha, Jon. Hay algo que tengo que decirte.» Esa era la frase, o el principio. La había ensayado tantas veces, dándole tantas vueltas e imaginando tantos escenarios posibles, que todo lo imaginable había quedado agotado. Ya no tenía sentido alargarlo más. No podía haber santuario si no había verdad, en eso Violeta llevaba razón.

Miré a Jon, que en ese momento se estaba sirviendo un poco más de tiramisú, y al verlo así, tan relajado y tan bien encajado en su decisión, supe que había llegado el momento. Sentí que la conjunción era esa, que no había más plazos y que tenía que salir bien.

Pero las frases ensayadas, cuando por fin se adaptan a la situación que la suerte reparte, sirven de poco. Ensayar lo importante es garantía de torpeza. Y lo que dije, nerviosa como estaba, fue pura improvisación.

—Jon, una cosa —empecé sin mirarle—. ¿Te acuerdas de que el viernes, cuando estuviste aquí y te di el... lorazepam, habías empezado a escribir una lista de cosas porque no había forma de que te tranquilizaras?

En cuanto lo dije, pensé: «Eres una cobarde y una metepatas, Edith. Felicidades».

Jon me miró, la frente arrugada.

—¿Una lista?

—Sí. En la libreta que te di.

Más arrugas. Más pronunciadas. Se pasó la mano por el cuello. Por fin, después de unos segundos intentando recordar, asintió.

—Ah, es verdad. Un papel —dijo, esforzándose por saber más—. Pero ¿llegué a escribir algo? —Y, antes de que yo contestara, él mismo lo hizo—. Sí, sí, ahora me acuerdo. Lo de mi despido, ¿no?

—Eso es.

Luego silencio. Por un momento, dudé. Quizá lo mejor era ser directa y no prorrogar más la verdad. Pensé en levantarme, acercarme a la mesita del recibidor donde había guardado el papel

y enseñárselo. Empezar a partir de lo que ya estaba escrito y seguir desde ahí. Estaba claro que Jon no recordaba que había algo más en la lista, seguramente porque no lo había escrito con la voluntad de enseñármelo, sino simplemente como una pequeña nota mental al margen de todo. Esa era mi llave, pero volví a dudar. En cuanto pusiera el papel delante de Jon y le hiciera la pregunta, no habría marcha atrás. Tendríamos que llegar hasta el final y, de repente, una vez más, tuve miedo. «No tengo ningún derecho a hacerle esto —pensé reculando—. ¿Y si no está preparado? ¿Y si se lo come la pena? ¿Y si...?» La eterna lista de posibilidades torcidas empezó a desplegarse sobre la mesa mientras él esperaba algo, una continuación a mi pregunta que, desestimada por fin la posibilidad de recurrir al papel, yo ya no sabía darle.

—Escucha, Jon, lo que quiero decirte es que no sabemos cómo...

El tintineo de mi móvil marcó una pausa desde la encimera. En cualquier otra circunstancia no le habría hecho ningún caso, pero en ese momento casi corrí a besarlo.

Violeta. Me extrañó que no fuera un mensaje de voz. Violeta odia escribir en el móvil cuando se trata de su vida privada. «Ya escribo todo el día en el trabajo, mamá. Como sigamos así, nos vamos a quedar todos sin huellas dactilares», dice.

Supuse que sería algo relacionado con algún encargo. Papeleo, un envío, una dirección... esas cosas que necesitan verse escritas para evitar errores.

Me equivoqué.

Leí el mensaje y cuando terminé busqué con la vista la veleta que asomaba desde el marco de la ventana situada justo encima de Jon. Respiré.

Violeta y su sincronía. Tan típico de ella aparecer así... Eso decía también Andrea cuando le tocaba vivir conmigo la resaca de los incontables berrinches de Violeta durante nuestros años juntas: «Edith, las hijas no dejan nunca de estar, aunque no estén».

El mensaje era breve.

Mamá, no hace falta que empieces a buscar. He encontrado tu bosque. Te va a encantar, ya verás. ¿Hablamos esta noche?

Ni siquiera respondí. Dejé el móvil en la encimera, me acerqué a la puerta y descolgué el anorak. José Luis y Hermione aparecieron de la nada mientras me volvía a mirar a Jon.

—¿Te parece si salimos a dar un paseo por el lago?

IV

La velocidad de la voz

Jon

—Tenías razón.

Suzume me miró, pero no dijo nada. Allí estaba de nuevo, sentada sobre la barandilla con la mochila azul a sus pies y una bolsa de papel en la mano.

—Susi sigue negándose a comer cuando soy yo quien le da la comida —dije, sentándome a su lado—. Pero si se la dan Lourdes o Matías, la cosa cambia. Come sin problema.

Hizo una mueca pequeña y balanceó los pies en el aire.

—Claro, es que tiene pena —dijo, mirándose los pies—. A lo mejor tiene mucha y es peor y por eso.

Susi nos miraba disimuladamente desde su rincón favorito del recinto, de espaldas entre el foso y el muro. Llevaba más de una semana negándose a comer y Suzume no había vuelto a aparecer hasta esa mañana.

Tardé unos segundos en hablar. A esa hora, en el zoo apenas tenemos visitas. Abril había caído sobre la ciudad como una extraña ola de calor y un intenso olor a primavera madura impregnaba el aire. Me alegró tener a Suzume de vuelta y me gustó que me alegrara.

—¿Tú también tienes? —preguntó de pronto.

Me volví a mirarla.

—¿Yo?

—Sí. ¿También tienes pena?

—¿Por Susi?

Asintió.

Negué con la cabeza.

—Si se va a un santuario, estará mucho mejor que aquí —respondí. Enseguida me di cuenta de que mi respuesta no había sonado convincente e intenté arreglarlo—: Allí será feliz. No podría haber tenido más suerte, créeme.

No me miró. Volvió a balancear los pies en el aire. La cabeza gacha.

—Pero ¿tienes una pena o más?

Fue la voz, la voz y esa forma de preguntar. Suzume no me vio sonreír. Hasta que ella había aparecido en el zoo días atrás, la única que me había preguntado las cosas así era Mer. Suzume y ella miraban y preguntaban igual, tenían esa capacidad de hacerte sentir que cuando te hablaban no había escapatoria. «Los científicos preguntamos para descartar variables.» Esa es la respuesta que da Mer cuando alguien se ofende por su forma de preguntar. «Supongo que en el fondo nos dedicamos a esto porque somos muy niños. Nuestra curiosidad, nuestra forma, es infantil. Queremos saber, no conversar.» Suzume también quería saber y por eso preguntaba. No había ninguna otra intención añadida, ningún juicio, solo interés. Afortunadamente, mis años con Mer me habían preparado para eso y mucho más. Agradecí su franqueza. Agradecí jugar en casa.

—Tengo pena, sí —admití.

Suspiró como lo hacen los niños cuando de repente se sienten protagonistas delante de un

adulto al que han pillado con la guardia baja. Luego abrió la bolsa de papel y me ofreció una manzana.

—Y si te da pena, ¿por qué no te vas con ella a ese sitio donde va a ser más feliz y así ya está?

Miré mi reloj. Las 14.35. Supuse que Suzume había ido a verme directamente al salir de clase. Busqué una respuesta que no supe resumir.

—Es... complicado —fue lo único que se me ocurrió.

Se rio, dejando a la vista un hueco que había aparecido entre los dientes durante su ausencia. Había perdido un colmillo. Me reí con ella.

—Mi padre siempre decía eso con mi hermana —volvió a hablar—. Decía: «Lo de tu hermana es complicado. Hay que esperar a ver».

Ahí estaba: su hermana. Recordé que la había mencionado en un par de ocasiones la última vez, pero no conseguí acordarme del motivo.

—Así que tienes una hermana.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Yuki.

Cuando fui a preguntarle el significado de su nombre, ella se me adelantó.

—Significa «pájaro azul».

—Qué bonito.

Suzume desvió la mirada hacia Susi y ladeó un poco la cabeza.

—Y si Susi solo se come la merienda y la cena —dijo—, ¿se quedará muy delgada y se pondrá enferma como las personas o a lo mejor no lo sabes?

Entonces me acordé. Algo había dicho en sus anteriores visitas de que a su hermana también le había pasado lo mismo que a Susi. Lo de no querer comer por pena.

—No lo creo —la tranquilicé—. Susi solo se salta las comidas cuando se las doy yo. Las demás las hace como siempre. Sería muy extraño que enfermara por eso.

Suzume volvió a balancear los pies en el aire.

—A Yuki le pasó.

Ahí estaba. No me había equivocado.

—¿Se puso enferma?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

Se giró para mirar a Susi y saltó al suelo desde la barandilla. Luego abrió la bolsa de papel y dijo:

—Es complicado.

Me reí. Ella me miró y también se rio. Luego me ofreció la mano para que se la cogiera y preguntó:

—¿A lo mejor podríamos ir a darle unas manzanas a Susi?

Negué con la cabeza. Ella no retiró la mano.

—Solo puede entrar el personal del zoo —respondí. Por su expresión intuí que no me había entendido del todo—. Los cuidadores. Ya sabes...

Cejas arqueadas. Pequeñas, casi invisibles.

—¿Por qué?

—Por seguridad.

Bajó muy despacio la mano y volvió a cerrarla sobre la bolsa de papel.

—Cuando Yuki se fue a vivir a la casa grande con las otras chicas que tenían pena —dijo—, la señora mayor que llevaba unas gafas muy gordas porque mandaba dijo que no podíamos ir a verla por seguridad, y papá me contó que seguridad es como cuando en las películas hay una cárcel y está siempre cerrada y así es mejor porque si no te contagias o algo.

De repente, entendí. Entendí porque su lenguaje era tan parecido al de Mer que no me costó adecuarme a su forma de contar. Datos, desde su primera visita al zoo Suzume había empezado a confiarme datos, pequeñas partes de un todo que, a saber por qué, quería compartir conmigo. Primero se había acercado, despacio, atraída quizá por la historia de Susi, o puede que simplemente por la imagen que había reconocido en ella: una elefanta sola encerrada en un recinto apartado. Algo había visto en Susi y también en mí que la había invitado a volver. Estaba allí por algún motivo, aunque en aquel momento todavía era imposible saber cuál. Había, eso sí lo entendí, cierto desafío en su forma de acercarse a mí y a Susi, como si soltando esas pequeñas cápsulas de información quisiera poner a prueba mi fiabilidad. Jugaba a tantearme, dejándose ver poco, como lo hacen los animales huérfanos que desconfían por instinto aunque a su pesar.

Cuando éramos pequeños, jugábamos con Mer al sabueso. El juego consistía en que uno de nosotros —normalmente empezaba ella— pensaba un secreto. Durante el fin de semana, iba dando pistas sobre el secreto que escondía, pistas siempre ciertas que iban dibujando un rastro que el otro —el sabueso— debía reunir para llegar a esa verdad. No podía ser nada ajeno a nosotros, como una noticia o algo que hubiéramos aprendido en la escuela. Había que elegir un secreto, secreto, o lo que es lo mismo, un secreto que importara. El plazo para descubrirlo —«No hay que adivinar, hay que descubrir», insistía Mer cuando me tocaba a mí ser el sabueso— terminaba a las ocho de la mañana del lunes siguiente, durante el trayecto que hacíamos en el autobús que nos llevaba al colegio. En esos veinte minutos tocaba desvelar el secreto del fin de semana y cuáles eran las pistas que nos habían llevado hasta él. Mamá nunca se enteró de que el juego existía y eso lo hacía aún más emocionante. Aquellas eran nuestras verdades y también nuestros secretos, más el mundo de Mer que el mío, porque para ella descubrir era en sí un reto que yo no compartía. Mer buscaba acertar, que los secretos pudieran desgajarse en fórmulas físicas, quería lógica. Yo me conformaba con divertirme, jugar y disfrutar juntos de lo que ella quisiera inventar. Mer no descansaba: había que inventarlo todo, hacerlo todo, probarlo todo, leerlo todo, todo era siempre parte de un todo más completo al que me llevaba con ella porque ya por aquel entonces, un par de años antes de entrar en el instituto, vivíamos amalgamados en una masa extrañamente compacta. Eso, esa sensación de ser uno de dos, había sido así desde la mañana que Mer había golpeado al Jarolo en el patio de la escuela con el trozo de ladrillo, un par de días después de la muerte de papá. Todavía recuerdo lo que ocurrió a continuación como si fuera hoy: la cara de horror del Jarolo y un silencio que a lo mejor no existió, pero que yo viví como si de repente me hubiera quedado encapsulado a un lado, aparte pero presente. No tardamos en ver acercarse a la carrera al director y a la señorita Emilia desde el gimnasio, seguidos por un montón de niños. Lo que sucedió entonces es fácil de adivinar: a Mer la expulsaron un par de semanas de la escuela, después de pedir perdón al Jarolo y a sus padres en el despacho del director, y a mamá le tocó pagar lo que costó el dentista del Jarolo, al que también le cayó lo suyo por lo que había recibido yo. El resultado, más allá de los castigos, fue que con el paso de los días la pedrada de Mer pasó a ser una especie de leyenda, y no solo en el colegio, sino también en el barrio. A partir de entonces, a nadie más se le ocurrió meterse conmigo por mi tartamudez.

Así fue como me convertí en «Jon, el hermano de Mer». Pasamos de ser «Jonás y Mer» a

«Mer y su hermano», una especie de marca o de sello personal al que no nos costó adaptarnos, como si de algún modo casi animal ese reajuste de jerarquías no elegido hubiera caído sobre nosotros en el momento preciso: necesitábamos una señal, una luz en el camino que nos indicara que, tras la muerte de papá, la reorganización de las fuerzas familiares iba a ayudarnos a salir adelante sin él. Mer se unió a mí como no lo había estado hasta entonces, pero lo hizo desde arriba, transformada en un eslabón mayor no visible entre nuestro mundo, el de los niños, y esa nebulosa extraña y violenta que a nuestros siete años eran los adultos. Se hizo fuerte para poder ser mi sombra y ayudarme a que el tránsito de Jonás a Jon resultara lo menos abrupto posible y a la vez se negó la pena de haber perdido a papá de la forma que nos tocó vivirla, sin derecho a un duelo que mamá había hecho suyo en exclusiva. Mamá era la viuda. Mamá era el negro por derecho propio. Lo decía su ropa y lo decían las sombras que nunca más se borraron de sus ojos. Ella era la doliente oficial y en el bloque eso fue a partir de entonces: la viuda de Samuel. Nosotros pasamos a ser los hijos de la pobre Victoria. No hubo espacio para la orfandad. No un espacio propio, quiero decir. En el barrio se funcionaba así: las madres sufrían y los hijos debíamos hacernos a un lado para dejarlas sufrir en paz. Ellas eran las dueñas de la pena, porque casi no las dejaban serlo de nada más. Mer y yo lo sabíamos, no porque nos lo hubieran contado, sino porque nuestro ADN era ese, la letra pequeña del engranaje que mantenía la supervivencia en el barrio: padre muerto, madre fuerte, hijos huérfanos de los dos. No molestar. Crecer sin dar problemas. Mundo propio.

Para los niños del bloque pasé a ser Jon el Tarta, o simplemente el Tarta. En cuanto entendieron que el nuevo binomio Mer-Jon había llegado para quedarse, mi tartamudez se sumó a la parrilla de desajustes físicos, mentales y sociales que habitaban el barrio, y «Mer y su hermano» —o «Mer y el Tarta»— volvimos a ocupar nuestro lugar en el grupo. Integrarse en la tribu de niños del bloque era fácil. Bastaba con ser de allí, con ser el hijo de, el hermano de..., éramos geografía pequeña concentrada en vertical, casi familia. También ayudó que, tal y como la logopeda le anunciaría pocos días después a mamá, mi tartamudez resultó ser algo transitorio. Duró lo que duró el resto del curso y empezó a remitir, aunque levemente, en cuanto ella nos mandó de vacaciones al pueblo; y con el pueblo llegó también el verano, el río y esa otra vida sin horarios ni normas, más allá de aparecer en casa antes de que la abuela se levantara de la silla que tenía instalada en la acera, entrara y apagara la luz del portal. Con eso bastaba: estar de regreso cuando la abuela disfrutaba todavía de la calle, tomando el fresco con las vecinas.

La tartamudez de Jon se apagó durante esas vacaciones y, salvo en muy contadas ocasiones, no he vuelto a sufrirla. Aun así, desde esa época en el barrio he sido el Tarta para los restos, o el hermano de Mer, pero nunca Jon. Jonás mucho menos.

Jon. Jonás. El Tarta... Todos esos nombres son ahora como los anillos expuestos a la vista en el tronco de un árbol cortado: marcan los años oscuros, los benignos, los que pasaron sin hacer ruido y los que se quedaron atascados en el tiempo. Nombres como títulos de canciones que ponen música a lo que fuimos y sumamos para ser lo que somos y lo que no hemos llegado a ser del todo: Jon, Jonás, el Tarta, Hijo, Chaval, Jonny, J..., capítulos vivos de lo que anduvimos hasta el final de la historia propia que no contamos. Ese Jon, el Tarta, podría no haber durado más que unos meses, porque el verano, el primero que pasábamos sin papá en casa de los abuelos, se llevó consigo la arena enquistada bajo la lengua que no me dejaba hablar y me enseñó que mi tartamudez tenía cura. El verano me curó, y no solo eso: me enseñó que la voz tiene su propia velocidad y que la combinación acertada de las dos es, al menos en mi caso, lo más parecido a mi idea de un lugar propio en el mundo.

Y todo por una bicicleta.

Una bicicleta, una cuesta y también Mer.

—A algunos tartamudos les pasa como a los coches: les falla el estárter, por eso se traban —oímos decir una tarde al abuelo mientras acompañaba a la abuela en la cocina—. Peor era antes. En la guerra algunos pasaron tanta hambre que hasta las palabras se comían. La prima Isabel, ¿te acuerdas? Se le quedaba la miga pegada en la garganta y hasta que aquello no bajaba parecía una metralleta, la mujer. Malo.

Habían estado hablando de mamá y de la muerte de papá, él sentado a la mesa, ella planchando delante de la nevera. Después, la abuela había comentado algo sobre Mer y sobre mí que había terminado en un «Pobres, hay que ver», y el abuelo, que estaba de espaldas a la puerta y no nos había visto sentados en el suelo, jugando a las canicas, sacudió la cabeza y gruñó:

—Con lo del pobre Samuel, al chaval le han quitado el aire de un susto. Poco me parece, la verdad. —Hubo un silencio muy breve y luego—: No te preocupes, mujer. En cuanto se ventile un poco, se le pasa, vas a ver. Todavía está por crecer.

De ahí fue de donde a Mer le nació la idea.

—Ya sé cómo te vas a curar —dijo al día siguiente, cuando terminamos de ayudar a la abuela a recoger la mesa.

Llevábamos una semana con un calor terrible y en el pueblo se vivía de noche y se dormía de día. Dejamos a la abuela fregando los platos y salimos a la calle. El asfalto estaba tan caliente que al poco de andar las suelas de plástico de las sandalias empezaron a chasquear contra la acera, como si pisáramos cera. Mer había sacado la bici del garaje, una BH roja que la abuela le había regalado por Navidad y que se había quedado en casa de los abuelos para que la usáramos solo durante el verano. Caminamos con ella hasta el final de la calle en dirección al centro y paramos en la esquina de la cuesta de la iglesia.

Entonces Mer dijo:

—Es que si te has quedado así, a lo mejor el abuelo tiene razón y eso es porque tienes algo atascado y quién sabe. Tengo una idea.

No entendí lo que quería decir, pero a ella eso le dio igual. Cuando Mer decía que tenía una idea, lo demás importaba poco. Era su idea y había que ponerla en práctica sí o sí. Con cuidado, colocó la bici en medio de la calle, se sentó en la parte de atrás y me ordenó que me sentara en el sillín, pero antes, mientras mantenía la bici frenada con los pies, me contó su plan.

—Ahora bajaremos por la calle —dijo—. Como sigue hasta el puente y no hay nadie, no nos pasará nada. Pero no se vale frenar. Tú abre bien la boca —abrió mucho la suya—, todo lo que puedas, pero no la cierras, ¿vale? —insistió—. Así te entrará el aire y te limpiará por dentro como dice el abuelo y entonces hablarás bien otra vez y ya está.

No me gustó. La idea de bajar sin frenos por aquella pendiente, que desde arriba era una especie de tobogán gigante de asfalto lleno de tierra y agujeros, me provocó escalofríos.

—No puedo —dije—. Sin frenos me da miedo.

—Ya freno yo con los pies, tonto —dijo—. Tú súbete.

Seguí allí de pie, con la comida atascada en la boca del estómago y pensando en cómo zafarme de aquel plan terrible sin provocar la furia de Mer, que no iba a tardar en perder la paciencia. Puso cara de fastidio.

—Es que... —dije.

—Si no bajas y te curas, el abuelo le ha dicho a la abuela que vendrá el fontanero, el de las alcantarillas, para que te ponga la manguera y te desemboce, como el año pasado en el bar del

señor Juan, ¿te acuerdas? Dijo que si no te desatascas, a lo mejor te mueres durmiendo y bueno.

Cedí, pero antes le hice prometer que en cuanto la avisara, ella pondría los pies en el suelo para ayudarme a frenar. Luego monté y cuando conseguí sentarme en el sillín, Mer se abrazó a mi cintura desde atrás y soltó una especie de gruñido. Antes de darme tiempo a más, empujó con los pies y nos lanzamos cuesta abajo.

—¡Abre la boca, Jon! ¡Todo el rato! —la oí gritar a mi espalda.

Aterrado como estaba, no me costó obedecer, pero en cuanto lo hice sentí como si me hubieran acoplado un ventilador a la garganta que de golpe me llenó de aire como un globo, dejándome sin voz. Mer gritaba en el asiento de atrás cuando pasamos a toda velocidad por delante de la iglesia y en algún momento me pareció que se reía mientras yo sentía que me vibraban los labios y que ya solo podía tragar calor. Velocidad y aire, eso era. La velocidad fuera, con la seguridad de tener a Mer detrás de mí, y el aire dentro, respirándome él a mí, tan fácil y tan poco el esfuerzo que en cuanto vi que eso era todo yo también grité, no sé si de emoción, no sé si de alivio.

Ese fue nuestro primer descenso, el descubrimiento de la adrenalina. Juntos, Mer y yo, mientras el pueblo dormía y el sol nos quemaba sin ruido las piernas y los brazos. El primero de los muchos, de los muchísimos que llenarían las tardes de siesta de aquel verano. Desde esa tarde repetimos a diario: comer, recoger la mesa, «¿Algo más, abuela? ¿Podemos salir a jugar?», garaje, la BH roja sin frenos, y ese primer momento de duda y de vértigo antes de la velocidad cuesta abajo. Los descensos terminaban siempre al otro lado del puente viejo, al llegar a la curva donde empezaba la carretera, raras veces transitada. En cuanto cruzábamos el puente, dejábamos que la bici frenara sola y luego volvíamos calle arriba, sudando ya, hasta el punto más alto de la cuesta, pasado el callejón de los abuelos, donde estaba el estanco. Una vez allí, vuelta a bajar, yo siempre delante y Mer abrazada a mi cintura, lleno de aire yo y de voz ella mientras el pueblo esperaba que el calor y la luz se retiraran para abrir los portones y llenar las aceras de sillas y de conversaciones saneadas de sueño.

—¡Acuérdate de abrir la boca, si no, no vale! —repetía Mer antes de lanzarnos pendiente abajo—. ¡Y cuando pasemos por la iglesia, grita algo con la letra que toque!

Allá íbamos los dos, desenfundados: «¡Con la a, papá! ¡Papá! ¡Papá!», «¡Con la e, bebé!», «¡Con la u, tururú!», «¡Grita, Jon! ¡Grita!». Rodábamos en una nube de polvo y calor hasta la curva de la fuente, que marcaba la frontera entre lo que era nuestro y lo que ya no era pueblo. Poco a poco, la pendiente de la iglesia, con sus baches y sus aceras deshabitadas, se convirtió en el laboratorio que Mer había imaginado para mi cura. No había en él más voces que las nuestras, lejos del rítmico ronroneo del abanico de la abuela, de las voces amortiguadas de las vecinas de la calle sentadas en la acera y de los gruñidos de hombre tímido del abuelo durante la comida. El resto era un silencio del que nos apropiamos para poder salir del luto que mamá había intercalado entre ella, nosotros y la ausencia de papá.

Ese fue el paisaje de nuestro primer verano de orfandad: reír, gritar, respirar, vértigo, estar juntos y también hablar de papá. Teníamos demasiadas preguntas y no sabíamos a quién hacérselas, o lo que es lo mismo, teníamos las preguntas y también la voz, pero nadie que quisiera escuchar. Desde que papá ya no estaba, cada vez que se refería a él, mamá suspiraba como si le costara respirar y decía «Vuestro padre». Papá ya no era «papá» y en casa todo era distinto: ella lloraba poco, pero sufría mucho, o eso decía tía Rosa cuando por las tardes bajábamos a su casa a hacer los deberes, porque mamá había salido a trabajar y «Alguien tiene

que vigilar a estos niños. Si no, se pasan la tarde abajo, jugando en la calle con el chiquillerío del bloque y así no vamos a ninguna parte».

Se fue. Con papá se nos fue la mitad de la voz y la que quedó ya no era la de mamá, sino la de su viuda, dejándonos doblemente huérfanos, aunque eso solo pude entenderlo más adelante, cuando el bloque, el barrio y ese Jon que quedó allí dibujaron su propio anillo en el tronco del árbol de lo que ya no soy ahora.

Afortunadamente, el verano en el pueblo de los abuelos llegó justo a tiempo. No solo nos devolvió muchas de las cosas sin las que nuestra infancia habría quedado coja, sino que nos regaló otras que de lo contrario nunca habríamos tenido. Los descensos diarios en bici por la pendiente de la iglesia surtieron efecto, dando con ello la razón a Mer y al abuelo, y cuando en septiembre volví a la escuela, prácticamente había reaprendido a hablar como antes de lo de papá. Y aunque mi tartamudez no murió del todo, porque he sufrido algún que otro episodio en momentos muy puntuales después de aquel, la experiencia con el vértigo protegido por el abrazo de Mer a mi espalda me dio una herramienta que desde entonces me ha servido para sortear esos episodios a tiempo y volver a recuperar la voz sin demasiadas cicatrices.

Es muy fácil. Cuando tengo uno de esos episodios, si no he podido evitarlo antes, busco la velocidad. Es lo único que me cura: velocidad, voz y carretera. Al principio, hasta que no pude ahorrar lo suficiente para comprarme la primera moto, usé la bicicleta. En cuanto notaba esa arena áspera en la boca después de algún berrinche o de alguna situación que me dejaba tocado, cogía la bici y salía a correr con ella. Buscaba cuestas como la del pueblo y bajaba por ellas a toda velocidad, jugándome el tipo entre los coches y fiel al método de Mer: abría primero la boca y dejaba que el aire me llenara, llevándose consigo la maldita arena seca que me atascaba la voz. Luego seguían los descensos gritando con la a, con la e, con la o, y así sucesivamente hasta la afonía. Con el tiempo, sin embargo, dejé de buscar cuestas y pendientes. Me limité a la velocidad y al aire interior, primero con bicicleta de carretera y después con la moto. Desde entonces, la moto es lo que me salva, es mi seguro y mi muleta. Dice Mer que si no he vuelto a tener una relación seria desde que me divorcié de Amelia es por ella, por la moto. Que llega un momento en mis relaciones en que las mujeres con las que he salido se han dado cuenta de que, aunque para mí ellas son importantes, mi moto es imprescindible, y que eso no hay pareja que lo aguante. Puede que tenga razón. También dice que soy como un niño con su manta, que hasta que no me atreva a soltarla no creceré, y que a las mujeres tampoco les gusta eso. Que hace gracia al principio, los hombres-niño gustan un tiempo, pero después cansan porque «Las mujeres no queremos ser madres de nuestros hombres, con nuestros hijos nos basta», aunque Mer habla de boquilla, porque su historial de relaciones con los hombres tampoco es para tirar cohetes.

Pero algo de razón sí tiene, porque no puedo imaginar mi vida sin la moto. Es esa parte de mí que no soy yo, pero que no puede faltar. «Tu sombra», la llama Mer, aunque luego, medio en broma y medio en serio, se culpa porque sabe que, en el fondo, si ahora hay moto es porque en su día la BH roja dio el resultado que ella buscaba y de ahí viene todo. Para mí, en cambio, es la garantía de que, pase lo que pase, mi rumbo no se pierde. Cuando dudo, cuando noto que algo duele o amenaza con doler, se activa el resorte y hay consuelo directo y también tranquilidad: «Sí, tengo pena, pero también tengo mi moto». Salir a rodar es como flotar. Está todo: la vibración del motor, el aire en contra, la potencia en la mano, lluvia, sol, viento, el silencio como un arco tenso lanzando flechas fuera, los bosques a los lados, gente que desaparece, los pulmones llenos de aire, las curvas suaves y el corazón que va calmándole el pulso al cerebro hasta que

navegas sobre una esponja de silencio y la velocidad es lo único que hay, el presente continuo donde quisiera quedarme.

La fantasía de no regresar.

Mi tartamudez es casi historia, vive latente la mayor parte del tiempo, pero está. Por eso, cuando conozco a alguien que intuyo que puede importar, tardo poco en mencionarla y me la sacudo de encima cuanto antes. No puedo evitarlo. «Soy tartamudo.» Lo suelto sin pensar, zas, muchas veces sin venir a cuento. Mer arruga el morro cuando me ve hacerlo. Dice que uno no puede ir por ahí invocando cosas que a lo mejor ya ni están, que eso es casi como pedir que se queden. Sea como sea, todavía hoy siento la necesidad de anunciarlo a la mínima, algunas veces con mejor resultado que otras. Me pasó con Amelia el día que nos conocimos. Menos mal que con ella la historia acabó bien y terminamos juntos, pero no siempre ha funcionado y mentiría si dijera que no lo entiendo. Cómo no voy a entender que la gente se descoloque cuando alguien se te presenta así, como lo hago yo: «Hola, me llamo Jon y soy tartamudo». Automáticamente las miradas se tuercen, cambia la atención y se impone una tensión incómoda. Luego, a medida que van pasando los segundos y quien está conmigo ve que sigo hablando sin ningún tropiezo, llega la desconfianza. Comprensible. En el caso de Amelia, conseguí reaccionar y salvar los muebles a tiempo. Durante los años que estuvimos casados, sobre todo al principio, cuando en alguna cena comentábamos con amigos nuevos cómo nos habíamos conocido, oí a Amelia contar ese hilo de sensaciones primeras como nadie más sabe hacerlo.

—Me soltó que era tartamudo al minuto de conocernos —empezaba—. Estábamos sentados en las escaleras del bar de la facultad con una cerveza, apretujados contra la pared, y yo allí, mirándolo y escuchándolo hablar como una idiota, y pensando, cada vez más enfadada: «Este tío me toma por imbécil. Cómo que tartamudo, si habla mejor que yo». Y me iba encendiendo con la bromita por momentos, yo, que muy amiga de las bromas no soy, hasta que al final me harté. «Pero, bueno, tío, ¿y lo del tartamudeo cuándo empieza?, que tengo clase», le solté. Él se puso rojo, pero rojo que parecía que iba a reventar, y dijo: «Es que ya casi nunca me pasa, pero cuando me pasa es como si me muriera, por eso prefiero que lo sepas». Eso dijo. Y yo me quedé ahí, con el botellín en la mano, sin saber si me seguía vacilando o qué, a punto de largarme a clase y pasar de él, hasta que Jon me miró muy fijo y dijo: «Solo me pasa cuando tengo pena. Y nunca con los niños ni con los animales». Entonces me di cuenta de que hablaba en serio, de que era verdad. O sea, más que pensarlo, fue como si de repente lo hubiera visto por dentro cuando le oí decir eso de «cuando tengo pena». Y me quedé. Decidí saltarme la clase y fui a por otro par de cervezas. Así empezamos, en la escalera de la facultad. Lo que ha llovido desde ese día.

Amelia lo contaba en las cenas de amigos tal cual había sido y sigue siéndolo todavía en el recuerdo que compartimos. Claro que en esa época no imaginábamos que terminaríamos divorciándonos y que ese principio del relato tendría también su capítulo final. En aquel entonces éramos jóvenes y contábamos esas cosas de nosotros como se cuentan los hitos que las parejas sabemos que gustan de nuestro historial a dos. Eran también los primeros años de la clínica, no la que tenemos ahora, sino la primera, la pequeña, y la época de querer que todo saliera bien, que el futuro fuera benigno con nosotros y con nuestro proyecto. Como tantas otras parejas de nuestra edad, Amelia y yo teníamos «un proyecto». Nuestra generación era la primera en décadas educada para funcionar bien sobre plano, algo que no habían podido hacer nuestros padres ni tampoco nuestros abuelos, porque muchos de ellos habían tenido que improvisar para poder subsistir y sacarnos adelante. Ellos habían salido adelante *haciendo*. Nosotros, a diferencia de quienes nos precedían, habíamos recibido un regalo que nos costó aprender a gestionar porque

éramos los primeros en probarlo: teníamos la oportunidad de *proyectar* antes de hacer. El lujo, el nuestro, era imaginar. De repente, ser pareja era, además de casarnos, vivir y tener hijos, tener un proyecto de vida, unir dos cuentas distintas sin tener que fusionarlas para siempre jamás. El error fue que nadie se acordó de empujarnos a creer que lo que imaginábamos podía ser real, que teníamos el derecho innato a que los sueños se convirtieran en realidades conseguidas. Al final, y después de ver cómo le ha ido a la mayoría de nuestros amigos de entonces, a Amelia y a mí la apuesta no nos ha salido tan mal. Aunque el amor no duró, seguimos siendo buenos amigos, mejor incluso que cuando estábamos juntos, ella con su nueva pareja y los dos hijos que no quisimos darnos, y dueños todavía de la clínica que construimos juntos. Amelia ha sido siempre una gran compañía. Sabe de mí todo lo que a veces me cuesta recordar y está, está porque nuestro proyecto sigue en pie, y eso la hace única.

«Ni con los niños ni tampoco con los animales.» Esa fue mi frase cuando la conocí, la mañana en el bar de la facultad, y sigue siéndolo ahora, después de los años y de todos los cambios que he vivido. Supongo que por eso decidí ser veterinario: los animales y los niños tienen una verdad que enseguida adivino. La gran diferencia entre ellos es que los animales expresan su verdad con la mirada y los niños tienen el don de la voz. Cuando llegó el momento de elegir me decanté por los que sentía más vulnerables, aunque estuve a nada de apuntarme a Medicina y dedicarme a la pediatría. Siempre he pensado que ni en los niños ni en los animales hay ningún pliegue que esconda un plan B. El peligro es peligro y la confianza, cuando está, es plena. Solo barajan colores primarios y yo ahí me muevo bien: el azul, azul; el rojo, rojo; la pena, honda; la alegría, infinita. Curar a un animal es como curar a un niño que todavía no ha aprendido a hablar: cuando le curo la vida, le construyo un futuro desde mí, con mis propias manos, creando un vínculo de salud entre nosotros que no puede compararse con nada. No hay mirada que supere en grandeza a la del agradecimiento de un animal que ha dejado de sufrir en tus brazos. Es difícil entenderlo para quien no se dedica a esto, y agota tener que justificar que mi dedicación a los animales tiene mucho que ver con el hecho de que no tengan voz, al menos no humana.

No hay animales tartamudos. Ningún animal puede expresar la pena como yo lo hago cuando es tan pena que me quita el aire y eso, esa incapacidad, me desarma. Me ocurre desde siempre, desde que era pequeño y llegaba a casa con cualquier bicho herido o perdido que se hubiera cruzado en mi camino: saltamontes, lagartijas, gusanos, pájaros, ratones, gatos, perros..., todo valía. ¿Cómo saber que sufrían si eran incapaces de tartamudear la pena como podía hacerlo yo?

Desde muy niño supe que quería atenderlos, que mi forma de vincularme a la vida, a la suya y también a la mía, era evitándoles el dolor.

Eso fue lo que ocurrió con Susi, eso y algo más. Con Susi fue la suma de muchas cosas, las que traía con ella y las que la esperaban aquí conmigo. «Una conjunción perfecta, desde luego», dijo Edith al poco de la llegada de Susi al zoo. Era así. Si Susi no hubiera aparecido exactamente cuando lo hizo, yo no habría estado en el zoo para conocerla ni se me habría ocurrido plantearme la aventura del santuario con Edith, entre otras cosas porque habría vuelto a la clínica después del par de meses fallidos trabajando con el equipo de cuidadores de Dora y Bimba, y no habría tenido tiempo suficiente para entender que mi vida no es solo la clínica, o, dicho de otro modo, que quizá cabe más de un gran proyecto en una vida y que la imaginación, el derecho a imaginar, no se agota con la edad.

Unas semanas antes de la llegada de Susi yo había decidido dejar mi puesto de cuidador en el zoo. A pesar de que apenas llevaba un par de meses allí y de que todavía tenía mucho que aprender y que hacer, mi encaje en el engranaje del centro no terminaba de cuadrar y yo sabía

que ese encaje no iba a producirse ya. Los compañeros eran buena gente, del trato no tenía queja y en general no sabría apuntar a nada en particular que estuviera especialmente mal. Era yo, o mejor, era yo y era, sobre todo, la realidad del zoo, que tardó poco en poder conmigo y con esa especie de fantasía infantil con la que había aceptado el puesto, excesivamente confiado en mi capacidad para mejorar y cambiar cosas en un ámbito en el que los cambios ni eran ni son especialmente bienvenidos.

Todo el mundo sabe lo que es el zoo, pero muy pocos saben lo que se siente siendo parte del zoo. Cuando eres zoo, el paisaje eres tú y todo lo que te rodea tiene también una parte de lo que eres. De repente te ves desde los ojos de las familias o de las escuelas que visitan el centro mientras a tu lado, Freddy, el rinoceronte blanco, te mira sin entender, pero sin pedir nada tampoco. Como los demás animales que viven aquí, Freddy no mira bien, porque sus ojos están diseñados para un horizonte que hace años ya no tiene. Lo mismo les pasa a Dora y a Bimba, a las jirafas, a los canguros y a los camellos. La lista es infinita. El zoo es un lugar único porque, como dice Edith, es «la república independiente de la tristeza». Y yo lo sabía, claro que lo sabía, pero saberlo no es sentirlo ni es vivirlo. Los primeros días pasaron bien: trabajar ocho horas diarias en compañía de dos elefantas era estar lo más cerca que había estado nunca de hacer realidad mi sueño. Aprender dietas, rutinas, entrenamientos voluntarios, cuidados específicos de cada una de ellas..., no me bastaba con mi turno y a diario me quedaba un par de horas más al terminar para no perderme nada. Esas semanas no fueron zoo, sino Dora y Bimba. Llegué con todo por hacer y no escatimé esfuerzo ni ilusión renovada. Sin embargo, a medida que las rutinas quedaron claras y la novedad dejó de serlo, empecé a situarme y a querer ver más.

Fue un error.

Soy veterinario y sé que los zoológicos son lugares donde, salvo excepciones, los animales reciben una atención médica en condiciones. Eso me tranquiliza, o al menos tranquiliza a esa parte de mí que es el Jon que cura enfermedades y salva vidas. En los zoos, mi parcela está cubierta. Hasta que empecé a trabajar allí, vivía con la satisfacción de pensar que la responsabilidad de mi gremio en lo que concierne al bienestar de los animales que lo habitan estaba a salvo. Mi conciencia, la del veterinario que opera, medica y atiende sus casos, la del colegiado, navegaba en paz. Pero eso cambió al poco de empezar a trabajar con Dora y con Bimba. Y no solo con ellas.

Sobre todo fueron las miradas. La de Freddy, la de los dos hipopótamos y la de Josh, el oso pardo que da vueltas durante horas sin fin en su foso, buscando algo que en su día debía de estar pero que ahora ya no recuerda; las de los primates tras su cristal, ojos fijos en lo invisible, que han perdido el norte, sin nada que hacer porque no hay donde ir. Fueron sus miradas, pero no fue de golpe. Con el paso de los días, empecé a sentir sobre los hombros el peso ciego de unos ojos sumándose a otros sin sumar nada porque ni siquiera te siguen al pasar. No reconocen ni entienden el encierro. Miran al cielo y ven que ese azul no termina y que sobre sus cabezas hay aves que cruzan desde algún lugar que no está a la vista hacia otro que tampoco. Fueron los huecos de esos ojos los que tocaron hueso. Una tarde, al salir del recinto de los elefantes, me detuve al pasar por delante de donde malvive sus días Freddy, movido por algo que me llamó la atención. Me acerqué a mirar. Freddy estaba en un rincón de su espacio, muy quieto y de cara a la pared. Parecía concentrado en algo que debía de haber en el muro, pero que yo no conseguí ver. Esperé. Él no se movió. Seguí esperando un rato, incapaz de marcharme. Freddy continuó sin moverse, atento a su punto en la pared. La espera se prolongó unos minutos más, hasta que, muy despacio, fue girando sobre sí mismo en el suelo de cemento hasta completar los trescientos

sesenta grados que lo dejaron en la misma posición de la que había partido, con la mirada de nuevo clavada en la pared.

Y entonces entendí. Entendí, porque en ese instante pude sacar de sus jaulas todas las miradas perdidas que habitaban allí y conectarlas con algo humano y mío, y reconocí el color porque era el mismo que habitaba los ojos de mamá en su habitación número 01 de la residencia del pueblo. Eso era, esa luz pequeña buscando a ciegas una ventana en el techo de la habitación por donde colarse al otro lado, esa desmemoria de mamá que todavía dolía, porque la conciencia estaba, la emoción vivía en algún rincón de su cuerpo.

Ese día supe que no aguantaría.

Dos semanas más tarde, cuando ya había decidido que mi aventura allí había terminado y que volvía a la clínica, llegó Susi.

No debería haberme quedado esa noche a esperarla. «Es para ti —me dijeron—. Susi es tuya.» No debería haber escuchado, pero me pudo la curiosidad, eso y también la reacción de Edith, que hasta entonces en ningún momento había entendido mi decisión de entrar a trabajar en el zoo —«Ese sitio horrible», había dicho— y que no veía el momento de verme fuera de allí y de vuelta a la clínica. Cuando le comenté que acababan de programar la llegada de una elefanta transferida desde otro centro, no habló enseguida. Yo estaba en uno de los laterales que bordean el restaurante más cercano a la entrada, comiendo bajo los viejos castaños de Indias, muy cerca del delfinario. Sentado a la mesa de piedra, había aprovechado para liarme un cigarrillo. Cuando le anuncié lo de Susi, ella no dijo nada. Me extrañó. Casi llegué a pensar que se había cortado. Me equivoqué.

—Y ahora dudas —dijo por fin. Estuve a punto de decirle que no, que lo tenía claro, pero no me dio tiempo—. Quién sabe —volvió a hablar, con una voz que me pareció extraña, como lejana—. A fin de cuentas, ¿no era ese el sueño?

Eso fue lo que dijo y esas fueron también las primeras palabras que me vinieron a la cabeza cuando vi bajar a Susi del inmenso tráiler que la trajo al zoo, y de nuevo cuando, durante esa madrugada de insomnio que pasé con ella en su nuevo recinto, cruzamos la primera mirada. Fue poco antes del amanecer. Ninguno de los dos había pegado ojo. Entré con un par de cajas de comida en la instalación donde la habíamos acomodado temporalmente. En cuanto me oyó entrar se acercó a la estructura metálica que la separaba del pasillo por donde nos movemos el personal y acercó la cabeza a las barras de hierro, desde donde me observó mientras yo volcaba el contenido de las cajas en el suelo delante de ella. En cuanto terminé y me incorporé, Susi sacó la trompa entre los barrotes y, cuando creí que iba a acercarla al montón de comida, pareció cambiar de opinión. Despacio, varió la dirección y desvió la trompa hacia mí, pillándome totalmente desprevenido. Me quedé donde estaba.

Fueron solo unos segundos. Susi me acercó la punta de la trompa al pecho y la dejó allí, casi pegada a mí, como si quisiera olerme, pero evitando el contacto. Después la subió hasta el hombro, desplazándola muy lentamente por la base del cuello hasta que noté su calor justo debajo de la oreja. Yo había dejado de verle la cara, que había quedado cubierta por la base de la trompa pegada a los barrotes, y en ese momento, no sé por qué, cerré los ojos. Los abrí un instante después, al tiempo que una especie de calambre me recorría el cuerpo, cuando sentí un aliento pequeño, minúsculo, en el oído, no mucho más intenso que el de un bebé que duerme, y el roce de algo vivo sobre la piel del lóbulo. No me moví. La trompa de Susi estaba quieta a mi izquierda, respirando delicadamente contra mi oreja como si me hablara. Quizá no fue así, o no del todo, pero yo lo sentí así. Sentí que había un lenguaje pequeño, el primer hilo de una tela que

preguntaba, nada más. Sentí que respiraba y oí su quejido, una mezcla de aire, arena y edad que durante una décima de segundo me pareció haber podido descifrar. Luego la trompa se separó de mí y Susi retrocedió, alejándose un par de metros de la pared de barrotes.

Entonces giró la cabeza y su ojo me miró.

Entendí que Edith se había equivocado y que la mirada de Susi nada tenía que ver con mi sueño, porque en ella no cabía nada más que mi reflejo. El ojo lloroso de Susi me encapsuló entero en su fondo negro y brillante, retratándose contra la luz de los fluorescentes e imponiendo su necesidad a cualquier sueño que pudiera llegar desde fuera. Su mirada pedía un vínculo de confianza que yo no pude ni quise negarle. Lo supe entonces y ella también. «Susi es tuya», habían dicho. Y así era. El único sueño de Susi era poder reaprender a confiar y yo, esa madrugada de junio, me comprometí con ella y conmigo a que, pasara lo que pasase, no habría dolor.

—Entonces, si te las doy a ti, ¿a lo mejor se las comerá o a lo mejor no?

Suzume estaba de pie a mi lado, tendiéndome la bolsa de manzanas. Entendí que debía de haberme distraído, porque no la había visto saltar de la barandilla al suelo. Parecía impaciente por marcharse.

—Claro. Déjamelas y yo me encargo —dije.

—Es que tengo que irme.

—Yo también me iré pronto. —Miré mi reloj. Eran casi las tres—. Si me esperas, nos vamos juntos.

Negó con la cabeza.

—Voy al lago pequeño. Donde los flamencos.

—Ya veo que lo tuyo son los flamencos.

Asintió con la cabeza y sonrió. Me acordé entonces de que hacía unas semanas los flamencos del zoo habían sido noticia porque una mañana había aparecido en su recinto un ejemplar nuevo que, al parecer, se había separado de alguna bandada que sobrevolaba la costa y, por razones que todavía nadie había sabido explicarse, había decidido recalar allí. Resultado: en menos de quince días se habían multiplicado por cinco las reservas escolares para ver al recién llegado. De hecho, Lourdes me había comentado que Eliane, la relaciones públicas del zoo, había puesto a trabajar la maquinaria de propaganda del centro a todo trapo, intentando exprimir al máximo la causa, porque de la misma forma que el flamenco había llegado podía decidir marcharse y esa precariedad en lo temporal traía a todos de cabeza. No todos los días te caía un flamenco del cielo.

—Siempre voy a verlos para contarlos —dijo Suzume, abrochándose el anorak—. Hay treinta y nueve.

No supe qué decir.

—Es que están muy flacos y a lo mejor es porque tienen pena y no comen y por eso viven aquí, que es como en una clínica pero con agua porque si no se les rompen las patas y se mueren, ¿a que sí?

No le contesté. Su mirada se había vuelto opaca, como si de pronto la luz de sus ojos hubiera menguado desde dentro. Ahí estaban de nuevo las pequeñas pistas que repetían retazos de información anterior y que yo ya había aprendido a reconocer: *hambre, pena, flacos... mueren*. El

discurso de Suzume circulaba por raíles conocidos, no siempre en el mismo orden ni con la misma música. Decía cosas, Suzume decía cosas que importaban pero que su voz de niña revestía de una candidez que no era genuina.

Mientras la veía alejarse hacia el recinto de los flamencos tuve por primera vez, ya no la impresión, sino la certeza de que la aparición de la pequeña en el zoo no había sido una casualidad y de que aquella niña callada y sola había llegado buscando algo que quizá ni ella misma entendía.

Poco podía imaginar en aquel entonces que mi intuición era acertada solo en parte y que Suzume tenía algo para mí. Algo mío.

No tardaría en descubrirlo.

V

Verdades que no son y mentiras que tampoco

Edith

El lunes llegó la niebla. Cayó sobre la aldea como una capa de espuma sucia y húmeda. Hay días así aquí, no muchos, pero los hay. Te despiertas de buena mañana y al otro lado de la ventana esa espesura blanca y opaca, casi sólida, lo cubre todo. Cuando eso ocurre, en la cara opuesta del valle un sol radiante provoca un calor extraño, precoz y no siempre benigno. Luego, a medida que avanza el día, el sol va abriéndose paso hasta que la niebla se levanta. Entonces la aldea emerge limpia y brillante, empapada tras el paso de una lluvia que no ha llegado a ser.

Antón, el alcalde del pueblo, me contó una vez que a medida que los habitantes de la aldea fueron desapareciendo lo hizo también la niebla, especialmente desde el cierre de la mina. «Cuando yo era pequeño, duraba días. Hasta una semana entera la he llegado a ver, sobre todo en febrero. Aquí se decía que “habían echado el manto”, porque en esas fechas se celebran las fiestas del valle y la virgen de aquí es muy pequeña, pero lleva un manto blanco que le dobla el tamaño, y porque, según se dice, cuando la niebla desaparecía se quedaba prendida en los almendros, que justo entonces habían empezado a echar flor.»

Decidí llamar a Violeta durante la mañana. A las nueve ya me había mandado un audio, preguntándome si había visto su wasap de la tarde anterior. «He encontrado tu bosque —decía—. Te va a encantar.» Yo había dormido mal. Sabía, porque la conozco, que el mensaje era el cabo de un hilo que seguramente iba a traer consigo un abanico de intensidades con las que no estaba segura de querer bregar. Pero también sabía que cuanto más tardara en llamarla, más oscuras serían esas intensidades.

Recogí los platos del desayuno, me preparé una jarra de té y me lie un par de cigarrillos. Mientras fregaba los cacharros y veía la niebla inmóvil pegada a los cristales de la ventana, me acordé de lo que decía Andrea cada vez que tocaba niebla al levantarnos.

«A ver qué sorpresa trae hoy», murmuraba con cara de pocos amigos. Tenía la teoría de que detrás de una mañana de niebla siempre se ocultaba una mala sorpresa, aunque también lo decía de los días 16 del mes. «El 16 es la torre en el tarot, mala cosa.» Prohibido programar nada importante en un 16: en un 16 no se viajaba, no se tomaban decisiones, no se arriesgaba. El día antes, hacía un repaso por escrito de todas las cosas que tenía entre manos y que podían salir mal, convencida de que todo lo que recordara quedaría a salvo del peligro que entrañaba el 16. La niebla, el 16 y la hora trémula, esas eran las otras caras de Andrea, otras Andreas que los años fueron desgajando de la mujer que el tiempo unió a mí hasta que el tiempo mismo decidió darnos un final.

«A ver qué sorpresa nos trae hoy», pensé mientras terminaba de secar los vasos y me preparaba mentalmente para la llamada y para Violeta. Fue en ese momento cuando me acordé de que esa escena —la hora, la luz, el runrún de la radio y esa frase repetida— era la misma que había vivido hacía ya unos meses, el día que Jon me había anunciado que iban a recibir una elefanta nueva en el zoo y que se la habían asignado a él. Aunque eso había sucedido un poco

más tarde, cuando la niebla era ya rastro y el sol alargaba las sombras de los cipreses del cementerio sobre el muro de la iglesia. Antes, mientras me preparaba las tostadas, había llegado el mensaje de Violeta y su «¿Estás despierta? ¿Te llamo? Es urgente», que me había puesto en guardia. Calculé la diferencia horaria con Chile. Allí eran poco más de las dos de la mañana. Hacía unos días que Violeta estaba de viaje por Sudamérica, cerrando acuerdos de cooperación o algo con unas universidades del sur para no sé qué de las salmoneras. No me gustó su mensaje. «Urgente», en el lenguaje de la Violeta que me escribe cuando está de viaje por trabajo, es el equivalente a un «Cuidado, no te va a gustar» de su lenguaje de diario.

La llamé yo. Ella estaba en pijama, tumbada encima de la cama. Se había hecho una cola. Me saludó con la mano y reprimió un bostezo.

—¿Dónde estás, hija?

—Llevo en Punta Arenas desde el martes —respondió—. Mañana por la tarde volamos a Santiago.

—¿Te encuentras bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí y sí —respondió muy seria—. Estoy bien y ha pasado algo.

No dije nada. Debí de leerme la confusión en la cara, porque enseguida sonrió.

—Esta noche he tenido una cena —dijo—. Con las decanas de dos universidades de aquí. Había también un par de periodistas y un grupito de biólogos.

Esperé.

—Están aquí desde el domingo —aclaró—. Los biólogos, quiero decir.

—Ah.

—Curiosamente, me ha tocado sentarme al lado de uno que, según me ha contado, este invierno ha estado trabajando en Isla Decepción. —Y añadió—. Un argentino.

Curiosamente. Empecé a angustiarme. Conozco todos los tonos y muletillas de mi hija y ese «curiosamente» en boca de Violeta me obligó a tragar en seco.

—Hija, ¿qué pasa?

Silencio. Breve.

—Cosas, mamá —respondió—. Muchas.

—Violeta, me estás asustando.

En ese momento se oyó una especie de campanilla y ella apartó la vista hacia lo que supuse debía de ser su portátil. Al segundo volvió a aparecer en la pantalla.

—Mamá, el apellido de Mer es Castro, ¿verdad?

—Sí.

—No estaba segura.

—¿Por qué lo preguntas?

Se recostó despacio contra el cabezal y apagó la luz de la mesilla de noche, quedándose casi a oscuras, iluminada únicamente por el resplandor blanquecino de la pantalla del portátil. Pasaron unos segundos antes de que volviera a hablar.

—Mamá, ¿tú dirías que conoces bien a Mer?

La pregunta me pilló por sorpresa, no tanto por la pregunta en sí, sino sobre todo por la situación. Era la primera vez que Violeta preguntaba por Mer sin que yo la hubiera mencionado antes en la conversación. De hecho, no había vuelto a preguntar por ella desde que se habían conocido. Y es que Violeta y Mer no. No había por dónde, no había ganas ni tampoco interés, al menos por parte de Violeta. En todo el tiempo que Mer había vivido en la aldea, habían coincidido una sola vez, la Semana Santa que Violeta había viajado desde Tromsø para celebrar

su cumpleaños conmigo. La experiencia no había resultado. Después de la cena que había preparado para los cuatro en el jardín y que no se alargó más de un par de horas, Violeta lo tuvo claro.

—Mer no, mamá. Ni de coña.

Durante la cena, Mer se había descolgado con un par de salidas de las suyas, echando mano de ese humor tan abrupto y tan a contrapelo con el que desde el primer momento Violeta no conectó. La cosa aguantó más o menos bien hasta que, ya en el café, Mer remató la paciencia de Violeta con un comentario que enterró cualquier posibilidad de entendimiento entre las dos.

Habíamos estado charlando entre risas de lo difícil que yo les había puesto las cosas a mis nuevos vecinos durante su primer año en la aldea y de ahí, no sé cómo, Mer había alargado el hilo para comentar, medio en serio, medio en broma, que después de ese primer año de no relación vecinal entre los tres, resultó que Jon y yo nos habíamos hecho muy buenos amigos.

—Aprovechando que yo paso casi todo el año fuera —añadió. Y luego, buscando una complicidad con Violeta que en ningún momento le fue devuelta—: Ya ves, los hombres. Ni de tu propio hermano te puedes fiar. A la que te despistas...

Jon y yo sonreímos y Violeta hizo un débil esfuerzo por intentar imitarnos. Fue un error. Mer interpretó nuestra respuesta como una señal general de aprobación y lo celebró elaborando un poco más la broma.

—Fue visto y no visto —continuó, volviéndose hacia Violeta—. Estuve fuera tres meses y a la vuelta parecía que se conocieran de toda la vida. Me extrañó tanto que hasta le advertí a Jon que tuviera cuidado, a ver si iba a resultar que la viudita silenciosa se nos había enamorado de él y Jon, que es como es, no se había dado cuenta. ¿Qué te parece?

Violeta me miró y yo entendí.

—Sabrá mucho de caimanes y de pingüinos, pero es una imbécil integral —fue lo primero que soltó en cuanto pusimos un pie en la cocina con los platos que habíamos recogido de la mesa—. Y encima machista. Le ha faltado llamarte vieja asaltacunas. —Estaba furiosa—. Menos mal que solo la tienes aquí tres meses al año.

Eso fue todo, el principio y también el final. Desde entonces, cuando hablábamos de ella, Violeta se refería a Mer como «tu vecina». Nunca había vuelto a llamarla por su nombre.

Hasta esa mañana al teléfono. Nombre y apellido. Mercedes Castro. En cuanto oí a Violeta llamarla así, tan seria, sin una chispa de burla en la voz, mi estómago se encogió, preparado para defenderse.

—Mamá —dijo Violeta, acercándose el móvil a la cara—, tienes que saber algo. —Hizo una pausa, mínima, antes de completar la información. Luego, con la voz un poco suavizada, añadió—: Sigues sin conocer a tus vecinos, aunque esta vez lo que voy a decirte va a doler.

Me encogí un poco. Ella no lo vio.

—Hija, si va a dolerme, no estoy muy segura de querer saberlo, la verdad.

Me miró muy fijo.

—No quieres, mamá. Ya sé que no —concedió con un amago de sonrisa que fue más bien una mueca triste—, pero para eso estoy yo aquí, para asegurarme de que sepas.

No dije nada. A juzgar por el temblor que sacudía levemente la pantalla de su teléfono, entendí que no las tenía todas consigo. Por mucho que se esfuerce por convencerse de lo contrario, Violeta no es una mujer fuerte, ni siquiera cuando intenta serlo por mí.

—Tienes que saberlo —insistió—. Sobre todo por ti. Y también un poco por Jon, por tu amistad con él. —Se interrumpió y respiró una vez, como si dudara—. No sé, mamá. Por... todo.

Más allá de lo que Violeta me contó y de la niebla que siguió encapsulándome en casa hasta media tarde, poco es lo que he retenido en la memoria de esa mañana. Recuerdo que en cuanto colgué, recogí los platos del desayuno, me tomé un par de valerianas y subí a acostarme. Estaba colapsada, y tan cansada... Cuando ya me había acomodado en la cama sonó el teléfono. Era Jon. Pensé en dejar que sonara, pero estaba tan nerviosa que, quizá cediendo a la costumbre, lo cogí. Tenía una novedad que quería compartir conmigo, anunció. «Va a llegar una elefanta nueva. Se llama Susi —dijo—. Acaban de decírmelo. Y voy a ocuparme yo de ella. Yo solo.»

Si la llamada hubiera llegado una hora antes, yo no habría estado acostada, no habría tenido ocasión de hablar con Violeta y le habría aconsejado que hiciera oídos sordos a ese nuevo giro de los acontecimientos, recordándole que el zoo era lo que era y que no le hacía bien, que no hacía bien a nadie. Pero la llamada de Violeta lo había cambiado todo y cuando me tocó hablar yo ya sabía. Pensé al oírle contarme lo de Susi que quizá eso era justamente lo que buscaba oír, que para eso llamaba: quería a la Edith de siempre, esperaba la voz de siempre, el consejo cabal que lo alejara de esa nueva bengala y confirmara su decisión, ya tomada, de abandonar el zoo y volver a la clínica.

Pero se equivocó. Jon calculó mal los tiempos y cuando me hizo un hueco en sus dudas para que pudiera intervenir y finalmente hablé, lo hice por la herida, por la mía, la que me había abierto la información que acababa de darme Violeta sobre Mer y sobre él, y en ese momento de derrumbe me aproveché de su confianza para castigarle. Le regalé la duda.

—Quién sabe, Jon —dije con una voz en la que me costó reconocerme, deseando terminar cuanto antes con la conversación y poder dormir un día entero—. A fin de cuentas, ¿no era ese el sueño?

Durante las horas que siguieron soñé cosas horribles. Cuando me desperté, pasado el mediodía, la niebla ya no estaba. Se había evaporado, dejando al descubierto un sol amarillo y perfecto y llevándose con ella la rabia que ya no sentía. Bajé a la cocina en pijama, me senté a la mesa con Herodes sobre las rodillas y mientras me liaba un cigarrillo pensé en Andrea y me culpé por no haberle hecho caso y haber dejado la aldea después de su muerte. «Empieza de cero —me decía—. En otro sitio. No te quedes aquí sola.» Seguí allí sentada hasta que oscureció, incapaz de hacer nada más que eso: pensar en Andrea, echarla de menos y dejarme flotar tarde abajo sobre esa ola de tristeza y de pena inmensa con la que la verdad de Mer y de Jon parecía haber cubierto el valle entero.

La niebla era la misma. Solo habían pasado nueve meses desde la mañana de mi conversación con Violeta y de la llamada de Jon y la escena se repetía: la misma cocina, yo sentada a la mesa con Herodes en la falda y el suave runrún de la radio, que me había dejado encendida en el baño al salir. Violeta había encontrado mi bosque, decía en su mensaje. Antes de llamarla miré por la ventana. De la pared de niebla que tapiaba el paisaje emergían las inmensas ramas de los viejos robles del camino como dos manos nudosas. Iba a ser una llamada difícil, estaba segura. En eso, en lo de las llamadas, las madres fallamos poco. Cuando las hay, porque las hay. Cuando no las hay, porque para nosotras no existe nada tan cargado de información como los silencios de los hijos. Esos silencios son como la sombra que ellos no ven, pero que a nosotras nos regala las migas de pan que nos ayudan a no perderles nunca la pista.

Los primeros minutos fueron tranquilos. Violeta estaba de buen humor. Hablamos de esto y

de nada, del fin de semana que ella había pasado en Oslo con su amiga Karen, de cómo avanzaban las obras en la cocina..., esas cosas de madre e hija que llenan bien huecos conocidos y silencios previos a lo que importa. Estaba animada, dijo. En Tromsø hacía sol y me hablaba desde el porche de su casa, envuelta en su poncho chileno. Por fin, después de darle un par de consejos sobre una receta de lasaña de verduras que no le terminaba de salir, llegamos a lo del bosque.

—He tenido una idea —empezó, colocando el móvil en el trípode y arrebujiándose en la lana naranja y peluda del poncho—. Te va a encantar, ya verás.

Sonreí. Me gusta esa energía con la que Violeta vive y anticipa las novedades. Andrea decía que en eso somos iguales, que vivimos las cosas imaginadas con mucha más ilusión que las reales. «Como dos crías», decía. Supongo que algo de eso hay, aunque confieso que, a la hora de la verdad, Violeta lleva mucho peor que yo la desilusión que a menudo genera el paso de imaginación a realidad, o igual eso es lo que quiero creer. O puede que sea la edad. A sus años, yo también tenía más expectativas y menos paciencia.

—Pero ¿de verdad has encontrado un bosque? —pregunté—. Yo no vi ninguno en la isla cuando estuve, Violeta. Solo esos arbustos llenos de musgo y esa arena tan... rara.

Cara de «Desde luego, qué paciencia hay que tener contigo, mamá» tan típica de Violeta. Después, un suspiro de resignación.

—A ver, mamá —contestó con voz de fastidio—. Es una forma de hablar.

No dije nada. Intenté controlar la expresión de mi rostro y para ello eché mano de la taza de té. Ella me estudiaba desde la pantalla, impaciente por hablar. Al ver que yo no preguntaba, se lanzó a contarme lo que tenía en mente.

—Pues mira —empezó—, he pensado que la solución ideal para lo tuyo es que, ya que por fin has decidido marcharte de la aldea, vengas aquí, a casa. Hay espacio de sobra para las dos y así de paso aprovechamos y me ayudas con lo de las obras de la cocina.

No pude reprimir una sonrisa.

—Ah, pues estaría genial —dije—, pero ten en cuenta que si sale lo de la finca de aquí, y cruzo los dedos, no voy a dar abasto con todo. Imagínate: tendré que ponerme con los permisos para abrir el santuario en la propiedad, y buscar un buen abogado, porque la verdad es que yo no tengo ni idea de cómo va eso. Y antes habrá que ver bien la finca, claro, y hacer un estudio de habitabilidad... y mil millones de cosas más que seguro que ni imagino. —Inspiré hondo—. No me va a dar la vida para ir a verte hasta que esté un poco instalada, cariño.

Violeta entornó los ojos como si no me estuviera viendo bien. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo. Luego respiró despacio antes de volver a hablar.

—Mamá, no estoy hablando de una visita —dijo con la voz tensa—. Estoy hablando de que te mudes aquí. De vivir aquí las dos. Juntas.

Sentí como si acabaran de vaciar de golpe todo el aire de la cocina, dejándome envasada al vacío bajo la campana de niebla que cubría la casa. Mudarme. A Tromsø. Con Violeta. Y me lo estaba proponiendo ella. Esa era su idea, claro. De repente caí. Cómo había sido tan boba de no entenderlo, si era eso exactamente lo que me había adelantado en su mensaje del día anterior. «No te culpes, Edith. No lo has entendido porque es lo último que se te habría ocurrido esperar de Violeta», oí decir a Andrea desde alguno de los pliegues del silencio sólido que devoraba la cocina.

Torpe. Me sentí tan torpe que por un instante me dio vergüenza imaginarme desde los ojos de Violeta. Madre torpe. Edith torpe.

—Lo siento, cariño —fue lo único que se me ocurrió decir—. Creía que te referías a unas vacaciones. Ya sabes, como la otra vez.

Sonrió. Sin acritud.

—Ya. Ha sonado un poco raro, ¿no? —dijo con una sonrisa de disculpa—. Igual tendría que haberte preparado un poco y no soltártelo así, tan de golpe.

—No, hija. Qué va. Si es que tengo la cabeza en tantas cosas que...

Se arrebujó en el poncho y apartó la vista de la pantalla. Conozco bien ese gesto de mi hija. Lo reconocería a ciegas entre mil otros gestos: el encogimiento de hombros, el parpadeo incómodo... Su traducción es: «Sé que mientes, mamá, y prefiero no verlo, porque entonces tendré que decírtelo y nos las tendremos».

Le agradecí la deferencia. Violeta intentaba hacerme saber que estaba dispuesta a poner de su parte para que la conversación no muriera en ningún mal tropiezo. Esa otra Violeta, más conciliadora y menos impulsiva, no era nueva del todo. Había empezado a aparecer hacía unos años cuando, coincidiendo con la gran crisis, había tenido que aceptar la oferta de la salmonera noruega donde trabaja desde entonces y se había ido a vivir a Tromsø, asumiendo primero el cambio como una opción temporal —«hasta que aquí las cosas mejoren, mamá. Luego ya veremos», me dijo, intentando tranquilizarse— y después, a medida que había ido ocupando cargos de mayor responsabilidad y que la novedad se había convertido en cómoda rutina, como algo más definitivo. Poco a poco, la distancia había conseguido extraer de ella una sombra de algo que hasta entonces nunca había estado allí y que tenía que ver con su mirada sobre la torpeza ajena, sobre todo con la mía. Me juzgaba menos, menos veces, con menos rabia. Eso era: la rabia estaba, pero llegaba mezclada con otros colores menos primarios que la dulcificaban a tiempo, volviéndola más compasiva.

—Mamá —dijo con la voz aparentemente renovada—. Hablo en serio.

—Ya lo sé, Violeta.

—¿Entonces?

Entonces. Habíamos llegado al cruce. El desvío de la izquierda llevaba al santuario, al sueño de Edith, el primero y seguramente también el último. El desvío de la derecha, en cambio, desembocaba en Violeta, en su casa amarilla a la orilla de una isla hermosa, llevándose con ella a la Edith madre y ofreciéndome la posibilidad de una vejez resumida en un circuito familiar cerrado. A la izquierda, la Edith que sueña; a la derecha, la Edith que vive. La que decide mantener vivo el archivo de la mujer que a sus setenta y seis años apuesta por vivir una jubilación parcial de la maternidad para seguir teniendo un futuro o la que dedica la vejez a reparar los errores acumulados con su niña para que la vida que les queda juntas la perdone por no haber sido la madre que a Violeta le habría gustado tener.

Ninguna mujer debería tener que elegir entre el futuro o la vida.

—Mamá...

La miré y vi mi reflejo superpuesto sobre su imagen en el cristal del teléfono. Entonces lo supe.

Y lo dije.

—Yo quiero un bosque, hija.

Violeta parpadeó, como si lo que había oído hubiera tenido en ella un impacto físico. Luego apartó la vista durante un instante. Cuando volvió a mirarme, el brillo en los ojos era otro. Había en él una luz más brillante, había más pupila.

—Ya —dijo. Luego se hizo el silencio, un silencio que no duró—. Seguro que aquí

encontraríamos algo. Igual no un bosque como el que tú quieres, pero podrías hacer algo con animales. Un voluntariado en algún veterinario, no sé, ya se nos ocurrirá.

Sonreí. Me enterneció verla así, tan queriendo y tan negando a la vez. Violeta sabía tan bien como yo que no funcionaría, que las dos juntas en su isla era un conjuro mal fabricado: nos faltan ingredientes y todavía no hemos aprendido a calcular las cantidades exactas de los que ya tenemos. Aun así, me quería con ella.

—Un bosque, Violeta —dije—. Con sus árboles, su tierra, su olor, sus animales..., una vida en el bosque, eso es lo que quiero, y allí es imposible porque no lo hay.

Negó con la cabeza. Despacio. Luego habló.

—Y aunque lo hubiera tampoco vendrías, ¿verdad?

Ahí estaba. El cerco sobre la pregunta se había estrechado. Ya casi habíamos llegado.

—Violeta...

—No vendrías.

—No se trata de eso.

Más brillo en los ojos.

—Sí, mamá. Claro que se trata de eso.

Tenía razón. Toda.

—Hija, tu madre está mayor.

—Ya lo sé.

—Y no me queda mucha energía —dije—. Y no sé si mucho tiempo para intentar...

—Ya —me cortó con una mueca de fastidio—. No tienes tiempo ni energía para mudarte aquí, pero sí para empezar de nuevo en otro sitio y montar un santuario con un tipo al que conoces desde hace un par de años y del que no puedes fiarte porque miente más que habla —saltó. No fue un ataque abierto, sino más bien un reproche contenido a tiempo, seguido de un silencio muy breve—. No es una cuestión de edad, mamá —volvió a hablar, una vez recuperada la serenidad—, sino de elección, y tú eliges quedarte porque no quieres venir.

El tono había variado. Violeta empezaba a elevarse sobre una ola que me era familiar y que, aunque hacía años que no aparecía, estaba ahí, esperando el temblor que abriera la grieta en tierra para activarse.

—Puede ser —dije.

—Es, mamá —me cortó—. Es exactamente así, como lo dices: estás vieja y cansada, pero solo para lo que no quieres, y lo que no quieres soy yo. —Había rabia. La ola empezaba a ondularse, una masa de agua oscura coronada por la primera espuma—. Esa es la verdad. Pero hay más, mamá. Hay otras, ¿sabes?

No dije nada. No era una pregunta. Era la ola creciendo cada vez más deprisa, empujando aire y voz contra la pantalla del teléfono y contra lo que veía de mí en ella.

—Verdad es que entre bosque e hija, tú eliges bosque —dijo, casi en un susurro—. Y que estás vieja, y aun así en ningún momento se te ha ocurrido pensar que a lo mejor me habría gustado pasar contigo los años que te quedan. No se te ha ocurrido, mamá. ¿Y sabes por qué? Porque eres una inmadura y una egoísta y porque sigues pensando que todavía hay tiempo para todo y que puedes tú sola con tu vida. Si falla algo, si algo no sale bien, aquí está la responsable de Violeta para resolverlo. Violeta se encargará, claro. Violeta siempre se encarga.

No hablé. La ola avanzaba sobre mí, cubierta ahora de una capa de espuma que iba espesándose a medida que los segundos se encogían. Violeta respiraba pesadamente, intentando no descontrolarse.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a poder vivir allí sola, en tu... santuario, mamá? —preguntó—. ¿Cinco años? ¿Seis, como mucho? ¿Y qué pasará después? ¿Qué harás con tus animales? ¿Quién los cuidará? ¿Jon? ¿Jon cuidará de ellos y de ti? ¿Jon, el gran mentiroso que no es capaz de cuidar de sí mismo? No, mamá. Seré yo. Cuando no puedas, seré yo la que estaré, porque me tocará y porque si no lo hago yo, no lo hará nadie. Yo estaré, aunque no me guste, aunque tú nunca hayas estado cuando me has hecho falta porque siempre has elegido lo que no era yo.

No me gustó. La ola no me gustó porque la pared de agua traía restos de naufragios que olían mal y que flotaban sobre la espuma como un catálogo de esqueletos devueltos a una vida en falso. Violeta estaba herida y de la herida abierta salía lo feo, avanzando contra mí.

—Eso no es así, hija.

Ni siquiera me oyó.

—Elegiste a Andrea cuando te divorciaste y pudimos librarnos de papá, y yo creí que por fin íbamos a vivir tranquilas las dos, sin las peleas, sin los cambios de humor, sin toda aquella tensión. Se fue papá y cuando creí que seríamos tú y yo, apareció ella y no hubo tiempo para nada. Andrea y mamá aquí y a un lado Violeta, la tercera en discordia, la añadida que venía en el *pack* y a la que había que resituar en la nueva foto familiar.

—No digas eso, Violeta.

—Digo lo que es, mamá —siseó entre dientes—. Luego elegiste la aldea. Elegisteis la aldea. Las dos. Andrea y tú. Y yo te dije que no, que la aldea no. ¿Y qué hiciste? Nada. Decirme que nos haría bien el campo, que necesitábamos un cambio, aire fresco, naturaleza, que la ciudad no era vida... Tenía dieciséis años, mamá. Yo no quería campo, ni silencio, ni ese sitio del demonio con todos esos muertos y esas ruinas. Te lo dije. Y otra vez, entre la aldea y yo, elegiste la aldea. Siempre ha sido así, siempre yo el descarte. Y todavía sigo preguntándome por qué, por qué nunca piensas en mí primero, por qué no me ves, y también me pregunto si estaré a tiempo de saberlo, porque no sé cómo explicármelo. O sí, puede que sí lo sepa pero que no me guste lo que pienso porque suena mal, suena demasiado horrible.

En ese momento Herodes saltó de mis rodillas a la mesa, tan torpe en su ceguera que golpeó la taza al aterrizar y la cucharilla salió volando al suelo. El eco del tintineo resonó, metálico, en la cocina, interrumpiendo la voz. Violeta ladeó la cabeza un segundo.

—Ha sido Herodes —casi me disculpé—. Acaba de saltar a la mesa.

Violeta bajó los ojos.

—Soy una idiota, mamá —dijo. El tono era otro. Había pena en la voz, una pena sin fuelle que enseguida sentí como propia—. No aprendo. Creía que ahora que ya no hay Andrea ni aldea a lo mejor me tocaba a mí. —Sus ojos volvieron a la pantalla. Brillantes, oscuros—. Aquí estaríamos bien. Estarías bien. De verdad...

No supe callarme a tiempo. Creí que solo lo había pensado, pero en cuanto vi el cambio en su expresión entendí que había habido voz. Demasiado tarde.

—No, Violeta.

Me miró como si no hubiera entendido o como si no me hubiera oído bien. La pena seguía allí.

—No estaría bien —dije—. Esa es la verdad.

—Pero...

—No estaría bien porque no te haría bien —la interrumpí con toda la suavidad que supe encontrar. Ella apretó los dientes, comprimiendo a tiempo una mueca. La pena se diluyó—. Tú

no quieres tenerme contigo en tu casa para cuidar de mí, Violeta. Eso es lo que te gustaría creer, pero no es la verdad.

—¿Ah, no? —preguntó. Ahora había desafío en la voz. En la mirada también—. Y tú sabes cuál es, ¿no?

—Puede que la verdad no sea una sola, porque casi nunca lo es —dije—. Lo que sí sé es que crees que teniéndome allí vas a enseñarme a ser la madre que te habría gustado tener y que yo no he sido. Crees que podrás cerrar esa carpeta a tiempo, que todavía estamos a tiempo de aprender. Pero en eso te equivocas, cielo.

—No te entiendo.

—Tú no te sientes huérfana de mí, hija, sino de ti, pero me culpas a mí para no tener que mirarte y verte bien. Seguramente si la abuela no hubiera muerto tan joven, yo habría hecho lo mismo, no lo sé. No sé lo que es ser hija de una madre vieja y ya no lo sabré. Lo único que puedo decirte es que hay algo en lo que llevas razón: mi sueño no eres tú, Violeta. Tú eres otra cosa, eres real y eres eso que me da más vida, a veces buena, otras no tanto, pero desde que tú naciste la vida la saco de ti, de saberte viva, de intentar quererte como eres y de no culparme porque tú no te hayas atrevido todavía a apostar por tu sueño. Y es verdad que estoy vieja y que quizá ni siquiera llegue a disfrutar de mi bosque ni de mis animales, pero no es verdad que haya elegido a Jon en vez de a ti, como tampoco elegí a Andrea en su momento. —Me interrumpí. De repente sentí que me faltaba el aire, que la niebla que empujaba contra los cristales de las ventanas lo había oscurecido todo demasiado pronto. Violeta estaba inmóvil, arrebujada en su poncho—. Nunca he tenido que elegir, hija. Tú eres, desde siempre eres, eso no se discute ni se piensa. Los demás están. Eso es ser madre: saber diferenciar lo que es de lo que está. Cuando me despierto por la mañana no pienso en ti, nunca. No me hace falta. Eres mi hija y eso es lo único que es, porque no es temporal ni negociable. A eso te enseña la maternidad: a entender que solo existe lo que no se negocia. Un día te conviertes en madre y de pronto tu vida es más porque en ella caben dos, hay espacio para dos y tú no lo sabías o creías que no lo sabías, pero estabas equivocada.

No hubo respuesta. Las manos de Violeta se movieron debajo del poncho, tirando de él hasta cubrir con su lana roja las rodillas.

—Mi bosque es mi sueño y tú simplemente eres, esa es la diferencia —volví a hablar—. Los hijos nacen sin predicado, con ese vacío que las madres llenamos desde que mamáis el futuro que imaginamos para vosotros. No, Violeta, tú nunca has sido huérfana de mí. A mí me has tenido siempre. Tu orfandad es otra y es peor. ¿Sabes cuál es?

Violeta parpadeó. Tenía la frente lisa, la mandíbula apretada y había empezado a arrancarse mecánicamente los pelos de la ceja con el índice y el pulgar.

Despacio, muy despacio, negó con la cabeza.

—Estás huérfana de sueños, Violeta.

Silencio.

—Mi sueño es un bosque —dije, volviendo la vista hacia la ventana tapiada por la niebla—, y seguramente tienes razón y sea ridículo y egoísta y también infantil, pero es. La pregunta, la que importa, a mí como madre y a ti como mujer, es cuál es el tuyo. ¿Lo sabes, Violeta? ¿Existe? Esa es mi cuenta pendiente contigo, hija. No la compañía, ni la jubilación, ni recuperar juntas el tiempo que no hemos tenido. Lo que te debo es obligarte a que no esperes tanto como yo a atreverte a confesártelo. Y asegurarme de que no llegas demasiado tarde para vivirlo. Solo eso.

La frente de Violeta se contrajo y un ramillete de arrugas la cruzó de sien a sien al tiempo que una nube debió de cubrir el sol, porque la imagen se ensombreció, fundiéndola a gris.

—Pero no me culpes a mí si no llegas a descubrirlo, porque a eso yo no puedo ayudarte —dije—. Aunque quisiera, no sabría cómo. Y me da pena, me da pena ser vieja, como tú dices, y ver cómo pasan los años y sigues pidiéndome lo que yo no puedo darte, pero más pena me da que no dejes de castigarme por eso, porque mi tiempo se acaba y porque, en el fondo, si no tienes un sueño es que estás huérfana de ti.

Violeta me miró muy fijo. De repente la ola había desaparecido y lo que quedaba en sus ojos era una luz opaca y líquida, salpicada de restos de resaca. Oí el susurro de una brisa que zarandeó la imagen y que también removió el poncho sobre sus piernas. Luego, en el silencio frío que siguió, ella se incorporó, acercándose a la pantalla, y con una voz ronca que me costó reconocer, dijo:

—Mamá...

—Dime.

Hubo un silencio nuevo que quedó colgando entre nosotras como el hilo casi invisible de una tela de araña. Los ojos de Violeta estaban fijos en la cámara, pero no era a mí a quien miraban, sino a sí mismos, contemplándose, intentando verse.

—Ahora voy a colgar, ¿vale? —dijo por fin con una voz que casi no oí.

—Violeta...

Antes de que su imagen desapareciera de la pantalla sin darme tiempo a añadir nada, me pareció oír un pequeño sollozo, como un suspiro áspero que se apagó de repente, cubriéndonos de negro a las dos.

Luego, nada. Conjunto vacío. Llamada terminada.

Horas más tarde, cuando entré en la cocina después de haber subido a podar los rosales que crecen junto al murete de la iglesia, vi que tenía una llamada perdida de Fernando. Fuera, la niebla era ya historia y el sol se ponía tras el tejado ruinoso de la casona del lago, tiñéndolo todo de una quietud renovada y nocturna.

En cuanto vi que además de la llamada había un mensaje en el contestador, hice lo que suelo hacer en esos casos: intentar ocuparme en otras cosas, esas pequeñas nada que en una casa con once gatos a la hora del hambre dan para mucho cuando se trata de postergar decisiones. Atendí a los gatos, terminé de doblar la ropa, escribí dos correos que llevaba retrasando desde hacía una semana y me duché. Cuando finalmente me senté a la mesa ya había anochecido. Me serví un vaso de zumo, me lie un cigarrillo y, antes de acercarme el teléfono, me volví a mirar hacia la veleta y casi recé.

—Que sea que sí, por favor —dije en voz baja—. Que Fernando diga que sí.

Llamé al contestador, activé el altavoz, dejé el móvil sobre la mesa y cerré los ojos.

Jon

Cuando un ser como Susi —esto es, un gran animal salvaje con una larga y penosa trayectoria de cautiverio y maltrato a la espalda— te rechaza, el dolor que te envuelve es doble. Por un lado está el propio, que es el que golpea primero. Su rechazo te castiga y el castigo te hiere, pero enseguida se cuela también el de ella, y es esa suma, esa mezcla de todas las combinaciones posibles entre las dos formas de doler —la del humano y la del no humano— la que construye un mundo de dolor propio y nuevo, y por tanto no explicable. Yo no había conocido ese dolor hasta que Susi dejó de comer de mi mano. Ni siquiera ahora que lo conozco sabría describirlo bien, porque no es comparable a nada: no es esa tenaza que te comprime el pecho cuando peleas con un amigo o con un hermano y van pasando los días y el tiempo no soluciona nada, hasta que el enfado por fin se diluye y llega de nuevo el acercamiento; y no es tampoco el dolor hiriente de un desamor, ese no entender que pueda seguir habiendo vida sin el otro, porque era tanta la proyección conjunta que lo que deja el desamor es una agenda llena de «haremos» que toca tachar y reemplazar por ese pobre «haré» que había desaprendido a respirar solo.

No, no es nada de eso.

Con alguien como Susi el dolor es otro, porque con ella no hay posibilidad de diálogo. El cuidador es su único cordón umbilical con un mundo que no es el suyo y ese cordón es tan delicado que cuando se obtura aparece un peligro real de asfixia. Todo eso lo he aprendido con ella. Ahora sé que cuando alguien como Susi se siente herida, no deja que te expliques, no permite matices. Su rechazo es la demostración genuina de la decepción que siente, sin drama, sin deseo de reconciliación. «Me has hecho daño. El dolor me hace sufrir y eres tú quien lo ha provocado. No te quiero cerca.» Ese fue el mensaje que recibí el día que se negó a comer de mi mano y el que siguió dándome a partir de entonces.

Al principio, cuando me acercaba a ella por la mañana con su desayuno, la escena era siempre la misma: le dejaba las cajas con la comida en su rincón y ella se acercaba despacio. Cuando llegaba donde yo estaba, se paraba, paseaba la trompa por encima de las cajas, cogía una lechuga o una buena ración de heno fresco y cuando yo creía que por fin iba a empezar a comer, ella giraba la cabeza y depositaba la comida a mis pies. Luego daba media vuelta, se alejaba hasta la otra punta del recinto y se quedaba allí, de espaldas. Al poco, ni siquiera se acercaba. Me miraba, eso sí. Me miraba cuando me despistaba. Y me vigilaba. Los primeros días, cuando yo notaba su mirada, dejaba lo que estuviera haciendo y me acercaba a ella para hablarle. La de veces que me habré sentado a su lado para pedirle perdón por no haber estado allí el fin de semana en que aparecieron las chicas de prensa y también Damián con su mala compañía. Se lo dije en todos los tonos posibles, intenté ganármela hablándole del santuario al que iban a trasladarla, inventé para ella un futuro a corto plazo en el que al final había más fantasía que información real. Hice lo imposible para que entendiera que yo no sabía, que no me habían dejado tiempo para decírselo. Que no hubo traición.

Pero Susi estaba cansada de perdonar. Demasiados años de mala vida en un circo ambulante, seguidos de una estancia aún menos benigna en un pequeño zoo privado que al poco cerró por mala gestión para terminar en un bioparque junto a otras tres elefantas que nunca llegaron a aceptarla como parte del grupo. Esa era su lista de agravios. Cualquiera habría estado cansado de una vida así, cansado de esperar algo mejor, de confiar, de lo humano. Durante aquellas semanas eso era lo que le decía cuando me acercaba a hablar con ella: que, aunque no me perdonara y aunque, como decía Suzume, tuviera pena, por fin le esperaba algo que hasta ahora no había tenido. Su suerte había cambiado, eso era lo que intentaba hacerle entender. Lo humano le había encontrado un lugar para que viviera libre y pudiera empezar de cero, sin depender de un falso cordón umbilical que la atara a nada.

Poco después de que dejara de comer de mi mano, empecé a sentarme junto a Susi cuando hacía un alto para desayunar. Ella fingía no darse cuenta de mi compañía y yo me conformaba con hablarle a su espalda. Poco a poco, día a día, fui relatándole la vida imaginada en libertad que le esperaba en su santuario: nuevas rutinas, cuidados de verdad, fuera barrotes, jaulas, hormigón... y a medida que construía en voz alta lo que estaba por llegar, empecé también a hablarle de mí, de mi propio futuro fuera del zoo. Le hablé de Edith, de cómo habíamos coincidido en la aldea y de la amistad que nos unía. Le conté también que si todo terminaba de cuadrar, empezaríamos juntos una aventura en nuestro propio santuario, y compartí con ella mis dudas, lo rápido que había ocurrido todo desde que Damián me había llamado a su despacho para comunicarme que habían decidido despedirme. Hasta le conté lo del abuelo Ismael y su mal augurio sobre el destino de los hombres de la familia, que conmigo ha terminado cumpliéndose. Durante este último tiempo juntos, Susi se ha convertido en una pared de piel gruesa y arrugada con la que he compartido cosas que ni siquiera imaginaba que quisiera compartir: le he contado que mi madre ha vivido durante años mirando al techo de su habitación, como Freddy, el rinoceronte blanco que malvive a escasos cien metros del recinto de Susi y al que ella no conoce ni ha visto porque las vallas la ciegan; del día que murió papá y de cómo a Mer se le ocurrió curarme la tartamudez encima de una bici, aunque a veces todavía me dé y yo mismo me la cure saliendo a rodar en moto; le he contado de Amelia y de la clínica, y que me hice veterinario porque, aunque Mer insistió en que estudiara biología como ella, yo no quería investigar con animales, no quería lo abstracto, sino curar lo concreto, dar más vida cuando el enfermo no tiene una voz para contar lo que duele; de la aldea y del primer gorrión, que siempre anuncia algo que cambia un algo mayor; y de Edith, claro. Es como si de repente hubiera llegado a casa una noche y me hubiera dado por pintar de negro la pared de la cocina, convirtiéndola en una de esas pizarras donde hay quien apunta las cosas de diario, y que tú terminas llenando con los titulares de lo que eres, de tu retrato escrito. Con su silencio y su espalda, Susi parecía haberme ofrecido esa pizarra vacía en la que me invitaba a compartir con ella muchas de las cosas que hasta entonces, más allá de Mer, yo no había compartido con nadie y, curiosamente, sentí que contar me hacía bien, que de alguna manera me oía hablar y releía cosas de mí que no sabía que estaban ahí. Durante esos ratos sentado junto a la espalda de Susi, me sentí como si nunca me hubieran escuchado así, sin meterme prisa, sin tener que acertar a la primera. A veces, ella me miraba de reojo, al principio muy de vez en cuando, pero a medida que pasaban los días las miradas eran más frecuentes y prolongadas. Susi creía que yo no la veía, y me di cuenta de que yo lo prefería así, me relajaba esa forma de estar pendiente de mí aunque siguiera dándome la espalda. Poco a poco, en nuestras conversaciones monologadas del desayuno le hablé también de Mer, no tanto de ella sino de su ausencia, de su gran viaje y de mi vida en esta orilla. Costó, costó al principio,

porque desde que Mer se marchó nunca había compartido el vacío que ha dejado aquí cuando decidió irse. Cuesta oírte decir según qué cosas, porque la voz les da una dimensión que pensadas no tienen, y una vez dichas ya son, tienen cuerpo y no se van. Una vez escritas en tu pizarra, se borran mal. Desde que Mer decidió no volver, prácticamente no había hablado de ella con nadie, salvo con Edith, claro, aunque con ella apenas lo justo. Enseguida se dio cuenta de que la ausencia de Mer era un capítulo aparte que yo prefería vivir a mi manera y rápidamente dejó de insistir. Después de todo, Mer y ella no habían sido nunca amigas y eso también facilitaba las cosas. De vez en cuando preguntaba algo —si le iban bien las cosas, si tenía novedades o si estaba contenta— y me pedía que le mandara besos de su parte, poco más. Sabía estar sin estar nunca de más, como si me hubiera pillado la medida exacta. En eso es un poco como Mer, pero sin esa vena tan dura, tan... Mer. Con Edith no hay que competir, no tengo que estar haciendo siempre algo, produciendo algo. Mer, en cambio, exprime el tiempo y a ti con él. Hay que hacer, moverse, conseguir, descubrir, saber. Y no se cansa, nunca. Buena gente, Edith es buena porque es así, no porque quiera serlo conmigo ni porque lo necesite. Me vigila de reojo como Susi, y yo lo sé y creo que ella sabe que yo sé, y es precisamente esa vigilia una de las cosas que más me acercan a ella, por no hablar de esos estallidos de energía casi infantil que no siempre llegan en el mejor momento, pero que a mí me dan más vida, como cuando hace un par de semanas, al volver a casa por el camino del lago, la vi salir gritando por la puerta de la cocina y abalanzarse sobre la moto como si huyera de un incendio. Casi no me dio tiempo de frenar y a punto estuve de llevármela por delante. Pareció darle igual. Me estrechó con fuerza contra ella, sin dejar de gritar algo que yo no entendí. Cuando por fin me soltó y se separó un poco de la moto, apagué el motor y la miré. Edith llevaba su albornoz amarillo de felpa con el estampado de gatos y las zapatillas de diario, unas pantuflas que imitan unas garras enormes que de noche se convierten en las camas de Herodes y de Elga. Y el móvil, tenía el móvil en la mano y lo agitaba en el aire, sin dejar de gritar algo que no pude oír hasta que no me quité el casco.

—¡Es que tú no sabes! —gritó—. ¡No sabes! —repitió enseguida, sacudiendo el teléfono en el aire como una maraca.

Ni siquiera me dio tiempo de bajar de la moto. La vi tan alterada que por un momento temí de nuevo que hubiera ocurrido algo grave, pero el momento no duró. Se acercó el móvil a los ojos, pulsó la pantalla un par de veces y me pegó el teléfono a la oreja.

—Es de Fernando —jadeó—, mi dentista. Escucha.

El mensaje decía más o menos esto:

«Desde luego, eres una mujer con suerte, Edith —empezaba la voz de Fernando. Siguió una especie de tos ronca y después—: Acabo de hablar con mis hijos y están encantados con lo del santuario. Es más, diría que hoy te ha tocado la lotería, porque para que estas dos fieras mías se pongan de acuerdo en algo, ni te cuento —añadió con una risilla de padre satisfecho—. En cuanto se lo he comentado, Nacho se ha puesto a maquinar y me ha dicho que quiere aprovechar para darle una vuelta a las cabañas y renovarlas con no sé qué sistema de recogida de aguas que usan allí, en Nueva Zelanda, y un montón de cosas más que tampoco te voy a repetir porque, la verdad, no me he enterado demasiado. Así que sí, Edith, puedes contar con la finca y con los bosques. Bueno, con todos menos uno, porque Sara me ha dado una idea, aunque eso ya lo comentaremos. Dice que la tiene que madurar. “Lo tengo que madurar”, así habla mi hija, qué te parece. En fin, que si te apetece, el fin de semana que viene podríamos quedar para ir a verla y hablar de todo. Quién sabe, igual llegas allí y se te pasa la locura. Ya te he dicho que aquello está muy aislado. No sé yo si es un sitio para una mujer como tú, pero en fin...».

Tuve que dejar la moto allí, junto a la puerta del jardín, y acompañar a Edith a la cocina, donde nos esperaban una bandeja de canelones de espinacas, una jarra de zumo de manzana y una libreta nueva tamaño folio que Edith había colocado abierta encima de mi servilleta, junto al plato.

Después de arrastrarme literalmente hasta la mesa y de servir los canelones sin dejar de parlotear y de reírse como una niña nerviosa, me dio un bolígrafo y dijo:

—Mientras comemos, aprovecharemos para hacer una lista. —Al ver mi cara de confusión, volvió la risa nerviosa—. Ya sabes: las dudas, las preguntas, los gastos, los permisos..., todo eso. —Dejó suspendida la espátula en el aire y se llevó la mano a la frente—. ¡Ay, Dios! ¡Si ni siquiera he comentado con Fernando lo del alquiler! Es que estas cosas se me dan fatal. O sea, a mí dame una idea y yo se la vendo a quien haga falta, pero más allá de eso, lo que viene después... ahí ya me pierdo. —Siguió sirviéndome los canelones, totalmente desconcentrada, hasta que volvieron las preguntas—: ¿Y tienes idea de si tendremos que darnos de alta como empresa? ¿O un santuario es una ONG? A lo mejor Violeta nos puede ayudar con esas cosas, como ella trabaja con animales... —Enseguida torció la boca y negó con la cabeza—. Bueno, igual no. Ahora que lo pienso, lo de ella es justo lo contrario, con esos pobres salmones encerrados en esas jaulas comiendo veneno...

Preguntas. Urgencia. Esa fue la primera vez que realmente entendí lo importante que era aquello para Edith. Era su sueño, pero su sueño de verdad. Y fue entonces, en su cocina, con el tenedor en la mano y la libreta abierta a un lado, cuando la vi a través de él. Fue como si la Edith que yo había conocido hasta esa tarde hubiera desaparecido, dejando al retirarse solo su esencia. No había edad, no había aldea, no había voz. Ni siquiera escuchaba lo que me decía. La veía hablar delante de mí en la cocina, preguntar, pensar en voz alta, reírse y moverse de un lado a otro como si nos hubiéramos quedado a oscuras y la estuviera grabando con una cámara de infrarrojos, convertida de pronto en una masa de amarillos, naranjas, violetas y lilas, energía pura, acumulada, toda emoción. Eso era un sueño, esas ganas de que todo fuera ya, de estar dentro, de no poder esperar ni un segundo. Edith estaba cerca, lo tocaba. A sus setenta y seis años proyectaba hacia delante todo lo que era como si le esperaran otros tantos para poder vivir lo que no había sabido permitirse hasta entonces, porque se había dejado a sí misma para el final, creyendo que no, que para qué, que qué tonterías de niña.

Tonterías de niña.

Mientras Edith anotaba cosas en su libreta y llenaba la cocina de ruido, yo la observaba como si no estuviera allí con ella: tan ansiosa, tan feliz en lo que anticipaba que de pronto entendí que su bosque era en realidad el lugar que había elegido para terminar de vivir. Conociéndola, comprendí que, a pesar del ruido y de esa aparente torpeza de niña envalentonada, Edith sabía que el santuario no podía nacer así, de la noche a la mañana, y que el proceso sería largo, quizá tanto como para que ella ni siquiera llegara a verlo en marcha. «Un bosque», había dicho la primera vez que habíamos hablado de nuestros sueños. Un bosque, no un santuario. El santuario era el además, era parte de un plan que yo desconocía, pero en el que ella había decidido incluirme.

«El santuario no es para ella», me oí pensar de pronto. No sé por qué, pero lo vi. Fue como si un fogonazo de lucidez hubiera abierto delante de mí una pequeña grieta de verdad por la que se coló una imagen cuyo pie de foto decía eso: «El plan es otro. Es más».

Miré a Edith. Ella levantó los ojos de su libreta y sonrió. Estaba feliz.

—¿Te imaginas que lo conseguimos? —dijo, sin perder la sonrisa.

La luz del mediodía tardío se colaba por el ventanal, cayendo sobre su parte de la mesa y envolviendo su pelo gris en una maraña de polvo en suspensión. En la silla que estaba a su lado, dos gatos dormían enroscados sobre sí mismos y una mosca zumbaba contra el cristal. Pensé en Susi y también en Mer, y en los afectos que me quedaban y que me acompañaban en lo que era mío, y pensé también que todas ellas, Edith incluida, tenían un destino propio, y que mal o bien habían encauzado su propia suerte siendo yo parte de su historia. Yo había estado allí, un poco testigo y un poco motor, y al pensarlo sentí un pellizco de orgullo que también fue nostalgia, o tristeza, o un frágil puente de aire entre las dos.

«Edith solo quiere el bosque.»

Recuerdo que eso, esas cinco palabras, fue lo único que anoté esa tarde en la libreta que me regaló Edith. En realidad, ni siquiera las escribí. Mer diría que las «garabateé», sin saber muy bien por qué. Es algo que hago a veces: garabateo cosas que pienso sin darme cuenta del todo, como cuando tartamudeo. Sale así, mi línea de pensamiento de repente se entrecorta y la mano escribe si hay un boli cerca, como una descarga de aire llevada al papel. Luego solo tengo conciencia de haberlo pensado, no de haberlo escrito.

No imaginaba en ese momento hasta qué punto acababa de escribir una verdad que era oro. Poco podía sospechar que Edith jugaba ya al futuro, al de los dos, con las cartas marcadas y que faltaba muy poco para que el mapa de secretos y de planes que ella barajaba en silencio quedara a la vista de quienes sin saberlo completábamos la partida.

A partir de esa tarde, las cosas cambiaron. O quizá no fueron las cosas. Quizá lo que cambió fue la velocidad, el ritmo y la música de las cosas. La llamada de Fernando pareció abrir una compuerta que dio fluidez a los hechos, a lo más real, y todo empezó a concatenarse de forma natural, como si por fin, después de días buscando entre los cientos de llaves amontonadas en un cofre viejo hubiera aparecido la correcta y al abrirse la puerta hubiera dejado entrar una luz nueva, luz de tarde, benévola y clara. Las semanas que siguieron a esa tarde abrieron un paréntesis de acción y de concreción que Edith y yo compartimos bien. Descubrimos, no sin demasiada sorpresa, que en lo real funcionábamos cómodamente. Muy pronto tocó visitar la finca, primero con Fernando y después con el cuidador, un hombre ya mayor llamado Elías, que al principio, desconfiado y torcido, no quiso soltar prenda, pero al que Edith enamoró a base de agotarlo a preguntas sobre los misterios del terreno: los tipos de árboles, las peculiaridades del clima, la historia del lugar, la flora, la fauna, quién era quién en el pueblo más cercano... datos, datos y más datos que aquel hombre iba compartiendo con ella cada vez más entregado, encantado con un protagonismo que Edith supo darle desde el minuto uno y que él, poco acostumbrado a ser el centro de ningún foco de interés, recibió con un creciente agradecimiento que a día de hoy, tan poco tiempo después, se ha convertido en una fidelidad que va más allá de lo explicable.

La finca era inmensa: unos pastos enormes, dos pequeños ríos de agua helada que la cruzaban de norte a este por ambos extremos, uno de ellos trazando una doble u entre las cabañas de madera y un pequeño molino en desuso a medio restaurar del que no habíamos tenido noticia antes. Los bosques, cinco, se repartían por el terreno como grandes manchas de árboles centenarios: fresnos, robles, pino negro, cerezos salvajes, encinas... El mes de mayo en aquel lugar se abría a un conglomerado de verdes nuevos y ancianos, un espeso sotobosque de flores blancas, amarillas y azules, mezclando retama, romero, tomillo y los troncos de los madroños cubiertos de líquenes. Edith lo miraba todo en silencio. Elías nos había dado unas cuantas indicaciones para recorrer mejor la finca y, ganada ya su confianza, nos había dejado a nuestro

aire. Nos adentramos en uno de los bosques, el más cercano a las cabañas, y al poco llegó el susurro de los animales que lo habitaban. Elías ya nos había avanzado que los corzos, los jabalíes y los zorros eran los dueños de las zonas boscosas. «No suelen huir —nos avisó—. Aquí nunca los ataca nadie. Esto es más suyo que nuestro.» Enseguida pudimos corroborarlo. En un pequeño claro, a pocos metros de la entrada del bosque, dos corzos jóvenes pastaban distraídamente. No se inmutaron cuando nos vieron llegar. Siguieron a lo suyo, apenas levantando la cabeza cuando algún sonido que nosotros no percibíamos interrumpía el coro de los ecos habituales del bosque. Después de pasar un rato observándolos, los dejamos atrás y, a medida que fuimos avanzando en la espesura, a un lado y a otro del sendero empezamos a tomar conciencia de la actividad animal que nos rodeaba: roces, gruñidos, susurros... algunos huyendo, otros moviéndose sin prisa entre la espesa capa de sotobosque. Delante de mí, Edith inspiraba hondo cada poco, disfrutando a todo pulmón de esa mezcla de aromas en la que convivían el romero, la tierra húmeda, la madera en descomposición, los excrementos recientes... Al poco de haber salido a un nuevo claro circundado por una pequeña colonia de robles, encinas y pinos enormes, se detuvo y se volvió a mirarme.

—¿Te imaginas una casita aquí?

Me hizo gracia la imagen: Edith y su cabaña en mitad del bosque, como en el cuento en que los dos niños se pierden cuando salen a recoger moras y se topan, ya desesperados y al anochecer, con la casa de caramelo de la bruja. Sonreí.

—La gran bruja del bosque —dije.

Edith se rio y asintió.

—Eso mismo diría Violeta.

No añadí nada. El tema Violeta no es un marco abierto en el que Edith se maneje bien. Es así desde que la conozco y, como todo, tiene una larga historia detrás que cuesta contar. A veces, en alguna ocasión puntual en que Violeta y ella han tenido alguna bronca, Edith se ha desahogado conmigo y algo ha compartido, pero no suele ocurrir y yo tampoco insisto demasiado. La relación no es buena, eso sí lo sé, pero no sabría decir hasta qué punto ni por qué.

—¿Sabes lo que me gustaría? —preguntó, sentándose en una piedra enorme cubierta de musgo que coronaba una pequeña elevación del terreno—. Daría lo que fuera por tener aquí a mi padre. —Acarició el musgo de la piedra con toda la palma de la mano, casi sin tocarlo—. Me encantaría que estuviera ahí, donde estás tú, poder enseñarle esto y decirle que lo conseguí, que al final, muy al final, me atreví a desobedecer y seguí sola más allá del parque, que crucé la avenida y que el bosque no estaba lejos. —Alzó la vista hacia la copa de uno de los pinos más altos e hizo una mueca que desde donde yo estaba no pude leer—. Me gustaría decirle que podríamos haber llegado y que no nos habría pasado nada.

No hablé. Le brillaban los ojos y la luz que se filtraba entre los árboles le daba un aspecto extraño, como si de repente no tuviera edad, o como si hubiera estado allí desde siempre. Al oírla me acordé también yo de mi padre, y se me ocurrió que no sabía si le gustaban los bosques porque no había tenido tiempo de preguntárselo. No había tenido tiempo de tener un padre, esa era la verdad, y en aquel momento, viendo a Edith vibrando de esa manera, sentí esa orfandad renovada, me sentí sin, como si me faltara una parte de lo que yo tendría que haber sido, y sentí también que todavía había momentos en que descubría huecos de mi historia más íntima que seguirían así para los restos, porque quien faltaba en esos vacíos era él, eran años juntos, la añoranza de un vínculo de vida que ni siquiera había sido. Y enseguida pensé en Mer. Me acordé del último año que habíamos estado de vacaciones en el sur de Chile y habíamos pasado un día

en un parque natural que está a las afueras de Punta Arenas. Después de comer, habíamos recorrido el bosque primigenio del parque, uno de los pocos bosques que quedan en el mundo que todavía se conservan intactos desde sus orígenes. Cuando llevábamos un buen rato caminando, Mer se detuvo y se volvió a mirarme.

—Este sitio es un milagro —dijo—. O sea, si existieran los milagros, seguramente este bosque sería uno —se corrigió. Luego recorrió con la vista el enjambre de troncos y ramas barbudas que emergían a nuestro alrededor desde un suelo cubierto por una maraña de árboles en descomposición y cerró los ojos—. Cuando muera, creo que me gustaría que esparcieran mis cenizas aquí —volvió a hablar—. Qué mejor sitio para sentir que vuelves a lo que fuiste, que te fundes con lo que empezó a ser tú. Esto sí es volver.

Media hora más tarde, Edith y yo emergimos del bosque y Elías, que nos esperaba con su *jeep* junto a las cabañas, nos enseñó la casa grande. Aunque le dijimos que ya la habíamos visto durante nuestra primera visita con Fernando, él, encandilado como estaba con la curiosidad infinita de Edith, insistió, de modo que volvimos a recorrer de su mano aquella inabarcable mansión de piedra, con sus salones, sus habitaciones, el claustro interior y el laberinto de pasillos y habitaciones que con la primera luz de la tarde despedían sobre nuestras voces un silencio casi sólido. «La Casa», como Fernando y él la llamaban, seguiría siendo de uso privativo para la familia, aunque —y esa había sido la sorpresa con la que nos habíamos despertado esa mañana —, también ahí se anunciaban cambios.

—Sara me llamó anoche —había anunciado Fernando mientras íbamos en coche a la finca—. Desde luego, Edith, tienes a mis hijos revolucionados. Lo que no he conseguido yo en todos estos años, lo has logrado tú en un par de semanas.

Resultó que el novio de Sara era biólogo y estaba vinculado a un proyecto de investigación de posgrado en su universidad de Boston, que a su vez mantenía un vínculo estrecho con otras tres universidades de Europa, Japón y Nueva Zelanda. Pues bien, uno de los estudios conjuntos que tenían entre manos estaba centrado en los cerdos.

—Ah, los cerdos, esos grandes desconocidos —dijo Fernando, parodiando un interés que obviamente no sentía. Edith y yo nos miramos, todavía incapaces de reaccionar. Fernando pareció percatarse de nuestra extrañeza—. Según me ha contado Sara, resulta que llevamos tantos años comiéndonos a los cerdos y matándolos cuando son todavía jóvenes que nadie sabe qué ocurre con ellos en la edad adulta, y mucho menos en la vejez. —Una especie de risa-bufido que murió pronto—. ¿A que parece una broma? Pues no lo es. Y por lo que me ha dicho, no pasa solo con los cerdos. Con otros animales de granja, más de lo mismo.

Se hizo un silencio incómodo en el coche. Fernando esperaba un comentario, algo. Fue Edith la que habló.

—Eso es horrible, Fernando —casi gritó—. No saben cómo envejecen porque hasta ahora ni siquiera los hemos visto como animales, solo como parte de nuestro menú. —Y enseguida, antes de que Fernando pudiera responder, añadió—: Y no los llares así, haz el favor. No son «animales de granja». Son animales a los que criamos en esos sitios horribles para comérmolos.

Fernando soltó una especie de tos y retomó el hilo de lo que quería anunciar.

—Bueno, eso mismo —dijo—. Pero a lo que iba. Resulta que Sara le contó a Scott lo del santuario y Scott se lo comentó a su director de programa. Total, que ahora Scott y su equipo proponen utilizar el santuario, siempre que a vosotros os parezca bien, para estudiar algunas especies de animales de... de esos animales, y conocer su desarrollo natural en libertad. Por supuesto, trabajarían contigo, Jon, y abrirían una pequeña sede estable en la zona baja de la casa.

Edith y yo volvimos a mirarnos, sin saber qué decir. Fernando pareció adivinarnos.

—No os preocupéis —dijo—. No intervendrán en la vida del santuario. Solo quieren investigar. —Y enseguida, para terminar de convencernos, añadió—: Y, claro, aportando un buen pellizco anual a vuestro presupuesto. A fin de cuentas, son americanos, y eso ellos lo entienden muy bien.

La conversación había tenido lugar durante el trayecto desde la aldea hasta la finca. Horas más tarde, prácticamente terminada nuestra segunda visita a la casa, Elías nos acompañó a un mirador situado en una especie de torreta de piedra que coronaba el tejado y abrió los postigos. A nuestros pies apareció de pronto el paisaje entero de la finca, un dibujo perfecto de verdes y azules en el que no aparecían las cabañas ni el molino, enclavados en el extremo más remoto de la propiedad. El sol se ponía sobre los campos y los azules se teñían de naranja y violeta, marcando un horizonte móvil y vivo. Edith me cogió del brazo.

—Cuatro siglos de historia —concluyó Elías a nuestra espalda con esa voz de hombre orgulloso que se sabe parte de algo que importa—. Se dice pronto.

Pronto, esa es la palabra que mejor define lo que ha ocurrido desde entonces con la finca. Y *fácil*. También. A partir de nuestra primera visita a la propiedad, todo ha ido cuesta abajo. Fernando no solo aceptó un alquiler ridículo por las cabañas y por dejarnos ocupar toda la extensión de finca que necesitáramos, sino que Nacho, su hijo, mandó a un amigo arquitecto para que terminara de acondicionar las cabañas y el pequeño molino a coste cero. «Dejadle a su aire —nos aconsejó cuando hablamos con él en una videoconferencia a tres—. Busca un premio y ahora lo rural da puntos. Y lo mejor es que tiene prisa. Eso en un arquitecto es casi un milagro, así que... que os mime.» Había además dos graneros enormes que propusimos usar como recintos cubiertos para los animales y donde decidí montar la clínica. «Haced lo que queráis con ellos —fue la respuesta de Fernando—. Son vuestros.»

Todo de cara, todo el rato. Edith se multiplicó por tres y durante todo este tiempo ha estado supervisando con el arquitecto las obras de mejora de las cabañas y haciendo visitas a los distintos santuarios de la provincia, desde los pequeños refugios de animales domésticos hasta una reserva de animales salvajes situada a media hora de la aldea que lleva un matrimonio joven con el que ha hecho muy buenas migas. Entusiasmada es poco. Hace, decide, llama, protesta, se enfada..., apenas para en casa, decidida como está a que el día 1 de julio estemos ya instalados.

—Con que hayamos hecho la mudanza y podamos empezar a vivir allí me conformo. Lo demás, al tiempo —la he oído repetir hasta la saciedad durante estas semanas.

Sin embargo, no todo han sido buenas noticias. A medida que las novedades relacionadas con el santuario iban ganando cuerpo y la despedida de la aldea dejaba de ser una posibilidad remota para convertirse en realidad, empecé a notar un cambio de actitud de Edith hacia mí al que en un principio no di importancia. No era nada tangible, nada demostrable. Ella seguía igual de cariñosa que siempre, doblemente reactivada con todo el trabajo y la previa del cambio que se avecinaba. Pasábamos más horas juntos que nunca, hacíamos, rehacíamos, proyectábamos, visitábamos santuarios..., nos habíamos convertido en un equipo, en un buen equipo. Y, sin embargo, al poco de empezar a convivir de forma más estrecha y de compartir a partes iguales nuestra implicación en lo que estaba por llegar, noté que una especie de niebla fina iba impregnando algunas de sus reacciones conmigo.

Ni siquiera ahora, que sé que no eran invenciones mías, podría dar un ejemplo concreto, porque dudo que lo hubiera. Era una vibración, un centímetro de distancia que aparecía de pronto en su mirada y que a veces se expresaba también en un gesto o un comentario. «Soy yo», fue lo

primero que pensé cuando sentí que definitivamente algo había. Enseguida quise ser yo y que la respuesta fuera más fácil. Puntos tenía unos cuantos: Susi seguía igual de ausente, haciéndome un vacío que cada vez dolía más porque la fecha de su traslado estaba más cerca y su pena se había convertido en mi angustia. No quería despedirme de ella así, no podía ser que se fuera sin entender ni perdonar. A medida que pasaban los días, yo vivía peor su silencio, unas veces enfadado con ella y otras conmigo, culpándome por haber cambiado de opinión en su día y haberme quedado en el zoo en vez de haberme mantenido firme y haber vuelto a la clínica y a la vida que no tendría que haber dejado. Susi era una deuda que yo no sabía pagar porque no era capaz de dar con la clave que me daría acceso a su laberinto. Había cambiado la contraseña y no había tiempo suficiente para probar todas las combinaciones posibles.

Las mañanas en el zoo pesaban cada día más. La rutina era solo eso, rutina conocida, trabajo, con el agravante de que el motivo principal de mi presencia allí ya no estaba. A veces, en muy raras ocasiones, cruzábamos una mirada. Entonces llegaba lo peor. Pena, era pena, Suzume tenía razón. El ojo de Susi brillaba en la distancia, su mirada cada vez más parecida a la de Freddy, fija en mí pero muda. Susi se iba y la mirada se iba con ella. Suzume seguía apareciendo a menudo a su hora, acompañándome en la preocupación como un reloj clavado en una única hora desde una única manecilla.

—¿Hoy mejor? —preguntaba en cuanto me reunía con ella en la grada—. ¿Ha comido? ¿Tiene menos pena? ¿No está más delgada?

Preguntas, siempre las mismas y siempre desde las mismas coordenadas: hambre, pena, «¿Podré darle manzanas algún día? ¿Mañana?», todo ello salpicado con pequeñas pinceladas sobre su hermana Yuki —«A Yuki lo que más le gusta es el chocolate, pero no puede comer porque ya no», «Una vez fuimos a ver a Yuki a la casa grande con las otras chicas y me dijo que se le había puesto toda la pena aquí, en la tripa, y que por eso le daban la comida que se bebe» o «Antes de que pasara lo de Yuki, a veces mi padre se enfadaba mucho y le decía que tenía las piernas como las patas de los flamencos y una vez se pelearon y luego, cuando subí a su cuarto, ella me dijo que ya solo le faltaban las alas, que cuando le salieran todo se arreglaría»—, pinceladas que yo encajaba mal, porque cuando intentaba saber más y preguntaba, ella volvía rápidamente a Susi, a Susi y a los flamencos, que todos los días eran treinta y nueve.

—Ayer los conté y estaban todos —decía, aliviada.

Suzume y sus treinta y nueve flamencos.

Y esa niebla que se había dibujado entre Edith y yo y que, con el paso de los días, iba espesándose de a poco, como una segunda mirada que aparecía de pronto sobre mí como el eco de las de Susi.

Visto desde ahora, no me cuesta leer la radiografía de lo que se estaba fraguando, pero ahora no es entonces y en aquel momento yo era incapaz de imaginar que todos esos frentes tenían un denominador común, una fuente compartida que vivía conmigo y que yo no sabía ver. La tormenta había empezado a gestarse sobre mi cabeza, pero yo vivía con la mirada en el suelo, intentando encontrar en tierra alguna pista que me indicara el camino hacia la salida de esa capa de niebla cada vez más espesa y húmeda que me cubría ya los pies.

Debería haber recordado las palabras del abuelo Ismael, habérmelas tatuado en la frente para no olvidarlas tan rápido. Tendría que haber estado preparado y me despisté. Luego, cuando quise reaccionar, la tormenta había estallado y todo ocurrió a la vez.

Todo.

Suzume, Edith y también Susi.

Edith

Fue Violeta la que llamó, aunque si se lo preguntáramos a ella, seguramente lo negaría, y supongo que con razón. Ella no sabe que una madre sabe, que sabe siempre, aunque no sepa que sabe. A las madres no nos hace falta saber que sabemos. Esa conciencia se activa en el parto, en el momento en que sentimos la primera despedida y el plexo se rebela contra el mundo y se nos vuelve del revés, transformado de golpe en un pequeño radar que ya nunca dejará de serlo. Violeta cree todavía que la maternidad, cuando llega, es un además, parte de un apéndice temporal que se nos añade a la vida como se añade a la piel un tatuaje.

Violeta llamó, pero tardó en hacerlo varias semanas tras nuestra última conversación, después de haberme colgado el teléfono. Durante los primeros días que siguieron a esa conversación hubo silencio, un silencio denso que, a pesar de mi desazón, yo respeté, en parte porque creí que nos haría bien un poco de distancia y de descanso, y en parte porque la conozco bien y sé que sus procesos son distintos a los míos. Como decía Andrea, Violeta es «un motor diésel», o lo que es lo mismo, necesita procesar despacio porque en lo que importa siempre parte de la desconfianza, parte restando y eso exige siempre un tiempo adicional.

Primero llegaron algunos wasaps, breves, casi a contrapelo. Violeta tanteaba el terreno: «¿Todo bien, mamá?», «Salgo de viaje unos días. Entiendo que si no hay novedades es que son buenas noticias», «Hola, un beso desde Lima. Esta humedad es terrible. ¿Hace sol allí?»... Pequeñas bengalas que mandaban el mismo mensaje encriptado: «Estoy aquí, mamá. No te llamo, pero ya no estoy tan enfadada. Ahora solo pienso y duele». Esa es Violeta, o la primera fase de Violeta siempre que se topa con una verdad difícil y, pasado el rechazo inicial, decide que sí, que quizá toca afrontarla.

Estoy aquí. Estoy pensando. Cuando aparece esa versión primera de Violeta, siempre llega una segunda. En eso es como Andrea. Cuando decide que va, va hasta el final, con todo. Esos mensajes eran los primeros cabos que lanzaba desde su balsa hacia mí. Los lanzaba a oscuras y a tientas, aunque sabía y sabe que todos sus cabos llegan siempre a mi cubierta porque son como pequeños imanes que siempre me encuentran. Entendí entonces que faltaba poco para que diera un paso más. Decidí esperar.

Mientras tanto, el proyecto del santuario había tomado forma y las cosas avanzaban muy deprisa. La aldea se había transformado en un presente que ya moría y no solo había miles de cosas que hacer si queríamos estar instalados en la nueva finca antes de la llegada de los primeros obreros a la casona del lago, sino que había además otro tanto por deshacer. Hoy, cuando quedan menos de veinticuatro horas para cerrar esta casa y dejarla definitivamente, agradezco que la despedida se anunciara así de repentina y que los paréntesis para pensar escasearan desde el minuto uno. Han sido demasiados años aquí, casi la mitad de mi vida en esta aldea, respirando este aire, viendo cambiar esta luz... Dejo aquí lo vivido y lo que no pudimos vivir con Andrea, nuestras voces y todos sus ecos, los pasos dados, las estaciones cada vez

menos cambiantes... Andrea se sorprendió cuando comprendió que ella no solo había venido aquí a vivir, sino también a morir. «Nunca imaginé que el viaje terminaría aquí, que sería tan corto», me dijo una vez. Faltaban un par de semanas para que muriera y ya empezaba a no terminar las frases. Demasiado cansada para hablar, se había vuelto mucho más física: siempre buscaba mi mano, cada vez que yo entraba en su cuarto ella abría los brazos y sonreía como una niña, hinchada por la cortisona, poco pelo ya. Quedaba poco de Andrea y sin embargo la esencia estaba entera, se moría entera. Fue entonces, en esas semanas finales, cuando entendí que ver morir a quien quieres es también morir un poco. En ese acompañamiento que dura hasta la última puerta hay algo de ti que se va también, una capa de vida propia que se gasta para que la de quien se marcha llegue entera a su partida. Así fue con Andrea. Verla morir fue quererla hasta el final, hasta que dejó de apretarme la mano con los dedos y la piel se tiñó de oscuro, y acompañarla en ese viaje fue completar lo que habíamos sido juntas: dejé de ser pareja y me convertí en enfermera, en cuidadora, dependiente ella y pendiente yo. Aprendí a limpiarla, a ducharla, llegaron los pañales, los empapadores, los protectores de colchón... La enfermedad nos resituó en el espacio y en lo que nos quedaba de tiempo, y aunque fue un viaje triste, nos completó en lo físico, nos humanizó. Descubrirme capaz de querer así, sin defenderme, dándome casi entera, fue un regalo envuelto en pena, pero regalo al fin. Los últimos días antes de sedarla ella apenas hablaba, parecía ahorrar esfuerzos durante horas para expresar lo que importaba. De repente, me apretaba la mano y en su cara hinchada por la cortisona asomaba un amago de algo que yo reconocía como una sonrisa. Eran pequeñas despedidas a plazos, los últimos robos al tiempo y a la conciencia.

Agotada de luchar, Andrea dormía muchas horas, de día y de noche. La última semana antes de sedarla, el sueño cayó sobre nosotras como anticipándose a lo que había de llegar. Esperábamos juntas. Esas noches, Andrea se despertaba siempre de madrugada, entre las cuatro y las cinco. Yo la limpiaba, la cambiaba, le daba las cremas y la perfumaba y después ponía música, la suya, su Debussy, su Norah Jones, su Antony and the Johnsons. Entonces ella se volvía de lado hacia mí y, antes de darme la mano y de volver al sueño, decía: «Qué bien nos sienta la hora trémula, ¿verdad?».

Qué bien nos sentaba la hora trémula, sí.

Desde que Andrea se fue, esa es la hora en la que ocurren aquí las cosas, ese espacio tranquilo donde llega lo que no puede llegar de día porque es material demasiado frágil, demasiado propio, no cabe. La herencia de Andrea es esa hora en que la casa se abre a lo de fuera y yo siento que volvemos a estar las dos, preparadas para todo. Por eso no me extrañó que el mensaje de Violeta llegara cuando llegó. No podía haber sido de otro modo.

En cuanto la pantalla del móvil iluminó la habitación desde la mesilla y vi la hora —las 04.11—, supe que era ella. Lo supo la madre, no Edith. El radar que llevo insertado en el pecho se activó a la vez que el móvil, palpitándome en el esternón, luz de alarma.

Violeta había pensado.

Su mensaje era también su voz.

Decía así:

«Hola, mamá. Ya sé que he tardado, pero es que he estado muy ocupada. Demasiado trabajo, para variar. (Silencio. Carraspera.) No es verdad. La verdad es que he tardado porque he estado ocupada pensando. Bueno, primero odiándote y después un poco peor, porque lo de odiarte se me da fatal y al final he terminado odiándome a mí misma por injusta y porque, como decía Andrea, soy de arranque lento y lo de darle vueltas a según qué cosas no es lo mío. (Silencio,

este más largo. La oí respirar por la boca un par de veces.) En fin... (Nuevo silencio.) Lo que quiero decirte es que después de pensarlo durante todo este tiempo creo que tienes y no tienes razón en lo que me dijiste. O sea, sí pero no. (Se rio. Fue más una sonrisa aspirada y tensa que otra cosa.) Tú dices que no estoy huérfana de ti, sino de mí, porque lo que me falta es un sueño. Eso dijiste y dolió, dolió mucho porque es una verdad a medias. (Nuevo silencio. Hubo un ruido que no logré identificar, como de tela contra el micrófono. Era el edredón. Violeta me hablaba desde la cama.) Es que nunca me lo has preguntado, mamá. Nunca me has preguntado cuál es mi sueño, y creo que eso justamente es lo que hace que me sienta huérfana de ti. La orfandad es que no se te haya ocurrido preguntar nunca, como si yo no fuera capaz o como si dieras por hecho que yo no, que Violeta para qué, que Violeta no sueña. (Sentí un pequeño escalofrío en la nuca. Era la voz, su voz. Temblaba un poco.) Mamá, tengo cuarenta y seis años y nadie me ha preguntado nunca eso. Es que nadie lo pregunta. Preguntamos muchas otras cosas. Queremos los datos, la edad, el pasado, padres, familia, trabajo, proyectos, cosas, ideales, principios... pero nunca preguntamos por el sueño del otro. Supongo que nos da miedo saberlo. Nos da miedo esa verdad, porque esa respuesta es el retrato, la prueba del algodón. (La oí respirar. La voz, más que temblar, vibraba.) Pero es que yo sí tengo un sueño, mamá. Lo que pasa es que es muy pequeño y a estas alturas me da vergüenza que mi sueño sea tan así... tan... no sé cómo definirlo. (Silencio. Pareció dudar.) Eso de que no estoy huérfana de ti es mitad cierto, mamá, porque mi sueño, el de verdad, lo que me gustaría vivir algún día, es sentir que soy parte del tuyo, aunque sea un rato, un pedazo. Me falta esa pieza, ese poquito para poder soñar de otra manera. Siempre me ha faltado. Me ha faltado tu pregunta y me he quedado aquí aparcada esperándola, confiando en que algún día llegaría, conformándome con eso y con la rabia por verme así: esperando que me mires, que me digas que en tu sueño quepo yo, que no sobro, al menos no siempre. (No pude tragar bien. Violeta hablaba como si pensara en voz alta, pero su voz sonaba cada vez más pequeña.) No es que me sienta huérfana de ti, mamá. Lo que pasa es que me da tanto miedo que te mueras y que ya no estés, que no lleguemos a tiempo de poder vivir eso, aunque sea pequeño, que no sé avanzar bien, no sé ser mayor, no entiendo cómo se hace... (Sentí la garganta cerrada. Violeta decía la verdad y mi radar la proyectaba en la oscuridad del cuarto como desde un faro inmenso. Tuve frío, ese frío de fiebre que no calman las mantas.) Claro que tengo un sueño, mamá, pero es que me da vergüenza ser tan frágil, y me da miedo que duela. (Más silencio. Desde el otro lado de la ventana de la cocina, un par de maullidos.) Lo que de verdad me gustaría, si ahora pudiera elegir, sería tener una casa, pero no lejos. Me gustaría poder sentirme familia, no hija sino familia, porque hasta ahora he vivido como si no pudiera sentirme parte de nada o como si nadie me hubiera reclamado nunca. (Silencio. Violeta jadeaba. Tenía la voz seca. Toda la humedad que le faltaba a ella había empezado a ocuparme a mí.) No sé, a lo mejor es que hay personas que en el único sitio donde han encajado de verdad ha sido en el vientre de su madre y después de eso todo ha sido siempre querer volver. Puede que yo sea una de ellas, no sé. El sueño es que aparezca un motivo que me haga volver, una llamada, un reclamo... pero eso no se invoca, eso pasa... y a mí nunca me pasa, mamá. Nunca me pasa contigo. (Silencio, largo, tan largo que creí que el mensaje había terminado.) Y bueno... a lo mejor ya es tarde... tarde para seguir esperando, digo. (La oscuridad de la habitación empezó a rendirse a los primeros claros del amanecer. La voz de Violeta sonaba cansada. Busqué un pañuelo de papel en la mesilla, pero no encontré ninguno y terminé sonándome con la sábana.) En fin, no te molesto más. Mañana por la noche salgo otra vez de viaje. Una semana. A la vuelta hablamos, ¿vale? Un beso».

Volví a escuchar el mensaje un par de veces antes de bajar a la cocina y prepararme un

chocolate caliente. Luego regresé a la cama. Durante el resto de la mañana seguí allí tumbada, con Herodes y Lila encima, viendo amanecer primero y avanzar la mañana al otro lado de las ventanas e intentando pensar. Desde el teléfono, la voz de Violeta decía lo que nunca había dicho y yo, desentrenada para ese reclamo de hija, me sentía torpe y también naufragada. Fallida, eso era. Una madre fallida que no había sabido preguntar. En algún momento me acordé de mi madre y de repente me vi en ella, en lo que nunca había sabido ver en mí y en cómo eso había modulado en mí una espera, un parón de tiempo y una pequeñez que Philippe había extorsionado hasta límites vergonzosos. Tan vulnerable en esa espera, tan necesitada... Y por primera vez entendí que la huérfana no era Violeta sino yo: huérfana de hija por no haber sabido leerla a tiempo, por no haberla visto esperando, reclamándome para ella, solo una porción de mí, mínima, decía, lo que sobre... su porción. Y entendí entonces sus cambios de humor, la rabia que vertía sobre mí y ese querer estar siempre lejos para que doliera menos no importarme. «Mira, mamá, vuelvo a cambiarme de casa, ¿me ayudas?» «Mira, vivo aquí porque si viviera allí, a tu lado, ni siquiera estarías pendiente de mí, no habría porción, no habría posibilidad de sueño.»

La angustia me mantuvo acostada hasta media tarde. Aunque no fue solo angustia. Había también una urgencia casi asfixiante por cambiar las cosas, por actuar, tirar de los cabos que Violeta acababa de lanzarme para evitar que se despegaran de mí. Miedo. Tuve miedo de que si eso ocurría, no habría más cabos. Temí que la confesión de Violeta hubiera sido un último intento y, aterrada, pensé durante horas, tumbada en la cama, mientras el sol se paseaba sobre la casa en su deriva hacia el oeste. Pensé hasta que a primera hora de la tarde oí pasar la moto de Jon por delante de casa y fue eso, ese ronquido sordo de la moto, lo que de pronto me conectó con algo que hasta entonces no había tenido voz.

Moto. Rugido. Jon. Santuario. Mudanza. Cabañas.

Cabañas. Dos.

Claro. Era eso.

Me levanté de golpe y, en pijama, bajé al leñero, seguida muy de cerca por dos de las hermanas L y José Luis, que maullaban a la vez, pidiendo que les abriera la puerta de la calle. No me costó encontrar lo que buscaba. Puse los dos leños sobre la mesa de la cocina, encontré en el taller de Andrea una lata de pintura roja y una pequeña brocha y escribí como pude los dos nombres en la cara lisa de los leños. No fue un buen trabajo, pero serviría. El corazón me latía tan deprisa que por un momento tuve que sentarme y esperar a tranquilizarme. ¿Cómo no lo había visto antes? Esa era la pregunta que no dejaba de parpadear una y otra vez en la pantalla interna de mi frente, llenando el silencio de la cocina. ¿Cómo había estado tan sorda?

Dudé. Cuando por fin logré calmarme, llegó la duda. Pensé que quizá lo mejor sería esperar al día siguiente. «Madúralo, Edith. Hay tiempo. Que no te pierda la prisa», oí colarse la voz de Andrea entre mis propios reproches. Lo pensé durante el tiempo que tardé en liarme un par de cigarrillos. En cuanto los dejé encima de la mesa y miré los dos leños, la duda desapareció.

Llamé.

Tardó en cogerlo. Por un momento pensé que quizá habría salido para el aeropuerto o que estaría viajando. Cuando ya iba a colgar, por fin apareció en la pantalla. Su expresión era no tanto de sorpresa, sino de extrañeza. Tenía el pelo mojado y llevaba un albornoz. No dijo nada, o puede que fuera yo quien no le di tiempo a hablar. Tenía tanta angustia acumulada que no supe callar.

—No me gusta que vivas allí —fue lo primero que dije. La extrañeza dejó paso al desconcierto—. No me gusta esa isla, hija. Ni esos vecinos con ojos de asesino, ni ese país. Ni

me gusta que destruyas las vidas a esos salmones en esas jaulas horribles. No me gusta que estés siempre lejos, ni que no podamos hablar sin mentirnos y menos aún que creas que no tengo espacio para ti, porque todo mi espacio es tuyo, siempre lo ha sido, y no sabes cuánto me duele que no lo hayas sentido así.

Se sentó despacio en la cama, pero no dijo nada.

—Tú quizá no, pero yo sí estoy huérfana de ti, hija, y no sé cómo pedirte perdón por no haberlo visto a tiempo.

Violeta tenía los ojos brillantes. Miraba a la pantalla sin pestañear, el pelo mojado empapándole el albornoz. Detrás de ella, el armario abierto y una maleta sobre la cama.

—Mamá... —dijo.

—No voy a irme a vivir allí contigo, hija —la interrumpió—. Sería un error, para las dos. —Asintió despacio—. Pero hay algo que quiero que veas.

—¿Ahora?

—Sí.

Cogió uno de los leños y lo acerqué a la cámara. Cuando conseguí enfocar lo, ella acercó los ojos a la pantalla y frunció el ceño.

—¿Violeta? —leyó—. ¿Pone «Violeta»?

Me reí. A pesar de todo. La pintura había empezado a resbalar sobre la madera cruda, desvirtuando las letras. Se entendía, pero no era fácil.

—En la finca hay dos cabañas y un molino —dijo.

—Sí, ya lo sé.

—Me gustaría que una de las dos cabañas llevara tu nombre.

Violeta se pasó la mano por el pelo mojado, apartándose un mechón que yo no vi porque no estaba.

—¿Mi nombre? —dijo, bajando la vista—. ¿Por qué?

Tomé aire.

—Quiero que vuelvas, hija —me oí decir—. Me gustaría.

Siguió con la vista baja. No habló.

—Ya sé, ya sé que es mi proyecto y que a lo mejor este asunto del santuario no es lo que más pueda apetecerte, pero me gustaría tenerte aquí.

—Pero...

—Tú quieres una casa y yo te doy una cabaña. Con tu nombre. No es mucho, ya lo sé, pero es un principio de algo y quizá sea un algo muy hermoso, quién sabe —dijo—. Sola no voy a poder, Violeta.

Por fin levantó la vista. Tenía los ojos líquidos.

—Pero, mamá —empezó—. ¿Y si nos peleamos?

Me reí. Esperaba cualquier respuesta menos esa. Tan Violeta...

—Nos peharemos, te lo prometo.

Sonrió, a su pesar. Luego silencio.

Asintió.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Los salmones del mundo nos lo agradecerán —dijo, tragándose el nudo que me cerraba la garganta.

Se rio. No duró.

—Plantéatelo así: yo tendré mi bosque y tú tendrás un pequeño país de madera con tu nombre

donde podrás invitar a merendar a la bruja del bosque que es tu madre.

—No digas eso.

—Vale.

De repente volvió a arrugar la frente.

—¿Y la otra cabaña?

No entendí.

—¿La otra?

—Sí —dijo—. ¿Es para ti?

—No. Yo viviré en el molino.

Una mueca. Violeta a la defensiva.

—¿Es para Jon?

—Sí.

—Mamá, no puedes...

—No te preocupes por eso —la corté—. En cuanto cuelgue, esta bruja del bosque pesada y torpe hará los deberes y el tema Jon quedará resuelto hoy mismo.

—Eso ya lo has dicho muchas veces.

—Pero antes no sabía que tenías un sueño y que yo estaba en él.

Volvió a bajar la mirada. Pasaron unos segundos. Herodes saltó a la mesa y vino directamente hacia mí, buscando calor.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú crees que alguna vez tendré una familia?

No pude evitarlo. En ese momento, la que de repente sintió que se le encogía la vida fui yo. La pregunta me pilló tan blanda que me contuve para no coger el teléfono y abrazarme a él en un intento casi infantil de hacerle llegar a Violeta un poco de calor. Le habría dicho tantas cosas que no habría sabido por dónde empezar, no habría sido capaz de encontrar el cabo que desenredara toda la maraña de hilos que me ataban a ella y a su pequeña balsa de niña sola.

—Ven pronto —fue lo único que conseguí decir con el poco aire que me quedaba.

Ella me miró y cuando sus ojos llenaron la pantalla de nuevo, vi en ellos una luz que reconocí como mía. Violeta sonreía como cuando era pequeña y yo entraba en su cuarto por la mañana, amenazándola con hacerle cosquillas en los pies si no se levantaba y ella jugaba a hacerse la dormida hasta que notaba que yo levantaba la sábana y entonces, sin abrir los ojos, se le escapaba una sonrisa y ahí, en ese momento, empezaba nuestro día. Esa luz era el principio.

—Deja que lo piense un poco, ¿vale? —dijo.

Sonreí yo también, o eso quise creer, pero no pude hablar.

Minutos más tarde, después de lavarme la cara y de cambiarme el pijama por un chándal, cogí del cajón de la mesilla de la entrada la hoja de libreta que guardaba aún desde la tarde del cumpleaños de Jon y salí de casa en dirección a la suya. El sol coronaba uno de los dos cipreses que separan el pajar de la casa y el aire había perdido algunos grados. La aldea parecía flotar a un par de centímetros sobre la hierba fresca y las ranas coreaban la caída de la tarde desde el lago.

De camino, vi luz en el cuarto de Jon y me pareció oír música. Como siempre, la puerta de la cocina estaba abierta. Me detuve un momento junto a los dos cipreses y respiré la tranquilidad y el silencio que a esa hora envuelven la aldea. Fueron solo unos segundos. Después palpé el papel por encima del chándal y recorrí el tramo que me separaba de la escalera.

VI

La vida detrás de la vida

Jon

Esa mañana Suzume parecía especialmente contenta.

—Es que es el cumpleaños de Yuki —dijo, sacando de la mochila una caja metálica con un dibujo de flores.

La abrió con mucho cuidado y me enseñó el contenido. Era una tarta pequeña, de manzana. Sonrió y sacó del bolsillo lateral dos velas. Como en días anteriores, en la mochila pude ver una bolsa de papel con las manzanas que insistía en dejarle a Susi.

Me alegró verla tan animada, sobre todo después de haber tenido una mañana como la que habíamos vivido en el zoo. Durante la noche, Dora nos había dado un susto con un amago de cólico y me había tocado madrugar, y Susi seguía igual. Comía lo justo para mantenerse activa, pero se la veía cada vez más desmejorada y yo temía que de continuar así, corríamos el peligro de que Damián, que desde su aparición por sorpresa con el Ruso no había vuelto a dejarse ver por el recinto, terminara por darse cuenta de que algo no iba bien con ella y se planteara no utilizarla para la «operación santuario», como él la llamaba. Ya no era tanto lo que me dolía su relación conmigo. Me preocupaba sobre todo el futuro que podía esperarle si los planes de su traslado no cuajaban y pasaba de ser la gran esperanza blanca de la dirección al estorbo que no había dejado de ser desde su llegada.

—Tenemos que aguantarla como sea —me había dicho Lourdes esa mañana cuando habíamos parado a desayunar—. Ya no queda nada.

Pero los dos sabíamos que esa «nada» podía hacerse eterna si Susi no cooperaba. De repente, habíamos pasado de intentar que recuperara su confianza en mí, y volviera a ser la elefanta que yo había llegado a conocer, a una situación de mínimos en la que velábamos solo por su salud y por su aguante. Lo urgente había aparcado definitivamente lo emocional.

—Vaya —le dije a Suzume, mientras me sentaba a su lado en la grada—. Manzanas por todas partes.

Sonrió.

—¿Y adónde llevas la tarta?

—Es que hoy comemos en el estanque de los flamencos —respondió, cerrando la caja—. A Yuki también le gustan mucho. A veces vamos juntas a verlos y ella me ayuda a contarlos para que no falte ninguno, pero otras veces no porque no puede y bueno. Es que tiene que quedarse en la casa grande con las otras chicas que tienen pena porque para curarse así es mejor.

De repente sentí que acababa de oír a Suzume por primera vez, como cuando durante años pasas por delante de un edificio antiguo que ya estaba allí antes de que nacieras y al que los años y el uso han cubierto de suciedad y un día alguien decide cambiar de sitio la parada del bus de la acera de enfrente. De pronto, mientras esperas, levantas la vista y al verlo te das cuenta de que quien no miraba eras tú, que la atención no estaba, el momento tampoco. Delante de ti, cortando el cielo, lo que habita ese hueco de la calle no es solo fachada y años: hay gente dentro y también luces, y plantas y sobre las ventanas descansan dragones contruidos con mosaico y unas flores

de piedra sostienen barandillas curvas de hierro viejo. Y pasa el bus y no subes, porque lo que ves tiene un sentido en su conjunto, es una obra pensada para que haya vida dentro y para que quienes viven fuera la descubran si saben mirar.

Suzume había hablado, uniendo en un solo párrafo todos los cabos sueltos que durante semanas había ido lanzando en desorden. El crucigrama estaba ahí, con sus horizontales y sus verticales por completar, negro sobre blanco.

Cuando intenté decir algo, ella señaló a Susi con un gesto de la cabeza.

—A lo mejor, si no come, la tendrán que llevar al hospital —dijo—, pero si le tienen que dar la comida por el tubo del brazo, ¿tendrán una cama tan grande para ella?

Miré yo también a Susi y por un momento me pudo la pena. La vi allí de espaldas, moviendo la cabeza de un lado a otro como si siguiera el son de una melodía que nadie más oía, y en ese momento pensé en mi madre y en el silencio que la había ocupado, y lo sentí por las dos, tan frágiles y tan heridas, tan de espaldas a la vida.

—Ahora tengo que irme —anunció Suzume, volviendo a meter la caja en su mochila. Luego me dio la bolsa de papel con las manzanas—. A lo mejor hoy Susi las quiere para merendar —añadió, ladeando la cabeza.

—Probaremos —dije, intentando sonar más animado y aceptando la bolsa—. Le diré que se las has traído tú, a ver si así funciona.

Suzume puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Pero si ya lo sabe —dijo como si fuera una obviedad—. Susi lo sabe todo, todo el rato, aunque no mire. Bueno, es que a veces mira, pero solo cuando tú no la ves.

No pude responder a eso. Antes de dejarme reaccionar, Suzume se levantó y echó a correr hacia el camino que bordea el recinto en dirección a la zona de los flamencos.

—¡Hasta mañana! —la oí gritar sin volverse.

Eso fue todo. En cuanto ella desapareció, cayó sobre mí el cansancio acumulado desde primera hora de la mañana. Tanto fue así que ni siquiera me animé a liarme el cigarrillo de costumbre. El cuerpo me pedía moto y aire. Y velocidad. El crucigrama que Suzume había dejado tras de sí, sumado a las malas sensaciones que Susi proyectaba a medida que pasaban los días, pudieron conmigo. Recogí, le mandé un mensaje a Lourdes y me marché.

Pero la mañana no había terminado.

Cuando estaba cerca de los tornos de entrada, vi salir por la verja que separa el colegio del recinto del zoo a Leiva, la maestra que había estado con los chavales en la visita a los elefantes. Me saludó desde lejos, y al ver que ella también iba hacia la salida, la esperé.

—¿Se acabó por hoy?

Sonrió y asintió, alcanzándome.

—Ya queda poco —dijo—. Tengo unas ganas de que termine el curso... Ni se lo imagina. En la escuela vivimos contando los días.

Caminamos unos metros en silencio. De pronto, supongo que por una simple activación de timidez, la situación me pareció incómoda. Quedaba un pequeño trecho hasta las puertas del zoo y el silencio empezó a pesar entre nosotros. Pasaron unos segundos. Leiva caminaba con la mirada baja.

—Hoy Suzume estaba feliz con su tarta —dije.

Leiva levantó la vista.

—¿Su tarta? —preguntó.

Me extrañó su extrañeza.

—Me la ha enseñado hace un rato —dije—. En la grada.

Leiva se detuvo. Yo también.

—¿Ha estado en el recinto de los elefantes?

—Sí. Hoy y muchos días. Viene a menudo desde el día de la excursión.

Me miró como si hubiera dejado de verme y su interés estuviera en otra parte.

—Es para su hermana —dije—. La tarta.

Silencio. Leiva seguía mirándome sin concentrarse en mí. Empecé a arrepentirme de haber nombrado a Suzume.

—De hecho, han quedado en la zona de los flamencos para comer —comenté—. Suelen encontrarse allí.

Leiva echó a andar de nuevo hacia la salida. Su expresión era otra, más cerrada. Decidí suavizar el tema. Ya casi habíamos llegado a los tornos.

—Es una niña muy especial —dije—. Está muy preocupada por Susi, la elefanta nueva. Y por los flamencos. Bueno, en realidad lo que le preocupa es que no falte ninguno. ¿Sabe que todos los días viene a contarlos?

Leiva se detuvo. Cuando se volvió a mirarme su expresión había cambiado: más suave, más la Leiva que yo recordaba del día de la visita.

—Suzume es alumna mía desde hace muy poco —dijo—. De hecho, llegó a principios de marzo, derivada de otro centro. Y sí, es un caso especial. Mucho.

Un caso especial. No era eso exactamente lo que yo había querido decir. Una niña especial no es lo mismo que un caso especial. En ese momento, el crucigrama salpicado de pistas y huecos que Suzume había dejado al irse volvió a la vida.

—No sé por qué, pero desde el primer día que vino me ha parecido que es una niña muy sola. Nunca habla de sus padres y alguna vez algo me ha contado de su abuela —dije. De hecho, fue más un pensamiento en voz alta—. Menos mal que tiene a su hermana. Aunque, por lo que he entendido, debe de vivir en una residencia o en un sitio así. Dice que a veces ha ido a verla a «la casa grande».

Leiva miró su reloj. Pareció dudar. Luego sacó el móvil del bolso, mandó un mensaje rápido y dijo:

—¿Tiene un momento?

Dudé. Estaba demasiado cansado y no veía la hora de llegar a casa. Ella se dio cuenta.

—Quiero que vea algo —insistió.

No pareció que me dejara mucha opción. Finalmente, dimos la vuelta y emprendimos el camino de regreso al interior del zoo. Leiva caminaba deprisa y ninguno de los dos dijo nada durante los diez minutos que duró el trayecto. Al principio creí que me llevaba al recinto de Susi, pero en cuanto salimos del puente y bordeamos la piscina de los hipopótamos, entendí.

Cuando cruzamos el seto y entramos por uno de los laterales, Leiva se detuvo. Desde donde estábamos, el grupo de flamencos se movía despacio en el extremo contrario de la falsa laguna, ondulando cuellos y abriendo aquí y allá unas alas rosadas y blanquecinas. Leiva recorrió el borde del agua con la vista aunque, por la forma de la laguna, una parte quedaba oculta tras una tupida pared de juncos.

—Vamos —dijo.

Llegamos a una pequeña pasarela de madera que se adentraba en el agua como un muelle. Leiva pasó primero. Cuando llegamos al final, se volvió hacia la derecha y dijo, señalando hacia un banco situado detrás de los bambúes:

—Allí.

Seguí con la vista la dirección que marcaba el dedo y entonces la vi.

Estaba sentada en un banco, justo detrás de los bambúes, la zona donde se habían congregado gran parte de los flamencos. Sobre las rodillas, lo que supuse que debía de ser la caja metálica donde guardaba la tarta que me había enseñado y a su derecha, encima del banco, la mochila.

—¿Qué ve? —preguntó Leiva a mi lado.

Se lo dije: Niña, tarta, mochila... flamencos. Mientras respondía me di cuenta de que Suzume estaba hablando. Parecía dirigirse a los flamencos que se paseaban junto a la orilla del estanque, muy cerca de ella.

—¿Algo más?

No. No había nada más. Se lo dije. Leiva se apoyó sobre la barandilla de madera del saliente.

—Suzume vive con su abuela a un par de calles del zoo —dijo, sin perderla de vista—. Es una situación temporal, hasta que se resuelva el divorcio de sus padres y se aclare la situación de su custodia.

No dije nada. Supuse que había más información.

—Es una niña especial, tiene toda la razón, pero su caso lo es mucho más. —Se volvió a mirarme. Parecía cansada, o quizá era la luz, mal reflejada en el agua verdosa—. Su hermana Yuki murió en febrero. Anorexia. Dos años de infierno. El historial de su enfermedad es terrible. Tenía diecisiete años.

Me apoyé yo también en la barandilla. De pronto, flotando sobre el agua, el rompecabezas de Suzume había empezado a desplazar sus piezas como los tentáculos de un pulpo gigantesco, barajándose despacio, en respuesta al relato de Leiva. Sentí un nudo en la espalda y dolor, un calambre sordo bajo las costillas.

—Yuki pasó el último año ingresada en un centro, eso que Suzume llama «la casa grande» —siguió contando Leiva—. Desde un principio, su padre había intentado llevársela a una clínica en Japón, pero la madre no había querido ni oír hablar de sacarla de aquí y al final la situación terminó en los tribunales con un divorcio muy complicado que no ayudó en nada a Yuki. —Mientras contaba, no perdía de vista a Suzume, que seguía en su banco, hablando a nadie—. Ahora la guerra es peor, porque los dos quieren castigar al otro con la custodia de Suzume. Y la gran perjudicada de todo esto es ella, claro. —Hizo una pausa—. Como siempre —añadió con voz cansada.

No supe qué decir. En mi cabeza se repetían algunas de las frases que Suzume había ido deshilando durante sus visitas y, a medida que aparecían, iban ocupando su lugar en un relato paralelo que de momento yo no entendía.

—Cuando Yuki murió, no dejaron que Suzume fuera al entierro. La última vez que la vio, Yuki estaba viva. Ese es el recuerdo que ella conserva. Después, las versiones que ha recibido del padre y de la madre han sido un arma que los dos han utilizado para ganársela. La madre le dijo que su padre se la había llevado con él a Tokio, contra la voluntad de Yuki. La versión del padre fue peor, mucho peor. Y el resultado de todo eso es lo que ve. Suzume sabe que Yuki ya no está, pero su cabeza no entiende que ese no estar sea para siempre, porque algo dentro de ella le dice que en cuanto lo entienda no quedará nadie, ya no habrá nadie más que su abuela, y prefiere mantener a su hermana imaginaria con ella que enfrentarse a una orfandad que es incapaz de asumir.

Volví a ver a Suzume con su bolsa de manzanas en la mano. Siempre dos. Un gorrión solo sobre su barandilla. Noté un sabor metálico en la boca, como de sangre.

—Tiene miedo de que si deja ir a Yuki, la pena sea tan grande que termine como ella — volvió a hablar Leiva—. Cree que si se queda sola, la pena le matará el hambre.

Sobre el agua, el rompecabezas estaba completo. El punto de dolor en la espalda se había expandido por la cintura y noté en la boca la saliva amarga y espesa. A mi lado, Leiva se volvió a mirarme.

—¿Pasa algo? —preguntó, poniéndome la mano en el brazo.

El contacto de sus dedos me sacudió como un calambrazo y ella, al notarlo, retiró la mano. Desde el fondo de la laguna, la imagen del rompecabezas me miraba, ya completada. Sobre la figura entera, retazos de frases y de imágenes la surcaban, ondulantes como anguilas. Eran frases mías, imágenes que reconocía, mezcladas con algunas de Suzume y con retazos de escenas vividas con Susi. El crucigrama bailaba sobre la imagen, sumando palabras y llenando huecos mientras un sudor pegajoso me caía por la frente y el cuello, mojándome la camiseta.

—Tengo que irme —me oí decir, todavía con la vista en el agua verde—. Perdóname, pero tengo que irme.

El resto fue nada: sudor, mucho sudor, moto, calles, tráfico, respirar el aire sucio de la ciudad hasta salir a la autopista y buscar la velocidad para que la voz no se encallara. Aire para la saliva amarga y gritar como si todo fuera cuesta abajo: A de Ahora, E de Edith, I de Irnos, O de Olvido y esa U intercalada entre Suzume y Susi. Casa, necesitaba casa y poder dormir.

¿Cuánto hacía que no conseguía dormir dos horas seguidas?

Cuando llegué comí algo y me tumbé, pero el sueño no llegó. Después de quince minutos intentando echar una siesta en el sofá, decidí que había demasiado por hacer y que quizá era el momento de empezar a preparar las cosas de Mer para el traslado. Teniendo en cuenta que en la cabaña solo había una pequeña habitación extra, poco era lo que nos podíamos llevar: algo de ropa, libros, la cama y quizá la mesa de trabajo. Abrí el armario y la cómoda y puse toda su ropa encima de la cama.

Cuando había empezado con el tercer cajón de la cómoda, oí la voz de Edith que me saludaba desde la cocina.

—¿Hola? ¿Se puede?

No esperó a que le contestara. Enseguida asomó la cabeza. Me sorprendió no verla aparecer con un trozo de tarta y me sorprendió también que no sonriera. Llevaba en la mano un leño, o la mitad de él.

—¿Molesto? —dijo, echando una mirada a la ropa que cubría la cama.

—Qué va. Estoy con las cosas de Mer —respondí—. He pensado que ya tocaba. Con todo lo que aún queda por hacer, no quiero que se me eche el tiempo encima.

No me miró. Entró en la habitación y se sentó con cuidado en la esquina de la cama más cercana a la puerta, apartando un montón de camisetas a un lado y dejando el leño pegado a su pierna. Luego volvió la vista hacia la ventana.

—Hoy no está el gorrión —dijo, siguiendo el cable con los ojos.

Por fin sonrió, aunque no fue una sonrisa entera. Algo no iba bien. Esa Edith, sin tarta y con aquella mirada, era la de las cosas difíciles.

—¿Pasa algo?

No dijo nada. Simplemente apartó un segundo montón de bragas y camisetas a un lado y después puso la palma sobre el edredón, acariciándolo brevemente.

—Ven. Siéntate —dijo.

No lo hice enseguida. Había algo en ella que no parecía estar en su sitio, aunque no habría

sabido decir qué. Era Edith, pero no era la misma. Finalmente me acerqué y me senté.

—He venido a traerte esto —dijo metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón de chándal y sacando una hoja de papel de libreta que parecía manchada.

—¿Para mí?

—Sí.

La reconocí en cuanto la desdoblé y leí la única frase que la ocupaba: «Me han despedido». Sonreí aliviado. Así que era eso.

—No tendrías que haberte molestado —dije, devolviéndosela—. No tiene ningún valor.

Edith no se movió.

—Hay algo más escrito detrás.

Lo dijo muy seria.

Le di la vuelta a la hoja y lo vi. En la esquina inferior, casi un garabato.

—¿Qué pone? —preguntó Edith.

—Pone: «Mer no se puede enterar».

Edith bajó la vista, me puso la mano en la pierna y apretó con suavidad antes de volver a mirarme.

Luego dijo:

—Jon, ¿no estás muy cansado de mentir?

Edith

No pensaba hacerlo así. De hecho, desde el primer día había imaginado tantas formas, tantas escenas y posibilidades, que cuando por fin llegó el momento la que se adelantó a todo lo demás fue la verdad tal como la sentía, pura y sin filtro. Los meses de duda habían sido un frágil alambique en el que poco a poco había ido filtrándose el mensaje último, un día tras otro entre la duda, el miedo a perder y a perdernos, limpiándolo de adornos.

Jon me miraba como si no hubiera oído bien. Estaba rígido a mi lado.

—No entiendo —dijo, paseando la mirada por los montones de ropa repartidos sobre la cama. Tenía el papel en la mano, aunque lo había olvidado por completo.

—¿Puedes leer la frase en alto? —le pedí.

Tardó un par de segundos en reaccionar. Después desplegó la hoja de papel y leyó.

—«Mer no se puede enterar.»

Pareció leerla de nuevo en voz baja antes de bajar la mano. Luego me miró, esperando.

—No, Jon. No dice eso. No exactamente.

Ceño fruncido. Hombros tensionados. Mano de nuevo en alto. Ojos repasando el papel.

Nada.

—Lo que dice es «Mer no se puede enterrar». Enterrar, Jon, con dos erres —dije por fin—. Hay un error en la frase. Una erre de más.

Jon parpadeó y enseguida relajó la expresión. Después, un amago de sonrisa.

—Pues sí, eso parece —dijo, alargando la sonrisa—. Ni siquiera me he dado cuenta. Claro que, con las dos pastillas que me diste, lo que me extraña es que pudiera escribir algo que tuviera sentido. Esta erre de más es casi un milagro.

Aunque estuve tentada de devolverle la sonrisa, me contuve.

—No es un error, Jon —dije—. No fue un error.

La sonrisa desapareció.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé, Jon.

El alivio se desvaneció y en su expresión quedó solo el cansancio. Cerró los ojos y respiró despacio.

—¿No estás cansado de vivir así? —pregunté.

No dijo nada. Pasaron unos segundos más hasta que finalmente abrió los ojos y se volvió hacia la ventana.

—Hoy no ha aparecido ningún gorrión —dijo—. Y, curiosamente, este es uno de esos días que habrían hecho feliz al abuelo Ismael. —Entonces sí sonrió—. Uno de esos días en que parece que no va a pasar nada y pasa todo.

Luego más silencio. Desde la ventana de la habitación, el enjambre de hojas de un tilo enorme susurró algo que no oímos. Jon parecía estar sentado a un par de centímetros sobre el edredón,

como si flotara, y sin embargo, a la luz de la tarde, había envejecido diez años de golpe.

—Por una erre lo descubrieron —murmuró, sonriendo a ninguna parte—. Eso le habría encantado a Mer. «Las erres nos delatan, Jon —diría—. Debemos tener más cuidado con ellas. La erre de *riesgo*, de *resbalón*, de *roto*. Las gemelas son traicioneras.»

—Lo sé desde hace tiempo —le interrumpí. Él no me miró. En el camino, las hojas del tilo se agitaban en las pupilas de Jon como si las habitaran—. Lo supe hace más de un año. —Él parpadeó, como intentando calcular—. Poco después de volver de Tromsø me llamó Violeta. Estaba en Punta Arenas. Había coincidido en una cena con un biólogo argentino que acababa de llegar en el *Hespérides* desde Isla Decepción. Se lo contó. Todo.

Jon me miró e hizo una mueca extraña.

—Argentino —dijo—. Mer decía que a los argentinos hay que creerles siempre la mitad. Que la otra mitad es encanto personal. Bueno, ella no decía «encanto», ella decía «atractivo necesario para la supervivencia».

Dejé pasar unos segundos. No nos movimos.

—Hoy en el zoo he sabido la verdad de Suzume —dijo.

La mención de Suzume me pilló totalmente desprevenida. Jon no me seguía, o si me seguía quería ser él quien marcara el camino. No dije nada y esperé.

—Cree que si tienes mucha pena, dejas de comer y vas adelgazándote hasta morir —prosiguió—. Por eso su obsesión con los flamencos. —Me miró. Tenía los ojos húmedos—. Está convencida de que, con esas patas y ese cuello tan delgado, los tienen ahí como tenían a su hermana Yuki en el hospital donde murió. Le da tanto miedo que se mueran que todos los días, después de venir a visitarme cuando sale de la escuela, va a verlos para asegurarse de que no falta ninguno. —Cogió una de las camisetas de Mer y la desdobló para volver a doblarla—. Eso es lo que le pasó a Yuki. La pena ocupó el espacio del hambre y no lo superó. —Cuando tuvo la camiseta desdoblada del todo, la alisó despacio con la palma abierta—. Leiva, su maestra, dice que Suzume la mantiene viva porque nunca llegó a verla muerta. Sin Yuki, a Suzume no le queda nadie.

—Mer no está, Jon —lo dije de golpe, sin darle vueltas. Supongo que de no haber sido así, no habría podido hacerlo.

Dobló la camiseta con mucho cuidado. Primero las mangas, después el cuerpo por la mitad.

—Jon...

Negó con la cabeza. Despacio. Una vez, otra...

—No —dijo, muy tranquilo—. No está. No hay Mer porque no la vemos. No existe a la vista.

Se calló. Volvió a desdoblar la camiseta, se la puso sobre las rodillas y empezó a alisarla de nuevo con las palmas de las manos. Muy lentamente, como si amasara arcilla.

—Lo supe cuando recibí la llamada y vi que era un número oculto. No sé por qué, pero lo supe —habló por fin, como si pensara en voz alta—. «Ha ocurrido algo. A su hermana le ha ocurrido algo», dijo la voz. También dijo que había habido un accidente en el *Hespérides*. Accidente, esa fue la palabra. Y yo pregunté, aunque sabía que no serviría de nada. Lo sabía aquí —dijo, apuntándose al plexo con el dedo—. Y la voz dijo: «No podemos darle más información en este momento. Le mantendremos informado en cuanto haya alguna novedad». Puede que dijera más cosas, pero no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es la luz de ese día, la lluvia que no paraba de caer y el agua bajando por el camino como un torrente cubierto de hojas y de hiedra. Y también el olor que había en casa, dentro, por todas partes, como a moho, a sitio cerrado. Esperé. Esperé toda la tarde y cuando cayó la noche la voz volvió a llamar.

En ese momento un tintineo interrumpió el relato de Jon, que por un momento pareció perdido. Enseguida alargó el brazo, cogió el móvil de encima de la cómoda y leyó el mensaje que acababa de llegarle y que seguía iluminado en la pantalla.

—Es de Lourdes —dijo, con cara de preocupación—. Susi sigue sin querer merendar. —Negó despacio con la cabeza—. Ya no sé qué hacer.

No quise intervenir. Temí que el mensaje pudiera interrumpir el hilo del relato y callé. Él siguió unos segundos en silencio con el móvil en la mano hasta que creí que iba a escribir algo. Luego pareció pensarlo mejor y dejó el teléfono encima de la cómoda.

Enseguida volvió a pasar la mano por la camiseta y su voz cambió.

—La llamada era de aquí. Una mujer. No recuerdo el cargo. Lo dijo, pero no lo entendí. Creo que lo anoté en algún sitio, porque hablamos más veces —dijo—. No se anduvo con rodeos y lo agradecí. La información que tenía hasta ese momento era que la noche anterior, en el *Hespérides*, cuando llamaron a cenar, echaron a Mer en falta. En un principio nadie le dio importancia, pero al rato, al ver que no aparecía, decidieron ir a buscarla. No dieron con ella. Buscaron por todo el barco, en todos los rincones, hasta en un sitio llamado «la cueva del pirata» o algo parecido, dijo. Buscaron, pero no la encontraron, y cuando al salir a cubierta vieron que una de las puertas estaba abierta, saltaron todas las alarmas. Lo que siguió a partir de ahí fue la activación del protocolo de búsqueda en agua. Las lanchas auxiliares rastrearon la zona durante horas, sin resultado. Solo encontraron un guante, el izquierdo. Negro y azul. Era de Mer. Un guante, mira. —Dejó la camiseta sobre la cama y se levantó. Salió. Al cabo de un momento apareció con un guante en la mano. Viejo. Me lo dio—. No queda nada más.

Yo conocía la historia. Sabía que no habían conseguido encontrarla y que, aunque no había cadáver, había sido declarada muerta. Conocía los hechos, pero ignoraba la dimensión real de lo que Jon había encajado. Viéndolo allí, con su guante en la mano y tan cansado, me arrepentí de no haber hecho caso a Violeta y haber actuado en cuanto lo supe. Sentí que llegaba tarde, que mi duda no había hecho bien. Quise decir algo, pero Jon no había terminado de contar.

—Tú te habías ido a Noruega con Violeta —dijo—. Estuve a punto de coger un vuelo y volar a Punta Arenas, a Isla Decepción, a buscarla. Pensé que yo sí la encontraría, que a mí sí me haría caso, pero aquella mujer me dijo que seguían buscándola, que yo no podría hacer más de lo que ellos ya hacían y me pidió que no me moviera. Pero no pude. —Tragó saliva y en ese momento vi que le temblaba el labio—. Esperé noticias durante el día siguiente y por la noche no aguanté más. Cogí la camioneta y me fui al pueblo. Conduje de noche doce horas seguidas y aún hoy no recuerdo nada de ese trayecto. Me acuerdo de que cuando llegué era otra vez de día y de que al llegar fui directo a la residencia. Subí, entré en la habitación de mi madre y lo primero que hice fue acostarme en la cama a su lado, abrazarme a ella y ponerle la nariz en el cuello para aspirar su olor. Necesitaba tanto su olor...

Me costó seguir escuchando, pero no me moví. Jon lloraba sin hacer ningún esfuerzo por reprimirse y el llanto era tranquilo, de hombre mayor. Había cerrado los ojos al hablar de su madre y a pesar de las lágrimas sonreía.

—Mi madre olía tan bien... —dijo—. O a lo mejor es que todas las madres huelen bien.

Sin pensar en lo que hacía, cogí un par de camisetas del montón que tenía más cerca y empecé a doblarlas.

—Me quedé allí tres días, esperando noticias de Mer —siguió contando Jon—. Conseguí que me pusieran un plegatín en la habitación de mi madre y no me separé de ella. A veces me hacía un hueco en su cama y me quedaba allí, acurrucado a su lado, contándole cosas y oliéndola.

Otras me tumbaba en el plegatín y miraba al techo, al mismo punto en el que ella tenía perdida la mirada. Y hablaba con Mer. Una parte de mí sabía que estaba allí abajo, en el agua, «Estoy sabiendo, Jon. Estoy cumpliendo mi sueño. Así vuelan los pingüinos, míralos, míranos», y que eso no era morir sino investigar, querer saber qué hay no puede ser morir, no puede ser, Edith.

No quise ni pude apartar la vista de la camiseta que tenía sobre las rodillas, aunque apenas la veía, convertida ya en un borrón de marrones y blancos. Lo que Jon decía era verdad, aunque no tuviera sentido. Era verdad porque era su vida y estaba vivida y porque no cabía en ella nadie más.

—Y durante esos días me di cuenta de que la vida y la muerte tienen muchas puertas —dijo, mirando de nuevo hacia la ventana—. A fin de cuentas, mi madre estaba pero no existía. Y Mer era pero no estaba.

No supe qué decir. Siguió un silencio breve que yo interrumpí sonándome y limpiándome la cara con la camiseta que tenía en las manos. En el cable que salía de la ventana hacia el poste vi posarse entonces dos pájaros. No eran gorriones. Era una pareja de golondrinas. Una de ellas echó a volar enseguida, la otra se quedó, mirándonos sin vernos.

—La mañana que volviste de Noruega y fui a buscarte al aeropuerto, un par de horas antes de salir de casa, llamó mi tía Rosa —dijo Jon. Ya no había lágrimas, solo una voz honda y llena de aire—. Mi madre acababa de morir.

«Dios mío —pensé en ese momento—. Qué mal callamos las cosas y qué poco sabemos preguntar.»

—Mi tía me contó que, después de tantos años inmóvil, cuando esa mañana la enfermera la encontró muerta en la cama, mi madre tenía la cabeza vuelta hacia la ventana y los ojos abiertos.

Me acordé entonces de esa mañana y del trayecto en coche desde el aeropuerto a la aldea y enseguida recuperé la escena que habíamos vivido delante de mi casa: la tensión que había ido ocupando el aire del coche durante el viaje hasta estallar en aquel tartamudeo roto que —lo supe en ese momento— había sido un cortocircuito provocado por dos penas inmensas: la doble pérdida de Mer y de su madre. Me sentí pequeña, pequeña y sobre todo torpe. Nos quedamos en silencio sobre la cama, cada uno con su camiseta en las manos. Me habría gustado decirle tantas cosas que cuando intenté hablar no supe por dónde empezar. No sabía si consolar, si abrazar, si teorizar sobre el duelo y la muerte, si pedirle perdón o si quedarme allí en silencio y esperar a que pasara algo más que nos diera una luz distinta. Por un momento tuve la sensación de que sobraba, de ser una intrusa en aquella habitación y de haber invadido una esfera de intimidad en la que no tenía sitio.

La golondrina se acercó dando brinco por el cable hasta quedar a un metro escaso del cristal. Yo la vi, Jon no. Al otro lado de la ventana, ladeó bruscamente la cabeza y me miró, y en ese instante apareció de nuevo su pareja, posándose justo detrás de ella.

Entonces cogí el leño que tenía a mi lado y se lo ofrecí a Jon.

Él me miró sin comprender.

—Es para ti.

Tenía el leño cogido por la corteza, con la parte de madera lisa boca abajo.

—Creo que si Mer vuelve algún día, necesitará saber cuál es su cabaña.

Jon arrugó la frente. Luego bajó la vista y le dio la vuelta al leño. Cuando vio el nombre de Mer escrito en rojo sobre la madera clara, soltó una especie de tos ronca y se llevó la mano a la cara, cubriéndose los ojos con la palma abierta, al tiempo que se acercaba el leño al pecho y se encogía sobre él antes de empezar a acunarlo despacio.

Salí de casa de Jon cuando ya anochecía, después de haberlo dejado acostado en el sofá. No había querido separarse de su leño. Lo tenía en el suelo, al alcance de la mano. En cuanto salí al camino me envolvió el aire suave y temprano de la noche de junio, despejando parte del agotamiento que la tarde había depositado sobre mí. En lo alto del campanario, la veleta parecía seguirme con su flecha a medida que me acercaba a casa por el camino y una nube escasa de murciélagos pasó planeando sobre mi cabeza con destino al lago. Caminé despacio, empapándome de la brisa y de esos tonos violetas casi negros que despedían el día en el cielo del oeste. El coro de ranas era la única vida sonora. Antes de llegar al pajar me detuve y paseé la vista por las copas de los tilos, las encinas y los robles que rodean la aldea por el este. Fue entonces cuando, por primera vez, sola en mitad del camino, sentí que había empezado la despedida. Mi despedida. Y supe que no sería fácil, porque aquel lugar había sido mi refugio en el mundo durante la mitad de mi vida y mi próxima parada iba a ser la última. Sentí que esa era la primera de las muchas despedidas que iban a llegar en los próximos años y me reconocí triste y valiente a la vez, más viva y más cercana a la muerte que nunca.

—Pronto entraré en el bosque, papá —dije, volviendo la vista hacia lo alto del camino—. Ya llego.

Inspiré los finos hilos de olor que llegaban destilados desde los arbustos de tomillo y de la madreSelva que cubría las paredes del pajar y recorrí sin prisa los escasos veinte metros que me separaban de la puerta de casa.

Jon

Cava. Edith me ha encargado cava para la cena de esta noche. «Hay que celebrar la entrada de nuestro último verano aquí —ha dicho—. Con cava del bueno y tiramisú. En el jardín. Y con muchas velas. Blancas, velas blancas.» Y eso es lo que tendremos. Es la despedida, la oficial. Aunque falte todavía una semana para lo que será la mudanza en sí, las dos casas están ya semivacías. Yo lo he tenido más fácil. Llevo mucho menos tiempo aquí que ella y soy de acumular poco: ropa, libros, mis herramientas... y las cosas de Mer, claro, pero eso tampoco es mucho. Desde la tarde que Edith vino a verme y hablamos de lo de Mer, algo ha cambiado, todavía no sé en qué ni hacia dónde, pero siento que todo pesa menos, que hay más aire. A veces Edith me pregunta: «¿Cómo sigues?», «¿Necesitas hablar?»... Yo sé que ella está y cuando necesito compañía me dejo caer en su cocina y allí la encuentro siempre, con algo de comer a mano y con tiempo, tiempo para escuchar. Nadie más sabe que Mer no está, ni siquiera Amelia, y de momento prefiero que siga así. Mer es mía, es mi historia, y está bien que se quede aquí, en la aldea, a salvo con Edith y conmigo.

Más allá de eso, durante estas dos semanas poco han cambiado las cosas. En la finca las cabañas están prácticamente terminadas y el mismo arquitecto se ha puesto con las obras de reacondicionamiento del molino. Lo demás llegará más adelante, aunque Edith está a tope con el papeleo y con la burocracia para dar forma legal al santuario. Esta vez la sorpresa ha llegado por donde menos la esperaba. El cambio ha caído de la parte del zoo, y ha sido doble.

La primera ha golpeado a principios de semana. Suzume siguió apareciendo en el recinto prácticamente a diario después del día de mi encuentro con Leiva. La dinámica continuaba siendo la misma. Llegaba a mediodía, se sentaba en la grada con su bolsa de manzanas para Susi y preguntaba por ella. «¿Está mejor? ¿Ha comido algo?» Luego charlábamos un rato hasta que ella se marchaba a pasar lista a sus flamencos. Alguna vez mencionó a Yuki, pero algo nuevo debió de percibir en mi reacción, porque no volvió a hacerlo, salvo por algún comentario fugaz que yo preferí pasar por alto. Después de mi charla con Leiva, la figura de Yuki se había convertido en una verdad distinta, con un montón de aristas demasiado delicadas que yo no me veía capaz de manejar.

Pero Suzume tenía para mí algo que yo no esperaba.

El martes, cuando apareció, acabábamos de vivir un momento complicado con Héctor, uno de nuestros ayudantes, al que Susi había tratado de embestir cuando limpiaba la zona más cercana al foso de agua. Nos habíamos llevado un buen susto, sobre todo él, además de un disgusto tremendo.

—Está enfadada, ¿verdad? —preguntó Suzume en cuanto me senté con ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es...

—Complicado —dijo, terminando la frase.

Se rio y al verla me relajé. Lo de «es complicado» se había convertido en una muletilla que los dos usábamos cuando nos costaba contar.

—Es que hay muchas cosas complicadas, ¿no? —dijo, acariciando la grava del suelo con el talón de la zapatilla.

No me pareció que esperara una respuesta. Siguió barriendo la grava con el pie mientras una pareja de turistas pasaba por detrás de nosotros, intentando ver quién habitaba esa parte del recinto al que tenían prohibido el acceso.

—Cuando una persona se muere, ¿ya no está nunca o puede estar igualmente aunque no la veas? —preguntó.

Tardé unos segundos en entender la pregunta, en parte porque no la esperaba y en parte porque, en la voz de una niña, esa duda, que desde hacía más de un año era también la mía, sonó tan pura que casi no alcancé a descifrarla.

Cuando por fin pude hablar, estuve tentado de darle una respuesta adecuada para alguien de su edad, sabiendo como sabía cuáles eran los antecedentes que escondía su interés. Pero no fui lo suficientemente rápido.

—No lo sé —dije.

Era la verdad y cuando la miré entendí que había agradecido la sinceridad.

—Es que Andrés, que va a sexto porque repite curso, me ha dicho en el patio que si paso tantas horas en el despacho con la señorita Carmen es porque Yuki se murió y por eso. Y también ha dicho que a él le pasó cuando iba a cuarto, porque a su hermano lo atropelló un coche y bueno. —Se volvió a mirar a Susi, que en ese momento parecía a punto de tumbarse en la zona de barro—. Es que yo creo que Yuki se murió un poco, pero solo por el hambre, pero a lo mejor sigue estando igualmente aunque no la vea, porque cuando la llevaron a la casa grande yo nunca la veía y seguro que ahora es un espíritu para no tener que comer porque así es más cómodo, ¿no?

No pude mirarla. Intenté respirar despacio, pero había poco aire a mi alcance, a pesar de la brisa templada y húmeda que acababa de levantarse desde la zona norte. Me tomé mi tiempo antes de responder.

—Que no la veas no quiere decir que no esté —dije. Ella ladeó la cabeza. «Gorrión», pensé, y por un momento vi a Mer—. Que no estén no quiere decir que no existan.

Delante de nosotros, Susi sacudió la cabeza unas cuantas veces, hundió la trompa en la tierra y se cubrió el lomo de polvo con un escalofrío seco. Suzume balanceó los pies, esta vez sin tocar la grava, y cuando creí que la conversación había terminado, levantó la cabeza y miró al cielo, repasando con sus ojos rasgados el mar de nubes que circulaba sin descanso sobre nosotros.

—¿Entonces, existen? —dijo—. ¿Aunque se hayan ido?

Asentí.

—Sí. Eso creo.

Ladeó la cabeza hacia el otro lado.

—Es complicado —dijo con una mueca de conformidad.

Casi sonreí.

—Sí, es complicado.

Volvió el silencio. Suzume parecía concentrada en lo que acababa de oír. Inmóvil, el ceño encogido, siguió callada durante unos minutos hasta que por fin soltó un suspiro y se levantó.

Luego cogió la mochila, se la colgó a la espalda y, antes de marcharse y dejarme solo con Susi, dijo:

—Se lo diré a Yuki, ¿vale?

Eso fue todo. Se alejó despacio con su mochila al hombro hasta perderse tras la pared verde del seto y no he vuelto a verla desde entonces, aunque algo me dice que no tengo de qué preocuparme. Es solo una sensación, o un palpito, pero su no presencia es, o eso creo y espero, una buena señal. A veces, pocas, las ausencias lo son.

La segunda sorpresa llegó hace apenas un par de días o, para ser más exactos, debería decir «un par de noches».

Susi seguía sin cambios. Se negaba a comer lo que yo le ponía y había empezado también a tontear con la comida cuando quien se encargaba de dársela era Lourdes. Aun así, lo que me preocupaba no era su estado físico. Sabía que estaba bien y que su guerra no era tanto la comida como seguir castigándome con su actitud. Me estaba echando un pulso que tenía ganado desde el principio, porque no había nada que yo pudiera hacer para convencerla de que no le había fallado, cuando la verdad era la que era. En el fondo, ella tenía razón: la había traicionado. Iba a dejar que la trasladaran a su nuevo destino, desentendiéndome de su suerte. Podía justificarlo y adornarlo como quisiera, pero la realidad era esa. «Vas a abandonarme, no me des de comer», era su respuesta a mi traición. Lo decía su mirada, a veces triste, a veces furiosa. «Podrías elegir no hacerlo y aun así lo harás, aunque sabes que me duele.» El titular que enmarcaba la mirada de Susi era ese. Tenía razón y yo lo sabía, y mis armas no servían porque la verdad era suya y la culpa, mía.

A medida que se acercaba la fecha del traslado, Damián empezó a dejarse ver por el recinto. Aparecía como si un paseo sin rumbo lo hubiera llevado hasta allí, siempre solo y siempre cuando estaba yo, nunca con Lourdes. De repente, el Damián no oficial se presentaba por sorpresa, con esa sonrisa de hombre capaz y conciliador que todos le conocíamos y que al poco desaparecía bajo la mirada fría que lo escaneaba todo al milímetro, como un sónar programado para detectar el error.

—¿Qué?, ¿todo bien? —preguntaba, apoyándose en la verja—. ¿Cómo va nuestra Susi?

Nuestra Susi.

El protocolo no variaba. «Nuestra Susi» estaba bien, o eso le respondía yo, y él, que apenas se molestaba en mirarla, sonreía encantado. A veces comentaba algo sobre cómo iba a ser el traslado y sobre el apoyo mediático que iba a despertar la operación. Él la llamaba así: «la operación». En una de esas ocasiones, pilló a Susi mirándole y se creció.

—Vas a convertirte en toda una estrella —le gritó, encantado—. Quién nos lo iba a decir, ¿eh, preciosa?

Susi no se movió. Se limitó a sacudir la cabeza y a clavar los ojos en mí antes de volver a lo suyo.

La visita de Damián se repitió un par de veces. La última llegó acompañado de Eliane, la relaciones públicas del zoo. Ella sí pareció darse cuenta del aspecto poco saludable de Susi y algo comentó. Cuando la oí me tensé, aunque enseguida entendí que en ella el comentario era sobre todo una muestra de preocupación real por el estado de Susi. Sorprendentemente, su observación cayó en los oídos de Damián como una bendición.

—Es verdad, Jon —dijo, volviéndose primero hacia Susi y después hacia mí—. Ahora que lo dices, ¿no está un poco... desmejorada?

Intenté no arriesgar y me limité a contestar que últimamente no estaba comiendo todo lo bien

que debería, pero que más allá de eso no había de qué preocuparse.

—Estamos probando un cambio de dieta —mentí.

No pareció importarle esa información.

—¿Ha perdido peso? —preguntó.

—Sí —respondí—. Algo.

Damián siguió observando a Susi, concentrado en algo que obviamente no estaba allí y que poco tenía que ver con ella. De pronto, se iluminó.

—Genial —dijo, dirigiéndose a Eliane—. Quizá podríamos organizar una pequeña sesión de fotos y grabar un vídeo con ella antes del traslado. Algo rápido. Que se la vea así, apática y desmejorada, ya sabes, luz de tarde-noche, mejor un blanco y negro. Deberíamos volver a grabarla en el santuario cuando hayan pasado unos días del traslado. Así podremos hacer un antes y un después, una comparativa de lo que ha mejorado su hábitat y su estado, de cómo nos hemos ocupado de su caso desde el zoo. —Sonrió, encantado—. Es fantástico.

Desde ese día, Damián no ha vuelto a aparecer.

Lo que él nunca ha sospechado es que cada vez que se dejaba ver por el recinto, en cuanto se marchaba la actitud de Susi empeoraba, y mucho. Las visitas y la complicidad que él mostraba conmigo no hacían sino confirmarle lo que ella ya sabía: yo le había mentido y seguía mintiéndole. Había jugado con su confianza, una confianza que había dejado de merecer. Susi pasaba entonces de la pena a la rabia y la apatía habitual se transformaba en estallidos puntuales de ira, unos arrebatos breves pero violentos que no duraban en el tiempo pero que yo me llevaba a casa clavados como nuevas manchas de culpa.

La ilusión y la culpa. La imaginación y esas cuentas pendientes con lo que somos y hemos sido que nos clavan al suelo, cortándonos la punta del ala como se la cortan a las aves del zoo para que no puedan huir y volver al aire. Luces y sombras, todo en uno y uno dividido en dos. Hasta hoy, durante estas últimas semanas de preparativos, he vivido así, dividido en dos. Por un lado, la ilusión de empezar en el santuario con Edith y de todo lo que esa aventura promete. Por el otro, Susi y esa culpa que ha ido enquistándose desde el día en que las cosas cambiaron a peor y cada noche que pasa me resta algo de vida. Con Susi siento que juego sucio, que mi inminente aventura en el santuario empieza torcida porque hay una voz pequeña que me repite sin descanso que una parte de ese futuro es huida, y yo ahí no me reconozco. No quiero.

En lo que respecta a Susi, Edith siempre ha estado al corriente de lo que ocurría con ella. Desde que empezaron los problemas, quiso que la mantuviera informada, aunque su postura no ha variado durante todo este tiempo: «Estás haciendo todo lo que puedes, Jon. Más no hay. Tu responsabilidad termina donde termina tu verdad». Le he oído decir esa frase muchas veces y, aunque sé que es así, en cuanto me despisto y me veo con los ojos de Susi, lo que siento silencia ese argumento y llega la pena. No puedo dejarla, eso es lo que siento cuando todo lo demás calla. No puedo dejarla así, que se la lleven así. No se hace, eso no se le hace a quien quieres.

Esa es la verdad y esa verdad es la que terminé confesándole a Edith hace un par de días en una de nuestras conversaciones sobre Susi, sobre el santuario y nuestros planes allí.

Ella me escuchó muy atenta. Cuando terminé de hablar, apagó el cigarrillo sobre la piedra, guardó la colilla en su pequeño cenicero de metal y dijo:

—Ya lo sé.

No era la respuesta que yo esperaba. En cualquier caso, me alivió.

—¿Sí?

Asintió.

—Claro —dijo—. Aunque eso no importa. Lo que importa es que lo sepas tú. Que lo digas tú. No se me ocurrió ninguna respuesta. No hizo falta.

—Esta noche tienes guardia, ¿verdad? —preguntó, guardándose el cenicero en el bolsillo.

—Sí.

Estábamos en el jardín de la iglesia, sentados encima de la mesa de piedra. A nuestra izquierda, el lago reflejaba la luz todavía azul de la tarde. Edith levantó la cabeza y miró hacia lo alto del campanario. Sonrió.

—Me gustaría ir contigo —dijo.

Esperé a que ampliara un poco el mensaje, pero fue en vano. Al ver que yo no reaccionaba, se giró hacia mí.

—Quiero conocer a Susi.

Por un momento creí que bromeaba. Edith jamás había pisado el zoo. Lo detesta incluso más que yo. Más que detestarlo, lo odia. Odia que exista y odia la idea de un espacio exclusivamente pensado como un museo de animales salvajes vivos. Lo llama «las mazmorras» o «la vergüenza». Jamás la he oído decir «el zoo».

Enseguida entendí que me equivocaba. Edith hablaba en serio.

—Iré con mi coche —dijo—. No me quedará mucho rato.

No lo entendí. No entendí tanta decisión tan de repente y de manera automática empecé a enumerar mentalmente todos los problemas, los peligros y los peros que entrañaba su visita. Para empezar, los empleados tenemos prohibido acceder al recinto con nadie que no esté debidamente identificado de antemano, para lo cual se requiere un permiso especial. Es por una cuestión de seguridad, claro, pero también es una medida de prevención contra lo que Damián llama «el acoso de esa gente», que no es más que un temor casi paranoide a cualquier maniobra que pueda llegar de manos de los activistas. Más allá de eso, si Edith quería conocer a Susi, el turno de noche era precisamente el menos indicado, porque los animales descansan y su actividad, salvo excepciones, es mínima y así se espera que sea.

—Pero, Edith —dije, intentando ponerla en situación—, el zoo está cerrado al público a esa hora, y, salvo en casos muy excepcionales, no podemos llevar a nadie con nosotros.

Ella sonrió y volvió la vista hacia el lago. No habló enseguida.

—Yo diría que este es un caso muy excepcional, ¿no crees?

—No entiendo.

Hubo un nuevo silencio. Cuando creí que la conversación había muerto, Edith volvió a hablar:

—¿Qué es lo peor que te puede pasar a estas alturas si te descubren? —insistió—. ¿Que te despidan? A lo mejor se te olvida que eso ya pasó. No pueden despedirte dos veces, Jon. Ni siquiera esos cretinos.

No me rendí. No entendía a qué venían esas ganas repentinas de ir a ver a Susi. Conociéndola, supuse que había un porqué o, peor, un para qué que no quería compartir conmigo, pero no se me da bien fiarme de lo que no entiendo, aunque se trate de Edith. En cualquier caso, ella tenía razón: yo no corría ningún riesgo real, porque para el zoo mi figura ya no contaba. Casi me sorprendió verlo así, me sorprendió y también me dolió.

Seguimos discutiéndolo durante un buen rato.

Ganó ella.

Esa noche, pocos minutos antes de las diez y media, entramos en el zoo sin mayor problema. Edith había insistido en bajar con su coche y yo cogí la moto. Rafa, el guardia de seguridad, no preguntó nada al verme llegar acompañado. Me saludó con un movimiento de cabeza y siguió a

lo suyo, supuse que jugando a la Play. Luego, hicimos el camino en silencio. Edith evitaba con la mirada los recintos a medida que íbamos dejándolos atrás. Andaba muy tiesa, atenta en todo momento a los ruidos de los animales, la vista al frente. Salvo por el puntual miembro del personal de guardia y los de mantenimiento, el zoo estaba prácticamente desierto, de modo que no nos cruzamos con nadie durante el trayecto. Cuando, diez minutos más tarde, llegamos al recinto de los elefantes, encontramos a Lourdes a punto, preparada para pasarme el relevo y marcharse.

No ocultó su sorpresa al ver a Edith, pero no dijo nada. Simplemente me miró y yo entendí.

—Mañana te cuento —dije.

Ella asintió y se despidió.

—Así que esta es Susi —dijo Edith en cuanto Lourdes desapareció tras los setos que separan la zona de los elefantes de la avenida principal.

Se había encaramado a la segunda grada y miraba al interior del recinto. Al fondo, Susi ni siquiera se había movido. Estaba junto al foso, de cara a la pared.

Subí yo también a la grada y nos quedamos mirándola juntos durante unos segundos. La actividad de Susi era nula. De repente, Edith se activó.

—Bueno, pues ha llegado el momento de conocerla —dijo, volviéndose hacia mí.

Sonreí.

—Ahí la tienes —fue mi respuesta—. Ya te dije que no iba a servir de mucho.

Me miró como sin entender.

—Jon, no he venido a ver a Susi —respondió—. He venido a conocerla.

Me volví hacia ella. No podía ser.

—Supongo que no estoy entendiendo bien, pero si lo que estás pensando es que vas a entrar ahí, ya puedes ir olvidándote —le advertí—. No solo es que esté prohibido, es que además es muy peligroso.

Me miró muy seria.

—Vamos a entrar —dijo—. Los dos.

—Ni lo sueñes.

—¿Prefieres que entre sola?

—Edith, por favor.

—Esto es exactamente lo que he venido a hacer, Jon.

Bajó a la primera grada y de allí, no sin cierta dificultad, saltó al suelo. Luego se fue directa hacia la puerta de la verja.

Corrí tras ella y la pillé justo a tiempo.

—¿Para qué? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Edith siguió con la vista al frente.

—Lo entenderás si sale bien —respondió—. Y creo que saldrá bien.

Sé que lo que ocurrió a partir de ese momento fue una locura y que tendría que haberlo parado ahí, pero las cosas no siempre se saben cuando toca o cuando necesitamos una respuesta. En ese momento hubo algo en la voz y en la energía de Edith que pudo más que todo lo que no era ella. Fue como si de pronto yo me hubiera hecho pequeño, o como si hubiera caído sobre mí un cansancio que llevaba conteniendo desde hacía semanas, alimentando una tensión que de repente ya no estaba. Y el resultado era la suma y la resta de todo: la ausencia de Mer y de mamá, los meses buscando y esperando la reacción de Susi, la honda grandeza de Suzume... sentí que Edith

se hacía cargo de mí, que alguien tomaba las riendas y yo podía abandonarme a mi suerte y descansar. Junto a la puerta, Edith me miraba, alerta.

—¿Vamos? —me apremió con suavidad.

No dije que no.

Avanzamos despacio y en silencio. El recinto, visto desde las proporciones del ojo humano, no es pequeño, aunque para un elefante es prácticamente poco más que una habitación sin vistas. Susi no se movió en ningún momento de su rincón. A juzgar por la tensión en la postura y por el movimiento de las orejas yo sabía que estaba atenta a todo lo que sucedía a su espalda. Cuando llegamos a unos veinte metros de ella, cogí a Edith del brazo.

—Con mucho cuidado a partir de ahora —dije—. Y, sobre todo, pase lo que pase, no corras.

Asintió.

Seguimos acercándonos, pero desde ese momento empecé a hablar en voz alta con Edith, sin decir nada que tuviera demasiado sentido, únicamente para que Susi supiera a qué distancia estábamos de ella y para que captara la normalidad de nuestra proximidad. Edith lo entendió y también fue respondiendo a las preguntas aleatorias que yo le hacía.

Cuando estuvimos a poco menos de diez metros de ella, Susi giró la cabeza y nos miró.

Fue la mirada. Lo supe por la mirada, aunque no solo por la de Susi.

Sus ojos pasaron sobre mí como si yo no estuviera allí y se clavaron en Edith. Brillantes, acuosos, de repente había en ellos una vida que no había vuelto a habitarlos desde hacía meses. Alerta, había también una luz de alerta, pero sobre ese fondo de urgencia reconocí un baño de curiosidad casi feroz.

Entonces el tiempo se contrajo sobre sí mismo y a mi lado Edith respondió a esa mirada con una serenidad pasmosa que acompañó con un gesto de la mano. Despacio, estiró el brazo, cerró el puño y le enseñó el dorso de la mano a Susi, como si estuviera delante de un perro desconocido, invitándolo a que la oliera.

—Hola, Susi —dijo—. Soy Edith.

No me moví. De todas las fórmulas posibles para acercarse a Susi, aquella era seguramente la peor. El puño cerrado y la mirada directa no eran una buena puerta, pero Edith no me había avisado de que su intención era llegar hasta allí y ya era tarde.

Delante de nosotros, Susi sacudió levemente la cabeza y, tras unos segundos en los que no pasó nada, se volvió del todo, perezosamente y sin dejar de mirar a Edith.

Ni Edith ni yo nos movimos. Ella siguió con el brazo extendido.

—No sé lo que tengo que hacer ahora —dijo. Y enseguida, casi como disculpándose, añadió—: Me parece que voy a necesitar algo de ayuda.

Por un momento creí que me lo decía a mí, pero en cuanto me giré, entendí mi error. Edith estaba dirigiéndose a Susi, los ojos de una fijos en los de la otra. Susi se balanceaba ligeramente, estudiando a Edith.

Tuve miedo. De repente, el agotamiento se evaporó y tomé conciencia real no solo de la dimensión de lo que estaba ocurriendo, sino del peligro que corríamos, sobre todo Edith. Estábamos en el territorio de Susi a una hora en la que, aparte de Lourdes o de mí, ella jamás había visto entrar a nadie en el recinto. La noche, con sus horas de descanso real, le pertenecía. No había en ella exposición a posibles miradas ajenas, el día había quedado atrás y con él desaparecía cualquier novedad no bienvenida. El recinto era enteramente suyo y ella sabía que durante las horas de oscuridad estaba a salvo.

—Edith, deberíamos irnos —dije, cuidando mucho mi tono de voz—. Esto no es una buena

idea.

Ella no dio señal de haberme oído. Siguió inmóvil, sin perder de vista a Susi. Esperé unos segundos antes de volver a hablar, no tanto para darle tiempo, sino porque de repente sentía que el corazón me palpitaba en todo el cuerpo, sobre todo en la cabeza. Necesitaba encontrar cuanto antes el modo de dar marcha atrás a la escena y volver con Edith a la seguridad de la valla, pero estaba tan cansado que no podía pensar con claridad. Temía por ella y temía también por mí.

Pero no hubo tiempo para tanto. Antes de dejarme reaccionar, Susi se puso en movimiento. Empezó a avanzar lentamente hacia nosotros, o mejor, hacia Edith, que para mi sorpresa siguió donde estaba, totalmente inmóvil y con el puño extendido.

Lo que ocurrió a continuación tuve que entenderlo después, sentado en uno de los bancos situados tras el gran seto que separa el recinto de los elefantes de la avenida que lleva al delfinario. En ese momento, lo que apenas pude entender fue lo que vi, una serie de secuencias en las que yo no tuve sitio, porque desde que las miradas de Susi y Edith se habían cruzado yo había quedado fuera. Todo estaba fuera.

Lo que vi y retuve en tiempo real fue a Susi llegando hasta nosotros, su trompa en el aire descendiendo sobre la mano cerrada de Edith, un silencio compacto que parecía haber caído como una lona sobre el zoo entero y Edith quieta y serena, con las hebras de pelo gris azulado bajo la luz de los focos y una expresión que yo no le había visto antes. Y entonces todo se aceleró: la punta de la trompa de Susi sobre el puño de Edith, empujando para abrirle la mano y después paseándose por la palma y subiendo por el brazo hasta el hombro y de allí a la oreja. Trompa y oreja y Edith echándose a reír e intentando resistirse, apartando la trompa a un lado. «Para, me haces cosquillas.» Y Susi olisqueándole el pelo primero, después la cara, la frente, los ojos... Y la risa de Edith, sobre todo la risa y el pelo electrificado como una madeja de alambre vivo, electrificados todos.

Y la voz de Edith:

—Ahora tienes que dejarnos solas, Jon.

El nudo en el estómago. Y enseguida, como una cadena de eslabones rotos, todo lo que supe que no llegaría a decir: «Ni se te ocurra, Edith», «no es posible», «no es seguro», «no se puede», «no podemos», «no debemos»..., todos esos noes que no sonaron porque cuando miré a Susi y vi mi imagen reflejada en el brillo de su ojo supe que ya no decidía yo y supe también que no tenía nada que temer.

No había peligro. Solo curiosidad.

—Danos un rato —dijo Edith—. Con media hora creo que bastará. —Y enseguida añadió—: Si no te importa, no te quedes en la valla. Preferiría que Susi no te viera.

Me costó encontrar la voz.

—¿Estás segura?

Asintió.

No hubo más que decir. Ni siquiera tomé la precaución de volver hasta la puerta de la valla sin darles la espalda. Media hora. Salí, cogí la mochila y rodeé la grada por detrás hacia el seto. Eran las 11.05 de la noche.

Treinta y tres minutos más tarde, oí el chasquido de la puerta metálica del recinto y poco después los pasos de Edith en el camino de grava. Segundos más tarde su silueta se recortó contra la luz de los focos del recinto. Avanzaba despacio. Solo vi su sonrisa cuando la tuve muy cerca.

Se detuvo delante de mí y, sin esperar a que me levantara del banco, dijo:

—Creo que mañana Susi querrá desayunar.

Luego se frotó los ojos, me puso la mano en el hombro y se despidió de mí dándome un pequeño apretón con los dedos antes de echar a andar por la avenida en dirección al puente.

Seguí su silueta hasta que la grava dejó de crujir bajo sus pies. Luego el silencio.

Diez minutos más tarde, cuando, después de fumarme un cigarrillo en el banco, bajé al recinto, me sorprendió encontrar a Susi muy cerca de la verja. Estaba muy quieta, de cara al sendero que conecta con la avenida. En cuanto me vio, agitó las orejas y se acercó todavía más. Luego, despacio, muy despacio, bajó la cabeza hasta pegarla a los barrotes.

Solo fue eso y fueron simplemente unos segundos, no sé cuántos, y después ya no fue más, porque de pronto cayó sobre mí una oleada de agotamiento que me aplastó contra la grava y que al retirarse arrastró tras de sí la tensión que hasta entonces me había mantenido activo, dejándome laxo y con las piernas temblorosas como si acabara de correr una carrera de larga distancia y la musculatura se me hubiera enfriado.

Apoyé la espalda contra la valla y respiré hondo varias veces, intentando no dejarme vencer por el cansancio. A un metro escaso de mí, Susi seguía con la frente pegada al hierro, balanceando la trompa sobre el polvo del suelo.

Cuando conseguí respirar mejor, alargué la mano hacia ella y la puse sobre su frente.

Ella cerró los ojos.

Yo habría llorado.

Edith

En la aldea las noches de verano viven punteadas por millones de estrellas que, sumadas entre sí, superan la capa de oscuridad que nos cubre. Aquí no hay luces en las calles, nada contamina la vista y lo que se intuye en el cielo es real. Esta es una de esas noches. Sobre la mesa, las velas blancas iluminan ahora el pequeño círculo de intimidad que somos Jon y yo, pero más allá podría no haber nada, podríamos estar flotando y ser parte de lo que no vemos sobre nuestras cabezas. Somos un planeta pequeño, un planeta mesa, con sus puntos de luz, los platos por recoger, las copas de cava medio llenas y dos gatos tumbados en un extremo, durmiendo sobre el mantel.

Ha sido un día extraño. De hecho, diría que ha sido el colofón a un par de días en los que la despedida ha estado viva en todo: horas, minutos y segundos cargados de emociones que vibran a la vez, confundiéndose según el momento y mezclando nostalgia, excitación, nervios... Jon y yo hemos llegado a esta noche con los deberes hechos y eso, entre otras cosas, es motivo de celebración. Él ha vuelto a recuperar a Susi y desde hace dos días es otro. Aunque no se da cuenta, el cambio de actitud en Susi lo ha reconvertido en una figura que conozco bien. Desde que Susi desayunó de su mano de nuevo, todo es ella, Susi llena su discurso como cuando yo he rescatado a alguno de mis gatos y durante un tiempo mi mirada ha estado capturada por él, por su forma de mirar, de jugar, por el descubrimiento de su carácter y de la forja de ese vínculo animal que ya no ha de desaparecer. Jon habla de Susi como si no la hubiera conocido antes y su foco no se aparta de ella en ningún momento: «Pues hoy, cuando le he dado la merienda, ¿sabes lo que ha hecho Susi?» o «A Susi lo que más le gusta cuando se cubre de tierra es esperar a que me despiste y pillarme por ahí cerca y echármela encima. Es tremenda». Las reconciliaciones son así, bien que lo sé, y Jon y Susi están viviendo una renovación de votos y descubrimiento que desde fuera es, como todas, casi infantil y que durante estos dos días me he encargado de alimentar, porque esa es la energía que voy a utilizar esta noche para que sea redonda. Redonda la noche y también su futuro.

En cuanto a mí, mis archivos aquí han quedado finalmente cerrados hace unas horas, exactamente a las 4.54 de la pasada madrugada. Desde entonces todo flota de otra manera. «Bien. Todo flota bien, porque cuando se flota todo está bien», diría Andrea.

Ha sido Violeta.

Violeta y su mensaje.

Desde el día que hablamos por teléfono y pudimos sincerarnos la una con la otra, nos hemos llamado a menudo. Han vuelto las conversaciones sobre lo cotidiano y, cómo no, ha vuelto también el carácter de Violeta, aunque algo ya no es igual. Es como si el agua bajara más clara entre las dos, sin residuos de plomo ni de sangre seca, sin trazas de rabia fresca. Los temas son los mismos, pero las voces son otras porque hay más campo abierto por donde repartir nuestros ecos y porque los datos que nos dimos durante esa conversación han sumado respuestas y expectativas. Estamos más cerca, esa es la verdad, y sin embargo, en estas semanas ella no ha

vuelto a mencionar en ningún momento mi propuesta. «Motor diésel» ha sido el neón que he tenido que grabarme a fuego en la frente para no perder la paciencia ni la fe y sacarle el tema de una vez. Ha sido todo un ejercicio de contención, porque Violeta no ha evitado el asunto del santuario en ningún momento. Es más, en varias ocasiones ha sido ella quien ha preguntado cómo iban las cosas allí, y sé que había verdadero interés en su curiosidad. Pero hasta ahí. Ni una pista sobre si había decidido algo. Nada.

Hasta esta madrugada.

Cuando la pantalla del móvil se ha iluminado y he visto la hora, he sabido que era ella. Enseguida me he acordado de Andrea y, antes de ponerme las gafas de ver, me he quitado a Herodes de encima y le he preguntado mientras miraba la veleta, que ya recortaba su silueta contra la primera claridad: «A ver, An. ¿Hoy toca hora trémula u hora crédula?». Entonces he abierto el mensaje.

Tan breve... Tan Violeta...

¿Podré cambiar ese color tan horrible con el que has escrito mi nombre en el madero? Preferiría un azul cian.

Eso ha sido todo. Iré, mamá, pero acuérdate de que sigo siendo Violeta. Iré con mi color, con lo que arrastro y con lo que intentaré solucionar. Iré porque estás tú.

Lo he leído una sola vez. Después he dejado el teléfono sobre la mesilla, me he incorporado en la cama, recolocándome los dos almohadones tras la espalda y, con Herodes y Lila reinstalados encima, he encendido la radio. Un programa especial de «Amanecer con jazz» dedicado a las canciones menos conocidas de Peggy Lee. La nostalgia. Esos años. La universidad. «Si es que estás en todo, Andrea», he dicho. Luego he cerrado los ojos y, por primera vez en las semanas que han transcurrido desde que tomé la decisión de irme de esta casa, he recorrido mentalmente la aldea como llevo mucho tiempo queriendo hacerlo. «Despedirse es reencontrarse», decía papá. Cuánta razón. Mientras desde la radio Peggy Lee ponía música y letra a los últimos fogonazos de oscuridad, he vuelto a pisar los rincones, las luces y las sombras de la aldea: cada nido abandonado, cada árbol, el estanque de las ranas, los pajares, las ruinas, las huellas de historia humana y no humana, el lago y sus orillas, el gran pino centenario que bautizamos al llegar con el nombre de Cancerbero porque debía protegernos de lo que no era vida... He paseado con Andrea y con papá hasta la fuente del camino de la mina y un zorro ha cruzado con algo en la boca, seguido al poco de una jabalina con sus jabatos, que se han abierto camino entre el sotobosque que rodea la parte sur de la iglesia, en fila, todavía protegidos por la noche que ya se va. He visto a papá y a Andrea quedarse rezagados al llegar al pequeño cementerio, absortos en la compañía mutua, y me ha dado paz verlos así desde arriba, ver ese reencuentro y lo que inspira. Ha sido un paseo largo pero no cansado, recuerdos en vez de pasos, contándole a la aldea que empiezo de nuevo y que mi mitad ya es parte de aquí, como Andrea y como el eco de nuestras voces rebotando contra las montañas del valle.

Cuánta vida cabe en una vida. Cuántas vidas.

Después ha llegado el día y, tras él, esta cena que ya toca a su fin en el jardín. Cuando le he contado a Jon que Violeta ha decidido sumarse a nosotros en el santuario y que lo único que me ha pedido es poder cambiarle el color a su nombre, él ha sonreído y ha levantado su copa, animándome a celebrarlo con un brindis. Desde que Susi vuelve a ser suya, Jon es otro: habla más, se comparte más, quiere celebrarlo todo, lo que sí y lo que no, desaparecida por fin esa

mirada opaca que, desde que Mer se fue, a veces resbalaba sobre las cosas porque no estaba entera. Estos días ha vuelto el Jon que no se esfuerza por esconder ninguna verdad y hay más Jonás en él, la risa es otra, y lo oscuro, menos. Ha llegado a la cena con el cava y unas flores, convencido de que todo el esfuerzo estaba hecho y de que la cena tenía un final que él conocía de antemano.

Pero se equivocaba.

Jon se equivocaba y hace un rato ha llegado la hora de que lo supiera. El momento lo ha elegido él. Mientras se servía una segunda ración de tiramisú, ha vuelto a insistir, como lleva haciéndolo desde que conozco a Susi, en saber qué pasó durante la media hora que estuve con ella en el recinto. Le faltaba esa ficha a su rompecabezas y, aunque podía vivir sin ella, su Jonás quería la imagen completa: qué era lo que habíamos hecho sin él, por qué Susi le había perdonado, por qué conmigo sí y con él no...

—Es que, por más vueltas que le doy, no me explico cómo lo conseguiste —ha dicho, llenándose la boca de tiramisú.

No me ha mirado. Quería que sonara como un simple comentario más en esta noche última, ha probado suerte y a mí verlo así me ha enternecido, porque he oído al niño pedir, y, aunque él lo ignoraba entonces y sigue haciéndolo todavía, esa inocencia suya es una de las pocas cosas que aún consiguen desarmarme.

—¿De verdad quieres saberlo? —he preguntado.

Ha dejado de masticar y me ha mirado. Luz en los ojos. Toda la que concentraban las velas.

—Claro.

He tomado un poco de cava y luego he encendido un cigarrillo. El olor a hierbas me ha reconciliado con nada en particular.

—Le conté la verdad —he dicho.

Cara de no entender. La suya.

—¿Cómo?

—Eso. Le conté la verdad. Nada más.

Jon ha sonreído, pero ha sido una mueca de no saber qué hacer. Pedía tiempo, tiempo para colocarse y buscar tierra firme, pero no se lo he dado. Era mi turno.

—Volví a contarle lo mismo que tú le habías contado sobre lo que pasó el día de la visita de Damián y el Ruso ese —he vuelto a hablar—. Y también insistí en que tú no sabías nada. —Jon ha puesto la cuchara en el plato y ha escuchado—. Y le hablé de ti, le conté de ti.

—¿De mí, cómo?

—Del Jon que yo conozco.

—Ah.

Silencio. Han pasado unos segundos. Él no sabía por dónde empezar a preguntar.

—Le hablé de Mer —he continuado—, de que aunque ya no está, sigue existiendo, a veces en el océano, volando ella sola con los pingüinos, y otras aquí, en ti, contigo. Y le hablé de cuando te quedaste tartamudo en el ascensor siendo un niño, de que hubo un Jonás antes del Jon que ella ve y todavía lo hay. Y le conté del santuario, de que tienes allí tu cabaña con el nombre de Mer para que ni tú ni ella os perdáis al volver, y también de los sueños, de que todos tenemos uno aunque no lo sepamos, porque si no existiera no podríamos vivir, bueno, podríamos, pero no sería vivir, sería otra cosa que no sé qué nombre tiene.

Fumaba. Jon se había encendido un cigarrillo y me miraba. A veces bajaba la vista y el humo, desde mi ángulo de visión, parecía brotar directamente de sus dedos, que le temblaban un poco.

—La verdad, qué otra cosa iba a decirle —he dicho—. Es que tu verdad es lo más hermoso que tienes, Jon, y eso pasa tan poco...

Ha bajado la cabeza. Le he visto el pelo rizado, gris y brillante contra la luz de las velas.

—Y cuando terminé con esa verdad, le conté que no debe tener miedo de lo que vendrá porque tú estarás allí con ella —he seguido—. Le hablé del santuario nuevo al que van a trasladarla y le dije que el viaje no es largo y que contigo a su lado no le pasará nada.

Jon ha levantado despacio la cabeza. Tenía la frente arrugada.

—¿Conmigo?

He dado una última calada a mi cigarrillo y el olor a hierbas se ha repartido por mi parte de la mesa.

—Contigo.

Más arrugas. Se ha rascado la cabeza, despacio, sin darse cuenta de lo que hacía.

—Pero, yo no...

—Le conté que tu sueño es ese —le he cortado—, y que desde que ella dejó de confiar en ti tú no eras tú. Y también que estás tan huérfano como ella y que eres un hombre de palabra. Y le di la mía de que viajarás con ella a su nueva casa.

Jon me ha mirado sin verme. Como Violeta, es de procesos lentos.

—Viajarás con ella y te quedarás allí hasta que te necesite, Jon. O hasta que tú dejes de necesitarla.

No ha dicho nada. No ha hablado porque no entendía el mensaje en toda su dimensión. Lo he visto en sus ojos y en cómo sus dedos masajeaban distraídamente el borde del mantel.

—No entiendo —ha dicho por fin—. No te entiendo. —Silencio. Sus dedos seguían moviéndose sobre el mantel—. Entonces, ¿el santuario...?

Por fin he podido sonreír. Su mirada, esa música en su voz..., era un niño el que preguntaba. La curiosidad le había hecho sombra al miedo.

—El santuario es mi sueño, Jon, no el tuyo —le he respondido—. Allí tendrás tu cabaña, con el nombre de Mer, porque esa será tu casa desde ahora, pero casa no es sueño y a ti todavía te falta eso. Tú sueñas con atreverte a mirar cara a cara a una elefanta en libertad. Bien, pues ha llegado la hora. No va a haber otra oportunidad como la que tienes con Susi y para eso estoy yo aquí, para decírtelo.

Ha bajado la mirada otra vez. Los codos sobre las rodillas, balanceándose levemente adelante y atrás.

—Ve, Jon —he dicho—. El santuario tardará todavía en arrancar y el nuevo hogar de Susi queda a menos de cinco horas de la finca. Podrás venir los fines de semana. Te esperaremos el tiempo que haga falta, no te preocupes por eso.

Ha levantado la cabeza y me ha mirado.

—Pero...

Silencio. Búhos ululando en la iglesia y murciélagos alejándose hacia el lago desde el pajar. Las ranas han croado en su rincón de charca y algo ha cambiado en el color de la mirada de Jon. Los ojos más abiertos, menos arrugada la frente.

—¿De verdad? —ha dicho.

Y lo ha hecho como si no me tuviera delante a mí, sino como si de pronto hubiera empezado a ver en una pantalla gigante desplegada sobre mi cabeza esa otra posibilidad en tamaño real. Ahí estaba: el viaje con Susi, la llegada al santuario, el acompañamiento, la compañía, esa nueva libertad compartida... Jon estaba dentro, se sentía dentro. Parte de.

—Claro.

—Pero... —Ha parpadeado, apartando la vista de la pantalla y aterrizando sobre mí—. Es que no puedo dejarte sola.

Ay. Desde mi lado de la mesa, he alcanzado a ver un trozo de luna cuarteada por la copa espesa de una encina. Esa es justamente la ternura que me puede. *No puedo dejarte sola*. He estado a punto de decirle que dejar sola no es eso. No, no es eso, Jon. Dejar sola es Andrea, es papá, es Violeta cuando voló lejos contra mí, para vivir durante años de espaldas a lo que soy, desmadrándome con su rabia. Sola habría sido irme de aquí sin haberle puesto nombre a alguno de mis sueños, Jon, y para ese *sola* no hay remedio. He estado a punto de decirle eso y mucho más, pero no ha hecho falta. Jon volvía a tener los ojos prendidos en la pantalla, cada vez más emocionado con lo que veía de él en ella.

—No sé si debo, Edith —ha dicho.

La convicción era poca. Más que expresar su duda, lo que ha pedido era confirmación.

—No hay que decidirlo ahora —le he tranquilizado—. Todavía tienes toda esta semana.

Silencio. Dudas. El cómo. Los detalles. Todo tan precipitado.

—Y por Damián ni te preocupes. Estará encantado —he rematado, intentando poner freno a cualquier duda logística que pudiera rondarle—. Imagínate el titular: el amor infinito de un cuidador y su elefanta. Gracias a la iniciativa del zoo, podrán seguir juntos hasta su nueva libertad. Diez puntos. El bingo especial de la noche. Le estás dando un regalo que el monstruo no merece.

Jon ha despegado la vista de su pantalla con una mueca de fastidio.

—Eso seguro.

La conversación se ha alargado un rato. Jon seguía todavía desajustado por el brusco cambio de horizonte que ha supuesto para él la cena y necesitaba más seguridad. Cuando por fin la ha tenido, al menos en parte, la noche ha languidecido y los silencios han ganado terreno a la urgencia.

Eran poco antes de las doce cuando le he acompañado hasta el pajar, dando un corto paseo. Al llegar a la higuera que marca el principio de su jardín, se ha vuelto hacia mí, me ha dado uno de esos abrazos de gran oso tan suyos y me ha susurrado al oído:

—Gracias. Por todo.

Luego me ha dado un beso en la frente y se ha alejado en dirección a su casa, fundiéndose durante unos segundos en la oscuridad.

Y heme aquí, caminando a oscuras por esta calle que no lo es, con Lila y José Luis frotándose contra mis tobillos, en dirección a la iglesia. No sabría describir el enjambre de olores y aromas que cruzan la noche, ninguno más intenso que el de la madreselva que durante años ha cubierto gran parte de las paredes de lo que hubo aquí. A pesar de la oscuridad, conozco los agujeros, las piedras y las raíces que surcan cada centímetro de este suelo y me muevo bien sobre las huellas —las mías y las de Andrea— que durante tantos años han moldeado esta tierra. A medida que me acerco a la iglesia, gana enteros la certeza de que Jon se irá con Susi y de que esa es una gran noticia. Vivirá su sueño y, como Violeta, tendrá su casa en mi bosque porque para soñar hay que tener un lugar al que volver. Al principio irá y vendrá, querrá compartir conmigo ese tránsito entre lo que imagina ahora y lo que será la realidad cuando la toque. Compartirá como comparte un amigo y quizá, con el tiempo, el sueño se asiente y se convierta en vida propia. Si es así, sus visitas se espaciarán y lo cotidiano también. Allí o aquí, Jon seguirá huérfano de Mer, aunque menos, como he aprendido a estarlo yo de Andrea: hablará con ella a menudo, seguirán siendo la

media vida que fueron y la otra voz que lo habitará será la de ella, pero ya no habrá locura sino edad, y también recuerdo y una soledad habitada de cosas buenas que ya fueron y que seguirán vivas en la intimidad. Jon irá y vendrá y Violeta llegará con su pintura azul cian a renombrarse para poder quererme de cerca. Quién sabe si le saldrá bien, quién sabe nunca si las cosas salen bien cuando solo las imaginamos.

Quizá entienda que una parte de mí no necesita que me quiera bien. Hay un trozo de mí que es ella, que ni la mira, ni la juzga ni la espera. No hay distancia porque la carne y la piel es la misma y eso no lo mata nada, ningún error, ninguna rabia. O quizá descubra aquí su sueño y, antes de que yo me vaya, lo comparta conmigo. Ojalá. No puede haber mayor bendición para una madre que tener a una hija con un sueño propio.

Jon, Mer, Violeta, Andrea, Susi, Herodes, Lila... papá... ese era al fin el viaje. El mío. Yo lo llamo «bosque», pero en realidad es un mapa de nombres, cada nombre, una casa, y aunque no seamos familia, sí somos una familia: los que estuvieron, los que son, los que vienen, los que se quedaron..., todos existen, todos habitan este país pequeño y viejo que soy yo, en el que caben quienes buscan un nombre para su propio sueño.

Todos. Caben todos.

Todas las vidas.

Todos los nombres.

Agradecimientos

Gracias a Verónica, a Mónica y a Nury, porque de no haber sido por vosotras y por la mortal travesía en común que hemos vivido juntos durante su escritura, esta novela no existiría. A Sandra Bruna, porque tienes razón. A Mercedes Corbillón, por haberme leído desde el principio y por esa ventana al mar que nos confina. A Cristian, amigo del alma. A Quique, claro. A Sarah, *ma sœur*. A Rosa, por quererla tanto. A Mari y a Li, estáis. A Isabel, «la jefesita», eres un amor. A Maribel, por la bondad. A Aroa Moreno, por la compañía. A María José Ferrada, amiga. A todos/as aquellos/as que siguen queriendo dejar al irse un mundo mejor que el que encontraron al llegar. A Alejandra García y a su Santuario Equidad, a Leonardo Anselmi, a Coque y a Ismael y a su Santuario Gaia. A Cristina Roes, por la incondicionalidad. A Berta Noy, porque me encanta que estés. A todos/as aquellos/as que luchan para que los zoos dejen de existir. A los santuarios de animales y a quienes los habitan, siempre. A los/as bibliotecarios/as, porque seguís siendo para mí el refugio que nunca ha dejado de estar. A los librereros y libreras, no dejéis de devolverme esa imagen de mí que muchas veces ni yo mismo veo. A los/as gestores/as de la cultura, que vivís en el anonimato para que lo que alimenta no muera. Y a quienes os acercáis a diario para leerme, escucharme y compartirme, porque todas mis páginas han sido pensadas, imaginadas y escritas para vosotros/as.

Un país con tu nombre
Alejandro Palomas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Catrin Welz-Stein

© Alejandro Palomas, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-233-6025-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



 Pedro
Zarraluki **La curva
del olvido**



DESTINO

La curva del olvido

Zarraluki, Pedro

9788423360321

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el mes de julio de 1968, Vicente Alós y Andrés Martel, dos amigos que superan de largo la cincuentena, llegan a Ibiza en barco desde Barcelona. Ambos están en un momento difícil de sus vidas: Vicente se ha separado de su mujer y Andrés acaba de quedarse viudo. Los acompañan sus hijas, Sara y Candela, que a pesar de haberse criado juntas son muy diferentes entre sí. Al llegar a la isla se instalan en un hostel solitario situado en una apartada cala, y así comienza un largo y en apariencia apacible verano. Pero una absurda tragedia, viejos rencores y desencuentros nunca resueltos viajan también con Vicente y Andrés. Mientras ellos reviven poco a poco ese pasado, las jóvenes deberán afrontar las inquietudes de un futuro que, bajo los ecos de un mundo convulso, se presenta ante ellas como un abismo insondable. La curva del olvido profundiza en los problemas, las angustias y las esperanzas de dos generaciones que en un momento distinto pero crucial de sus vidas se enfrentan a las trampas y los antojos del devenir del tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un cuento a partir de la novela *Un perro*

Alejandro Palomas
Las dos orillas

Ilustraciones de Fernando Vicente



DESTINO

Las dos orillas

Vicente, Fernando

9788423351732

84 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después del éxito cosechado con la publicación de Un perro, Alejandro Palomas y el ilustrador Fernando Vicente se unen en un spin off de la historia que ya ha enamorado a miles de lectores (con tres ediciones y más de 14.000 ejemplares impresos). En lo que será el primer libro ilustrado de las historias de Palomas, nos sumergiremos en la mente de Rulfo durante la celebración del cumpleaños de Fer. Gracias al amor infinito de Rulfo hacia Fer, éste podrá superar por fin la muerte de Max, el gran danés que tuvo antes de adoptarlo a él. Una historia tierna, entrañable y preciosa que seducirá a todos los seguidores de Alejandro Palomas y que contará con las ilustraciones de uno de los ilustradores de mayor proyección en nuestro país, Fernando Vicente.

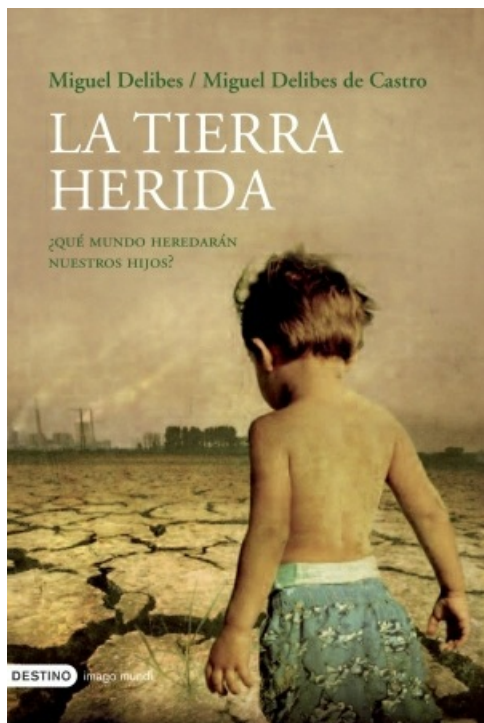
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Miguel Delibes / Miguel Delibes de Castro

LA TIERRA HERIDA

¿QUÉ MUNDO HEREDARÁN
NUESTROS HIJOS?

DESTINO Imago mundi



La tierra herida

Delibes de Castro, Miguel

9788423345755

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En los últimos decenios se han ido sucediendo una serie de indicios alarmantes sobre la transformación de las condiciones de vida en la Tierra: el aumento del agujero de la capa de ozono, el cambio climático, el efecto invernadero, el deshielo de los polos, el aumento de huracanes y otros fenómenos naturales extremos, la desertificación, la desaparición de especies. ¿Estamos a tiempo de cambiar el curso de los acontecimientos? ¿Podemos frenar la degradación del planeta? ¿Existen soluciones reales y aplicables para reducir el no muy halagüeño futuro de la Tierra?"El calentamiento global no es un problema político, es el mayor reto moral al que se enfrenta nuestra civilización." Al Gore

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ANTONIO
DAMASIO

SENTIR Y SABER

*El camino
de la
consciencia*

Por el autor de
El error de Descartes
y *El extraño orden
de las cosas*

DESTINO

Sentir y saber

Damasio, Antonio

9788423360369

216 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Más de 100.000 lectores La consciencia es la capacidad de la mente que ha permitido a la especie humana desarrollar una inteligencia única basada en el razonamiento y la creatividad, ayudándonos a entender el mundo que nos rodea. Pero esta maravilla de la evolución sigue siendo un misterio para científicos y filósofos y un reto mayúsculo para la investigación científica. Con un afán divulgativo admirable a la vez que riguroso, este ensayo analiza la evolución de la consciencia a través de un fascinante viaje desde las primeras bacterias hace cuatro mil millones de años hasta la creación de la inteligencia artificial en la actualidad. Antonio Damasio, uno de los neurocientíficos más reputados de nuestro tiempo, nos invita a asombrarnos ante el milagro de la inteligencia y a pensar sobre conceptos tan interesantes y enigmáticos como la mente, las emociones o el sistema nervioso. Así, comprenderemos cómo se desarrolló la consciencia, el papel de los sentimientos en la supervivencia humana o cómo se crearon los mecanismos que nos permiten experimentar las emociones a través de nuestro cuerpo, con el fin de entender aquello que verdaderamente nos hace humanos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La noche más oscura (Serie Barbarotti 1)

Nesser, Hakan

9788423360338

576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Unos días antes de Navidad, la familia Hermansson al completo se reúne para celebrar los sesenta y cinco años de Karl-Erik, un padre encomiable y maestro jubilado, y los cuarenta de Ebba, su hija favorita. Unas horas después, se producen dos desapariciones inexplicables: primero, Robert, la oveja negra de la familia; al día siguiente Henrik, el hijo mayor de Ebba, quien desaparece en medio de la noche sin dejar rastro. Gunnar Barbarotti, un inspector de origen italo-sueco que trabaja en la policía de Kymlinge y que se preparaba para la odiosa perspectiva de una Navidad con su exmujer y sus ex suegros, se hará cargo del caso. Las investigaciones, sin embargo, parecen no avanzar. ¿Existe una conexión entre los dos casos? Obsesionado con encontrar la verdad, hará falta tiempo, perseverancia y la ayuda del destino para que las investigaciones tomen una dirección precisa y dé con el culpable antes de que el caso quede enterrado por el olvido.

[Cómpralo y empieza a leer](#)